
Cayetano Peláez del Rosal

**LO QUE FUE,
y ahora ya no es**



La Puente Llovía

**LO QUE
FUE,
Y
AHORA YA
NO ES**

CAYETANO PELÁEZ DEL ROSAL

**LO QUE
FUE,
Y
AHORA YA
NO ES**

ISBN: 978-84-608-4921-6

D. L.: CO-2146-2015

EDITA. "Ediciones "PUENTE LLOVÍA"

Primera edición: diciembre 2015

Es un producto andaluz.

Printed in Spain.

DEDICATORIA:

A mi familia que me permitió vivir
una infancia en contacto con la naturaleza.

CAPÍTULO I

Desde los olivos, situados allá en el monte, a lo lejos, en la Torre de los Olivares, llegaban hasta el molino de aceite los mulos cargados con tres sacos de aceituna, de cincuenta kilos cada uno.

Priego resplandecía de blancura, en sus casas, en sus monumentos, sobresaliendo sobre todo, el Adarve, la iglesia de San Francisco, la iglesia de la Asunción, el Castillo, y las torres de algunas de sus iglesias. La Tiñosa, impresionante, vigilaba. Y de la Fuente del Rey, manaba sin cesar, por sus muchos caños, un agua cristalina y sabrosa, gestada lejos, en los Llanos de la Almorzara, que se abrazaba con pasión con la tierra en sus entrañas, para salir gozosa a la luz y al aire, como primicia, en la Fuente de la Virgen de la Salud.

Las pobres bestias tenían que soportar sobre su cuerpo, no sólo el peso de la carga, sino la tirantez de las sogas sobre su barriga, que tensaban, con sus botas, los arrieros.

El camino hacia el molino, no era camino de rosas, sino camino de espinas, ya que, era abrupto, con pendientes, y bajadas muy fuertes. ¡Qué malas vereas las de antes!

Con la lluvia abundante de aquellos años, los de la juventud de Andrés, el camino se volvía insoportable para los animales que se hundían hasta el corvejón, saliendo del fango, con los pinchazos de las varas de los arrieros en mitad de la barriga.

- Arre mulo, que llegamos tarde- mientras el arriero le pinchaba a la pobre bestia con la punta de la vara en toda la barriga.

El animal, muy dolido por el pinchazo, hacía un esfuerzo saliendo del fango que amenazaba con tragárselo.

¡Vive Dios que cuando lleguemos al pueblo te voy a dar doble ración de cebada!

Y el pueblo, "Priego de la Cal y el Agua" - como lo llamara el poeta, miraba plácidamente cómo sus hijos se acercaban hacia él después de un bregoso día de trabajo en el campo tratando de arrancarle sus más preciados tesoros. Y el pueblo, en su inteligencia, que la tiene, acuñada a lo largo de muchos siglos de mirar paciente hacia el mismo, piensa en la laboriosidad de éstas sus gentes que han tenido que ingeniárselas a lo largo de los años para buscar el sustento para los suyos, y para ellos mismos, y, cuando en épocas no muy recientes fracasó el tejido de la seda, que se exportaba a todos los sitios, imbuyó en la mentalidad de sus habitantes dedicarse a tejer el patén, antecesor del tejido con el que se fabrican hoy los pantalones vaqueros que tanto éxito tienen entre la juventud, y no tan joven.

- No te olvides Andrés de las fundas de colchones que yo hacía con la máquina de

CAPÍTULO I

coser en el Torrejón, de día y de noche- dice la abuela.

¿Quién trajo los olivos a los campos de Priego? ¿Quién, o quiénes fueron los que un día soñaron ver estas tierras pobladas de olivos? ¿Quiénes fueron los que sustituyeron los pinos y las encinas de estas tierras por el árbol bíblico del Monte de los Olivos? ¿Fueron los romanos? ¿Fueron los musulmanes? ¿Quiénes fueron? ¡Ay si me olvido de ti, Jerusalén!

Los romanos estuvieron en Israel, lo invadieron, vivieron y maltrataron a los judíos en su tierra, los masacraron, pero éstos, gente valiente, cuya fortaleza les venía de sentirse elegidos y apoyados como pueblo del Dios verdadero, les plantaron cara, y en Masada, en el castillo, en lo alto del monte, lugar inaccesible y rocoso, prefirieron morir con sus familias, antes que someterse a los dioses paganos, y a los dictados del emperador romano.

Y fueron los romanos, los que al venir a Hispania, debieron de traer los primeros olivos que plantaron en los montes de Priego, y en los sitios por los que ellos andaron, para proveerse de aceite para alumbrarse con antorchas y lámparas, y para cocinar; también para untárselo en la piel, y para ser más escurridizos en la pelea del cuerpo a cuerpo, frente al enemigo.

Los hispanos, habitantes de un “piélagos” arcaico, no vieron con buenos ojos, ellos, tan celosos de su independencia, que los romanos, los conquistaran, esclavizaran, y les impusieran su cultura, arrasando la suya propia.

Paseando por Huerta Anguita, en las Angosturas, una tarde, en compañía de un sacerdote, un buen sacerdote, don Rafael Jiménez Pedrajas, amante de Priego, enamorado de Priego, autor de algunos libros sobre Priego, como El Cancionero de la Aurora, y del catedrático de Derecho Procesal, don Manuel Peláez del Rosal, Cronista Oficial de Priego de Córdoba, coautor del mismo, y autor de numerosas investigaciones y publicaciones sobre la Historia de Priego, andando entre piedras, en un pequeño llano de tierra cultivada, bajo las montañas agrestes, al dar una patada a una piedra de color blancuzco, resultó ser una bella cabeza íbera. Cuantas veces pienso en la Cultura íbera y hasta donde habría dado decir si no la hubieran arrasado. ¿Por qué esa manía de unos pueblos de conquistar, e imponer lengua y cultura a los demás, matando y avasallando a la población local, y acabando con su pasado?

Cuando llegan los árabes se encuentran ya con los campos llenos de olivos en un paisaje de gran verdor, y en cuyas ramas más altas, se posaban los colorines, y los verdonez, cantando y cantando a la espera de amores con los que formar nidos para la supervivencia.

Pero la gente no los respetaba, ni dejaba que sus cantos sonaran en los campos verdes, y los cogían con el “arbolito”, un artilugio hecho con un viejo paraguas, en cuyas ramas de acero enrollaban varetas de olivo, para engañarlos, y en cuyas puntas ponían un esparto impregnado de liria en el que quedaban pegados. Una jaula con un macho buen cantor, atraía a las hembras, que buscando amores, encontraban su perdición: la cárcel de por vida, encerrados en una jaula, o, desplumados, y echados en la sartén, y pasados por el gazzate, acompañados de copas de buen vino y buena cháchara.

¡Pobres colorines! ¡Pobres camachuelos, pobres verdonez!

Para llegar desde la Torre de los Olivares hasta Priego había un largo camino lleno de dificultades. Eran tiempos en los que llovía más que ahora; tanto, que los veneros salían en lo alto de los montes formando arroyuelos entre los campos de olivos en los que campaban por sus respetos las ranas.

¡Qué agua más rica, fresca, transparente, y cantarina, la que surgía de lo más hondo de la tierra, entre los olivos!

Unidas las manos, haciendo un como cuenco, las hundíamos en el arroyo, y bebíamos de aquella agua que nos daba la vida, tragando varias “almorzás”, y echándonos en la cara varias “garfás” de agua fresca que nos daba la vida. Más tarde, los arroyuelos, ya secos, eran repasados por el arado que lo dejaba todo liso.

Desde la Torre hasta Priego había un largo trecho de cruzar fincas hasta bajar al camino de la finca de Chimenti donde habían plantado manzanos que daban una gran cosecha. Pero antes, en un recodo, una alberca, echaba un hilillo de agua, que aliviaba del calor a las gentes que iban a pasar un día de campo.

En aquellas albercas del monte, durante los veranos, se bañaban señoritas que alertaban de su presencia, para que no pasara nadie por allí, y las viera en traje de baño, teniendo que dar las gentes un rodeo por el monte, alejándose algo de la ruta, para respetar su intimidad.

Las fincas estaban separadas unas de las otras por mojones de piedra hincados bien hondo para delimitar lo que era de uno, del otro. Algunos deberían de tener muchos años.

Al salir desde la vereda a la carretera, con muchas curvas, alguna vez pasaba algún coche. Me acuerdo de haber visto transitar por ella el “aiga” que tenía don Juan Palomeque, impresionante, y que me hacía soñar en tener yo algún día, el mío propio. Pero nuestro sino era andar, porque como dijo el poeta, “se hace camino al andar”, y razón tenía, pero se le olvidó añadir a la composición poética, que al andar, se nos hacían vejigas en los pies, y nos salían callos, que luego teníamos que quitar, no con los parches del doctor Scholl, sino con hojas de sanalotón, colocadas sobre el intruso de la piel, y sujetas con un poquito de tela atada con un hilo. En pocas horas, el callo, pedía a gritos la libertad, y escapaba como los cochinos de los evangelios a los que se les metió el putito diablo dentro.

- María: pon un poco de música para que surja la inspiración, hoy terca de aflorar y correr por los renglones del cuaderno de cuarto de espiral de gusanillo, azuzada por la pluma Parker de tinta negra, que como buen arriero, hará que las palabras se agrupen en ideas luminosas que evoquen “*Lo que fue, y ya no es*”.

Qué tiempos aquellos en los que se circulaba con total libertad por los campos solitarios, sin que nadie se metiera con uno. Los únicos sustos que te llevabas, de vez en cuando, eran provocados por una banda de grajos que graznaban a tu paso, o por el salto de entre unas matas de un conejillo, o por una liebre que tomaba las de Villa diego, o por un lagarto que salía de entre tus pies, y que al verse descubierto, se metía entre piedras, o por una culebra, que sigilosa, se ocultaba entre unas zarzas de un alto ribazo.

- Andrés: Llégate hasta El Zarzalón a ver qué hacen los aceituneros hoy, decía su padre.

CAPÍTULO I

Y, Andrés, joven y regordete, se cambiaba los zapatos de diario por las botas del campo, hechas por el zapatero filósofo, que más que coser las suelas, hechas con trozos de cubierta de camión, impregnaba en ellas sus ideas revolucionarias de cómo se podría cambiar el mundo y derribar a aquel Gobierno de Franco, - que según decía él -, tanto daño hacía a la democracia.

Y, Andrés, cuando oía la palabra democracia, pensaba en ir al colegio y buscar un diccionario para descubrir el significado de la palabrita dichosa: ¡democracia!

Pero en el colegio donde Andrés aprendía a diario, no había diccionario; el diccionario, era el maestro, don Joaquín, insigne, amigable, hablador, infatigable, en aquella aula donde había alumnos de las edades más dispares, y se enseñaban las materias más diversas. Y para callar a los más pequeños, y tenerlos contentos, ¡pobres niños! don Joaquín, añorado, rifaba todas las semanas, un ¡cuaderno! No había diccionario en aquel colegio, y yo, no me atreví a preguntarle nunca a mi maestro por la palabra que me había dicho el zapatero - maestro:democracia. Pero me parecía que la palabrita debía de ser algo tabú, porque con sólo nombrarla, la gente hacía aspavientos. Así, que, preferí callarme, y esperar a descifrar lo que significaba la palabrita para cuando fuera mayor y el diccionario se pusiera al alcance de mi mano, porque en la Enciclopedia Álvarez, no decía nada sobre aquello, y preguntarle al maestro, podría crearme algún tipo de problema.

Un día, Andrés, que no paraba de darle vueltas a la cabeza, se encontró con uno de los que mandaban en la OJE local, y se dijo: “es la mía”. A éste se lo pregunto yo. Y me contestó de tal manera, que se me quitaron las ganas de volver a preguntar.

- Ya se lo diré a tu padre que andas entre rojos que te están metiendo malas ideas en la cabeza - me dijo.

El camino hasta el olivar, era de los de pendiente, y, Andrés, regordete, lo subía como podía, pero el corazón se le encabritaba y amenazaba salirse del “arca del pecho”, cosa que no le ocurría cuando estaba acostado en la cama, o, tranquilo en su casa. Miento, algunas noches, el corazón lo despertaba, latiendo a un ritmo frenético, para después pararse, y volver a la normalidad. ¡Lo suficiente para meterle a Andrés, las cabras en el corral! que sentía que algún día, que a la máquina de la vida se le iban a soltar los frenos, cuesta abajo, y acabaría en el precipicio del que ya no se volvía, bien en tierra, o tapado en una pared con cuatro ladrillos.

El camino era malo, con arroyones de barro y piedras que había que rodear, cosa que también hacían las bestias.

Había algunos álamos en las orillas y cañaverales donde se metían los conejos, y algunas casas con gente que vivía en las afueras del pueblo, como exiliados, gente humilde que trabajaba en los albañiles, o, en el campo, y que tenían su cuadra, dentro de la casa, y que para ir a ella, a dejar las bestias, tenían que pasar por el salón, por donde también pasaban las gallinas, para salir a la calle. Por las orillas de la calle pasaba la acequia por donde el alpechín de los molinos llegaba hasta el mismo río, enturbiándolo, en la época de la molturación, y provocando olores muy familiares, a todo el que por allí pasaba.

Una vez pasado el puente del Salao, río llamado así por la sal que llevaban sus aguas, comenzaba la subida hacia los olivares por la piscina de “Topami”, un adelantado de su tiempo que montó una gran piscina de agua salada, con su bar, y a la

que las gentes iban a pasar un día de descanso, a comer, a pasarlo bien, y a bañarse en aquellas aguas tan curativas.

Llegado a la mitad del repecho, la vista del pueblo cambiaba, y se mostraba altivo, desafiante, con sus casas, su Adarve sobre el precipicio, al que se tiraban los desesperados de la vida, la iglesia de San Francisco, con los dos Jesús, el Nazareno, y, el de la Columna, nazarenos y columnarios, San Juanico, el órgano, del que tantas veces Andrés tiró del fuelle para nutrir al glotón que tocaba el organista en las fiestas importantes, y que de tan ulceroso que estaba el fuelle, no podías parar de darle, so pena de que el vetusto aparato se quedara sin respiración, parándose en un terrible estertor que arruinaba la celebración religiosa.

Más de una vez, Andrés, quiso con otros muchachos valerosos, bajar hasta la cripta de la iglesia de San Francisco. donde decían las gentes, que había franciscanos que tenían los pies salidos de las tumbas... pero a lo más que llegaba, era a entrar por la reja, y dar marcha atrás lleno de miedo.

La Tiñosa, al fondo, que “si tenía montera, llovía manque tú no quisieras”- decían. El gran monte, siempre desafiante por su altura, al que nadie se atrevía a subir, porque no eran tiempos de practicar la escalada. Decían, que en lo alto, había una cruz, pero pocos la habían visto.

Y a sus pies, los Llanos de la Almorzara, inmenso aljibe de aguas que buscaban su camino por el interior de la tierra hasta aparecer triunfantes en la Fuente de la Salud, a los pies de la Virgen, tristemente desaparecida un día, y de la que nada más se supo, sólo, que el pueblo, enfadado, mandó construir una réplica de la misma, que no es ella, que no es igual, y nuestra Virgen, a la que tanta gente iba a rezarle, y a depositar su limosna en el fondo del agua de la fuente, como si de la Fuente de Trevi se tratara, estará hoy en casa de algún acaudalado rico, que la compraría, seguramente, a un marchante al que le llegó por pocas pesetas. ¿Quiénes fueron los ladrones?

¡Qué forma más descabellada de mirar por nuestro patrimonio! ¿No podían haber puesto una réplica de la Virgen y que los ladrones se la hubieran llevado, mientras que la original, la fervorosa, estaría bien custodiada? Y, así, poco a poco, van esquilmando nuestro patrimonio cultural, como aquel que fue a Madrid, y vio en casa de un conocido, unas puertas de la Iglesia de San Francisco que alguien debió de haberle vendido.

Tened cuidado con Jesús el Nazareno, y con Jesús el de la Columna, y los angelitos, de los altares, que están al alcance de la mano, porque ya no está de guardián en la iglesia, don Ángel, que hasta dormía algunas noches allí. ¡Tened cuidado que los marchantes pagan bien!

No veas lo que darían por el Tesoro de la Iglesia de la Asunción, protegido por una mala puerta, y peor ventana, esas casullas bordadas en oro, muy golosas para las gentes indignas y sacrílegas... ¡tened cuidado! Haced como hicieron los sirios con las estatuas de Palmira, Patrimonio de la Humanidad cuando las gentes del Califato de Al estaban llegando a la ciudad: se las llevaron a otro lugar, pero dejaron cosas muy importantes, al alcance de la piqueta y la dinamita de los invasores, mientras Europa y Obama, miraban para otro lado.

CAPÍTULO II

Aquellos tiempos de los años cincuenta, eran años de inviernos muy fríos, y en la fuente que había frente a la cooperativa de la Purísima, justo al lado de la barbería de Pepe, los charcos del agua de lluvia, se helaban, y los niños disfrutaban rompiendo los gruesos cristales de hielo que se formaban en su superficie.

Hubo un año en que las temperaturas bajaron considerablemente hasta los trece bajo cero helándose muchos olivos que no pudieron soportar en sus “venas” el parón de la savia congelada matando su alma de verdor esplendoroso. Olivos varias veces centenarios que vieron ante sus “ojos” el devenir de un pueblo trabajador y de sus gentes, que con cara de pena, presenciaron un paisaje de desolación y tristeza. Olivos descendientes de aquellos primeros pobladores que agarraron sus raíces a un suelo amigable pero extraño. Olivos que tenían una envergadura de hasta once metros y cuyas ramas daban una cosecha de hasta cinco sacos de la mejor aceituna. Olivos que tres hombres abrazados no podían ceñir su tronco rugoso. Olivos que tuvieron que ser arrancados hasta la mismísima peana que se introducía profunda en la tierra a la que estaba agradecida por mantenerlos con vida y por proporcionarles el sustento diario para que la trama, pequeña, vivaracha, blanquecina, cuajara en hermosas aceitunas.

Y ahora, cumplido su periplo vital, serían talados yendo a parar a la leñera, donde después de muertos, seguirían prestando servicios inestimables a la comunidad que los vio nacer y crecer, alimentando los hornos para hacer carbón, las calderas de las fábricas de aceite, los chubeski, que caldeaban las casas, y los molinos donde se fabricaba el aceite de oliva.

Y a lo lejos, saliendo de las chimeneas de las casas, de las fábricas, el espíritu de los olivos incinerados se hacía reacio a abandonar a unas gentes que los sembraron, que regaron los plantones en épocas de sequía, que los talaron, y sulfataron, para quitarles la miseria que algunas veces quería acabar con la cosecha.

¡Qué buenas eran para el fuego las recias “patillas” que salían de los tocones de los olivos muertos! ¡Cuántos buenos ratos hicieron pasar a los habitantes de Priego en sus casas, junto al hogar, calentándose, e, incluso haciendo la comida, a fuego lento, despacio, en la olla de porcelana! Y las mujeres, tan hacendosas ellas, removían el cocido, o, el potaje, con la paleta, de vez en cuando, hasta sacarle a los alimentos, que había en su interior, su oculto tesoro de sabor.

En muchas casas era costumbre sentarse toda la familia cerca del fuego, en sillas de anea, hablando los unos con los otros, amigablemente, de esto o de lo otro, de lo que pasó, de lo presente, o del futuro que veían incierto, mientras la botella de buen vino blanco de Mora Chacón, oloroso, donde los hubiera, rico al paladar, no paraba de

CAPÍTULO II

llenar de su precioso tesoro las copas de los allí presentes, mientras que las madres, iban y venían, de la despensa a la cocina, sacando tacos de lomo de orza, morcilla y chorizo en manteca, pajarillas de varios colores, blancas y negras, la tripa de salchichón rechoncho, las tapas de queso manchego, de añejo sabor, que enamoraba al vino, que no se despegaba de él haciéndole requiebros de maridaje, las tostás de pan de cantos, o redondo, embadurnadas con el buen aceite de esos olivos del monte, y untados con ajos del terreno. Y el rey de la fiesta era, el jamón de la matanza, salado en los camaranchones de los terrados del pueblo, servido a lonchas, o, a taquitos, en platos de fina y delicada vajilla, cortado con finos y afilados cuchillos en casa del afilaor de la calle Solana, también músico.

El tío de Andrés, querido, llorado, y añorado, amigo de todos en el pueblo, buena persona, como la mejor, que ayudó a tanta gente, tenía un mozo que repartía cada día entre los clientes, los encargos que le hacían. Y no era difícil verlo con el carrillo de mano cargado de garrafas de vino, de Lucena, de las Bodegas de Mora Chacón, de aroma especial, y mejor gusto, entrar en las casas descargando el tesoro que llevaba, que se trasegaba a botellas para ir sirviendo en la mesa según la necesidad pidiera.

- ¡Qué ganas tenía yo de que llegara la comida del mediodía, para disfrutar de la copita de vino, que mi padre me ponía, para abrir las ganas de comer!

- ¡Cuántas noches de frío, lluvia y viento, de inviernos duros, pasé, en que las campanas de la Torre de la Iglesia de la Asunción, emitían sus “quejidos” en las altas horas de la madrugada. Y yo, bastante “cagao”, cuando oía los lamentos que le arrancaba el viento al empujar el badajo contra su rechoncha panza, pensaba en los espíritus de los seres queridos que se habían ido!

Y en la noche de difuntos, Andrés, en la noche en la que todo el mundo tiene presente a los que se fueron, y no han vuelto todavía, Andrés se hacía el remolón a la hora de irse a dormir al “terrao”, porque subía con luz, y una vez encendida la de su cuarto, tenía otra vez que bajar a apagar la luz de la escalera, y volver a subir a oscuras, y tenía miedo de encontrarse con algún espíritu al cruzar por aquella penumbra.

La noche estaba fea, lloviznaba, y el viento jugueteaba con los árboles levantando quejidos espectrales que se metían por la habitación. Andrés, trataba de dormir, pero no podía. La ventana, se abría y se cerraba pegando portazos, y la estancia, se encendía, y se apagaba, de cuando en cuando, con la luz de los relámpagos.

A Andrés, ya no le llegaba la ropa de la cama para cubrirse el cuello, y estaba nervioso porque no le gustaba lo que veía y oía. ¡Noche de difuntos! ¡Crucifijo de la caja del difunto colgado en la pared! Almas de los muertos en vela que venían a visitar a los vivos! Puertas que se abrían y se cerraban y no sabía por qué causa...y, de pronto, alguien, que le pega un tirón de la manta hasta dejarla tirada en el suelo, quedando Andrés desprotegido, a merced de quien fuera.

- ¡Papa, Papá! Me han tirado la ropa al suelo! ¡Ha sido la abuela, ha sido la abuela! ¡Tengo miedo! Quiero irme a dormir a vuestra cama.

Subió el padre, a ver qué le había pasado, tratando de tranquilizar a Andrés que no hallaba consuelo ni explicación a lo que le había ocurrido, pero pensaba que la abuela había bajado del cielo para decirle algo, y, él, metido en la cama de sus padres, musitaba en voz baja, una oración por los difuntos.

Qué noches más frías en aquellos “terraos” de las casas del pueblo, qué noches de frío, en los que las mantas de borra, por muchas que fueran, no abrigan, y el peso, de las mismas, no le dejaban respirar.

La señora Rosario, buena donde las hubiera, cuidaba de sus hijos con cariño procurando que no les faltara de nada, y en aquellas noches de frío, viento y agua, calentaba la plancha de hierro en el arnafe, subiéndosela a Andrés para calentarle la cama, para que, por lo menos, el primer frío de la noche, fuera más soportable.

En el “terrao” de la casa del pueblo, en la última planta, se salaban los jamones de la matanza, estrujándole con el pulgar, el matarife, la vena por donde podía entrar la cagada de la mosca, poner los huevos, y pudrir el jamón. En el saladero, especie de estantería de obra, se disponían los jamones y se cubrían con abundante sal. De vez en cuando se les daba la vuelta hasta que estaban curados.

Sobre una tela se depositaban en el suelo de terrazo del “terrao” las manzanas del verano, principalmente camuesas, hermosas, de forma de pera y con brillos dorados, de muy buen sabor, que duraban hasta la navidad. Es una pena que la camuesa se esté acabando, pero es necesario, que entre todos la defendamos para lograr que no se extinga. Dicen, que en Cieza (Murcia), han sembrado varias hectáreas de camuesas para ver cómo se dan, y un día, leyendo Andrés una novela de los escritores rusos, vio con sorpresa, cómo en Rusia, en los tiempos del Zar, ya se cultivaban las camuesas. ¿De dónde eran las camuesas de Priego? ¿Quiénes las trajeron al terreno?

Era un gusto comer aquellas camuesas de las huertas de Priego, de la Vega, joyas que engalanaban las ramas de los árboles con sus mejores galas luciendo su hermoso dorado al sol. Árboles esbeltos, con sus ramas hacia arriba, al sol, y que disfrutaban dando a la gente su mayor tesoro, y que cargadas en canastas de la mejor mimbre, hacían su paseo final a lomos de los esforzados mulos camino del mercado, o de las casas de la gente.

Y con una poquita agua, sin cloro, de la Fuente del Rey, que salía por el grifo de la cocina de la casa de Andrés, un chorreón del mejor vinagre de Montilla, sal de las Salinas de la cabecera del Salao, trocitos de pepino, y, pedazos de camuesa, se hacía el mejor “gazpacho de jeringuilla” que los humanos hayan saboreado, y que colocado en una fuente grande, esmaltada, en el centro de la mesa, de él comían todos los de la familia, hundiendo sus cucharas, una y otra vez, en el pozo de la salvación del calor horrendo de los veranos caniculares.

CAPÍTULO III

Y por las noches, tarde, llegaba la hora de cenar, porque en Andalucía, lo primero y principal, es dar un paseo por las calles del pueblo todos los días, hablar con los amigos, tomarse una copita con una tapa en el bar, y después, para casita, a cenar.

Inés, con mucha diligencia, preparaba el arnafe llenándolo con carbón de leña, y para encenderlo, le echaba una torcía con trapos viejos y aceite del sobrante de las frituras, prendiéndolo con cerillas.

Y sopla que te sopla, soplaban de rodillas, con la boca casi hasta el suelo, hasta que lograba arrancar una débil llama que había que avivar con el soplillo de esparto, o, un trozo de cartón.

Mientras el carbón se ponía al rojo vivo, en la cocina se iban pelando las patatas, porque cada día se comían patatas fritas y huevos, ¡y nada de colesterol! porque aquellas patatas, y aquellos huevos, eran ecológicos, criadas con estiércol de caballo, las patatas, y los huevos engordando con hierbas, bichillos, y semillas, que las gallinas encontraban por el campo, picoteando de aquí para allá, y con los sobrantes de la comida como cáscaras de manzana, patatas, trozos de lechuga y tomate. Después vino el comer mierda, porque las patatas, las engordaban con abono, y las gallinas, ¡Dios santo! comían hasta sus propios excrementos, llamados gallinaza.

- Yo vi una granja, donde las gallinas eran alimentadas con gallinaza - dijo uno.

¡Qué ricas estaban las patatas fritas cortadas a tiras, fritas en aceite de oliva virgen extra traído del molino, y recién hecho, con su sabor amargo de la aceituna picuda! , ¡y qué color más doradito tomaban, las benditas, en la sartén, y qué tersura! ¡Y para disfrutar, las patatas de Machaco.

Las patatas fritas de hoy no se ponen tiesas porque tienen mucho abono.

Y si no se hacían las patatas fritas a tiras, se las cortaba a rodajas y se las freía en el aceite con unos ajitos que sabían a gloria. Si se les estrellaban unos huevos, y se les añadían unos pimientos, mejor que mejor, porque la “sopa” echada en aquel aceite, era digna del mejor alimento de los dioses. ¡Sopas de cuarterones!

¿Y qué decir de los huevos fritos en el mejor aceite que caía en aquella “santa balsa”, para nuestro deleite y satisfacción, conservando toda su yema, sin romperse, enseñando sus amarillas entrañas, y sus encajes finos rodeándolo, junto a unos tostones bien doraditos?

Eran aquellos días de juventud, días de estudio, y de paseo, a la caída de la tarde, de ir a jugar alrededor de la Fuente del Paseillo con los amigos, hasta que rendidos,

CAPÍTULO III

volvíamos a nuestras casas a buscar el sustento para recuperar fuerzas para el día siguiente.

En la escuela, de don Julián, no éramos muchos en el aula, todos niños, que obedecíamos ciegamente a nuestro querido maestro que premiaba nuestra diligencia, apuntándonos las notas en una cartilla escolar que llevaba nuestra foto, y que debía de ser firmada por nuestros padres.

Por las tardes, hacíamos caligrafía, con pluma de acero metida en el palillero, que mojábamos en el tintero que tenía nuestra mesa; tinta, que hacía nuestro maestro con polvos y agua de la fuente del patio.

Don Julián pasaba un ratito con cada alumno enseñándole cómo debía de coger la pluma para que la letra saliera hermosa. Siempre había un alumno destacado que merecía el elogio del noble maestro, y ése, era Callava, que escribía como el mejor de los amanuenses.

Algunas tardes, don Julián, hacía una olla de leche en polvo, de las que nos daba a cada uno un vasito, regalo de los americanos que estaban con España a partir un piñón después de que el General Eisenhower la visitara y arrancara al General Franco, algunas concesiones para montar bases en España.

Vinieron los americanos, y se ubicaron en Torrejón de Ardoz, y en Rota, bien pertrechados en la época de la Guerra Fría. España, a cambio, recibió reconocimiento internacional, entró en la ONU, y empezó a llegar mucho armamento, y algunos dólares; también enviaron unas partidas de queso de bola, que no fue tan usual, como la leche, en las escuelas. ¡No sé qué pasó con el queso de bola!

Un día, el padre de Andrés llegó a su casa por la tarde contando una historia en la que decía “que el mundo había estado a punto de saltar por los aires a causa de las bombas atómicas de los rusos y los americanos”. Y Andrés empezó a cogerle miedo a las noticias de la radio, y cuando su padre ponía “El Parte” de las dos de la tarde, se tapaba los oídos con las manos no queriendo oír noticias que hablaban de guerras, crímenes, y desastres. Creo que fue su primera depresión en la vida.

Porque problemas había todos los días, porque la vida era un puro problema para sacar adelante una casa con varios hijos; pero su padre de Andrés, hombre que leía cada día el periódico, y también novelas, muy trabajador, tenía claro que sus hijos no iban a llevar la vida que él había llevado, y decidió trabajar a destajo en lo que fuera, para, no sólo sacarlos adelante, sino lograr que fueran a Granada a estudiar, y obtuvieran un título, con el que triunfar en la vida.

Don Carlos era un trabajador nato en lo que se le presentara, y lo hacía muy bien, siendo muy apreciado por todos; no sólo sabía de contabilidad, sino que conocía a la perfección la fabricación del aceite, su análisis, la venta del mismo, el manejo de los cagarraches en el molino, el peso de las aceitunas en la báscula de la marca Pibernat que medía seis metros de largo, y que pesaba bestias y carga. Cómo le gustaba a Andrés balancearse en lo alto de la báscula y ver como la engrasaban de vez en cuando poniéndola a punto, de forma, que al abrir el pestillo de la romana que tenía, coincidieran el fiel de arriba con el de abajo. Además, aquella máquina imprimía un ticket con el total de los kilos de aceituna entregados en el molino que se le daba al encargado de la finca para que se lo llevara al amo.

El periódico venía al pueblo, atrasado, así que las noticias, cuando se enteraba la gente de ellas, ya eran viejas. El periódico que más se vendía, era el ABC, que lo traían al Bar Gasógeno, y los domingos, venía acompañado de Blanco y Negro, que en su casa, una vez leído, lo conservaban en un armario del terrado. Era muy interesante el Blanco y Negro, y en él aparecieron ilustraciones del pintor local Lozano Sidro.

En un lateral de la plaza de abastos había un kiosco en el que se vendía tabaco, y tebeos, novelas, de Marcial Lafuente Estefanía, que también alquilaban, y que le gustaban mucho a los albañiles, que disfrutaban de su lectura. Andrés, estaba suscrito semanalmente a los tebeos de El Capitán Trueno, en los que se narraban las aventuras del Capitán Trueno, de Goliat, y de Crispín, y, disfrutaba con ir a esperar los viernes por la tarde el ejemplar correspondiente que traían de Correos. También vendían las aventuras de Roberto Alcázar y Pedrín, Azañas Bélicas, y otros, en aquel kiosco.

Y en el Torrejón, a la entrada de la calle, había un pequeño kiosco que alquilaba novelas a los que se lo solicitaban; muchos de ellos, albañiles, También, allí, por la noche, había un hombre que en un canasto grande con un asa en el centro, vendía garbanzos tostados, y pipas, y no se iba a su casa hasta que no terminaba la mercancía. Los garbanzos los tostaban en lecho de yeso, ¡y estaban tan ricos! Y en la Cruz de la Aurora, al lado de la taberna de Miguel, una mujer muy mayor, también vendía cosillas a los niños, que hacían sus delicias. Aquella mujer, no podía abandonar el puesto, ¡la pobre! así, que, cuando le venía la gana de hacer pipí, se colocaba sobre una arqueta del desagüe de la calle, ¡y allí, de pie, se lo hacía! Y los veranos, “Machaco”, el rey de las patatas fritas, pregonaba por parques y jardines sus patatas, “Patatas Machaco”, ¡qué ricas y tiesas! Debajo de la torre de la Cruz de la Aurora tenía su puesto un minusválido al que llamaban Miguelón, que vendía tabaco, mecheros, piedras para los mismos, torcías, pipas, y algunas cosillas con las que se ganaba la vida. Miguelón era muy simpático y trataba muy bien a los niños. Y muchas veces les daba cosas gratis. El kiosco de Miguelón era de madera y latón, y al lado de la puerta dejaba el carrito en el que llegaba hasta el mismo. Muy amigo suyo era un hombre que fumaba mucho, y que le compraba tabaco, y que a Andrés le llamaba la atención porque tenía una pata de palo que se la ajustaba a la rodilla con unas gomas. Un día Miguelón regaló a Andrés un mechero viejo de los que tenían en la panza un depósito de algodón que se cargaba con gasolina. Andrés se puso muy contento porque quería saber lo que era eso de fumar. Así, que, se fue a La Cubé a por mocos de noguera y se hizo un cigarrillo liándolo con papel de una servilleta. Bajo los álamos de La Cubé, para que no lo viera nadie, encendió el mechero, y le pegó fuego al cigarro que levantó una gran humareda. Inspiró fuerte para adentro, y cuando el humo de los mocos de noguera llegó a los pulmones, la sensación que experimentó Andrés, no fue muy halagüeña, pensando, que el tabaco no era lo suyo.

CAPÍTULO IV

No quería don Carlos, padre de Andrés, que sus hijos, en las vacaciones, andaran perdidos por las calles del pueblo, aburridos, y, apedreando perros, como vulgarmente se decía, por lo que, cuando don Joaquín, el maestro, llegado el momento de descansar, él, y también, los alumnos, les buscaba un trabajito con el que estar entretenidos durante el verano.

Era el Dani, un hombre de edad, pasados los cincuenta, de pelo blanco, alto y simpático, muy jovial y dicharachero, que estaba casado con Sole, guapa, de carácter muy agradable, que ejercía de practicanta sin título, poniendo en su casa del Torrejón, inyecciones a quien las necesitaba. Antes, Sole y Dani, habían vivido en una casita de la Virgen de la Cabeza.

Dani, era de profesión, maestro capachero, y hacía capachos para los molinos de aceite que se los encargaban, antes de que empezara la campaña de la molienda.

Y, en un amplio salón, viejo y destartado del molino, en lo alto del vetusto caserón, hacía los capachos, de uno en uno.

Sobre la pared, a una altura de noventa centímetros del suelo, se clavaba un grueso clavo sobre el que giraba una rueda de madera de encina, en la que se metían unos radios de hierro, entre los cuales se tejía el capacho, sorteando la cuerda de esparto, fina, entre los radios. Una vez, alcanzada la altura requerida por el mismo, el tejedor lo descolgaba del clavo y lo ponía sobre la mesa de Dani que iba sacando los radios, uno a uno, mientras metía por el hueco que dejaba el alambre, una tiranta de esparto gorda, que lo dejaba cosido y listo para su uso en el molino.

La vida en la capachería, era monótona; interesaba hacer cuantos más capachos, mejor, porque el maestro Dani, y los tejedores, cobraban por docenas de capachos que hicieran.

El molino ponía el material, y Dani, la mano de obra.

El esparto, al que llamaban tomiza, venía en paquetes redondos para tejer el capacho, y en madejas, para las tirantas.

Las tirantas se liaban entre dos clavos paralelos en la pared, y, alcanzado un cierto grosor, se cortaban con una hoz. Allí se empleaban los hijos de don Carlos.

Y, para romper la monotonía que la confección de los capachos llevaba consigo, sólo alterada por las explosiones de los cohetes, que de vez en cuando atronaban el aire, anunciando los Domingos de Mayo, algunas ceremonias religiosas, la llegada del predicador para la misa del domingo en San Francisco, la primera misa de un nuevo

CAPÍTULO IV

sacerdote cuya bandera se colgaba en lo alto de la Torre de la Parroquia de la Asunción, o la elección de don Manuel Mendoza como Procurador en Cortes.

Dani, el maestro capachero, hacía trucos de magia para entretener algo al personal, con la aguja de coser los capachos.

Cuando el ambiente se volvía tenso, o saltaba alguna chispa entre los tejedores, pequeñas riñas, de yo corro más que tú, etc., o por la impotencia de llegar a tiempo de entregar la faena cifrada en docenas de capachos, Dani, el maestro capachero, daba unas palmadas, y los oficiales se agrupaban en torno suyo.

- ¡Vamos a ver qué truco hace hoy! decían.

Y, el maestro capachero sujetaba la aguja de coser los capachos, fuertemente, colocándosela cerca de la oreja, a la vez que hacía grandes esfuerzos para que el auditorio se fijara atentamente en la aguja, que tras frotarla varias veces con la mano, empezaba a echar gotas de agua sobre la punta; lo que se dice, sudar...

Los tejedores aplaudían a rabiar el nuevo truco, porque no se explicaban cómo una aguja podía echar agua por su punta, a base de presionarla, y ellos, que hacían lo mismo, no conseguían que saliera ni una gota.

Andrés, observador minucioso, analista, atento a los más extraños movimientos que el maestro hacía, se dio cuenta en una ocasión, que, el Dani, pasaba discretamente su mano, sobre la oreja derecha...

- El Dani tiene un algodón empapado de agua detrás de la oreja- gritó Andrés.

El maestro capachero palideció; quedó mudo, atónito, al haber sido descubierto el truco de magia, por un novato, jovencillo, que comenzaba a ir a la escuela de la calle Alta, donde ejercía de maestro don Joaquín, que estaba casado con doña Victoria, y que además de enseñar a los niños los contenidos básicos de la enseñanza, para ayudarse económicamente, porque el sueldo que sacaba no era muy holgado, en una sala contigua, a la que enseñaba, criaba pollitos en una incubadora.

Andrés estaba preparado para responder a la reacción de Dani, el maestro capachero, y, antes de que Dani, estallara en un golpe de furia, se acercó a las escaleras, para emprender la huida, en caso de necesidad.

- ¡Niño sabiondo! Me cago en mis mulas! ¡Como te pille! -

Y, Dani, el maestro capachero, soltó lo que estaba haciendo, ¡magia! y salió corriendo escaleras abajo, tras Andrés.

Pero Andrés, cuando vio cómo le mudaba la color a Dani, el maestro capachero, el mago descubierto por un niño, bajaba más deprisa las escaleras, que Dani, el maestro capachero.

- Andrés, ¿dónde vas tan corriendo?- le dijo su padre, don Carlos.

Pero la cosa no estaba como para detenerse en mitad de las escaleras porque el señor del esparto y la tomiza, el rey de las tirantas, el rompe corazones de la rueda con alambres de hierro, con la bola de siete pinchos en sus manos, venía tras él, como perro que hubiese sido escalfado.

Andrés, como era la hora de comer, se fue para su casa, y, al entrar, su madre, doña Rosario, que vio cómo su hijo venía "afogado", le preguntó:

- ¿De dónde vienes? ¿Qué te ha pasado?

- Dani, el maestro de los capachos, al ver cómo yo había descubierto el truco de magia ante los oficiales, ha montado en cólera y me quería dar con la bola de los siete pinchos de Goliath.

- ¡Ay con tu imaginación! Vas a tener que dejar de comprar tebeos en la Huerta Palacio! -

Y doña Rosario, dándole un beso, le dijo “que se lavara las manos porque vamos a comer”, y con las manos sucias entraban muchos microbios dañinos para el cuerpo.

Y estaba en ello, Andrés, cuando hasta el fondo del patio, y desde la calle, se escuchó un gran vocerío, gritos de gente que pedía auxilio.

- ¡Socorro! ¡Socorro! Llamen a la camilla!

En casa de don Carlos habían puesto hacía pocos días el teléfono, de la Telefónica, que era la única compañía de teléfonos que había, por aquel entonces. Así, que, llamó al ayuntamiento, y se puso un guardia municipal, que preguntó a don Carlos “qué pasaba”.

- Una mujer, está en el fondo del Adarve, junto al cesnaor. ¡Dicen que se ha tirado! -

- Mandamos la camilla con dos camilleros -.

El campo estaba mudo, silencioso, y ni las hojas de los árboles se movían. Y, el sol, tibio, había disminuido su fulgor, cubriéndose con las nubes, que tristes, empezaban a gemir soltando lágrimas. Las higueras bravías, que salían de las paredes del precipicio, habían hecho un esfuerzo para detener su caída, pero fue en vano. Un suelo húmedo contuvo su caída; el suelo que le había de servir de tumba.

- ¡Esta mujer está muerta! Llamen al juez!

Después, una vez que el juez levantó el cadáver, los camilleros la pusieron en la camilla, que era de lona basta, sujeta por dos palos, y colocándose en los varales, la subieron hasta el Paseo de Colombia.

No cabía ni un alma en el recorrido por el que pasaba el triste cortejo con la pobre mujer muerta.

Muchos curiosos habían acudido al Adarve para saber quién era la mujer muerta, y los balcones del Adarve, por los que pasaba el cortejo triste, estaban repletos de gente del pueblo de Priego; o, sea, de prieguenses.

Andrés, sentado en la puerta de su casa, en el escalón de la entrada, de caliza, comía plenteramente un “joyo” de pan de cantos, y un puñado de habas frescas traídas del campo. Su madre, tan atenta siempre con los suyos, fue hasta la despensa, y, alcanzando un salchichón, gordo, de Vich, con un cuchillo, le partió varias rodajas para que no se comiera el “joyo” tan solo.

Desde hacía bastante tiempo, las salchichoneras de Vich, empresas dedicadas a la fabricación de embutidos, compraban los mulos, ya, viejos, que no servían para las labores del campo, y un vecino de Almedinilla, camionero, muy querido por todos, que después moriría aplastado contra una pared, por un camión, era el encargado de llevar tan triste carga hasta las fábricas de sacrificio, despiece, y, elaboración de los

CAPÍTULO IV

embutidos. Fueron muchos miles de animales los que fueron deportados hasta las fábricas de exterminio catalanas.

Comía Andrés plácidamente en la puerta de su casa el “joyo” de aceite, de un canto, de pan de kilo, con las habas de la Torre de los Olivares, lo que le sabía a gloria celestial.

- Toma, Andrés, unas ruedas de salchichón- le dijo su madre, y te las comes, para que acompañen al “joyo”.

Y Andrés, saboreaba cada bocado que daba al pan, cuando vio venir, allá a lo lejos, por el fondo del Paseo, el triste cortejo, encabezado por los familiares de la pobre mujer muerta cuyos componentes venían dando grandes gritos, ante lo que consideraban una muerte anunciada, que se podía haber evitado.

Andrés, apartó hacia un lado el “joyo” de aceite, y lo que le quedaba del salchichón de burro de Vich, cuando pasó, ante él, el cadáver de la pobre mujer, a la que Dios haya perdonado, y castigue fuertemente, a los que la empujaron hacia ese triste destino, y, que cubierta por una sábana, dejaba ver sus brazos al desnudo, que se balanceaban a la par del movimiento de la camilla.

- ¿Te has comido el salchichón?

- No mamá; lo he aborrecido para el resto de mi vida.

CAPÍTULO V

Había sido aquel año, un año muy lluvioso; y hasta había salido el Duende de la Milana, que atrincherado en su castillo, con una sola ventana, rugía como una fiera cuando sacaba de lo más hondo de sus entrañas las aguas que iban a alimentar el venero de la Fuente de la Milana, engordando el caudal, que por medio de los olivares, corría cantarino saciando la sed de las plantas en sus orillas, y la de multitud de pajarillos.

- ¡Qué buen año de agua!

Y don Carlos, que en épocas de sequía se asomaba una y otra vez a la calle a través, de la ventana de la salita de su casa, ya no decía aquella frase angustiosa dirigida a un Dios que parecía dormido ante las súplicas de sus devotos: ¡Dios mío! ¿qué te hemos hecho?

Y después se enchufaba la televisión donde daban el telediario, con don Mariano Medina, que explicaba sobre el mapa cómo iba a ser la evolución del tiempo en las próximos días.

- Andrés: ¿Nosotros en qué parte de Andalucía estamos, en el centro, o, a la izquierda?

Papá: ya se lo preguntaré a la señorita María Antonia, que seguro que lo sabe. Todavía no hemos estudiado Andalucía, y a lo que nos dedicamos cada día, es, a estudiar las comarcas de España, y sus poblaciones.

- Pues es menester que la señorita, doña Antonia, os enseñe estas cosas, para que cuando seáis mayores, podáis dirimir razonablemente.

Mucha gente, al oír los rumores sobre el reventón del Duende de la Milana, se acercaban hasta sus mismos pies, de roca caliza, y, allí, se acaloraban hablando y hablando, y tenían que gritar para entenderse por el ruido del agua que salía de las fauces del monstruo montaño.

- El año que viene monto guardia ante los pies del Duende, y lo veo rugir cuando deje escapar de su garganta las aguas que quieren ahogarlo, decía uno.

- Que pena que estas aguas se pierdan lamentablemente en el río, sin que se aprovechen. Podrían servir para regar muchas huertas.

Y vale que sí sirvieron las aguas, porque por la decisión del párroco de la Asunción, don Manuel, hombre habilidoso, y muy activo, se construyó, en terrenos más abajo, un gran parque de ocio, con cafetería, piscina de dimensiones olímpicas, y zonas para recreo y solaz de los mayores, y de los niños.

CAPÍTULO V

Tras el correr del tiempo, aquellos terrenos, y centros de ocio, volvieron al pueblo.

Y qué bien que se lo pasaba el Duende de la Milana, tan solo todo el año, aburridísimo, sólo recibiendo la visita de aves de rapiña que osaban posarse en la misma boca del monstruo, que cuando le daba el retortujón de barriga, enervaba sus intestinos calcáreos hasta echar por sus fauces un caudal de agua sobrante, y almacenado, a base de albergar en su barriga las escorrentías de las aguas que osaban contradecir las reglas de la sequía.

Y cuántas cosas sabía el duende de la Milana de las gentes de Priego que las contaban en sus pies en tardes de paseo, él vigilante solitario de una carretera, donde algunos cogían los coches para ir en busca de amores fraudulentos cuando las verdaderas delicias las tenían en su casa.

- Don Rafael, cómo le corto el pelo, decía Pepe, el barbero.
- Déjame lo atusado, que a mi novia, no le gusta el pelo largo.
- ¿Pero qué novia?
- La de Cabra.
- Ah!

Y allá, que, al atardecer, cogía al chófer y le decía que preparara el coche, el Citroen- policía, el que había comprado a unos malagueños una vez que una operación de telas, le salió muy que requetebién.

- Toma quinientas pesetas y le llenas el depósito, porque vamos a ver a donde vamos esta tarde. Dile a tu mujer, que volveremos ya bien entrado el sol de la mañana.

Cuando el Duende de la Milana veía pasar por la tarde, por la carretera, el Citroen- policía, decía con sorna: ¡dónde irán estos dos pájaros!

Ah, si el Duende hubiese podido hablar, la de cosas que se podían haber evitado, cuantas separaciones y amarguras por parte de sinvergüenzas que engañaban a sus mujeres con otras de mala calaña.

Algunos de aquellos pájaros, que dejaron el buen nido que tenían en el pueblo, entregaron su vida al asfalto, al transitar en malas horas por carreteras dificultosas.

Después, sus pobres mujeres, los lloraron como si no hubiese ocurrido nada.

Y ellas, tan buenas, los esperaban hasta altas horas de la noche, sentadas al fresco, en las butacas que se sacaban en las puertas de las casas del pueblo para huir un poco del calor que azotaba las casas en los días veraniegos.

Y, cuando los veían venir, a lo lejos, al principio de la calle, salían corriendo con las butacas hacia el interior, metiéndose en la cama. Después, la conversación, siempre era la misma:

- ¿Dónde has estado? Te fuiste sin decirme nada.
- Fuimos a Málaga a vernos con unos clientes que querían comprar una partida de patén. Pero no se presentaron y nos alargamos a algunos pueblos para ver si había suerte y endosábamos la mercancía.

La mujer, sabiendo que lo que le contaba no era verdad, callaba, y a la mañana

siguiente iba a la parroquia y pedía confesión al señor cura:

- ¿Cuánto tiempo hace que no te has confesado?

- La semana pasada fue la última vez ¿No se acuerda señor cura que estuve aquí después de doña Manuela?

- ¡Sí!

- ¿Y de qué te acusas, hija?

- Bueno, no es que me acuse de nada en particular, sino que quiero acusar a mi marido.

- ¿De qué lo acusas?

- De libertino y sinvergüenza que anda con mujeres malas, de esas que fuman en pipa.

- Ten paciencia hija mía. Dios hablará al corazón de tu marido y hará que vuelva al redil. Reza en penitencia cinco Padrenuestros y tres Ave Marías, y ahora, te voy a dar la absolución.

- La penitencia, que la rece él, y cuando venga, la absolución se la da también a él, porque el delito, lo ha cometido él, y no yo.

Y las abundantes lluvias, de aquel año sobre los campos de olivos dieron una abundante cosecha de hermosas y lustrosas aceitunas, de las que se obtuvo un aceite de gran calidad que se lo disputaban los grandes almacenistas, y, con el que esperaban obtener un gran beneficio con su venta.

Y, es, que el aceite de oliva de Priego gozaba de gran fama; no sólo dentro de España, sino que trascendía nuestras fronteras, obteniendo los primeros premios en los certámenes internacionales en los que lo presentaban.

Desde Priego, y desde sus almazaras, se enviaban a los mercados muestras del aceite de la cosecha del año, en botes de vidrio tapados con corcho, y, debidamente lacrados. En las etiquetas se anotaban sus características alimenticias, la cantidad disponible del mismo, graduación y sabor, y que luego se venderían al mejor postor, local, o foráneo.

Y daba gusto ver cómo don Carlos ataba el botellín de cristal a una larga cuerda con la que lo sumergía en el trujal del aceite para sacar una muestra para su análisis; antes, se lavaban los vidrios con un buen jabón, varias veces, y se secaban para evitar que este aceite se contaminara con restos del de la cosecha del año anterior.

Una vez extraídas las muestras se anotaba su ubicación en el molino, y se le añadía la graduación, así como la cantidad disponible del mismo.

Don Carlos iba combinando el aceite con los reactivos propios del análisis, lo agitaba todo fuertemente, y cuando el aceite obtenía el color característico, anotaba en la etiqueta la graduación, que cuanto más baja fuera, mejor sería el precio que se conseguiría por él en el mercado del aceite. Daba gusto ver cómo don Carlos peleaba con los disolventes para sacarle una décima menos a aquel aceite afrutado de aroma celestial que él paladeaba antes de proceder a su análisis. Después se le ofrecía a los almacenistas para que ofertaran por el mismo.

CAPÍTULO V

Y los aceites de Priego se vendían en diferentes sitios; muchas veces, la adjudicataria, era la empresa de don José Luis Gámiz, el prócer y benefactor de la cultura local, director del Adarve durante muchos años, y, que tenía el almacén en la Huerta Almarcha, donde un día se llegó a montar un cine de verano que proyectaba sus películas en una gran pantalla a la luz de la luna. Allí se vieron durante muchos años, muy buenas películas cuyos rollos en lata traían en la Alsina, de la distribuidora. Eran rollos de celuloide, extensos, encerrados en cajas, y que pesaban un montón. Cuando la cinta se rompía durante la proyección, había que pegarla con acetona, teniendo cuidado de que no ardiera, y el sobrante, algunos fotogramas, positivados, eran muy apreciados por los chiquillos del pueblo que disfrutaban viendo a los grandes del cine a través de la luz.

Había un cine de verano en la calle Alta, debajo de la escuela de don Joaquín, en el que pasaban películas durante la semana, y en el gallinero, una terraza en la parte de atrás del cine, allí se subían los mocetones del pueblo donde andaban a sus anchas durante la proyección de la película.

Un día, durante la proyección de la película de Antonio Molina, “El Pescaor de Coplas”, que no era del gusto de los que ocupaban el gallinero, algunos gamberros de las Caracolas, creciditos, empezaron a hacer volar las sillas hasta la parte principal del cine, por lo que tuvo que intervenir el acomodador para que los males no llegaran a peores, advirtiendo, que si no cesaban en su actitud, llamaría a los guardias municipales para que pusieran orden.

En el cine del Palenque, con sus palcos, donde cabían varias personas, y a donde se subía por unas escaleras, estaba de vendedor de las entradas el señor Millán, padre de varias niñas, y, algunos niños, y, los domingos, después de la misa de doce en la Asunción, Millán, abría la puerta de la taquilla, que era una ventanita pequeña que daba al exterior de la calle, y, desde allí vendía las entradas, muchas de las cuales, las mejores, estaban ya reservadas a los suscritos, cuando le tocaba el turno de pedir, a Andrés. Aquel cine, era una joya. ¡Jamás debieron de haberlo tirado!

Otro cine de invierno era el cine-teatro Victoria, de arquitectura modernista, que marcó un hito en la cinematografía local, pasando por sus escenarios los artistas más importantes del momento, así como las películas de más éxito. En ese cine estrenaron los Diez Mandamientos, del gran director de cine, Cécil B. de Mille, de varias horas de duración, que fue un hito en la historia del cine, ya que se utilizaron los últimos adelantos de la técnica del cine en el rodaje, actuando miles de extras. La gente se estremecía cuando Moisés, acosado por los egipcios, extendía su cayado sobre las aguas del Mar Rojo abriéndose un gran camino por el que pasaban los judíos sanos y salvos, y, cuando los egipcios se dieron cuenta, atravesaron las aguas con sus carruajes, pero Moisés extendió el cayado sobre las aguas, y se cerraron, muriendo muchos egipcios, muchos animales, y hasta el mismo Faraón de Egipto. La gente aplaudía a rabiar cuando los buenos se escapaban del acoso de los malos.

Los aceituneros seguían cogiendo durante los fríos inviernos las aceitunas de los olivos, que se aferraban con tesón a la madre que las había criado, y, había que despegarlas de las ramas con un corto varillo, teniendo en cuenta no dañar mucho los bajos del olivo, las haraperas, donde se escondían los “alicuécanos” y los zorzales, en las malas noches de lluvia y viento para resguardarse del temporal.

Para cazarlos se ponían lazos en las ramas, de pelo de caballo, en los que caían los

pobres pajarillos, que luego, se ofrecían, atados por el pico, en pañetas, a los dueños de los bares que los vendían a sus clientes, que los tomaban con vino, bien fritos. ¡Era un manjar exquisito! Y hubo muchos bares que se hicieron famosos por lo bien que los preparaban! Y, a ellos, llegaban gentes de todas partes para dar buena cuenta de los jugosos y sabrosos zorzales.

Otra forma de cazar los zorzales, era colocando una trampa, semienterrada, en los pies de los olivos, con una aceituna, o una alúa, ante la cual sucumbían los pobres pájaros que morían entre terribles dolores atrapados por aquellos artilugios de gran fuerza.

Los olivos eran bastante grandes; algunos eran de gran corpulencia, y algunos decían, que tenían más de trescientos años de vida, y para alcanzar las ramas más altas, pobladas de orondas aceitunas, había que tirar de largas varas, de varios metros, para arrancarlas, una a una, dándoles palos, hasta que saltaban al suelo.

Y las mujeres, con las rodillas en la tierra, cogían las aceitunas que caían de los árboles al suelo, una a una, arrancando con los dedos, o con un palillo, aquellas que estaban pinchadas y semienterradas en la tierra por efecto de la lluvia.

Era un trabajo muy duro, en el que la gente tenía que protegerse del mal tiempo con ropa de abrigo. Algunos vareadores eran dicharacheros, y contaban historias y chistes, con las que se distraían durante el trabajo los aceituneros.

En lo alto de las ramas se oían los jilgueros cuando el sol calentaba algo más el ambiente, y los grajos, en lo alto de las sierras, emitían graznidos a la búsqueda de algún animal muerto.

A la hora del mediodía se paraba para comer, y cada uno buscaba el mejor sitio para hacerlo, sacando de la talega las viandas que iban a ser consumidas, mayormente pan, embutidos, tocino, habas del terreno, si las había, y, una “damajuana” de agua para quitar la sed. Después se descansaba de la tarea unos minutos para hacer una pequeña siesta, tras la cual se avivaba la faena, se cargaban los sacos de aceitunas en los mulos, pasándolas antes por la zaranda para quitarle las hojas, la tierra, y las piedrecitas, y, después todos para casa iniciando el camino de vuelta entre los olivares hasta la almazara.

Las compañías de teatro, y los cantantes de actualidad, aparecían en el pueblo cuando sabían que los aceituneros tenían algo de dinero y habían cobrado del señorito, y como había “alegría”, porque se ganaba algo, los aceituneros iban al teatro a verlos, disfrutando de lo lindo de las representaciones teatrales y de las canciones de los mejores cantantes del momento.

Al día siguiente, en el tajo, había comentarios de todo tipo sobre los cantantes, algunos de los cuales, eran emulados por los aceituneros, con más o menos acierto.

Las películas se anunciaban con tiempo en las carteleras que los cines ponían en algunos lugares de la ciudad, y, para las más importantes, se repartían propagandas muy bellas que más tarde harían las delicias de los coleccionistas, alcanzando algunas, bastante precio.

Los empresarios de los cines del pueblo, cuando la clientela escaseaba, ofertaban “funciones féminas”; dos películas, al precio de una, que eran muy del gusto de los aficionados al cine.

CAPÍTULO V

Un año de aquellos hizo su aparición por Priego una compañía de teatro, teatro YuKi, que instaló una carpa junto al Castillo. En aquel teatro de lona, durante varias semanas, los actores representaron la “Pasión y muerte de Nuestro Señor”, a la que asistió Andrés.

- Toma, Andrés, dos pesetas para la entrada, y te vas al teatro, que me han dicho que hacen una obra de teatro de Jesucristo. ¡Seguro que te va a gustar!

Andrés disfrutó de lo lindo con la representación de la Pasión, porque aquellos actores, sin fama, le ponían tanto amor a su trabajo, que cuando a nuestro Señor Jesucristo lo llevaban preso, camino de Pilatos, le pegaban unos vergajazos que tenían que dolerle sobremanera en sus doloridas carnes al actor que protagonizaba al Señor.

- ¡No le peguéis! se oía entre el público, cuyos gemidos de dolor llenaban la sala ante el silencio del auditorio.

Andrés, también lloró, y bastante, muy dolido con aquellos sayones que golpeaban a Jesús, un inocente cuyo único delito había sido proclamarse Rey de los Judíos ante el miedo de Herodes, a que aquel advenedizo le quitara el poder que había conseguido con gran esfuerzo.

Con la bonanza económica del momento, algunas personas compraron fincas en el pueblo, y desconocedoras de las labores tradicionales de la recolección de la aceituna, y, sin hacer caso a los “aperaores”, entendidos en la materia, comenzaron una nueva técnica de recogida que supuso un beneficio y alivio para los olivos.

Ya no se les pegaba con el varillo, ni con las varas de varear, a los olivos; ahora, se ponía una escalera junto a ellos, y se cogían las aceitunas a mano, una a una, lo que se llamaba “odeñar”. Decían estos nuevos agricultores, que así, el olivo sufría menos, y que la recolección para el año próximo sería mucho mayor.

Pero estos nuevos próceres del olivar fueron grandemente criticados por los tradicionalistas que se oponían a estas nuevas técnicas de la recogida de la aceituna, que empleaban a gentes de dudosa reputación en el pueblo, que dejaban que se llevaran los transistores al tajo para oír música mientras trabajaban, y, que, el señorito, a la hora de la comida, les subía la cesta hasta el campo, y, los agasajaba, grandemente, en su casa, cuando volvían del trabajo.

- ¡A dónde vamos a llegar! Habrase visto!

Cada vez se hablaba más de la importancia del aceite de oliva para el cuerpo humano y del efecto protector que ejercía contra las enfermedades del corazón, así, que, el aceite de oliva tenía un horizonte muy esperanzador de cara al futuro, y para la comercialización fuera del pueblo, por lo que no era difícil ver los enormes camiones entrar en los molinos de aceite para cargar en sus cajones grandes cantidades del mismo.

Venían camiones al Molino de la Purísima, de todos los lados, y los del país vasco, cargaban “antolillas” de doscientos kilos, las cuales subían hasta el cajón del camión sobre dos grandes palos de pino que iban desde el suelo hasta el mismo. Desde arriba, dos hombres tiraban con cuerdas de ellas, que rodando, se iban apilando hasta completar la carga. Y, si por mala suerte, alguna antolilla se salía de los raíles de madera de pino, el vasco camionero prorrumpía en grandes gritos contra el Creador; tanto, que había que taparse los oídos. Blasfemias tan grandes no se habían oído en la

historia de Priego, ni tan cerca del Padre de Priego.

Otras veces, los bidones de chapa de quinientos kilos, cargados de aceite, tenían que ser izados hasta los camiones por medio de cuerdas, y con unos cuantos bidones de aquellos, ya estaba el camión con su carga al completo. Llamaban la atención de los viandantes los gruesos aros que rodeaban estos grandes bidones, y sobre los cuales se desplazaban más fácilmente.

Una vez realizada la carga del aceite en el camión se procedía al pago del aceite mediante un talón que traía el camionero debidamente conformado por el banco.

Una vez llegaron a cargar aceite en pellejos de piel, cosa rara, y algo repugnante, por el aspecto sedoso de la piel, y por las diferentes formas que adoptaba el aceite al depositarlo sobre el suelo.

Más tarde aparecieron en el molino las grandes cisternas que cargaban varias toneladas de aceite en su vientre, y que lo subían hasta la misma mediante una bomba eléctrica. Estas bombas tenían unas mangueras muy largas que se introducían en el trujal donde se alojaba el aceite, cuidando de que no llegasen hasta el fondo, so pena, de que aspirasen los piscos que se depositaban allí, enturbiando el aceite fino y puro.

Y, para el consumo de los propios cooperativistas, la cooperativa disponía de cacharros denominados “zafras”, las cuales cargaban varias arrobas de aceite. Era costumbre que los socios de la cooperativa se llevaran aceite del molino, a cuenta de las aceitunas que habían entregado durante la campaña de la aceituna, cuyo valor, se descontaba de la liquidación que los socios recibían del molino, al final de la campaña, cuando ya el aceite se había vendido todo. El aceite se vendía al mejor postor, y el orujo, se llevaba a la extractora que había en el camino de los Prados, cerca del cementerio, cuyo dueño era el doctor Pedrajas, donde le sacaban al orujo, por medios químicos, el aceite que llevaba disuelto, que se utilizaba para la alimentación, con el nombre de aceite de orujo, o para la fabricación de cosméticos, y otros productos.

Cada mañana llegaba al molino un camión que cargaba su tolva, de orujo humeante, y caliente, y que se había sacado de la molienda de la noche; por la tarde, se volvía a repetir la operación, nuevamente. Parte del orujo se quemaba en los chubeskys, que eran estufas pequeñas, que calentaban el ambiente. Estos chubeskys se ponían al rojo vivo, y sobre su tapa, Andrés calentaba el mollete que luego metía en la alberquilla de aceite, casi ahogándolo. ¡Qué rico!

También disponía el molino de una gran caldera de agua caliente; caldera, en la que había que tener muy controlada la presión, porque si se subía demasiado, podía dar lugar a una explosión que podía acabar con la vida de la gente. Era un aparato muy peligroso que no gustaba mucho a Andrés, que no solía acercarse a él; sólo le atraía su manómetro con una aguja que se acercaba peligrosamente a la zona de peligro: ¡la zona roja!

Algunas veces venían al molino los italianos, con sus camiones, que cargaban de aceite, que llevaban a su país; después lo vendían en América, con el etiquetado, “Made in Italy” ¡cuando era aceite español, criado en tierras españolas!

También se le vendía aceite a la casa Carbonell, de Córdoba, del que decían las malas lenguas, que era aceite para los comunistas de Rusia, que tanto daño habían hecho a España durante la Guerra Civil apoyando al bando contrario a Franco.

CAPÍTULO V

Pero el comercio, como el fútbol, no tenía corazón, ni sentimientos, y el aceite, se vendía para ganar dinero, y no para hacer política. Alguien trató de averiguar a dónde iba el aceite que se le vendía a Carbonell, pero la cosa quedó, solamente, en un deseo, pero no en una acción que se llevara a cabo hasta el final, y que podía malograr una venta, en caso de descubrirse, que el destinatario, era la Rusia comunista.

Cuando España jugó al fútbol con Rusia, alguien dijo, “que si los españoles ganaban a los rusos, éstos, serían fusilados”.

Era el aceite un producto muy caro para los extranjeros, teniendo que soportar el mismo el coste del transporte a países lejanos, y decían, que en Alemania, el aceite de oliva, se vendía en las farmacias de aquel país, en botecitos, carísimo, para usos medicinales. Mientras que, en España, el aceite se compraba en botellas, o, se sacaba en las casas, del bidón del aceite, con una cubeta pequeña que se metía dentro de él. Ese aparato, cónico, lo tenían en los molinos para vender el aceite a los particulares, que iban a comprarlo, y era una unidad de medida que se echaba en los cántaros de arroba y media.

Todo el aceite que se usaba en Priego, para cocinar, era de oliva, y no se conocía, por aquel entonces, otro, que no fuera éste. Los joyos se comían con aceite, las frituras se hacían con aceite; ¡todo se cocinaba con aceite!, el salmorejo, el gazpacho, el gazpacho de jeringuilla, la mayonesa, los tejeringsos se freían en una honda sartén con aceite de oliva, las magdalenas, las patatas fritas, el pescado estaba riquísimo frito en aceite; en la cocina se cocinaba con aceite de oliva, el queso de cabra, se metía en aceite de oliva un tiempo, y pasado éste, una vez endurecido, se sacaba de la orza, y se comía cuando había tomado un sabor a añejo característico; y mejor, si se le echaban unos ajos, y unas ramitas de romero; incluso, si dolían los oídos, unas gotas de aceite tostado metido con un algodoncito, eran suficientes para mejorarlos. El aceite de oliva, una vez prestado su servicio, seguía ayudando al ser humano, pues, debidamente mezclado con sosa cáustica, y grasas de tocino, se convertía en un exquisito jabón para lavar.

Don Carlos tuvo una fábrica de jabón, al lado de la calle Tostao, muy cerca de la Notaría, y allí, hacía jabón en unos grandes depósitos. Una vez cuajado, se cortaba en barras con un artillugio formado por unas guías y un alambre.

Más de una vez, Andrés, estuvo en aquella fábrica de jabón, a cuyo lado, en un patio vecino, había una gran higuera, que llegado el verano, daba unas brevas grandes y hermosas, dulces como la miel. Pero las brevas tenían un inconveniente: había que subir al tejado para cogerlas, y había que aprovechar que el vecino no estaba en su casa, para echarle el guante a unas cuantas brevas.

- ¿Qué hacéis ahí, ladrones? ¿Qué hacéis con mi higuera? - gritó el dueño un día en que Andrés tenía ganas de brevas.

Descubiertos los ladrones, y como no desistieran de su actitud, el dueño de la higuera, entró en su casa, y salió armado con una escopeta de caza, que apuntó al ladrón que estaba en el tejado. ¡Se acabaron las ganas de brevas!

Porque lo mío no es de los demás, y lo tuyo es mío - como decían los comunistas. Porque aquel vecino, venía muchas veces a casa de don Carlos a por jabón, que don Carlos, por la vecindad, no le cobraba. Pero a partir de aquel día, se acabó el jabón gratis para el vecino, y las brevas gratis para nosotros.

Por la Cruz de las Mujeres, en los olivares, había algunas higueras que los vecinos de las casas que llegaban hasta cerca de ellos, vigilaban celosamente, y cuando veían que estaban a punto, ¡zas! y se los llevaban. Jamás don Carlos, ni su hijo Andrés, lograron catar ni un solo higo de aquellas hermosas higueras. Las brevas eran grandísimas y hermosas; tal era la cuestión, que entradas ganas de brevas a Andrés, le dijo a su padre, un día:

- Papá: ¿Por qué no vamos a casa del Mellizo a comer brevas de la higuera grande?
- Mañana te llevo, le contestó su padre.

Así, que, a la tarde siguiente cogieron el camino de la Cruz de las Mujeres para ir a casa de Pérez, que era un hombre mayor, que tenía un hijo fuerte y robusto, que se había casado por un día.

- ¿Qué se había casado por un día?

El día de la boda, después del convite, a la mujer le dio ganas de ir a dar un paseo a la Feria, cosa que hicieron los dos recién casados. Se sentaron en una mesa y vino el camarero para servirles.

- A mí me pone un vaso de sangría de duraznos.
- Y, a mí, me pones otro - dijo la mujer.

Cerca de la mesa había sentado un guardia civil, con su tricornio, su fusil, sus botas, su bigote, que esperaba que su compañero hiciera una gestión en la Feria.

La mujer del Mellizo, no lo conocía, pero se le ocurrió decirle al guardia:

- Buenas tardes.

Y el Mellizo, cuando vio que su esposa hablaba con un desconocido, le dijo:

- Vámonos para la casa de tu padre y te quedas allí con él, le dijo a la mujer.

La boda duró un día.

La tarde estaba tormentosa, y amenazaba agua en abundancia, porque la Tiñosa tenía “montera”, y dicen, “que cuando la Tiñosa tiene “montera, llueve manque tú no quieras”.

Empinamos la cuesta hasta la casa del Mellizo, padre, cuando las nubes abandonaban la Tiñosa, camino de Priego, para joder la Feria, y, mucho antes de llegar, al basto cortijo donde tenían su morada, el agua era tan densa, que amenazaba arrastrar a don Carlos, y, a Andrés; tanto, que el padre tenía miedo, de que la riada que bajaba por la cuesta de Iznájar, se los llevara por delante, y, salieran ahogados por el caz del Molino de Palomeque, como le ocurrió a una pobre mujer que estaba lavando en el lavadero de la calle Iznájar, un día de tormenta. Era muy cerca del lavadero éste, donde un cabroncete, Barrul, no vecino del pueblo, le cortaba a los gallos la cabeza antes de echarlos en la olla, y el pobre gallo, cosa que a él le divertía, iba corriendo un gran trozo de calle sin cabeza, echando borbotones de sangre por el cuello, hasta que caía fulminado.

- ¡Animal!

Apretaron el paso tratando de buscar refugio en el cortijo, y desechada la esperanza de comer ni una breva, por el aguacero tan tremendo que caía, a duras penas entraron

CAPÍTULO V

en el cortijo.

- Don Carlos: qué mal día han escogido ustedes para venir a mi casa, que es la suya, máxime, con la “esgracia ca ocurrió con mi muchacho y su mujer”.

- Lo siento, dijo don Carlos, a la vez que Andrés, y él, se sentaban al lado del Mellizo, en una silla, cerca de un gran ventanal que daba a la higuera.

- Mal día se ha presentao.

- Malo, de verdad.

Un rayo, mandado por el mismísimo Belcebú, al que Dios lo tenga encerrado muchos años en el infierno, entró, como Pedro por su casa, por la puerta de la calle, escapándose por la ventana que daba a la higuera, la de las brevas gordas y lustrosas.

Un trueno enorme, grandioso, hizo retumbar la casa, como si fuera a reventar, quedando olor a azufre, y, a quemado por todos los rincones.

- ¿Estáis bien?- dijo el Mellizo.

- ¡Sí que estamos!

El Mellizo, don Carlos, y Andrés, tenían el traje chamuscado por efecto del rayo, y las pestañas, y olían a azufre, los pelos algo quemados, pero nada más.

Antes de marcharse, Andrés, le pidió al dueño de la casa un vaso de agua para pasar el susto, porque las piernas, de pura temblaera, parecía que quisieran salirse de su natural aposento.

Y Andrés, bebió un gran vaso de agua caliente del pozo, que se había “acalorado” por efectos del rayo, y repitió varias veces.

- ¡Papá: las brevas! dijo Andrés. Voy a coger unas brevas.

Las brevas estaban hermosas, relucientes, moteadas por gotas del agua de lluvia. Andrés se arrimó a un harapo de la higuera y cogió unas cuantas brevas que engulló en un santiamén, repitiendo la operación, unas cuantas veces.

Calmada la lluvia, emprendieron cuesta abajo, el camino de regreso a Priego. La tormenta seguía cantando allá a lo lejos, y, los truenos, ponían música desbaratada, a una melodía, que no podía nunca ser uniforme.

Ya, cerca del pueblo, casi en las primeras casas, las brevas pidieron permiso a Andrés para echar un vistazo a los alrededores, pero de forma acuciante, tanto, que Andrés, no tuvo más remedio que refugiarse detrás de un olivo, mientras su padre, le decía:

- ¿A dónde vas Andrés?

- Los presos quieren libertad, padre - le contestó. Y empiezan a salir por la ventana.

Y Andrés, escondido entre la “ropa” espesa del olivo picúo, dio libertad a los presos, que salieron todos en tropel, empujados por un gas maloliente, y atronador, que quería escaparse, a la vez que las brevas, de aquella oscura prisión, donde lo habían encerrado. Agarró una piedra acorde con su culo, y la restregó por él, dejándolo suave y limpio; mejor que el más caro de los papeles de water perfumados de los almacenes de Pepín Fernández.

- Iba por la Judería de Córdoba, un renegado cristiano español, converso al Islam, vendiendo por la tiendas, que en aquellas calles había, cerámica, y, objetos, que traía del Marruecos más profundo y alto: las montañas del Rif. Varias veces al año visitaba aquellos lejanos y peligrosos parajes, comprando lo que encontraba, y que pudiera darle alguna ganancia vendiéndolo en la Córdoba de las Tres culturas.

- ¡Falso, lo de las Tres Culturas!

Y, Merceditas, que tenía una tienda en la Judería, dedicada a las Tres Culturas, le compraba algunas cosa.

Andrés, curioso donde los hubiera, mientras el moro hablaba con Merceditas de negocios, hurgaba por el coche del moro, rebuscando cosas.

Había una cosa que nunca había podido descifrar: de la guantera del destartado coche del moro salía un olor nauseabundo, que tiraba para atrás, a los moros, y a los cristianos. Y Andrés, aprovechando que el moro converso, renegado cristiano, se había dejado las llaves puestas, abrió aquella pestosa alacena donde había una piedra cochambrosa que Andrés sacó y se la llevó al moro para calmar su curiosidad, mientras se tapaba las narices.

- Señor Mohamed: ¿qué es esta piedra?

- Chiquillo. Deja eso en su sitio: ¡esa es la piedra de limpiarme el culo en el desierto!

CAPÍTULO VI

Por la tarde, ya bien entrado el mes de noviembre, el padre de Andrés subió a tomar un café en el bar El Águila, que estaba muy concurrido, hablando la gente los unos con los otros, en animada tertulia. Allí se juntaban para tomar café, cerveza, vino y licores, gente de todas las clases sociales, para desayunar, almorzar, y merendar. Pero abundaban los aceituneros y los señoritos que hablaban de la faena, de cómo iba, de por donde iba el tajo, qué les quedaba, como estaba la tierra, y, cómo se comportaban las bestias al sacar la carga de aceitunas del olivar. También el “aperaor” entregaba los tickets del peso de la aceituna en el molino, y, el señorito, los fines de semana, pagaba los jornales de la cuadrilla.

- ¿Qué le pongo don Carlos?

- Pepe, pon un café cargado con un poco de leche.

Había en Priego otros cafés, y también muchas tabernas donde la gente iba a pasar el rato, a buscar a un amigo, o, simplemente, a tomarse un café del bueno, hecho con una máquina exprés, una cerveza, o unos vasos de vino.

A Andrés, que muchas veces acompañaba a su padre hasta El Águila, le gustaba ver cómo el camarero sacaba un artilugio de la máquina que estaba lleno de café, y que había servido para hacerlo, lo tiraba dando un golpe contra un cubo que tenía abajo, y volvía a meterlo, una vez lleno de café, en la máquina, donde lo apretaba muy bien, y, esperaba a que el café saliera por el pitorro, poquito a poco, hasta el vaso, donde adquiriría un color característico, y, por su parte superior colmaba de espuma. Le encantaba oír el ruido que hacía la máquina cuando calentaba la leche, que parecía que la máquina iba a reventar.

Porque el café que se hacía en las casas, se hacía hirviendo el café en un puchero. A ese café, que le llamaban de pucherillo, le ponían agua, y unas cucharadas de cebada tostada, y lo colocaban en la lumbre, hasta que hervía un rato, y lo pasaban por el colaor para después tomárselo añadiéndole varias cucharadas de azúcar refinada.

¡Cómo le gustaba al niño, el café de pucherillo, bien dulce, tanto, que su madre le tenía que decir que parara de echarle más azúcar al café, que se iba a poner malo! Y, es que a Andrés, le gustaba lo dulce a rabiar, tanto, que su madre le contaba, que cuando era pequeño, muy de noche, cuando su padre venía del trabajo del molino, harto de bregar de arriba para abajo, el niño, atento a la puerta de entrada de la casa, al portón, cuando sentía que se abría, comenzaba a llorar, diciendo:

- ¡Papá: quiero un pastel! Yo tero un pastel!

CAPÍTULO VI

Pero, hombre, es tarde, las pastelerías están cerradas, ya no es hora de salir a la calle, que está muy oscuro, y no hay nadie por ahí.

- ¡Yo tero un pastel! ¡Yo tero un pastel! repetía una y otra vez, Andrés, dando grandes gritos y echando por sus ojos unas lágrimas que no había pañuelos en el mundo para secarlas.

Don Carlos, no tenía más remedio que ponerse la chaqueta, y el abrigo, coger el sombrero, y, salir a la calle a ver si la confitería de las hermanas Ortega, que estaba en la calle Ribera, estaba abierta, y le vendían un pastel para que el niño se callara.

Y don Carlos llegaba hasta la confitería cerrada, y con mucha educación, tocaba con los nudillos en los cristales de la ventana, donde se veía algo de luz tras el visillo que la cubría.

La pastelera, mujer mayor, abría la puerta, y, preguntaba:

- ¿Que quiere usted, don Carlos, a estas horas? ¡Ya hemos cerrado hace rato!

- Por Dios, señora, deme usted unos cuantos pasteles para el niño a ver si se calla y podemos dormir esta noche, que mañana hay que trabajar, porque estamos de campaña de aceitunas.

A Andrés no le gustaban todos los pasteles que vendían en las pastelerías. No le hacían la más mínima gracia las tortas, ni los bollos de leche, ni los bollos de canela y azúcar, ni las magdalenas, ni los bizcochos; y mucho menos, si eran del día anterior, o de varios días.

Pero a Andrés le gustaban ya desde pequeño, los pasteles de tradición mora, aquellos que estaban dulces para rabiarse, como los suspiros, y los barquillos de crema, le encantaban, y ya de mayor, siempre decía:

- ¡Tengo ganas de ir a Priego a comerme una caja de barquillos de la Flor de Mayo!

Y cuando ya por Córdoba se encontraba con alguien de Priego que iba los fines de semana a pasearse por el Paseillo, y beber el agua de la Fuente del Rey, le encargaba que le trajera unos barquillos, pero no de La Esmeralda, ni de la Calle Solana, ¡sino de la Flor de Mayo! que eran los más gustosos, quizás, porque al estar la confitería situada en el recinto del convento de las monjas de la calle del Río, en un cuartito muy pequeño, en el que casi no cabían los pasteleros, los rezos y los cánticos de las monjas al Señor y a la Virgen de las Angustias, esponjaban la maza, la ponían a punto, y el azúcar endulzaba la crema de los barquillos, tanto, hasta el punto, de que el paladar brincaba de gozo, cuando los barquillos venían de viaje hasta la boca de Andrés, que quería salirse de su natural sitio para ir a buscarlos.

A Andrecito, pequeñín, cuando sentía a su padre abrir la puerta del portón de la calle, se le “reían las pajarillas” saboreando el banquete que se iba a dar con los pasteles que su padre le traía envueltos en un papel. Y comía con fruición, casi sin tragar, engullendo los barquillos, que de la velocidad que llevaban por el tracto digestivo, casi no tocaban el gástrico. ¡Qué delicia, qué gusto comer esos pasteles deliciosos, como en el cielo no hubiera, ni en las mesas de los señores moros del Castillo! ¡Cuántas horas y cuánta sabiduría tuvieron que utilizar los pasteleros de las tierras lejanas de donde vinieron los moros para encontrar la fórmula sublime de estos trozos del cielo bajados a la tierra!

Contaban las pasteleras, que por las noches guardaban los pasteles que les sobraban en una alacena situada en la pared, y los contaban, uno a uno, anotando la cantidad en una libreta. Muchas mañanas, al abrir con la llave la alacena, faltaban pasteles, a lo que no le encontraban explicación, llamándose al interior las pasteleras por no poder averiguar la procedencia de los raterillos, porque las hermanas, se lo contaban todo, y si alguna se comía un pastel, pues lo decía y no pasaba nada; ¡pero que no! ¡allí había algo raro que no encajaba! ¡Aquellas plumas que un día encontraron dentro de la alacena, blancas, grandes, un trozo de guante bordado en oro, cabellos lindos rubios de un color no existente por estos lares, restos de perfume a flores no comunes por aquí.

Las hermanas, como los hurtillos se sucedían a diario, decidieron ir a la Guardia Civil a contar el caso por si se podía hacer algo para conservar la integridad de los pasteles.

En el Cuartel de la Guardia Civil dijeron que eran las pasteleras de la pastelería de la Ribera, a lo que el guardia portero contestó que ya las conocía, y que avisaría al comandante de puesto, que aunque estaba muy ocupado tratando de descubrir a los que habían echado unas octavillas por la Fuente del Rey incitando a la gente a la huelga en las panaderías, las recibiría por dedicarse a endulzar la vida a la gente, y darles alegría a su paladar.

El Comandante de Puesto, hombre alto, peinado hacia atrás, con las botas de caña, esbelto, con un puro en la boca, salió a recibir a las confiteras hasta la puerta del cuartel, con la sonrisa falsa que tenía, ya que en más de una ocasión, multó a los pobres conductores que lo subían en el coche, para traerlo a Priego, por haberse saltado alguna señal de circulación.

Dijo “desconocer quién sería el que les robaba los pasteles de la alacena, que no era cosa de poner un guardia por las noches a vigilar la alacena, porque no era delito de mucha cuantía; mejor acudan al párroco de la Asunción, don José Aparicio, que al estar relacionado mejor que yo con los espíritus celestiales, quizás les dé una explicación satisfactoria”.

A los pocos días las confiteras fueron a ver al párroco, que estaba muy atareado, porque preparaba sus cosas para marcharse a Argentina con unos parientes. De todas formas, las atendió y les dio la clave del robo de los pasteles:

- Hasta el mismo cielo han llegado los rumores de los exquisitos pasteles que hacen ustedes, con manteca de cerdo, sedosos, frágiles, jugosos, azucarados, y, los ángeles han querido llevar hasta el cielo, trozos de los mismos, en la tierra.

La explicación las asustó un poco, pero también las animó a seguir esforzándose en la elaboración de tan dulces manjares, para el cielo, y hasta una vez dejaron una nota sobre los barquillos que decía:

- Éstos, para el Señor, Dios, Padre Celestial que nos crió, y nos mantiene cada día con vida. ¡Esperamos que le guste!

En Priego, había pocas diversiones para la gente, que no fueran, el bar, el paseo por el Paseo, o, por el Paseillo, los domingos, ir a la Parroquia a misa, y a rezar el rosario, una y otra vez, arriba, abajo, arriba, abajo, hasta que llegara la hora de volver a casa a cenar y dormir.

- ¿Dónde va usted señora Rosario con don Carlos?

CAPÍTULO VI

- Pues que estábamos aburridos en la casa, hartos de brasero, y me dije: Carlos, vamos a dar una vuelta por ahí, a tomar el aire, a ir a la Parroquia a oír misa, y después, cuando salgamos, vamos a la Cruz de la Aurora al bar de Miguel, y que nos ponga una copita de vino con un poco de caballa con tomate de las latas esas tan grandes que él trae del Sur. ¡Caballa del Sur!

- ¡Vayan con Dios!

Don Carlos, rectificó, a su mujer, y le dijo que no iban a ir a casa Miguel, sino que iban a ir a casa de Juanico Alcaparrón que había traído una partida de jamones de Trevélez, que quitaban el sueño, y un vino de Lucena, que quitaba el sentido, para que les cortara unos taquitos de jamón y les pusiera unos ochitos del niño Pablo, del horno de la Puerta Graná, que eran trozos de los arcos de las estancias del cielo.

Y se presentaron casa Juanico Alcaparrón, maestro del corte del jamón a cuchillo, y del queso manchego a taquitos.

- Juanico: pónganos dos platos de queso y jamón con su correspondiente pan.

- Ahora mismo se los corto de los mejores ejemplares que han venido. ¡Para ustedes lo mejor!

- Y Juanico, maestro de la excelencia en el navegar por los nervios de los jamones, que conocía a la perfección, y los evitaba, para gozo de los clientes, enfrentándose con valentía a ellos, presentó en el mostrador de madera, dos platos, tan geométricos, tan bien colocados, jamón y queso, que ni la Maestranza tenía mejor hechura, ni había mejor cortador de jamones en el mundo que Juanico. Porque verle pasar el cuchillo por el jamón, con exquisita delicadeza, tratando de no hacer más daño al animal muerto, era un gozo sublime para los presentes. ¡Qué buen matador hubiera sido!

Tan contentos quedaron, don Carlos y doña Rosario, que pidieron a Juanico que abriera una lata de Caballa del Sur, de la que comía el tabernero, y una botellita de vino blanco de Montilla, también del que bebía el tabernero, todo lo cual, acompañado con trocitos de pan de cuarterón blanco, pidieron el tomate para que la caballa sufriera santo enterramiento entre su lecho, y todo removido, bien trenzado, fue a parar a los tenedores, acabando ambos comensales echando las sopas por el piso del ruedo.

CAPÍTULO VII

Qué tiempos aquellos, qué ceremonias religiosas tan grandiosas, tan solemnes, con aquellos sacerdotes vestidos con las casullas bordadas en oro, con aquellos incensarios de plata sostenidos por seguras cadenas, y, alimentados con carbón vegetal de primera calidad, y prendidos con mistos de plástico embadurnado en cera, y qué olores tan aromáticos a incienso de Arabia, y no similares light, que se olían dentro y fuera del templo, durante mucho rato, y qué forma tan sublime de cantar aquellos cantores a pulmón abierto sin ayuda de micros ni amplificadores, qué órganos tan potentes, cómo sonaba su trompetería, qué gusto asistir a aquellas ceremonias donde te sentías transportado por el ambiente, al mismísimo cielo, con los ángeles y los arcángeles, qué elegancia en el hablar, en el andar, la de los sacerdotes, hombres santos y doctos cuyas homilías hacían arrepentirse a los pecadores, y los incitaban a abandonar el “barrizal” en el que estaban metidos, y en los que “con culpa”, volvían a ser personas diferentes, limpias, sin mancha de pecado.

Cómo encendían con sus vibraciones al auditorio los predicadores que venían a Priego en las Fiestas de los Domingos de Mayo, y la gente, sentada en sus bancos, no se atrevían ni a moverse, ni a toser, para no perderse ni una palabra de las que decía el orador desde el púlpito de la iglesia de San Francisco.

- ¡Arrepentíos hombres pecadores porque se acerca el momento de separar el grano de la paja!

Y las gentes, el común de los mortales, las mujeres en los bancos de la derecha del templo, y los hombres, en los de la izquierda, bajaban aterrorizados sus cabezas, manteniéndolas gachas hasta que el predicador no terminaba la homilía.

¡Cómo crujían las maderas de los retablos! y cómo se estremecían los santos, en sus capillas, al llegarles las santas palabras que salían de la boca del predicador, y a Lucifer, en la capilla de Jesús Nazareno, furioso por la presencia del santo sacerdote, en la iglesia, sobre el púlpito, le enrojecían los ojos de furia y de odio hacia el que con su palabra, repetición de la divina, santa, haría que el infierno, se despoblase de almas, al no ir a él, muchos pecadores arrepentidos.

Y San Miguel Arcángel, que tenía pisoteado por el gazzate, al más inmundo de los ángeles vanidosos de los que quisieron ser como Dios, a Satanás y demás demonios recibiendo el castigo de ser sepultados en el Averno para toda la eternidad, sin corte alguno de interrupción, encelados por las palabras potentes de condena del pecado, y de llamamiento de vuelta al camino de la salvación, que retumbaban en todos los ángulos de la iglesia, San Miguel Arcángel, armado de su espada, con su casco de protección, y sandalias de cuero, malla de metal, aprieta fuertemente a la bestia

CAPÍTULO VII

pestilente e inmundada que cayó en la terrible tentación de creer que sería como Dios, y que no estaba solo a la hora de la funesta rebelión, sino que muchos ángeles soberbios le seguirían camino del más profundo, asqueroso, maloliente agujero, y degradante, que se haya creado en el Universo para alojar a tanto pecador muerto sin arrepentimiento.

San Francisco de Asís, situado en la capilla diestra, junto al altar mayor, donde María, entronizada como reina, madre del Rey, Nazareno, juntos, uno al lado del otro, San Francisco, recela de tanto lujo, acordándose de los pobres de su Italia querida, pero se consuela porque estos cultos son de alabanza para su Dios, como cuando los discípulos quisieron apartar de Jesús, a la Magdalena, María, porque quería perfumar con un caro ungüento al único Dios verdadero, Jesús de Nazareth.

- ¡Porque sólo hay un Dios verdadero! grita el predicador, que sujeta con sus manos la Santa Biblia. Un Dios verdadero y tres personas distintas, pero un solo Dios. Y aunque a lo largo de la historia hayan salido muchos charlatanes que han embaucado a millones de personas con falsas religiones, de guerra, de odio, de injusticia, diciendo, que su dios, era el verdadero, y que los demás seguidores de las otras religiones eran infieles, y que si no se arrepentían serían enviados al infierno, yo os digo que no los creáis, porque esos charlatanes son enviados del maligno para llevaros al lugar donde lo normal es el rechinar y el crujir de dientes, el dolor inaguantable para siempre, y para toda la eternidad. Amén.

Se apaga la luz en la iglesia tras un fuerte trueno ensordecedor, y si se ve algo, es debido a las numerosas velas que prenden del altar mayor, luminarias a cientos, que pregonan la grandeza del Espíritu. Se oye un grito estremecedor de una bestia infernal y descomunal que no puede soportar el dolor que le acongoja su corazón podrido por la pena, sin perdón, por haber creído en los cantos de sirena de los ángeles bellos e inteligentes, pero soberbios, que decían, que ellos, eliminando a Dios, serían dioses, y esa es la rabia que les recuerda ahora el predicador a los creyentes, que pudiendo estar en el cielo, los ángeles bellos, se ven encerrados en el infierno sometidos a una tarea inmundada de castigar con los castigos corporales más horribles a aquellos que pecaron mortalmente y no se arrepienten.

Y la bestia, cara de animal, pezuñas de buey, barriga tremenda de vaca, rabo de leopardo, pelo de bisonte, cuernos de toro, alas de dragón, se zafa del pie al que está sometido por San Miguel, y echando un gran caño de fuego por la boca, ilumina la iglesia, donde los fieles, aterrorizados, huyen despavoridos camino de la cripta, o de la calle, vigilada por otros monstruos, repelentes de fealdad, que cierran el paso a los que tratan de ponerse a salvo, y colocándose sobre el atril desde el que predica el santo varón la buena nueva para todos, menos para los castigados con la pena eterna del Averno, vuelve a echar grandes lenguas de fuego que aterrorizan a los que no habían huido.

Y Satanás se encara con el padre predicador, diciéndole:

- ¡Deja de predicar si no quieres ser reducido a cenizas por el caño de fuego que saldrá de mi boca!

- ¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

- Soy Satanás, Príncipe de los Infiernos, que te conmino a que abandones la iglesia ahora mismo, y dejes la predicación, porque de no hacerlo, aquí te dejo tieso.

El sacristán, Felipe, que había logrado burlar a los demonios que habían cerrado las puertas de la iglesia de San Francisco, se fue derecho al cuartelillo, y avisó al jefe de la policía local, don Salvador Muriel, que llamó a Córdoba al Gobernador para que mandara tropas a la iglesia con urgencia.

- ¿Qué ocurre? ¿Cuál es la situación actual en la iglesia? - dijo el Gobernador.

- Mi Gobernador: los fieles, muchos, gente del pueblo, señoritos, y, pobres, están retenidos por una legión de demonios que amenazan con quemar la iglesia si el predicador no cesa en su predicación.

- ¡Qué coño de chorrada dice ahora! don Tomás. Ya sé que el vino que se bebe en Priego está muy rico, y las tapas que se comen, son exquisitas, pero, ¡coño! que usted está de servicio, y con la guardia, no se puede beber. ¡Déjese de gilipolleces y no me cuente cuentos!

- Felipe, el sacristán, está aquí a mi lado para contarle lo mismo que yo.

- ¡Es verdad, es verdad, Gobernaor!

- Felipe: déjate de tonterías, que como mientas, te va a costar el pellejo, porque te lo vamos a sacar trozo a trozo. ¿Tú no eras el sacristán que iba pidiendo la colecta en esa iglesia, diciendo: “pal divino colto, a Felipe le viene corto”?

- Sí, pero eran años duros, porque había que sacar adelante a la señora y los niños. Pero le digo verdad, señor gobernaor, que el demonio más gordo, está sobre el atril del predicaor con el lanzallamas preparado, y los otros, más menuillos, empujan a las puertas para que no las abran los fieles que quieren escaparse.

- Ayudante! ¡ayudante! con la sacristía del convento de San Francisco, y que se ponga al teléfono don Ángel, sacerdote ejemplar, que he tenido un sueño muy malo, y quiero saber si lo que he soñado es verdad.

Pero cuando el ayudante logró conexión a través de la telefonista de la centralita de Priego, una de las niñas, le dijo, “que hacía rato que se había terminado la misa, y que ella no sabía que hubiera ocurrido nada de particular en el convento de San Francisco”.

¡Qué retablos! preparaban los entendidos locales para adornar la iglesia, cuánta luz, qué guirnaldas tan hermosas, qué colgaduras con tan bellas telas, qué de flores colgaban de los penachos del altar mayor de la Iglesia de San Francisco, qué aromas que no tenían nada que envidiarle a las celestiales, las que deslumbraban por su belleza. Manolo Rovira, con sus gafas, su bigote, y su buen hacer artístico, siempre presto a engalanar retablos en las fiestas mayores de su pueblo, con gusto, elegancia, y distinción, con su toque característico de artista, era el artífice de tan magno engalanamiento del altar mayor del convento. Y Manolo, Manolo Rovira, se nos fue, a un lugar, donde quizás, ¡seguro! la Divina Majestad lo está empleando ahora en adornar su divino trono, desde donde sentado, junto a su hijo, y su madre, ve a todos los prieguenses ilustres:

Manolo, Manolo Rovira, se une a la serie de artistas locales que pusieron el pabellón local artístico prieguense, tan alto, que será difícil de igualar.

Remigio del Mármol, embridó las aguas salvajes que salían de entre unas piedras, en la Fuente de la Salud, junto a unos álamos de grandioso porte, y, que, proporcionaron solaz descanso a un rey, Fernando III El Santo, empeñado en devolver

CAPÍTULO VII

la dignidad a un pueblo sometido por la discordia entre los nobles que buscaban más el poder, que ayudar a su rey, y, a empujar todos en la dirección de hacer salir a los moros de España camino de unos países de donde no debieron de haber venido nunca a cercenar una cultura que florecía virgen sin contaminaciones espúreas.

Don José Luis Gámiz, benefactor de la cultura en su pueblo, empresario, escritor, director del periódico Adarve.

Don Carlos Valverde López, eximio poeta que convirtió las palabras en melodía sonora, embridándolas en poemas de factura hermosa.

Lozano Sidro, pintor eximio que retrató personajes singulares para la posteridad, e ilustrador en la revista Blanco y Negro.

Don Ángel Carrillo Trucio, sacerdote virtuoso y ejemplar, gracias al que muchos niños prieguenses pudieron ir al Seminario de Córdoba a estudiar una carrera con la que se ganarían la vida.

Don Julián León Benavente, maestro ejemplar, farmacéutico después, formador de alumnos, humilde, constante, disciplinado, amigo de todos.

Don Manuel Mendoza, maestro ejemplar, político, poeta, y muy religioso.

Don Alfonso, don José María Cuadros, don Antonio Barrientos, la señorita doña María Josefa, don Enrique Alcalá Ortiz, escritor prolífico de muchas obras sobre Priego, y Cronista Oficial de la Ciudad, don Jesús Siles, profesores de la Academia del Espíritu Santo, que supieron convertir, una academia, de espacio reducido, en un gran centro transmisor de la cultura gracias al cual muchos alumnos sacaron su carrera y pudieron hacer frente con dignidad a la vida.

Don Francisco Merino, industrial chocolatero, que endulzó el paladar de muchas gentes, no sólo en el pueblo, sino lejos de él, durante muchos años.

El Maestro Prados, director de la Banda Municipal, que amenizó muchos días con su música a un pueblo que trabajaba, pero que también se relajaba en las fiestas.

Francisco Javier Pedrajas, artífice de la construcción del Sagrario de la Asunción.

Don Juan Soldado, empresario, constructor de muchas de las obras civiles del Priego del siglo XX.

Don Antonio Peláez Ojeda, trabajador, que intervino en la fundación y mantenimiento de la Cooperativa aceitera de la Purísima colaborando a la riqueza agrícola de Priego.

Librería Serrano que vendió libros y artículos de papelería y escritura a los prieguenses.

Castillo, tejerenguera de la Puerta Graná, que alimentó durante muchos años a muchos prieguenses con sus gustosos tejeringos.

Los monaguillos de la familia Sandungo que ayudaron en las ceremonias religiosas de la Asunción durante muchos años.

Don José Peláez Ojeda, amable, cariñoso, simpático, y el primero que se levantaba a trabajar en Priego, y que en su gestoría, atendió a muchas personas y resolvió muchos problemas. En su casa se celebraba todos los días una tertulia muy animada.

Estanco de Benigno en la calle Mesones que durante años proporcionó tabaco a los

fumadores empedernidos, caramelos, y golosinas, así como regalos. Una de las primeras tiendas donde se conseguían regalos con la compra de artículos, surtiendo de plumas Kaveco a bastantes clientes.

Francisco Chimenti, italiano, que mantuvo en funcionamiento un molino de aceite en la calle Alta del que se extraía aceite de gran calidad; también en su finca del camino de Almedinilla plantó una gran extensión de manzanos de riego que dieron una gran producción.

Don Gerardo, médico del Instituto de Previsión que atendió a numerosos enfermos en la consulta, y que aplicó a los enfermos la penicilina para la curación de sus dolencias.

Don Joaquín, maestro de la calle Alta, que tuvo un buen grupo de alumnos, y que también criaba pollitos en una sala contigua a las aulas.

Tejidos Portales, don José, y don Adriano, con sus hijos Pepe y Adriano, en la calle Mesones, que vistieron a gran cantidad de gente, y que establecieron el sistema de pago diferido al cobro de la cosecha.

Los Chiquitillos, en la Plaza, donde tenían una ferretería con muchas clases de herramientas, y otros artículos para diferentes profesiones.

Las Madrilicas, mujeres piadosas, amantes de la cultura y de la historia de Priego que cedieron al Cronista Oficial de Priego, don Manuel Peláez una finca para la recuperación y restauración del convento de los franciscanos. En una vitrina de su casa se conservaba uno de los pendones que llevaban los guerreros cristianos que participaron en la Batalla del Salado.

Don Juan García Ligeró, electricista, técnico de radio, que trajo a Priego los primeros televisores donde se vieron las primeras imágenes por la pequeña pantalla. Al acabar el colegio, los niños se asomaban al escaparate de su tienda de la calle Mercedes para ver las imágenes que salían por aquella caja maravillosa.

Don Nicolás, dueño del cine- teatro Victoria, donde se pasaron las mejores películas de la actualidad, y el NODO, y por cuyos escenarios se pasearon los mejores actores del momento, y los mejores cantaores y cantaoras de flamenco.

Don Rafael Madueño Canales, párroco de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, que adaptó la iglesia a los tiempos modernos del Concilio Vaticano II.

Don Manuel Peláez del Rosal, Cronista Oficial de Priego de Córdoba, catedrático de Derecho Procesal, historiador, conferenciante, autor de numerosos libros y publicaciones, entre los que se cuenta la Guía Histórico y Artística de Priego, y que logró arrebatarse a la piqueta el convento de San Francisco evitando que se hundiera.

Monjas del Hospital de San Juan de Dios que ayudaron a muchos enfermos y pobres de Priego y alrededores.

Inés Pérez Carrillo, muchacha de la limpieza, trabajadora, constante y ejemplar.

Domingo El Serio, capitán de las fuerzas columnarias que acompañaban a Jesús Nazareno en la mañana de Viernes Santo.

José El Carbonerillo, que con su campana imparable acompañó a Jesús Nazareno durante la mañana de Viernes Santo muchos años. También su hijo que continuó su

CAPÍTULO VII

labor.

Don Manuel Ariza, capellán durante muchos años de la capilla de Jesús de la Columna. Iba también los domingos a decir misa a Almedinilla. Tenía el paraguas más grande jamás visto por estos lares.

Los Hermanos mellizos que asistían a todos los entierros del municipio.

Don Francisco Pedrajas, industrial, y médico ginecólogo.

Felipe Vilela, revisor de la Alsina de Priego a Córdoba, y ejecutor de encargos que la gente le hacía. Dicharachero y simpático que hacía muy ameno el trayecto por la tortuosa carretera hasta la capital.

Don Luis Lerga, juez, y benefactor de pobres en la puerta de su misma casa.

Hermanos Peláez del Rosal, maestros, catedráticos, y un médico.

Pastelería La Flor de Mayo de la calle del Río, que durante muchos años endulzó la vida de los prieguenses con sus pasteles de calidad y sus famosos helados, entre los que destacaba el corte, sin olvidar los barquillos de crema.

Juanico Alcaparrón, dueño de una buena taberna donde despachaban exquisitos vinos, y mejor queso y jamón. También su sobrino Juanma, simpático y amigable.

Fábrica de hielo de Priego situada en la plaza de San Pedro, donde los niños iban a ver cómo se fabricaba el hielo.

Juan Jurado, El Morenico, escritor de fina ironía que deleitó con sus escritos a muchos prieguenses.

Hermanos de la Aurora que durante muchos años llevan cantando a la Virgen sus hermosas canciones todos los sábados del año, llueva, nieve, sin temerle al frío, ni al sueño, hasta la madrugada.

Víctor Sánchez, industrial, que supo evitar que el aceite del alpechín fuera hasta el río contaminándolo, deteniéndolo y extrayéndolo en sus instalaciones de la Cuesta de la Puerta Granada.

La Familia Medina, fotógrafos, que captaron el sentir y el hacer de Priego durante muchos años.

Jardineros del Paseo y de la Fuente del Rey, que con su labor, supieron conservar un patrimonio de plantas considerable para el pueblo.

La Chocorronga, mujer ejemplar, viuda, que supo cuidar con cariño de Angelita durante muchos años. En su casa albergaba una buena colección de pavos reales que hacían las delicias de los niños al abrir y extender su hermosa cola.

Don José Serrano Aguilera, presbítero y escritor muy acertado en sus composiciones poéticas.

Carmelo Molina, industrial, muy devoto de Jesús en la Columna, y excelente fotógrafo, y su hijo Manuel, buen médico y Presidente del Sindicato de Médicos.

Zapatería Los Valencianos que proporcionó abrigo y comodidad a muchos pies doloridos de prieguenses.

Carpintería Castilla en la Cuesta del Salado que colocó astiles a muchas

herramientas que trabajaron el campo para el provecho de muchas familias.

Felipe el Herrero, que en su taller del Palenque hacía trabajos de herrería, y herramientas, y también arreglaba molinos de aceite y maquinaria.

Panillón, buena persona, que durante muchos años llevó hasta Córdoba en su coche a estudiantes, enfermos, y comerciantes.

El Tranco, industrial, simpático y buena persona, que llevó a mucha gente de la emigración hasta Barcelona en su autobús.

Los Zurita, que vistieron a mucha gente con la fabricación de telas en sus fábricas de tejidos y confección.

Francisco Candil, industrial aceitero. Hombre intelectual y agradable al trato.

El Lecherillo, que con su bicicleta, repartía leche por las calles de Priego. Simpático y amigable.

El lechero del pueblo iba pregonando su leche por las calles del pueblo:

- ¡Vendo leche!

Detrás de él, iba un disminuido que decía:

- ¡La mitad agua!

- Vendo leche.

- ¡La mitad agua!

El lechero se hartó y le contestó:

- ¡La mitad, leche!

Fundición Úbeda, que vendió y colocó muchas prensas en Priego para la fabricación de aceite.

Aquella noche, le tocó de turno de maestro molino, a uno, que tuvo la torpeza de quedarse dormido, y la prensa, saltó por los aires, provocando un gran estruendo. ¡La que se montó a la mañana siguiente cuando llegaron los socios al molino!

Cagarraches del molino, hombres muy sufridos, que llegaban a su casa cansados y extenuados de cargar los canastones de mimbre llenos de aceitunas para echarlas a la tolva del molino, sobre sus hombros, y de los que rezumaba el alpechín sobre sus doloridas espaldas, llegándoles a los pobres hasta las rodillas el líquido que dejaba manchas sobre sus gruesas camisas de trabajo.

En los pies y piernas, los molineros se liaban unos trapos de algodón blanco, atándolos con cuerdas de tomiza, y los pies los cubrían con unas albarcas hechas con suela de cubierta de ruedas de camión.

El maestro picapedrero, que con el punzón de acero y la maza, hacía los dientes de los rulos del empiedro del molino, que machacaban una y otra vez las aceitunas que caían al suelo del empiedro por la tolva, convirtiéndolas en una pasta tierna de la que se extraía el aceite de oliva, que cerca de él, tenía un pequeño molinillo de viento que con una manivela insuflaba aire en el carbón de una máquina para ponerlo al rojo vivo. Allí se metían las herramientas para domarlas y darles forma. En una piedra de amolar se afilaban hasta darle la punta necesaria para su cometido. Y las piedras del molino,

CAPÍTULO VII

dolidas de tanto martillazo en su vientre, propagaban sus lamentos por las amplias salas donde el molino, cansado de la pasada campaña, recuperaba fuerzas para iniciar una nueva con una dentadura arreglada.

Y llegada la hora de la comida, el picapedrero, que había venido en la Alsina, del pueblo de Úbeda, sacaba su talega, y con el cuarterón de pan que compraba en el vecino horno de Ariza, unas latas de atún, y un poco de aceite del molino, se preparaba un almuerzo, con el que trataba de recuperar las fuerzas que se le iban por la punta de las manos, cada vez, que con la maza, abría en la barriga del rulo, un hueco, que serviría para hincarle el diente a unas aceitunas que exhalaban sus últimos suspiros antes de ser pisoteadas sin piedad por el monstruo.

Después del almuerzo, buscaba refugio en el empiedro, y recostándose sobre un leño, que le servía de almohada, echaba una siestesita sobre aquel lecho frío de la piedra, durmiendo entre los rulos calmando la canícula que se extendía desde fuera, a la soledad del molino.

A aquellas horas, en que no pasaba ni un alma por las desiertas calles que rodeaban el molino, por el callejón de san Francisco, un hojalatero, repicaba con maestría un perol de hierro, con un puntiagudo martillo, para anunciar, que en el borriquillo, llevaba la más extensa colección de sartenes, ollas, y cazos, con los que las amas de casa harían las delicias para sus maridos en la cocina.

- ¡Niñas y niños, llorar por piñas que ha llegado el hojalatero con el burro cargado de cacharros!

Y las mujeres abrían los postigos de las puertas de las ventanas, cerradas para que el calor de la calle no entrara hacia adentro.

Y alguna, la más osada, salía a ver al cacharrero por si podía comprar el perol que le hacía falta en la cocina.

Calmada la tranquilidad de la calle, que se aprestaba a cubrir con su manto el ruido que pudiera producirse en la misma, aparecía un nuevo personaje muy singular, el tío manchego, que cubierto con una sahariana característica de amplio vuelo, traía una acémila, pariente quizás de la de Sancho Panza, cargada de quesos manchegos, muy sabrosos y recubiertos con una capa de cera negra que los protegía de las erosiones y golpes.

- ¡Ha llegado el manchego, con quesos de la Mancha, sabrosos y gustosos!
Niñas: salid a probarlos!

Y la gente salía y le compraba un queso, o, dos, que luego comerían con rico pan y mejor vino en las noches largas del invierno, sentados al brasero, y arropados con las enagüillas de la mesa estufa.

Y la ceremonia de traer el queso a la mesa, y cortarlo, era de lo más sencillo del mundo. El padre pedía a la madre que trajera un poco de queso, un pan, y unas botellas de vino, con sus correspondientes copas. Y sobre la mesa del comedor, se extendía un mantel de hule, y se colocaban unos platos, junto a los cuales se ponían sus correspondientes servilletas de tela, que cada hijo tenía, con su nombre dibujado.

Se afilaba el cuchillo de cortar el queso, que era largo, con la piedra de afilar, dándole varias pasadas sobre la hoja, hasta que ésta quedaba lo bastante afilada como

para cortar una hoja de periódico.

Sobre una tabla de madera se colocaba el pan que se iba cortando a trozos, y se ponía sobre una panera de mimbre, bien repleta, para que no faltara, y hubiera pan para todos.

La aceitera, de latón, con buen aceite, no podía faltar sobre el hule, por si alguien quería ponerle al pan algo del mismo, y, a continuación se cortaba el queso en cuartos, y de cada cuarto, se iban cortando tapas alargadas de queso.

Este queso está estupendo. ¡Es mejor que el del año pasado - decía don Carlos! a la vez que saboreaba un trozo de aquel estupendo queso manchego, mientras iba llenando los platos del mismo.

Al personal, que estaba mirando con fruición la ceremonia de cortar el queso, se le iban y venían los jugos gástricos, y deseaba que don Carlos fuera a la cocina para sustraer una tapita de aquel manjar de dioses, "bucati cardinali".

Pero el jefe de la casa, al que ya se la habían intentado pegar alguna vez, no abandonaba su puesto, e iba contando los trozos de queso por si tenía que ausentarse por causa de fuerza mayor.

- ¿Sabéis lo que os digo? ¡Que traigáis algo de vino, porque vamos a dar buena cuenta de este queso y este pan!

- Rosario: ¿No tienes un poco de jamón del que sobró el otro día?

- ¡Qué va, no quedó nada! Y por lo bajo, el ama de la casa, decía:

- ¡Este hombre no tiene hartera a la hora de sacar cosas para comer!

Y se servía el vino en botella llenando las copas generosamente. Cada cual acercaba la suya a la botella y le ponían una buena copa para dar buena cuenta del pan con aceite y el queso.

Se iba haciendo de noche, y la última luz de la calle se negaba a seguir alumbrando la sala donde se comía el pan con el queso, y se bebía el vino de Mora Chacón, y envidiosa del festín, que se estaba celebrando allí, y al que a ella no la habían invitado, celosa y hambrienta, olía furtivamente aquellos caldos perfumados y gustosos.

Huida la luz de la tarde al descanso para reponer fuerzas, se cerraban los postiguillos de las ventanas con la aldabilla, se encendía la luz de la lámpara del techo con la llave de la pared, y se tenía cuidado de no coger el visillo que impedía la visión de lo que ocurría dentro, desde la calle.

La noche comenzaba, y también la charla alrededor del brasero de picón.

Las mujeres se colocaban unas polainas de cartón recubiertas con tela en las piernas para que no le salieran "cabrillas" que las hacían muy feas. Y en algunas casas se ponía sobre la mesa estufa, la bolsa de alhucema, para echarla sobre el fuego del brasero, en caso de necesidad, para acabar con los malos olores, que algún osado desaprensivo, a hurtadillas, liberaba a los presos retenidos en su barriga, poniéndolos en libertad.

CAPÍTULO VIII

A Andrés, de jovencito, le gustaba pasear por el pueblo, andar por las callejas, subir al Calvario, y ver la inmensa mole de la Tiñosa desafiante al tiempo, a los vientos, a la lluvia, y a las gentes, de las que muy pocas, habían logrado llegar hasta su cima y coronarla colocando una inmensa cruz, y una bandera de España en ella, y una placa grabada en piedra, para que las generaciones futuras la vieran y recordaran, y situado sobre aquellas alturas abriendo los brazos en cruz, proclamar a los cuatro vientos: Andrés estuvo aquí, subió hasta aquí, se sentó en esta piedra, y desde ahí divisó media Andalucía, con sus claros, sus oscuros, sus alegrías, sus tristezas, el esfuerzo de sus gentes por domeñar los campos, y sus esperanzas para un futuro mejor.

Andar por las callejas del pueblo que conducían al molino de aceite de don Juan Palomeque, meterse hasta el recodo de la calle donde el caz que bajaba aguas sucias del pueblo para el riego, era todo un misterio, que luego seguía escondiendo sus aguas hasta la misma puerta del molino, donde unas rejillas descubrían todo su volumen de agua nauseabunda, y lugar lóbrego, morada de las ratas que se ocultaban cuando se veían observadas, y orillando el molino, calle abajo, dejaba ver toda su opacidad a flor de tierra por una pequeña abertura, al lado de la carretera, por donde saliera, la pobre mujer, que lavando en el lavadero de la calle Loja, se viera sorprendida por la riada, que procedente de la Almorzara, lo arrolló todo a su paso aterrando a todos los que presenciaron el empuje de las aguas camino del río durante aquella terrible tormenta.

Pasar por debajo de las murallas del castillo moro, ver su gran puerta, sus almenas, sus torreones, sus ventanas hendidas en el muro por donde los guardias deberían de avisar cuando los cristianos venían a atacar, mirar hacia su interior por alguna de las rendijas que dejaba la puerta, alzando la mirada hacia la Torre del Homenaje, convertida en almacén de grano para el sustento de la gente, y ver cómo las palomas, ajenas a todo, construían sus nidos en los huecos de las paredes, ése era su deleite.

Cuántas veces soñó, para cuando fuera ya mayor, entrar en sus entrañas, abrir zanjas, palear la tierra, golpe a golpe, pico a pico, tratando de buscar la galería de huida de los moros cuando atacaban los ejércitos cristianos, - que decían- , comunicaba con la Cubé.

A lo mejor, en sus indagaciones por aquellos secretos pasillos, estrechos, oscuros, siniestros, con cadenas y velones oxidados en las paredes, y, hasta con restos óseos de cristianos torturados, le revelarían datos para la historia musulmana del pueblo, que durante setecientos años de conquista y avasallamiento, sólo produjo terror para quien osaba oponerse a ella, y no se convertía a su religión.

Pero de momento, el Castillo moro de Priego estaba cerrado a cal y canto; todo lo

CAPÍTULO VIII

que se sabía sobre él era confuso y oscuro, como oscura para nosotros era aquella gente musulmana, que saliendo de su tierra con muy pocos guerreros, y ayudada por traidores a los Reyes de Castilla, entregaron toda una nación a los enemigos de la Patria sagrada, España, imponiendo sus costumbres, su religión, y su cultura geométrico- artística, a las gentes de un país, que si no se sometían, entregarían la cabeza a la cimitarra del verdugo, que creía, y se ufanaba, de que lo que hacía, lo hacía por Dios.

Andar por aquellas calles, estrechas, empedradas, llenas de misterio, era su deleite; piedras calladas, pero llenas de historias, de secretos, que unidos unos a otros, conformarían la escritura de la historia de un pueblo milenario. ¡Si las piedras hablaran!

- Y Andrés bajaba hasta casi el final del pueblo buscando los tejedores del esparto, que hebra a hebra, formaban las cuerdas de tomiza. Y justo en la calle que salía a la fábrica de telas, allí estaban los tejedores, los esparteros, dale que te pego a la rueda, conformando la cuerda para hacer luego con ella, los capachos.

Y durante los meses de verano, en los montes donde el esparto era dueño y señor de la flora de aquellos parajes, las matas, unas junto a otras, en un sinfín de varillas se balanceaban al hacerle requiebros el aire caluroso del sur, y bajo las cuales, los perdigones, ojo avisador de la madre, recuperaban fuerzas al andar entre terrones, donde el único peligro para ellos, era, el gavilán de las alturas.

Y los recolectores del esparto, hoz en mano, mata tras mata, le quitaban a la raíz su mayor tesoro, ocre de sol y de luz, procurando no dañarla para asegurar la cosecha del año siguiente.

Manojo a manojo, el esparto, lo iban cargando en el mulo sobre unas angarillas de madera, y cuando repleta la carga, ya no admitía más, se ataba con cuerdas de tomiza, y se emprendía el regreso hacia el pueblo.

Cuarenta días de reposo al sol transmutaban el verde del esparto, en un ocre dorado, endureciendo el "moreno" sus fibras, que puestas en remojo, se majaban formando manojos que serían el principio del nacimiento de la cuerda.

Sobre un tocón de madera de robusta encina, el mazo iba abriendo las hebras de esparto, húmedas, formando manojos que se iban mezclando unas con otras, alternativamente, mientras el espartero le daba vueltas a la rueda para formar la cuerda, que engrosada, servía para hacer cestas, capachos, cestillos, paneras, y cubrir botellas y damajuanas, que hacían el agua más fresca.

El espartero, con un manojo de esparto, uniendo hebras, unas con otras, iba dándole forma a la que llamaban tomiza, metiéndola por vereas, peinándola, domeñándola, y a la que se adjuntaban otros manojos de esparto que los tejedores le iban añadiendo, haciéndose la cuerda cada vez más larga, enrollándola al final para formar un grueso paquete cilíndrico de muchos metros de longitud. De allí, el capachero iba tirando de la cuerda, hilando el capacho sobre una rueda que giraba sobre un grueso clavo colocado en la pared, con alambres de acero.

Otra cuerda mucho más gorda, servía para cortar las tirantas que coserían el capacho dándole gran consistencia. Sobre dos clavos colocados en la pared de forma horizontal, se pasaba la cuerda de un clavo al otro, hasta que los clavos se llenaban de la misma. Con una hoz, se cortaba por un lateral la tomiza, quedando las tirantas listas

para su uso.

Y al lado de los tejedores, el porrón de agua de la Fuente del Rey; porrón fabricado en el mismo pueblo, en el taller de alfarería del Esfaratao, que hacía las delicias de la gente. Y qué decir de aquellos cántaros que se colocaban en la entrada de la casa sobre las aguaeras, dos, o, tres, por mueble, con sus gruesos tapones de corcho, y su tapete de croché, que delicadamente hacían las mujeres para evitar que objetos extraños entraran por la boca dando una sorpresa al bebedor. Y no olvidemos la damajuana de forma griega, que con sus dos asas, unidas por una cuerda de esparto, se cargaba sobre el hato del burro cuando se iba de faena a los olivares.

- ¡Qué fresca estaba el agua de la damajuana!

- Y qué fresca también el agua del cántaro que rezumaba por sus poros el calor que osaba entrar para hollar su pureza!

Y, todos, solícitos, hombres y mujeres, acudían a la damajuana para acallar la sed, cuando la faena lo permitía, y cuando el sol pasaba sobre los olivos, los cuerpos pedían agua de damajuana, agua fresca y calmante, hasta que llegara la comida del mediodía, bajo los harapos de los olivos, sentados sobre la colcha dura de la tierra de los campos resecaos.

Solo un castillo, y piedras, fue lo que dejaron los moros a su paso por el pueblo, pero alguna vez, alguien, excavando para hacer los cimientos de una casa, en las afueras del pueblo, encontró un tesoro de varios kilos de monedas de plata de los árabes; tesoro que se repartió entre los que lo descubrieron, sin más, cayendo en manos de desaprensivos que pagaron cuatro perras por aquello, creyendo, que su delito, no iba a ser descubierto nunca jamás.

- ¿Qué me traes Pepe?

- ¡Cállate, que somos ricos!

Y el jamón, los embutidos, el mejor queso, las orzas de tacos de lomo de cerdo, el rico salchichón, las pajarillas en manteca, el chorizo, las morcillas, quienes no habían visitado nunca aquella casa, entraban ahora a tropel por la puerta del portón, presentándose en su estado más puro a los ojos de los integrantes de la unidad familiar, los cuales, armados de navajas, no paraban de rebanar tan exquisitas piezas, hasta que se le veía el esqueleto a los jamones, y del embutido sólo quedaba el culo y un trozo de cuerda.

Y la máquina de coser, nueva, último modelo, hacía que las dos puertas de la casa, oxidadas de no abrirlas, se pusieran de par en par asustadas al paso de aquel artillugio.

- ¿Cómo has pagado la máquina, Pepe?

- ¡Cállate, que somos ricos!

Y la mujer callaba cuando iba viendo cómo la casa se iba transformando con las últimas adquisiciones de su marido, que cauto, procuraba no llamar mucho la atención.

Pero un día, los vecinos vieron dos parejas de guardias civiles rondando por allí, que tras identificar el domicilio conyugal, y tras llamar a la puerta de la calle, de la casa de Pepe, tardaron poco en llevárselo detenido al cuartelillo, al no poder justificar la procedencia del dinero para comprar tantas cosas.

CAPÍTULO VIII

El tesorillo de la Cava, formado por más de ocho mil piezas, proporciona muchos datos sobre el imperio almohade, de la política, de la religión, y de la economía de aquella época.

Aparte de su valor, cabe destacar, que en el ángulo inferior de algunas monedas, aparece la ceca donde se acuñaron, entre las que destacan, la de Arcos de la Frontera, Ceuta, Tetuán, Murcia, Málaga, Tremecén y Sevilla.

Pero lo interesante de la cuestión, es, que en una de las monedas, aparece la palabra Priego, Pego, Bagu.

Priego, tuvo que ser importante en la época almohade, y algunos sabios impartieron sus enseñanzas a las élites locales, y hasta es posible que se acuñaran monedas en la ciudad, y que algún sabio tuviera poderes paranormales.

Andrés, oyó una vez a unos entendidos del pueblo, que hubo un santón musulmán en Priego, que era profesor de los hijos del cadí, y al que vieron un día en Granada, cuando estaba demostrado, que éste, se encontraba en Priego en esa fecha; es decir, que el santón gozaba del don de la bilocación; o sea, capacidad para estar en dos sitios a la vez.

CAPÍTULO IX

Tras el hallazgo de un tesoro de los moros en la Cava, y su utilización por unos desaprensivos, las aguas volvieron a su cauce, y la plata, o, sea, el tesoro, viajó a Córdoba al Museo de Arqueología donde lo debieron de estudiar, limpiar, y proteger.

Andrés estaba obsesionado con abrir la tierra, profundizar en sus augurios, buscar cosas de los antiguos pobladores de Priego, y esperaba dar el aldabonazo con un gran descubrimiento. Para ello se fue a casa de Pastillica, y con unos ahorrillos que tenía en una hucha de barro, los que sacó haciendo trampas introduciendo un cuchillo en la ranura del cerdito ahorrador, fueron apareciendo a la superficie, una a una, las monedas que albergaba con celo en su interior. ¡Treinta pesetas, y un billete de veinticinco! todo lo cual ascendía a cincuenta y cinco pesetas. ¡Un tesoro para Andrés!

Pastillica, el astillero, tenía un taller en la Cuesta del Salado, calle muy pendiente, y tanto, que algunas veces, los palos de chopo, encina, olivo, y otras maderas, salían corriendo hacia abajo cuando llovía fuerte buscando la libertad, todavía lozanos, “pidiendo a gritos” una oportunidad antes de ser entallados en el aro del duro hierro, a base de porrazos con el hacha y la machota.

- ¡Como para sufrirlo en carne!

Porque el oficio de astillero, o sea de colocador de astiles en los aperos de trabajo, no era cosa fácil, ya que había que ir a los campos y buscar los mejores palos de los árboles, bien derechos, sin falta, comprarlos, cortarlos, transportarlos, y prepararlos, para su uso y colocación, en las herramientas.

Era fundamental desollar vivos los palos, con gran “dolor para los amputados”, lo que se hacía con máquina, o un buen hocino; después había que lijarlos, quitarles las yemas de su piel, y, secarlos al sol, para que se endurecieran.

¿Qué quieres Andrecito?

A Andrés no le gustó el diminutivo que le impuso el astillero, y pensó, que él, no le había llamado Pastillica, ni nada parecido. Pero, las cosas, en los pueblos, son así, y hay que aguantarse con el mote que le echen a uno, o le pongan, si no quieres problemas.

Quiero unas cuantas herramientas con sus astiles.

- ¿Para qué son?

Para cavar.

¿Cavar dónde?

CAPÍTULO IX

En la tierra, para hacer agujeros y sacar tierra.

- Tu padre tiene de todas esas herramientas en el molino. Pídeselas y te las deja.

¡No! Esto no es cosa de mi padre. Es cosa mía - gritó Andrés.

Vaya con el hombrecito. Si no tiene un palmo sobre el suelo y ya grita. Éste, seguro que va a excavar por esos montes, o en los alrededores del Castillo, o en los solares de las casas viejas, y a ver si tiene suerte y halla un tesoro, como el de la Cava, y ya ves la suerte que han tenido los que se lo encontraron, que vinieron los civiles, y ahora están en la trena, a pan y agua. ¡Ten cuidado niño con lo que haces!

Andrés calló, y como el que no quiere la cosa, siguió parlamentando con el astilero, al que encargó, una pala, y un azadón para sacar la tierra del hoyo. Quedaron en el día de la recogida y en el precio de la compra que subió a un monto de veinticinco pesetas, que pagó con el billete de la hucha, y se marchó para el pueblo.

El astilero, en cuanto salió Andrés de la carpintería, cogió y llamó a la operadora de teléfonos, la niña de Tomares, a la que le dijo que le pusiera con don Carlos, en la cooperativa la Purísima.

- Don Carlos: que no es nada importante para lo que le llamo, pero que me ha llamado la atención, que Andrecito, ha venido a mi taller, y me ha encargado unas herramientas para cavar, que es por lo que le llamo, porque seguro que se las podía haber pedido a usted, que las tendrá por ahí paradas, y sin hacer nada, que ya sabe usted, que esta juventud de hoy tiene ideas muy malas en la cabeza, y, a lo mejor, se mete en un lío, y usted me ve por la calle después, y me regaña porque no le avisé de las intenciones del niño. ¿Queda claro?

- Sí; gracias amigo por avisarme. Ya hablaré yo después con Andrés y a ver qué me cuenta.

Don Carlos siguió con lo que estaba haciendo, que eran las cuentas de unas partidas de aceitunas, sumar a cabeza, una y otra vez, lo que don Carlos hacía más rápido que nadie en el pueblo, y por lo que le admiraban propios y extraños.

Andrés, después de haber hecho el encargo, se fue a dar una vuelta por la plaza, y allí se encontró con unos amigos, y dieron vueltas y vueltas alrededor de la fuente del Paseillo, y jugaron a pillar, lo que le cansó bastante. Después se fue para su casa, y allí le esperaba su padre dispuesto a enterarse de sus intenciones con las herramientas que había encargado, y para qué eran.

Poco tiempo tardó el niño en llegar a su casa desde la plaza del Paseillo. Eran las 9.30 de la noche, y los cafés del gasógeno, y el Águila, se encontraban muy concurridos de gente; más en el segundo, que en el primero.

En el mostrador, los aceituneros apuraban las últimas copas de vino antes de irse hacia sus casas a descansar para la jornada del día siguiente, que se presentaba un tanto insegura respecto al tiempo, porque Eugenio Martín Rubio, uno de los tíos del tiempo, había dicho que se cortaba el bigote, si no llovía en Almería.

Eugenio Martín Rubio. Era un hombre simpático, con un poblado bigote, y que salpicaba con frecuentes bromas sus intervenciones. Frecuentemente mostraba una leve sonrisa como para quitarle importancia al tema.

Un buen día hizo una apuesta a los televidentes de la época sobre el siguiente

aserto: "Si nieva en Moscú, y el avión de Nueva York - Madrid tarda menos de seis horas en el trayecto, al día siguiente lloverá en Almería. Como ésto ha pasado hoy, mañana lloverá en Almería, y estoy tan seguro, que de no ser así, mañana me afeito el bigote". Al día siguiente, y sin hacer ningún comentario sobre el particular apareció con la zona que el día anterior ocupaba el bigote totalmente despejada. Evidentemente no había llovido y cumplió su promesa. Este desenlace fue un hecho muy comentado durante varios días, ya que fue visto por muchísimos espectadores que veían al "Hombre del Tiempo" con especial interés. Eran otros tiempos, con menos presión y una mayor espontaneidad. Creo que la gente reía más.

Con el paso de los años, nuestro niño, no olvidó su pasión por los pasteles, pero era grande la urgencia que tenía en llegar a su casa porque su padre le había dicho:

- Andrés: a las diez en casa.

Y su padre, no era como para no hacerle caso, así que al pasar por la pastelería de referencia, la de las hermanas Ortega, se limitó a inspirar profundo, por si podía captar con su pituitaria, alguna de las esencias que estas buenas confiteras le infundían a sus pasteles. Pero dada la hora, los pasteles, si es que quedaban algunos en las estanterías, ya no tenían ganas de echar al aire, a lo que estaban acostumbrados, sus aromas de olor a crema, azúcar, canela, limón, naranja, y chocolate, después de todo un día de dilatar sus pulmones de milhoja y crema pastelera.

Antes de llegar a su casa se encontró con don Paco Portugal, que seguramente venía de Cabra de ver a la querida que tenía allí. Su señora legal, al verlo aparecer por lo alto de la calle Rivera, ella, sentada en la acera, sobre una butaca de mimbre, la agarró como si de una talega se tratara, y se metió en la casa, dando un fuerte portazo, la manera más barata de protestar ante aquella situación que vivía, en la que su marío estaba con otra.

Eran tiempos seguros aquellos en los que se vivía en el pueblo, y las puertas de muchas casas no se cerraban durante todo el día, porque no había a nadie a quien temer. Si alguien hacía una barrabasada, o, robaba, rápidamente la guardia civil lo localizaba y se lo llevaba para el cuartelillo, para al día siguiente, ponerlo a disposición del juez.

Se podía andar por todas las calles del pueblo a cualquier hora del día sin temor a nada ni a nadie.

Un día, al levantarse Andrés, oyó que su padre hablaba con su madre de un suceso que había ocurrido en un portón de una casa del Palenque durante la Feria, de una familia rica de Priego, donde había muerto un gitano apuñalado.

Andrés corriendo llegó a su casa. La puerta estaba cerrada, así que Andrés entró y llamó con el aldabón de la puerta de cristales, y esperó hasta que su madre le abrió.

- ¡Ya tardabas, Andrés! Entra. Tu padre quiere hablar contigo.

- ¡No tengo reloj, mamá, y el del Paseíllo, estaba parado! ¿Qué quiere papá?

- Ahora lo sabrás.

Entró en la sala donde estaban cenando. Los postiguillos estaban cerrados, las aldabas de los mismos estaban metidos en la hembrilla del marco. La lámpara de la luz fallaba a veces queriendo poner la habitación como a oscuras, pero recobraba fuerza el

CAPÍTULO IX

filamento, y volvía a iluminar la estancia.

- Esta bombilla hay que cambiarla. Algún día nos quedaremos a oscuras.

Andrés esperaba que su padre se dirigiera hacia él, pero la muchacha, le dijo: - ¿Qué vas a comer?

- Patatas fritas y huevo- le contestó Andrés.

Porque el muchacho no era malo para comer. Habiendo en la casa patatas y huevos, no había ni que preguntarle. Un día y otro, y así hasta la eternidad, porque aquellas patatas que se ponían tías en la sartén plantándole cara al hirviente aceite, antes de morir; un aceite, que envalentonado, no entregaba el pellejo echando humos como otros echan. Aquel aceite de los montes de Priego, sangre de aceitunas criadas entre las inclemencias del tiempo, daba para varios servicios, incluidos la fritura de los huevos con su correspondiente “encaje”. Y la juventud crecía fuerte, y sana, sin colesterol, ni porquerías, porque aquello era comida sana y buena para el cuerpo, porque las patatas, no tenían abono, y los huevos de las gallinas del campo, engordaban con hierba picoteada de aquí para allá, algunas lombrices, y gusanillos, y granos de la cosecha. Eran gallinas que vivían en libertad en el campo, correteando por él, y no estaban enjauladas en cárceles donde no se podían las pobres ni mover.

Empezaba su padre a preguntar al niño para qué quería las herramientas que acababa de comprar a Pastillica, cuando apareció la muchacha con un buen plato de patatas fritas a tiras y un huevo que llenaba todo el redondel de aquella plaza taurina que era el plato, en el que las patatas se subían a las “barbas” del huevo para impedirle que las pisoteara. Y Andrés cogió una servilleta de tela, con su nombre, porque todas las servilletas llevaban el nombre de su dueño, y se la colocó de babero para no mancharse, para a continuación darle un saetazo con el tenedor al mismo centro del que lo puso la gallina, echando una sopa de pan que se coloreó de un amarillo de vida que amenazaba con extenderse por todo el plato mudando la color a las amarillentas patatas, cuya sopa, al entrar en el gaznate, todos sus “inquilinos”, la aplaudieron a rabiar, dándole el pase hasta el mismo estómago, que se puso de fiesta saludando con aires expulsados al exterior, que no le gustaron demasiado a Andrés.

- Quiero hacer una excavación en Priego porque sé dónde se encuentra la Reina Mora del Castillo, y el tesoro enterrado de sus antecesores.

- ¡Vaya con el futuro arqueólogo, que lo más que ha leído, ha sido Sinué el Egipcio, de Mika Waltari, en la colección Reno!

El niño calló, y pidiendo permiso a su padre para ir a buscar una cosa al terrao, se levantó de la mesa redonda, y subió hasta su cuarto, donde en una cajita de madera, cerrada con un candado, guardaba algo que avalaba sus ansias excavatorias. Y bajó pausadamente los escalones del terrao, hasta la sala, que eran aproximadamente unos treinta.

Y, una vez ante la concurrencia, despertó la curiosidad de los allí presentes, sus hermanos.

- ¡Niño: abre la caja!

Y el muchacho estaba muy nervioso, y no atinaba a meter la llave por la embocadura del candado, para abrirlo, y mostrar a los presentes, expectantes, ¡su tesoro!

CAPÍTULO X

Había biblioteca en los centros públicos, escuelas, Escuela de Magisterio, ayuntamientos, pero no eran de común conocimiento, sino que estaban ahí, y las usaba y se servía de ellas, los que tenían fácil acceso, o sabían de su existencia. El que leía era tenido como hombre raro.

En la iglesia de San Francisco, y desde la casa de don Ángel, se accedía a través de un estrecho pasadizo a la iglesia, y justo a la entrada de ese pasadizo, en un pequeño armario don Ángel tenía unos pocos libros piadosos, vidas de santos, sobre todo, que prestaba a aquellos seminaristas que demostraban intención de leerlos.

El mismo don Ángel, y muchos religiosos, usaban a diario El Breviario, que leían en determinadas horas, en quietud y silencio, muchas veces sentados en la iglesia ante el Sagrario, o, en la capilla de su devoción. No era extraño ir a visitar a Jesús Nazareno en la iglesia de San Francisco, y ver, a don Ángel, sentado en un sillón de madera con asiento y respaldo de cuero, con su breviario en las manos leyendo bajo la mirada de Jesús Nazareno.

Y en las obras, algunos albañiles, después de la comida del mediodía, tiraban de novelas de Marcial Lafuente Estefanía, novelas de vaqueros, o de Azañas Bélicas, que solían alquilar en un pequeño kiosco que había a la entrada de la calle del Torrejón, donde pagaban por el alquiler, una peseta, y tenían un plazo para devolver de una semana.

También había una biblioteca en una casa de Acción Católica situado en el Paseo de Colombia. Un día aparecieron los libros tirados en la puerta de la calle; libros que la gente se entretenía en ojear por si eran de su interés, y allí, Andrés, recogió para él, algunos con títulos muy curiosos, como Índice de los Libros Prohibidos. Se ve que alguien debió de hacer limpieza, y como en el Quijote, los pusieron en la calle para meterles después fuego, o se los llevara, el primero que pasara por la puerta.

En la Librería Serrano tenían algunos libros en el escaparate, y también, dentro, y en la Librería de Cejas, en la Rivera, también tenían algunos libros para vender.

Y es posible que hubiera libros en el Casino de los Señores, en el Círculo Mercantil, y en otros sitios de interés público.

Si querías comprar libros tenías que ir a Córdoba, a la Librería Luque, en la Calle Gondomar, donde tenían bastante y abundante material. Y si no tenían lo que tú buscabas, te lo pedían, siempre que fuese de libre lectura.

Y en el Seminario de San Pelagio, había una librería donde pedían los libros que

CAPÍTULO X

demandaba el clero. Había bastante movimiento en aquella librería.

Y cómo deseaba Andrés que llegara la hora de la lectura en su casa después de la siesta, con un curioso ritual digno de la más grande de las ceremonias. Cada uno sentado en su silla, con su libro entre las manos, de los que había a su disposición en aquellos momentos, la luz de la sala bien calculada y distribuida, los postiguillos de la ventana que daban a la calle abiertos para que pasara la claridad, todos sentados de forma que la luz entrara hacia el libro de izquierda a derecha para no formar sombras entorpecedoras, los visillos de los cristales extendidos para que los fisgones no vieran lo que se hacía en aquella estancia.

Y cada uno con su libro, con las pausas pertinentes para tomar una bocanada de agua del fresco botijo que descansaba sobre un platillo para evitar que el agua de la sudoración del barro se extendiera por el suelo.

Don Carlos, leía libros, y sobre todo el periódico, que compraba cada día en el bar el Gasógeno, que por cierto, llegaba al mostrador, con retraso de un día, así que cuando las noticias se leían, ya habían pasado varios días que habían sucedido; pero menos mal que tenían la radio, una radio con dos ondas: normal, o, media, y corta. Una radio que don Carlos había comprado en Lucena, y que, para encenderla, había que poner un transformador de 125 voltios. Una radio que convertía en sagrada la hora del Parte, a las dos y media de la tarde, hora en la que todo el mundo callaba para ver qué se decía de España en el mundo, y qué ocurría en el mundo. Y se daba la circunstancia, de que el Parte coincidía con la hora de comer, por lo que durante la comida no se debía de hablar, porque se estaban oyendo las noticias.

Los muchachos de la casa, cada uno leía lo suyo, novela, poesía, teatro, libro de estudio. Los cipreses creen en Dios, de Gironella, Un millón de muertos, La Familia de Pascual Duarte de Camilo José Cela, La colmena, La sombra del ciprés es alargada de Delibes, Los santos inocentes, y libros de la colección Reno, distribuidos por la editorial "Plaza y Janés", como Sinué el egipcio, de Mika Waltari, La madre, de Pearl S. Buch, Cuerpos y almas de Maxence Wan der Meer.

En el terrao de la casa de don Carlos, en una estantería, se conservaban además de ejemplares de Blanco y Negro, dos libros para el soldado, pero que nadie tocaba. Cuántas personas, habrían soñado con las historias que en ellos se contaban, y, a la mañana siguiente, se encontraban con la realidad de la guerra, fría y descarnada, con el silbar de las balas amenazantes por el aire.

Andrés leía un libro que le había dejado don Angel, La vida de San Francisco de Asís, que llevaba a todos sitios y enseñaba a propios y extraños, muy emocionante, y se entretenía leyendo una y otra vez el poema dedicado al Hermano Sol, y se volvía tan hacia sus adentros, que cuando su madre, doña Rosario, llamaba a merendar, su padre tenía que reprenderle de que no oía a su madre tan absorto que estaba con la lectura. A ese chico, le gustaba más leer, que comer. La lectura le engordaba.

Eran libros de una media de 275 páginas, de diez por dieciocho centímetros, y encuadernados en tapas blandas, encolados, que resistían bien el uso sin despegarse las hojas, y que tenían un olor especial al olor del pegamento.

Todo el mundo leía, página tras página, pero el muchacho, no sólo leía, sino que con un lápiz bicolor subrayaba los pasajes que más le gustaban, cosa que le era reprendida por su padre, porque decía, que con el subrayado, uno dejaba en el papel sus

inclinaciones, cosa, que en el futuro le podía traer malas consecuencias, y podrían encasillarle en tal o cual estilo de vida.

En la parroquia de la Asunción, antes de que hicieran la remodelación para adaptarla a las nuevas liturgias que venían de Roma, en la parte central de la misma, se situaba el coro, con muchos bancos a su alrededor, de nobles maderas, y en el centro mismo del coro, había una especie de tabernáculo donde se colocaban los libros de la música del coro, que eran muy grandes, con gruesas tapas, y notas de abultado tamaño, para poder leerlas desde lejos, y que se cerraban con unas grandes aldabillas, y tenían una cinta de color para saber la página del comienzo del canto.

Y el misal de las iglesias, también era grande y con letras grandes para poder ser leído desde lejos por el oficiante, y durante la misa, era trasladado de un lugar del altar, al otro, por el monaguillo, que en señal de reverencia a Dios, cada vez que lo cambiaba, hincaba en tierra la rodilla. Más de una vez, por el elevado peso del misal, la altura del atril, el monaguillo, enclenque las más de las veces, caía al suelo ante el aliento contenido de los asistentes a la ceremonia religiosa. Muchos misales olían a incienso, ya que el celebrante pasaba sobre ellos el incensario en los momentos claves de la Santa Misa.

A Andrés le gustaban mucho los libros, leerlos, tenerlos entre sus manos, ojearlos, subrayarlos, y más que leer por leer, lo que le gustaba a él, era, digerirlos en el buen sentido de la palabra: saber lo que realmente quería decir el autor en cada pasaje, paso a paso, sin prisas. Y cuando le prestaban un libro con fecha de devolución, decía que no lo quería, que él los libros los leía durante mucho tiempo, y que el comprometerse a devolverlo en una fecha determinada, le obligaba a no “digerirlos” concienzudamente, y que si el autor había tardado en escribirlos mucho tiempo, era una gran descortesía liquidarlos en unas horas, sin más. Que el libro se merecía acunarlo entre las manos, sentirlo, palparlo, ponerlo a descansar, porque los libros también se “cansaban” de que los estuviesen abriendo de continuo, cosas que los ponían “nerviosos”, y que los personajes, que tenían una vida propia, necesitaban también de una cierta intimidad, de que los dejaran cerrados de vez en cuando para hacer sus cosas lejos de la mirada atenta de los lectores.

En un cajón de la sacristía de la iglesia de San Francisco había libros de tema religioso que los frailes debían de leer en las celdas del convento buscando una perfección espiritual que el mundo no tenía. ¡Qué época más maravillosa debió de vivir el pueblo cuando los frailes del convento de San Francisco, sabios, ilustrados, trabajadores, en la huerta, deambulaban entre los prieguenses aconsejándoles en su vida espiritual y en su vida material!

Andrés, iba de vez en cuando a la fábrica de los Velástegui, a ver a don Andrés, para que firmara los libros de actas de las reuniones de la cooperativa, pero iluso él, nunca sospechó que los telares hincados en el suelo, descansaban sobre el convento franciscano, y muy cerca, los cuerpos de los santos franciscanos, yacían cubiertos de una capa de cal, bajo el suelo, esperando la Resurrección.

Al convento de San Francisco le quitaron parte de la cubierta con el objeto de que se hundiera, para así poder recalificar el terreno, y hacer un buen negocio con la venta del mismo, para la edificación de viviendas en un buen sitio de Priego, pero el Cronista Oficial de Priego, se enteró, y ofreció al dueño, cambiarle el viejo convento, por una finca de olivos.

CAPÍTULO X

El convento de San Francisco, viejo, destartado, y en ruinas, no era un convento más de los muchos conventos que había diseminados por la geografía de España. Tenía una característica particular que lo distinguía de los demás, y que lo convertía en una joya, única y singular: algunas de las columnas de los arcos de ladrillo, descansaban en el centro del arco de la que estaba debajo, y de ahí su singularidad.

Nadie se había ocupado del viejo convento, y menos las autoridades socialistas, que lo que quieren, es, que la religión se saque de los colegios, porque es el opio del pueblo, - como dijo el barbudo que con sus ideas propició la muerte de más de 100.000.000 de personas en el mundo- , sin que a día de hoy, se haya constituido un Tribunal Penal Internacional para vengar aquellos crímenes contra la Humanidad, cometidos por los socialistas en todo el mundo, y, así, encarcelarlos y juzgarlos, - si quedan culpables vivos del genocidio- , para que paguen por el dolor y la sangre vertida de inocentes, masacrados por ideas que después se demostraría que no sirvieron para nada, porque el mundo quería otra cosa, y no le gustaban, ni los gulavs, ni las cadenas.

A Andrés le entusiasmaba la lectura, y soñaba con ser algún día escritor, pero era consciente de que para ello debería prepararse concienzudamente, leyendo las obras de los clásicos españoles y mundiales, viendo cómo escribían ellos, qué ideas expresaban en sus libros, asistiendo a las presentaciones de sus libros, hablando con los escritores, asistiendo a las tertulias literarias que se celebraban por aquel entonces, en algunas casas, pidiendo libros prestados para su lectura, de los que se publicaban en el extranjero, en México y Argentina, que tenían un gran catálogo.

Andrés, sabía de un prieguense, López, lector empedernido, que tenía libros muy interesantes, y, un día, hablando con él, sobre el gusto que tenía en leer libros buenos, de grandes escritores, le prestó una joya de la literatura italiana, Los Novios, de Alejandro Manzoni.

Lo acunó contra su pecho, y no se separaba de él, y creyendo que leía algo prohibido, lo escondía, no fuera a ser que alguien lo pillara con aquel libro, y la cosa fuera a mayores. Cuenta el libro la historia de dos prometidos, Renzo y Lucía, quienes se tienen que separar por crímenes, y eso, y tras diferentes vicisitudes, se vuelven a reencontrar al final. La novela transcurre en Lombardía entre los años 1628 y 1630.

Destaca la descripción de la peste milanesa de 1630.

Don Rodrigo, obliga al párroco del lugar, don Abondio, a no celebrar la boda de Renzo y Lucía, los que se ven obligados a abandonar el lugar. Lucía y su madre se refugian en un convento de Monza, ayudadas por un fraile, Cristóforo. Y Renzo marcha a Milán en busca de apoyo para su causa. Don Rodrigo hace que a Lucía la rapte “El Innominado”. La llegada del Cardenal Borromeo crea en “El Innominado” problemas de conciencia, y en lugar de entregar a la joven en manos de don Rodrigo, la libera.

Renzo llega a Milán coincidiendo con el alza del precio del pan, ya, bastante caro, y encuentra a Lucía en un dispensario, en el que se encuentra don Rodrigo moribundo. Cuando se acaba la peste, Renzo y Lucía se casan.

Terminada la lectura de tan magnífico libro, se lo guarda en el bolsillo, para devolverlo a su propietario, y pasea por el Paseillo, que es donde se encuentran las gentes de Priego, y allí hablan, o reciben encargos o recados.

- ¿Qué te pareció el libro?- le dijo López, el maestro.

- ¡Estupendo! ¡Me ha emocionado!

Y el maestro, creyendo que no había leído el libro, por sus abundantes páginas, le hizo varias preguntas sobre el mismo, de las que Andrés salió airoso. Pero en lugar de pedirle otro libro, para seguir con la lectura que ya había empezado, y que no lo abandonaría nunca, le pidió a su hermana que le dejara un libro que tenía ella en su colección particular: "Sinué el egipcio", de Mika Waltari, de formato medio, encolado, y, en rústica, de unas 400 páginas, de la colección Reno de Plaza y Janés.

- Ese libro no te va a gustar- dijo su padre. Es un libro que te va a meter miedo en el cuerpo, por aquello de los embalsamamientos de los cadáveres en la Casa de la Muerte, ¿sabes? Y luego, cuando quieras subir al terrado para dormir, te voy a tener que acompañar.

- Papá: ya soy mayorcito. He ido varias veces al cementerio, de noche, con los amigos. Echábamos apuestas a ver quién se acercaba más, y siempre las ganaba yo, menos un día de invierno, lluvioso, ventoso, en el que se iba y venía la luz.

- La apuesta consistía en llegar hasta la puerta de la entrada del cementerio, y una vez allí, había que decir en alto: ¡Dios perdone a los difuntos!

- ¡Espérate que nos vamos juntos! me contestaron desde adentro.

Andrés no había corrido más en toda su vida desde el día en el que hicieron explotar el cañón, por debajo de la Casería Buena Vista, en el paraje llamado el Fontanar, en dirección a Priego.

Cuando Andrés se acercó a las puertas del cementerio, se apagó la luz, y no se veían nada más que unas como lenguas de luz que salían de las tumbas de los muertos, resplandecientes, a lo que alguien aludió, para meter más miedo todavía, por lo que Andrés, creyendo que algún muerto había salido de la sepultura, corría, y corría, echando leches, sin ver ni torta. Al pasar por debajo de unos olivos, sintió un fuerte golpe en todo el culo, que atribuyó al muerto que lo perseguía, y que después, más tranquilo, descubrió que era una cabra que estaba allí pastando.

CAPÍTULO XI

Andrés tardó poco en bajar del terrao de su casa con un paquete envuelto en papel de traza y atado con una tomiza, paquete, que guardaba con el mayor celo, y al que le daba muchas vueltas al día para ver si seguía en su sitio, y no se lo habían robado.

La expectación había ido creciendo por ver el contenido del paquete, que con tanto celo, había ocultado Andrés, y su padre, harto ya de esperar, le dijo:

- Andrés, haz el favor de abrir el paquete porque estoy ya de los nervios por saber qué es lo que guardas ahí dentro.

Era tarde, y los postigos de la ventana de su casa, tenían ya ganas de retirarse a descansar, ya que no en vano habían estado todo el día de par en par, abiertos, sudando, y trabajando a destajo para proteger a los moradores de la casa, de la calina insoportable y quemadiza, que entraba por la ventana.

Su hermana, se levantó de la silla, y, se dirigió a la llave de la luz, a la que dio una vuelta con la cruceta, encendiendo una lámpara de grueso filamento que daba una luz que reflejaba una extraña sombra sobre el techo de yeso de la pequeña sala.

Se cerraron los postigos, y se echó el pestillo que impedía que éstos se abrieran, los cuales se maridaron con los visillos suaves de tul, que los acariciaban, agradeciéndole el trabajo realizado durante el día protegiendo a aquella familia, y a aquella estancia, del sol de la calle abrazador.

El muchacho comenzó a abrir lentamente el paquete, que se resistía a descubrir su contenido por la tomiza que anudaba el bulto, cuerda hecha de esparto, y que estaba tan enroscada hacia aquel tesoro, que creía que obraba bien impidiendo desatar un nudo que más bien parecía que estaba soldado, que atado.

Su hermano, nervioso, cogió el paquete tirando fuertemente con las manos para atraerlo hacia su cuerpo. Pero Andrés hacía lo mismo, hasta que venció el más fuerte.

- ¡No lo abras! ¡es mi secreto!

- ¡Verás si lo abro y se acaba de una vez tanto misterio para unos cartones envueltos en un papel de estraza anudado con basta cuerda de esparto!

El hermano, el mediano, José, sacó una pequeña navaja afilada con cachas de madera, cuya hoja pasó con fruición sobre la cuerda terca, la cual empezó a soltar trozos de fibra, jirones de una planta criada solitaria en medio de un monte perdido, la que se lamentaba del “daño” que le estaban haciendo con aquella arma infame, cuasi asesina.

CAPÍTULO XI

La cuerda cedió y dejó ver sus vestimentas exteriores, del papel de “traza”, el cual, huyendo del daño que había sufrido la cuerda, y para no sufrirlo el mismo en sus ocres carnes, aunó sus fuerzas, y se abrió, como cuando una cortina se desplaza sobre la barra de la ventana en la que está colocada. A los ojos de todos se vio un pequeño pergamino de piel de conejo. Un pergamino con los bordes chamuscados que conservaba marcas de haber estado fuertemente doblado para hacerlo más pequeño y poder pasarlo más fácilmente de un sitio a otro.

Andrés cogió el pergamino y lo extendió sobre la mesa de madera con las piernas torneadas. Un tapete de croché tapaba la desnudez de la mesa de madera de álamo que dejaba ver los nudos que la aridez del tiempo le había hecho; nudos que hablaban de la rudeza de un clima que se excedía en frío y en calor.

A los ojos de todos se vio un dibujo hecho con tinta sanguina, y sobre el cual había casas, trozos de muralla, y un sin fin de letras en árabe, que hablaban de un pasado lejano lleno de misterios e intriga.

- ¿Y qué? ¿Qué es ese plano? ¿De qué es?

- Papá: este plano es el secreto mejor guardado de la familia de un sabio, que, en su mayor esplendor, dibujó en este pergamino el lugar donde guardó su tesoro para alejarlo de la rapiña de gentes deseosas de los tesoros de los demás.

- ¿Y cómo se llama ese sabio?

- Abu Sulaiman Dawud ibn Yazid al- Sadi, conocido como el Granadino, nacido en Alcalá la Real, y muerto en Córdoba, que se trasladó a Priego porque el sultán lo llamó para que diese clases a sus hijos.

- ¿Y cómo sabes tú que ese almohade es el del pergamino?

- Muy fácil: su firma aparece en uno de los ángulos del pergamino. Y por deducción, colijo, que si ese sabio fue el instructor de los hijos del sultán, éste, misericordioso por Alá para quien fue el guía de sus hijos, debió de darle copiosas sumas de dinero, monedas de plata, que, el sabio, viendo que el imperio almohade se tambaleaba, guardó en el lugar del plano que tengo, huyendo a lugar más seguro hasta una ocasión más propicia para volver a desenterrarlo.

Todos, todos, se maravillaban de la sabiduría de aquel pequeñajo que estudiaba por aquel entonces, el tercer año de bachillerato, en la Academia del Espíritu Santo de Priego.

La sesión se prolongó hasta la medianoche, y todos los hermanos, la madre, y el padre, examinaron con fruición el pergamino del tesorillo, y su ubicación, a lo que llegaron por deducción, que se trataba justamente, de la calle de La Cava, en un solar que estaba destinado a la construcción de viviendas, y que fue un hijo del sabio el que lo enterró por orden de su padre antes de iniciar la huida de Priego, al caer en desgracia, su protector, el sultán.

CAPÍTULO XII

El tiempo transcurría rápidamente para Andrés, todo el día entretenido con unas cosas y otras, porque durante su juventud, el tiempo, no corría, sino que volaba; más bien, el tiempo caminaba a pasos agigantados, queriendo atraparlo entre sus invisibles redes. Parece ser, como si la naturaleza, tan sabia, y a veces con tan mala leche, quisiera llevar hacia sí, rápidamente, lo que un día salió de ella, y que superior a ella, se convirtió en algo con vida, como vida tiene todo ser vivo de la tierra, pero que se rebeló, y no quiso doblegarse a los patrones establecidos del fin de la misma, valiéndose de potingues, hierbas, y, medicamentos, que salieron de la Tierra, para prolongar su estancia en el mundo.

Andrés, dedicaba su tiempo al estudio, a jugar, y a soñar, y es en esa época cuando le da por poner sus ojos en la poesía, la que le fascina, y trata de buscar libros de poetas de prestigio, para su lectura, encontrando varios libros de autores, como Amado Nervo, Rabindranat Tagore, que lo mismo da que escriba en prosa, como en verso, porque todo lo que toca lo convierte en poético, Rubén Darío, que le fascina, sobre todo aquella poesía que leyera y comentara su profesor de literatura:

POEMA TRIUNFAL

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines,
la espada se anuncia con vivo reflejo;
ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.
Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas
la gloria solemne de los estandartes,
llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,
los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,
los cascos que hieren la tierra
y los timbaleros,
que el paso acompañan con ritmos marciales.

CAPÍTULO XII

¡Tal pasan los fieros guerreros
debajo los arcos triunfales!
Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
su canto sonoro,
su cálido coro,
que envuelve en su trueno de oro
la augusta soberbia de los pabellones.
Él dice la lucha, la herida venganza,
las ásperas crines,
los rudos penachos, la pica, la lanza,
la sangre que riega de heroicos carmines
la tierra;
de negros mastines
que azuza la muerte, que rige la guerra.
Los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triumfal de la Gloria;
dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!
Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño.
Ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circunda de armiño.
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera
honor al herido y honor a los fieles
soldados que muerte encontraron por mano extranjera!
¡Clarines! ¡Laureles!
Los nobles espadas de tiempos gloriosos,
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros
las viejas espadas de los granaderos, más fuertes que osos,
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros?
Las trompas guerreras resuenan:
de voces los aires se llenan.
A aquellas antiguas espadas,
a aquellos ilustres aceros,

que encaman las glorias pasadas.
Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros,
al que ama la insignia del suelo materno,
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano,
los soles del rojo verano,
las nieves y vientos del gélido invierno,
la noche, la escarcha
y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,
¡saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha triunfal!

Al muchacho, acostumbrado a leer en prosa, le cautiva esta sonoridad del poema, ese ritmo consecutivo de una musicalidad que no decae, el paso acompasado y continuado de la tropa que desfila con las banderas arrancadas al enemigo tras su vuelta victoriosa de la guerra, la marcha imparables del cortejo.

Y animado por estos aires rítmicos, se mete en su cuarto, ensimismado, tanto, que su madre no hace más que llamarlo para ver en qué está entretenido:

- Andrés, dime qué haces tanto tiempo metido en tu cuarto. ¿Qué trajinas?

- Mamá: que estoy estudiando, que ya vienen los exámenes, que estoy muy apurado, y tengo que aprovechar para aprobar todas las asignaturas y quedarme limpio para el curso siguiente.

- ¡Bueno, que sea estudiar y no te dediques a otras cosas!

Y cuando su madre lo deja, saca el viejo cuadernillo de color descolorido, y allí, tranquilo, con parsimonia, va hilvanando letras con letras, para construir un poema. Y cuando ve que el Duende de la Milana está irritado produciéndole en sus entrañas estertores que anuncian la salida inminente de un líquido que ha ido almacenando en lo más hondo de sí, a base de robarle a la tierra el jugo que almacena para el sustento de las plantas, se inspira en la fiera rugiente, y así, poco a poco, sale lo que a continuación, se transcribe:

EL DUENDE DE LA MILANA

Espíritu mágico
e inconfundible
que ruge al expulsar
de sus entrañas
un agua inmensurable,
la que vomita por su ruda boca,
y que corriendo por tierras
alisadas por harapos de olivos,
hurga en el suelo inconmesurable,

CAPÍTULO XII

construyendo regueros de agua de vida,
y, que, - como ladrón furtivo-,
una vez descubierto
el camino que lo lleva al exterior,
se vuelve vomitivo,
derramando en medio de estertores,
por sus fauces de ogro maligno,
un caudal de agua,
que alimenta los campos de olivos.

Y viendo que le ha quedado bien, lo escribe en una cuartilla blanca de papel grueso, y lo transcribe con una pluma que mete en un palillero, mojándola en un tintero de tinta hecha con polvos comprados en la droguería, y allí, esmerándose en hacer una buena caligrafía, como la de don Julián, va pasándolo todo a limpio, secando cada renglón con el papel secante que se balancea como mecedora sobre el colchón delgado de la hoja. Busca un sobre por su casa, y, encontrado, mete el poema, sin firmarlo, y escribe la dirección del periódico local “Adarve”, y debajo, el nombre de su director don José Luis Gámiz.

Durante varios días, más bien semanas, mira la página poética del “Adarve” para ver si aparece su poesía. Pero pasa el tiempo, y el tiempo, y pierde las esperanzas de verse coronado con la corona de laurel de los poetas romanos.

- Será que no les ha gustado mi poesía; seguro que no.

Y piensa en ir a la redacción del periódico, y hablar con su director, pero le da vergüenza descubrir que el autor de la poesía es él, el hijo de don Carlos, porque a lo mejor se entera por quien sea, y dado que la poesía no está bien vista por mucha gente, pues dicen que es cosa de mujeres, son hasta capaces de colgarle a él, el sanbenito, de que es afeminado...

Pero Andrés no descansa, porque él no está acostumbrado al desánimo, ni a ser perdedor, por lo que vuelve al tajo, y desechada la anterior composición, que no alcanzó el éxito de verse impresa en periódico local, compone otra, que a su entender, la mejora sustancialmente:

AL DUENDE DE LA MILANA

Eruptos de Neptuno, graves, sencillos,
salidos del hondo Averno, oscuro e infernal,
desparramados con abundante caudal,
por meandros de chopos y membrillos
Las matas, los riscos, y los murmullos,
del agua que surgía cantarina,

circulaba entre peñas peregrinas,
que han sido malheridas con sus arrullos.
Ley infernal, infame, bajomezquina
la que deshizo la tierra que germina
sembrándola de tubos, hierros, muros y hormigón,
conteniendo la fuerza genuina
de aquella expansión,
que no mata ni asesina,
como bala, por tubo de cañón.

CAPÍTULO XIII

Andrés está muy contento con su última composición poética dedicada al Duende de la Milana, extraño, impuntual, muy bronco, y por ello se la enseña a su hermana, lectora empedernida de libros, a la que le gusta mucho, y le anima a seguir escribiendo, y que no sea un calentón pasajero.

- “Porque tú, si quieres escribir, debes leer mucho, y en eso yo te voy a ayudar dejándote algunos de los libros que yo vaya leyendo y considere que son buenos para tu formación”.

Y contento con la valoración que de su composición poética hace su hermana, conforma planes para el futuro inmediato, porque piensa en escribir un libro y publicarlo en alguna de las imprentas locales que hay en Priego, como Hermanos Arroyo, o Hilario Rojas, como ve que hace don Manuel Mendoza, que trae al colegio las pruebas de su libro y las enseña, muy contento, a sus compañeros profesores, y a los alumnos, leyéndoles algunos de sus poemas, aunque a él, el que más le gustaba, y repetía en clase, a la hora de hablar de poesía, era el siguiente:

Aquí lo enterraron
por no hallarle ni una peseta;
no sigas, ¡era poeta!

Y con este poema, tan simple, y tan ilustrativo de lo que esperaba en el futuro a los que querían seguir el oficio de poeta, nos quedábamos todos extasiados. Y si alguien creía que iba a vivir de la poesía, que fuera dejando el trabajo, ¡porque de la poesía no se vive!

En un momento determinado, Andrés se quiere sincerar con su profesor, y quiere contarle, que él es también poeta, que ha escrito dos poesías, y que en un futuro piensa hacer un libro, y metiendo la mano en su bolsillo, - donde guarda su mayor tesoro- , está a punto de sacar la poesía, y decirle a don Manuel:

- ¡Yo también soy poeta!

Pero después, recapacita, y guarda el papel con el poema del Duende de la Milana, y decide no descubrir su quehacer secreto a los demás, no vaya a ser que se burlen de él en la clase y le saquen hasta un mote, y no paren de darle collejas y decirle: ¡poeta, que no tienes ni una peseta!

CAPÍTULO XIII

- Don Manuel comienza la clase de Lengua Española, y dice que estemos atentos porque hoy nos va a hablar de la acentuación de los pronombres, cosa peliaguda, y que no pensemos en los gamuzinos, para que nos enteremos bien. Pero yo, que el tema este de los pronombres, me aburre, me dedico a pensar en otras cosas, lo que el maestro descubre, y me reprende diciéndome:

- Andrés: deja de soñar para luego, y ahora, ponte atento a lo que digo.

- Y don Manuel continúa hablando de yo, tú, él, etc., y, yo, terco y empecinado, vuelvo otra vez a quedarme absorto en mis pensamientos con la vista perdida y concentrando mi imaginación en el proyecto del libro que quiero hacer, y cómo lo voy a pagar, de la propuesta económica que le voy a hacer a la imprenta Hermanos Arroyo, hoy, cuando salga de la Academia del Espíritu Santo, y vaya camino de mi casa.

- Se terminan las clases en la Academia, hoy, y, yo, libre como pájaro que hace lo que le da la gana surcando los espaciosos cielos, voy hacia la imprenta que está en la calle Ribera, al lado de Cejas, y llamo a la puerta dando unos golpes en los cristales.

- ¡Ya, va, ya va!

- ¿Qué quieres?

- Venía a hablar de un libro que quiero hacer, de poesía, de cuánto vale, y esas cosas que yo no sé.

- ¿Lo tienes el libro ahí?

- ¡No! ¡Lo tengo que escribir!

- ¡Pues cuando lo tengas, me lo traes y te lo presupuesto!

- Es que yo quería saber cuanto vale hacer un libro para ahorrar de la paga de los domingos.

- ¡Vamos a ver! Tengo que verlo para hacerte un presupuesto.

- ¡Como el de don Manuel Mendoza!

- ¿Las mismas páginas?

- Sí.

- ¿Y la portada?

- La hago yo. Y que sea en cartulina a una tinta.

- ¿60 páginas?

- ¡Sí!

- ¿Cuántos ejemplares?

- ¡Uno! Y, después, ya veremos.

- Un ejemplar, no lo hacemos.

- ¿Por qué?

- Porque te sale muy caro.

- ¿Cuántos ejemplares, entonces, es lo mínimo que hay que hacer?

- Cien; cien es el mínimo que podemos hacer para ganar algo.
- ¿Y cuál es el precio?
- Los cien ejemplares valen 1.000 pesetas.
- ¿Y cómo se pagan las mil pesetas esas?
- Al terminar el libro.
- Yo le voy a hacer a usted una propuesta a ver si la acepta.
- ¿Cuál es?
- Yo le voy a dar cada domingo mi paga de la semana que es una peseta, y si consigo algo más, se lo doy también. A lo mejor, mi madre, cuando lo sepa, me hace un regalito, y así lo pago.
- De esa forma, te vas a hacer viejo antes de pagarlo. Vas a tardar más de 20 años en pagarlo. Lo que puedes hacer, es, ahorrar, y cuando tengas el dinero, te vienes, y lo hacemos.
- ¿Y no hay otra fórmula?
- ¡No! salvo que te lo publique el Ayuntamiento de Priego.
- Bueno; adiós, y muchas gracias.

CAPÍTULO XIV

Andrés andaba cabizbajo, llamado al interior, y no le salían las palabras del cuerpo; sólo pensaba en dormir, taparse la cabeza, y no quería saber nada del mundo, - porque no comprendía que publicar un libro fuera tan difícil- ; así que, cuando iba al colegio, casi se dormía, y no atendía; sólo abría un cuaderno en el que iba escribiendo cosas, que imaginamos eran poesías. Porque no estaba para nadie; sólo para él, y para la poesía, y para el libro que quería escribir y publicar.

Su maestro, don Julián, lo notó preocupado, absorto, y era extraño en él, porque era muy alegre y dicharachero siempre. Así que lo llamó a su mesa, y le dijo:

- Andrés: te encuentro raro. No te veo atender a mis explicaciones, ni al francés, a ti que te gustan tanto los idiomas, ni a la literatura. Lo que sí observo en ti, es que andas distraído con un cuaderno debajo del pupitre en el que escribes cosas que no sé qué son. ¿Me lo puedes enseñar?

- Sí don Julián. Es un pequeño cuaderno en el que escribo poesías encaminado a hacer un libro. Ya tengo dos poemas, y en un mes lo habré terminado. El problema es que no tengo quien me lo publique, porque publicar un libro vale un dinero que yo no tengo, ni quien me lo dé.

- A ver: déjame que lea las dos poesías.

- Las han leído varias personas, pero no las han encontrado muy poéticas; incluso hubo uno que me dijo "que me dedicara a otra cosa", que con la poesía no se ganaba nadie la vida, y menos yo que era un niño, que ahora, comenzaba a escribir. En la imprenta me pidieron mucho dinero por editármelo, y yo, con mi paga semanal, tardaría muchos años en pagar. Me hablaron de que fuera al Ayuntamiento y que hablara con el Alcalde.

Don Julián, estaba absorto leyendo aquellas poesías sobre el duende de la Milana, y dudaba de que aquello, poesía en metro libre, hubiera sido escrito por Andrés, un niño que empezaba ahora a escribir. Veía ambas composiciones muy acertadas, muy inspiradas, muy meditadas y corregidas; propias de alguna persona más granada, más hecha mentalmente. Y dejando el libro sobre su mesa, se quitó las gafas, y le dijo: - Andrés, esto es muy bueno, está muy inspirado, en la línea de Mallarmé, o, Baudelaire, porque en España, no hay nadie que se te acerque. Espera un momento que voy a sacar de mi armario un libro de estos autores franceses, y ya verás qué coincidencia en los temas, el estilo, el planteamiento...

Y don Julián, volvió del armario, con los libros, en los que buscó dos textos, dos poemas, para demostrarle a Andrés, que aquellos autores estaban en la línea de lo que

CAPÍTULO XIV

escribía el muchacho, que como Baudelaire, trataba el tema del mal, en el caso de Andrés, por su defensa de un manantial natural de agua, libre, corriendo a través de la tierra, parándose cuando quería, y remansándose cuando le venía en gana, y que unos empleados del Ayuntamiento, lo habían cercado, encausado, llenando sus laderas de piedras y hormigón, lo que era una aberración para lo natural, que debe de estar siempre libre y no encorsetado. Y Mallarmé, en la Fiesta del Fauno, tenía similitud con el duende, duendes y faunos, seres curiosos que andaban libres por ahí haciendo de las suyas.

Porque el duende se hace mucho de rogar cada año, o cada cinco, para echar por su boca un gran caudal de agua, arrancada a la tierra desde su superficie, hasta las profundidades, donde la va almacenando, en secreto, hasta que un día, cuando sus entrañas están a reventar, y no puede aguantar más de “dolores”, las expulsa al exterior con grandes rugidos de la fiera a la que se le escapa su botín, sin que pueda hacer algo para evitarlo. Y es curioso, que los lugareños, que ya han oído de la gente las fechas de las apariciones del Duende, no hayan hecho una predicción para la próxima salida al exterior del agua, por sus fauces, y eso lo dejan para más adelante, cuando la tecnología esté más avanzada y se puedan meter unos robots, por sus entrañas, con unos sensores, y unos micrófonos, para ver el nivel del agua que almacena, y los decibelios de los estertores que provoca, y cuando el nivel llegue a una cota, y los estertores de la bestia a otra, ya se puede predecir que el parto del monstruo está para llegar.

Ese día del brote del agua del Duende de La Milana se podía hacer una gran fiesta al pie del Duende, con banda de música, autoridades municipales, guardias de gala, y el pueblo, todo el pueblo, para aplaudir a rabiar cuando los primeros hilos de agua salgan por la boca del Duende, camino de La Milana, para perderse por esas tierras que van buscando en el calor del verano algo que las refresque.

Y para sacar a alguien del paro, se podía montar a los pies del duende una caseta de quita y pon, con todos los instrumentos necesarios para hacer las mediciones oportunas, con personal cualificado, que lleve un registro de las andanzas del Duende.

Porque el Duende, es mucho duende, y sale cuando a él le da la santa gana, no importándole, ni el día ni la hora, y es que cuando le viene el apretón, no tiene más remedio que desaguar, o reventar.

Y dicen los lugareños, que el Duende arroja agua cada diez años, y que la cantidad de la que se deshace, varía de unos años para otros; así, que, lo que se puede decir, sin ánimo de ser exacto, es, que el Duende, en cada exabrupto, suelta al exterior el agua suficiente para llenar 50 orzas de barro, lo que es mucha agua. Y hay veces, en que tarda en salir, diez años, y, otras, tarda menos, y que eso depende de lo lluvioso del año.

Tiene el pueblo de Priego,
al lado de la Fuente de la Milana,
un Duende
que echa agua al arroyo,
cuando le viene en gana.

No tiene cara alguna,
ni manos ni pies,
sino que sólo se le ve,
una boca muy grandota,
allá en lo alto de la roca,
por la que borbotea el agua,
que roba en la Almorzara,
a los pies de la Tiñosa,
que venera,
sirviéndole de conductor,
el terreno tan poroso
que corre por la llanura,
hasta la barriga del ogro,
que cuando está repleta de agua,
la vomita por la boca
en medio de improperios,
exabruptos,
retortijones,
calambres,
y, malas digestiones,
hasta, que, ya mejor,
aliviado de su tirantez,
vuelve a la placidez
de la calma chicha,
hasta que otra vez,
con las abundantes aguas de la lluvia,
se le rompe la cincha
derramando el agua
noche y mañana,
hasta la Fuente de la Milana.
Y el pueblo,
entusiasmado,
alrededor del Duende se arremolina,
haciendo una festolina,
aplaudiendo la corriente,
que de repente surge,
a su manera,
cuando nadie la espera.
Porque el duende
es gracioso,

CAPÍTULO XIV

ruidoso,
bromista,
juguetón,
con el agua que administra,
y a nadie amarga su don,
que es el agua,
ni sus travesuras,
al soltar el agua desde la altura,
a borbotón,
y desde lo alto de la roca,
con sus trenzas vegetales,
deleita a todos los paisanos,
con su cascada barroca de agua,
y si dar pudiera las manos,
saludaría de uno en uno,
a todos los paisanos,
a los que han tenido la paciencia,
de esperar su salida,
durante muchos años,
y cuando después de mucho trabajar,
y sacar toda el agua
que lleva dentro,
el duende se retira,
a sus cuarteles de invierno,
llevándose su tesoro,
más rico que el noble oro.
Y en la despedida,
el pueblo se desanima,
se deprime,
se subestima,
porque no ha sido capaz
de comunicarse
con el duende,
para que el agua
no se la lleve.

Y Andrés, con los compañeros de clase, hace un día de “perrazas” para ir a ver al Duende, hasta la Fuente de la Milana, día que se convierte en un día de expansión para todos los que van a ver al duende, y de descanso para los profesores. Y puestos bajo su mirada atenta, se echan garfadas de agua sobre la cara, y la beben con fruición, un agua muy rica, cargada con muchos minerales, que sabe a gloria, y, que

satisface la sed de los que van de excursión, ya que el hambre, ¡no! Y lástima para los Pérez, los dos hermanos, los que meriendan cada día tras la puerta del portón de la Academia del Espíritu Santo, en la tarde, atendidos por su criada, engalanada con vestido reglamentario, y cofia, que hoy, por fiesta, no van a poder merendar el cafelito y los bollos de leche, lo que deja a todos los alumnos, en igualdad de condiciones frente al hambre.

Pero Andrés, el muchacho, que ha aprendido a nadar en la dificultad, si la hay, se separa del grupo, y camino hacia arriba, dándole las espaldas al Duende, y que lo perdone si lo molesta, que no es su condición, otea por entre los olivos, y sospecha, que entre ellos, y dada la abundancia de agua del paraje, debe de haber alguna huerta, de lo que no se equivoca, y hallándola, cae sobre ella, y sobre las lechugas hermosas, gordotas, atadas por la cintura, a punto de liberarse de la tierra que las tiene presas, consiguiendo la libertad para algunas de ellas, teniendo que salir por patas del sembrado, ya que el dueño, se ha dado cuenta, de que alguien extraño al huerto, ha osado invadir un territorio, que no es suyo, y, armado de una escopeta de cañones; de dos, cargada con balas de sal, apropiada para perseguir a ladroncetes de lo ajeno, aunque sea de una sola unidad de lechuga, apunta hacia el cuerpo orondo de Andrés, que recibe en cada uno de los dos cachetes, un perdigonazo de sal; dos por uno, con premio, por haber osado alterar la tranquilidad de las lechugas que se “retozaban” alegremente en la paz y la luminosidad de la huerta. Ahora, el huertano, que había gozado de un largo periodo de ausencia de ladrones en la huerta, tendría que hacer frente a un nuevo enemigo, que no era como el pájaro, que se asusta con unas palmadas y un espantapájaros de paja y un viejo sombrero, sino que era alguien, que no tenía miedo a entrar en una huerta ajena, con el solo motivo de calmar un hambre que le acosaba, sin tener la ayuda de la criada de la Academia, pero que nunca hubiera pensado, que ese agricultor, le iba a responder de esa manera, con dos tiros de sal en el mismísimo culo, al tratar como un ladrón vulgar, a un niño que quería calmar el hambre, porque no sólo de agua vive el hombre, sino de algo más.

En el mercaíllo semanal de los sábados, en la Plaza la San Pedro, junto al bar Rafi donde daban comidas cada día, el ciego, con el puntero, señalando las escenas del robo de las lechugas, va deslizando la punta sobre las láminas donde se retratan los episodios del robo de las lechugas, a la vez, que va cantando:

En la ciudad de Priego
cerca del manantial de la Milana,
un zagal muy jovencillo,
acuciado por el hambre del paseo,
y la gana de quitarla,
robó varias lechugas,
tras saltar la vesana,
pero el dueño de la huerta,
que espiaba tras la puerta,
del viejo cortijo,
agarró la escopeta,

CAPÍTULO XIV

se puso la canana,
y cuando vio que el tiro
iba a ser certero,
donde puso el ojo,
puso dos balas,
no de metralla,
ni de fogueo,
sino balas de sal,
de sal gorda y granuda
que ávidas de comer,
salaron la tierna piel
del que si lo llega a saber,
hace lo mismo que Judas:
tirar las lechugas tras él,
y, saliendo a todo trapo,
hacia Villadiego,
no teniendo que soportar ahora,
el escozor de la sal en la carne,
por tratar de darle gusto al cuerpo,
y quitarle un poco de hambre.

Andrés llegó al manantial, cojeando, a ratos, y cogiendo todas las lechugas que llevaba con una mano, porque la otra le servía para darse rascones en los cachetes; tal era el dolor y escozor que sufría.

Pero no quiso contar ante sus amigos lo que le había pasado al coger las lechugas, así, que, cuando le preguntaron lo que le había ocurrido, respondió: me escurrí con el barro del camino al salir de la huerta; sólo eso, cosas que le pasan a todo el mundo.

Repartió las lechugas entre los presentes, que solícitos, todos, acudieron a lavarlas bajo la enorme cascada de agua del duende, que se relamía al sentir el suave tacto de las lechugas al toparse con el agua que salía de sus alegres fauces

Y entre “buchá” de agua y otra “buchá”, Los muchachos pegaban enormes bocados a las lechugas, trozos del Jardín del Edén que se estremecían de “dolor”, y suplicaban al agricultor, que doblara la vigilancia para no ser devorados por aquella gente que tenían más hambre que el Cíclope, y eran más glotones que él.

CAPÍTULO XV

Y, sanado de las escoceduras de la sal y de los perdigonazos de los cartuchos de la escopeta, en el mismísimo culo; dos, tiros, en vez de uno; uno para cada cachete, por ser hijos del mismo padre, se dispuso Andrés a acometer una empresa en la que no había miedo a la sal, ni al guarda del terreno, porque, sencillamente, no había ni lo uno ni lo otro.

El único miedo que tenía el muchacho, era, ser descubierto en la búsqueda del tesoro, ya, que, se imaginaba, que al haber en el pueblo muchos parados, gentes ociosas, se acercarían al dar la primera cavada en el suelo, tratando de descubrir el objetivo de trastear en aquel desolado lugar, lleno de cascotes, maderas, tejas, ladrillos, piedras, de una construcción, que de puro vieja, se había venido abajo, sin que nada, ni nadie lo impidiera.

Así es, que lo primero que hizo, fue desescombrar la parte del solar donde se debería de encontrar el tesoro, del sabio musulmán, y que dejó escondido al tener que huir a otras tierras por haber caído en desgracia el sultán del castillo moro de Priego.

Y la tarea no era fácil - porque no le ayudaba nadie en ese menester- .Así, que, subido en el montón, comenzó a retirar las vigas de álamo carcomidas del río Genilla hacia un rincón del terreno donde no le fueran molestia ni impedimento. Y después hizo lo propio con los demás restos de la casa solariega que había ocupado el lugar, y cuyas columnas, y piedras, de la portada, habían sido trasladados a otro lugar para utilizarlos en la construcción de otra casa en la calle del Río, así como el escudo que lucía en el frontón.

Andrés puso en práctica el método que se había trazado para alcanzar el lugar donde se ocultaba el tesoro, que dada la categoría del personaje, debería de ser muy abundante en monedas de oro y plata de la época.

Agarró una gran viga, y dio golpes contra el suelo a la espera de que el ruido denotara la existencia de algún hueco, lo que revelaría, que al no haber sido construido, albergaría algo importante, y así estuvo todo el día, hasta que cayó agotado sin haber encontrado nada. Quizás tendría que retirar gran cantidad de tierra de la superficie, para que la madera sonara al contacto de la cubierta de obra, lo que verdaderamente ocurrió, encontrando una gran losa de piedra caliza que tapaba una enorme oquedad; piedra difícil de retirar, dado su gran peso, y longitud, y para sacarla más fácilmente, pensó en romperla de varios mazazos contra ella, pero desistió, porque al romperse, se hundiría en el suelo, y al caer en el pozo, no podría retirar los trozos sin dificultad; así, que, se fue a casa del herrero Felipe, y le pidió ayuda, en la forma de que le dejara un trípode con una cadena y una manivela, que al moverla,

CAPÍTULO XV

izaría a la superficie las enormes piedras, y dejaría al descubierto, lo que ocultaba bajo de sí.

Pero en la herrería no le dejaron lo que quería: un trípode, una escalera de hierro, una carrucha, y una manivela, para sacar las grandes lozas que daban acceso casi seguro al tesoro.

- Para que te dejemos ese material tienes que traer permiso de tu padre.

Pero como no se arredraba, al día siguiente llamó a unos pocos amigos de los estudios, y, haciendo palanca con una gran viga, lograron abrir un claro por entre la losa, en la que se adentró Andrés, bajando hasta el mismo suelo, a lo que parecía que era una tapa de una cisterna que recogía agua de lluvia de la casa derruida.

Y volvió a estudiar el plano, minuciosamente, llegando a la conclusión, de que había habido un error de medida, y que no había que buscar el tesoro, en un solar de la Cava, sino en el Castillo de Priego, en la parte sur, la que daba a Granada.

Al día siguiente, pidió el permiso para iniciar la excavación, la que dio pronto muy buen resultado, apareciendo una gran losa, a ras del suelo, que sonaba a hueco, como la vez anterior.

Buscó la ayuda de los mozos que descargaban trigo en el silo e la torre del castillo, los que lograron abrir la losa, y que se reincorporaron rápidamente a su trabajo, lo que dejó a Andrés las manos libres para descolgarse con una cuerda por una especie de pozo, estrecho, y oscuro, sin más, porque no veía nada.

Volvió al otro día con velas y linternas, descubriendo un largo y ancho corredor por el que podía correr un caballo y su jinete con las manos extendidas. A cada trecho, aparecían nuevos corredores, que hacían la exploración interminable.

Contó lo sucedido en su casa, y su hermano Diego, estudiante aventajado de la Historia local, le dijo:

- Ese es el corredor que construyeron los moros para huir a la Cubé, en caso de ataque de las tropas cristianas al Castillo. Mañana, iremos provistos de cuerdas y antorchas, para ver si es realmente la vía de escape segura hacia el exterior de la fortaleza. No te presté atención porque creí que me estabas contando un cuento con todo aquello del plano y demás.

- Prométeme que no dirás nada a nadie, ni a los del castillo, porque entonces, se va a enterar toda la gente, y no nos dejarán trabajar.

- Te lo prometo. No diré nada. Pero por lo menos que se entere papá.

- Sí; se lo diré.

CAPÍTULO XVI

El domingo último de mayo, fiesta de Jesús Nazareno, todo el grupo de incondicionales de Andrés, pertrechados de material abundante de escalada y de iluminación, que les dejó el Grupo de Espeleología de la OJE de Priego, bastante ducho en los menesteres de entrar en las cuevas de Priego, algunos de cuyos hallazgos, sobre todo si se trataba de cerámica, monedas, huesos, armas, entregaban al experto, que con la paciencia de un fraile, estudiaba concienzudamente en la mesa de su clase, de la Escuela Aneja del Magisterio, del Sector Sur, de la capital cordobesa, mientras impartía clase a sus alumnos, y que por aquellos entonces, fraguaba la redacción de un libro titulado “Córdoba, Tierra Nuestra”, que publicó la Caja de Ahorros Provincial, y, que dada su importancia, se agotó en muy pocos días, no contribuyendo, el muy llorado poeta y arqueólogo, don Juan Bernier, a cargar las vigas del Coro del Convento de Nuestra Señora de la Merced, tal era la cantidad de libros depositados en él, por el Servicio de Publicaciones de la Diputación de Córdoba, y que permanecían allí largo tiempo, esperando que alguien los rescatara del olvido.

En el frontal del coro, un día apareció retocado un cuadro que había escapado milagrosamente a la quema de la Iglesia por un fanático que lo suspendieron en la oposición, y se daba la coincidencia, de que el pintor y restaurador, muy conocido en Córdoba, cambió la cara de uno de los personajes del cuadro, por la del Presidente de la Diputación, hecho que fue descubierto cuando al abrir la iglesia, uno de los presentes dijo:

- “¿No se parece el Apóstol del cuadro al Presidente de la Diputación?”

Los comentarios no se hicieron esperar, y corrieron por toda la ciudad de la Catedral- Mezquita, y fue tal el alboroto, el cachondeo, y la juerga que se trajo el personal, que el pintor, no tuvo más remedio que volver a su fisonomía anterior de apóstol ganando mucho el retratado.

Juan Bernier era famoso en Córdoba no sólo por ser maestro, arqueólogo, sino poeta, y bueno, uno de los fundadores del Grupo Cántico, donde se primaba la estética, antes que el “mensaje”.

No era raro verlo sentado en la terraza del Bar Siroco junto a otros escritores, como Carlos Clementson, pintores, como Aguilera Amate, Pedro Bueno, y el muy llorado y querido Pepe Jiménez Poyato, fotógrafo excepcional, y, galerista, en cuya galería expusieron sus obras los mejores pintores del Arte Cordobés de su tiempo.

Fue en el antiguo Siroco, donde Andrés, invitado por su hermano a comer unas tapas de jamón, le salió gratis la convidá, ya que, se empecinó, en que el jamón tenía

CAPÍTULO XVI

saltones.

- ¿Que el jamón tiene saltones?...¡No!
- ¿Qué te juegas a que tiene saltones?
- La convidá.

Y la convidá le salió gratis al hermano de Andrés, porque depositado el jamón de buena firma, sobre el mostrador, el muchacho señaló cómo se dibujaban sobre la carne del pernil, los puntitos de saltones que corrían de un sitio para otro.

Y, es, que los jamones de aquellos tiempos, todos tenían el bichito, que campaba por sus respetos comiendo a sus anchas, para engordar, para después ser comido por los amantes del jamón, que no le daban importancia al mismo.

- ¡Proteínas! ¡Los saltones son la proteína del jamón!
- ¡Amén!
- ¡Puto niño! ¡Va a acabar con la clientela del bar!

Bien pertrechados, con todos los cordajes, linternas, picos, clavos, escalas, y demás, el cortejo sacó unas cuantas piedras de la pared del muro del Castillo que daba a la Villa, con cuidado, sin levantar sospechas, sigilosamente, y, ante ellos, se abrió una galería ancha, que una vez, entrados todos, taparon con las mismas piedras.

Se sentía el ruido de las gotas de agua que se rezumaban por las paredes del techo hasta el suelo, que estaba mojado, y encendidas las lámparas de petróleo, y las antorchas, comenzaron a andar por aquel corredor amplio que iba descendiendo conforme se avanzaba.

A ambos lados del pasaje, por el que podía pasar un jinete sobre un caballo con los brazos abiertos, se veían huecos bien labrados en las paredes, llenos de montones de armas, que los musulmanes habían abandonado al salir precipitadamente huyendo; armas que estaban oxidadas, y algunas, al contacto con el aire del exterior, se deshacían como las migajas de un pan, ya de semanas. Allí había cimitarras, lanzas ligeras y jabalinas, ballestas, banderas de combate, escudos circulares de madera y de piel de antílope, espadas forjadas en Toledo, y Almería, cascos, y monturas muy hermosas labradas en piel para los corceles.

El grupo estaba admirado, y no salía de su estupor, porque estaban en un sitio construido por los musulmanes siete siglos antes, para huir lejos del Castillo en caso de ataque cristiano.

El grupo avanzaba lentamente por el pasadizo en el que se veían antorchas que dieron luz a aquel lugar, y hechas las mediciones oportunas, deberían estar a la altura de la Huerta Palacio, y cuál no sería su sorpresa, que en un recodo del pasadizo, había una pequeña ventana tapiada, la que desmontaron, viendo a continuación un paisaje esplendoroso y profundo que dejaba ver toda la Vega con sus huertas exuberantes.

El pasadizo se agrandaba dando un giro hacia la derecha, encaminándose hacia el molino de Palomeque, para desde allí, por una escalinata amplia, bajar a más profundidad, hasta desembocar en un gran salón, que se encontraba intacto, con todos sus enseres, sillones para el sultán con cabezas de leones, y para sus acompañantes,

grandes espejos con marcos dorados, alfombras de fino tejido, armas y más armas, antorchas de bronce, y hermosas escalinatas de mármol de Carcabuey.

Todos estaban en silencio, muy emocionados, cuando alguien dijo:

- Desde aquí, iremos hasta la Cubé, la vía de escape para los moros, lejos del Castillo. Está muy claro: estas grandes estancias, este salón tan soberbiamente adornado con toda clase de provisiones para aguantar en caso de tener que estar encerrados largo tiempo... este es el camino que conduce a la Cueva de la Mora por donde debería tener su salida natural hacia la libertad.

Posiblemente, cuando el terremoto de Lisboa, debió de haber habido un derrumbamiento en el lugar, que taponó la salida, dejando a los presentes, sin la gloria del descubrimiento, y muy lejos de alcanzarlo.

Todos acordaron, que por aquel día ya estaba bien, y que, más adelante, quizás con más gente, volverían a entrar, y destaparían el camino de las piedras que lo tapiaban, para tratar de llegar hasta la Cubé, lo que haría aflorar nuevos descubrimientos, y nuevas sorpresas.

Acordaron callar ante lo que habían visto y descubierto para no dar pie, a que los profanadores de la Historia, entraran en los pasadizos y se lo llevaran todo vendiéndolo al mejor postor.

Así, que, calladitos, devolvieron los pertrechos que les habían dejado en la OJE, y dijeron que no habían encontrado nada.

- Ya os lo dije yo. Eso de que desde el Castillo había comunicación con la Cubé, es un cuento chino, propio de gentes con imaginación, que no tenían nada que hacer, y expandían bulos a ver si el personal tragaba. Además, una vez llegados los fugitivos a la Cubé, el río Salado actuaba como barrera infranqueable para los huidos, dada su profundidad y mucha corriente, que lo tenían más fácil saliendo por los Adarves hacia abajo para coger el camino de Alcalá la Real, y después hacia Granada.

- La verdad, que sí. ¡Nada de nada! Hemos perdido el tiempo tratando de descubrir una quimera, que era, eso: un cuento.

- Mejor será que os vinieseis con nosotros, y aunando fuerzas, nos dedicáramos a descubrir cuevas en esas sierras de Leones, a desescombrar, y tratar de localizar nuestros antepasados, su cultura, sus herramientas, la cerámica, sus restos humanos. Los del grupo "B" estuvieron el otro día en una cueva de donde sacaron bastante material, que ahora estamos estudiando y catalogando. Después, lo enviaremos al Museo de Arqueología de Córdoba, donde lo estudiarán mucho mejor.

- Por el momento no pensamos en ello. Pero si decidimos algo al respecto, os diremos algo. ¡Nos vemos!

La tarde avanzaba lentamente sobre las piedras de las calles, y las luces del atardecer, se llenaban de oro, lo que daba al terreno un aspecto de riqueza del mejor de los relatos de las Mil y Una Noches; porque aquellas piedras, ahora relucientes, aquellas paredes doradas por el efecto del sol, hablaban por sí solas de un pasado esplendoroso, del que lamentablemente, y a pesar del tiempo transcurrido, no quedaban restos escritos que nos dijeran quiénes eran los señores del Castillo, de cuantos hombres se componía la guarnición del mismo, cuántas eran las casas que

CAPÍTULO XVI

rodeaban la fortaleza, de quién dependían los señores de la misma, cómo fue su rendición, y qué pasó con los componentes de la misma, si fueron ajusticiados, o se les dio la oportunidad de dirigirse al Reino de Granada, pagando un vasallaje.

CAPÍTULO XVII

Para la Candelaria había que preparar abundante material para quemar en la candela que luego se haría con todo lo recopilado: enseres ya en desuso, revistas, periódicos, muebles viejos, trozos de leña, capachos de los molinos, todo lo cual iba formando el montón que luego ardería en ese día tan señalado.

Andrés participaba en la quema del montón de la Cruz de la Aurora, justo delante del puesto de los tejeringos de Castillo, la mejor tejeringuera del mundo, que elaboraba día a día, sus exquisitos tejeringos, engarzados con juncos del río Salado, que iba a recoger su marido, siempre junto a ella en el puesto.

Y allí, en la pequeña explanada, se iban apilando en los días anteriores a la quema, todo lo que podía arder.

Y todo el mundo del barrio de la Aurora buscaba y rebuscaba en sus casa todo aquello que podía servir para hacer la candela más grande de todo el pueblo, con la ilusión de que las llamas de la pira, subieran y subieran, por lo menos, hasta la torre de iglesia de la Aurora.

Y los chiquillos, traviesos, agotadas todas las posibilidades de acarrear material de desecho para el montón de la hoguera, hacían pandillas, y, vigilaban las entradas de los molinos de aceite, donde se solían hacer montones de capachos para colocarlos en las carretillas de las prensas, y, cuando los molineros entraban en el molino, los muchachos de la pandilla agarraban lo que podían del montón de capachos, mermándolo considerablemente.

- ¡Ladrones, ladrones! ¡Que se llevan los capachos!

Y pies para qué te quiero, que tenían que correr como nunca lo habían hecho, so pena de caer en manos de uno, o varios de aquellos fortotes molineros, que te daban ¡zasca, zasca! y te sometían a toda clase de bromas.

Había molinos donde robar capachos era más difícil que otros, y lo de robar es fuerte decirlo, porque no se trataba de robar, sino de una cesión en honor de la Santísima Virgen de la Candelaria, para su mayor loa y gloria.

El molino de aceite de la calle Montenegro no tenía mucha vigilancia, porque se trataba de un molino pequeño, con poca molienda, y menos molineros, así, que, los que allí aparecían dedicados a la molturación de la aceituna, estaban dentro, por lo que la entrada del molino, estaba libre para los muchachos, que agarraban lo que podían, y salían corriendo calle abajo, pasando por la puerta de la panadería y de la carpintería de Vilas, que daba la casualidad, que era el sacristán de Jesús Nazareno.

CAPÍTULO XVII

Con la mercancía aprehendida y puesta en sitio seguro, los muchachos bajaban por la calle Montenegro hacia la de Puertas Nuevas, donde estaba la fábrica de los turrolates Meri, y, ¿quién era el valiente que pasaba sin pararse a oler el aroma a chocolate que salía por la puerta de la fábrica?

Los muchachos se sentaban en el escalón de la entrada de la fábrica, y pedían a Dios, fervorosamente, que no cerraran la puerta del portón, para que salieran los efluvios del rico manjar, que no mermaban la cantidad del chocolate, pero sí que colmaban la necesidad que teníamos de aquel exquisito turrolate, aunque no fuera materialmente, sino olorosamente, a lo que nos conformábamos, ya que no se podía hacer otra cosa.

Debajo de la Torre de la iglesia de la Virgen de la Aurora, había un kiosco, que llamaban de Miguelón, en el que este hombre, minusválido, vendía golosinas, tabaco, mecheros, y algunas novelas que alquilaba a los que les gustaba la lectura. Ponía piedras a los mecheros, y los arreglaba, también los recargaba de gasolina. Eran mecheros con un depósito al que se accedía por un tornillo que tenía en su “panza”. Abierto éste, se le echaba la gasolina que admitía, y se cerraba el tornillo. Con una piedra colocada en la rueda, al girarla, saltaba la chispa, que hacía arder la mecha impregnada de gasolina. También había mecheros que no necesitaban gasolina. La mecha era lo suficientemente mullida, e inflamable, que al dar con la mano varios rozones a la piedra, y soplando simultáneamente, la mecha prendía, y salía ardiendo.

El padre de Andrés era fumador empedernido de tabaco de aquel tiempo, marca Ducados, y en la tertulia que tenían, cuando no ofrecía tabaco él, eran los otros socios de la cooperativa los que invitaban, por lo que siempre había un cigarro encendido allí. Había gente que fumaba, Celtas, tabaco muy fuerte; pero generalmente eran las personas de pocos medios económicos. Otros fumaban tabaco de “cuarterón” que liaban a mano con papel de fumar. Había un tertuliano que tenía la costumbre de cortarse las uñas con la navaja, lo que hacía a la perfección, pero que a Andrés le daba asco, porque después de cortarse las uñas, y sacarse la mierda de entre ellas, el hombre, como si nada, pelaba una manzana, y ofrecía un trozo a Andrés, que él rechazaba, diciendo, “que la manzana le daba ardor de estómago”. Y como el hombre era algo pesado, le sacaba un caramelo, que sí que le iba a sentar bien a Andrés, porque eran de buena miel, pero Andrés se lo guardaba, porque en más de una ocasión, al desliarlo, se encontraba que el caramelo ya había vivido en otra casa.

El tabaco no abundaba, y al estanco venía el reparto cada cierto tiempo, y, el estanquero solía vender la partida no más llegar al estanco, porque lo mejor del tabaco, que llegaba a esa casa, estaba reservado para los amigos del estanquero.

Y muy cerca del kiosco estaba la casa del sacristán de la Aurora, en la que vivía, el que fue algunos años, director de la Banda Municipal de Música, en sustitución del maestro Prados, al que llamaban cariñosamente, “Pupú”. Por su casa pasaron muchos alumnos a los que cariñosamente el maestro les enseñó el solfeo, y el manejo de algún instrumento, gracias a lo cual se pudieron colocar en bandas de música. Maestro “Pupú”, tocaba el violín, y era asiduo cada Viernes Santo en la procesión de Jesús Nazareno, donde a intervalos tocaban “El Miserere”.

Y para hablar de comidas, de vinos, de tapas, había que pararse en la taberna de Casa Miguel, frente a la Aurora. Miguel, tenía varios oficios, pues era, además de fabricante de telas, recogedor de cartones en el tiempo libre que le quedaba entre unos

oficios y otros, y tabernero.

La taberna de Miguel, tenía puertas a dos calles, y, dentro había barriles de vino, de los que trasegaba el líquido oloroso a las botellas, de las que servía a los clientes de la taberna, el chato, o el medio. También vendía vino para las casas, pero lo mejor que tenía Miguel, el tabernero, y otros oficios, era un atún en lata del que te ponía un plato de tacos con unos ochitos, que te quitaba el sentido. ¡Y qué no decir del queso tan estupendo que servía a los clientes! Atún, queso, vino, y buen pan, hacían recalar a muchos prieguenses en la taberna de la Cruz de la Aurora.

Vecino de Miguel, el tabernero, era Zacarías, que tenía una tienda de casi todo, lo que vendía a la gente, y cuya clientela, numerosa, era mayormente de los cortijos, los que venían a comprar alimentos y cosas para la campaña de la aceituna, que pagaban cuando cobraban del molino por la venta de ellas.

Después, se quedaría con la tienda un hijo suyo, que hizo del comercio, de la venta, un arte, pero a un nivel mucho mayor que su padre.

Pero quiero destacar, en la puerta de la taberna de Miguel, la figura de una mujer pobre, delgada, vestida de negro, que cada día ponía su cesta de mimbre con cosas para los niños, como garbanzos tostados, avellanas, pipas, a los que solía acudir Andrés, a comprar, cuando su padre le daba unas “perras gordas”, recibiendo por una peseta, lo que no había en los escritos de cosas que le agradaban el paladar.

- ¿Qué quieres Andresito?

- Una gorda de caramelos, una de pipas, una de avellanas, garbanzos tostados.

De la peseta, le sobraban, seis perragordas, y cuando acababa de comerse todas las cosas que la viejecita le daba, Andrés se iba para su casa, donde su padre le preguntaba en qué se había gastado el dinero, y éste, le daba a su padre las seis perragordas que le habían sobrado.

Había una cosa que Andrés no llevaba muy bien: Y es que la viejecita, como no podía dejar el puesto solo, con la mercancía, porque no se fiaba de nadie, cuando le daba un achuchón la vejiga, se ponía de pie sobre la alcantarilla, y desahogábala rápidamente, tan normal como la vida misma.

Andrés iba cada día a misa, y don Ángel, que había visto como el muchacho progresaba en los estudios, no en vano iba por los colegios preguntando a los maestros por los alumnos más listos, le dijo:

- Andrés, tú sabes a lo que yo me dedico, y quiero, que como eres aplicado, te vayas al Seminario de Córdoba a estudiar la carrera de cura, pero antes quiero saber si sirves para eso, así que vente por la sacristía de Jesús Nazareno mañana, que te voy a hacer unas pruebas de inteligencia, y a ver qué es lo que sale.

Andrés, que era bastante miedoso, le dijo a don Ángel que fuera a una hora en que la luz entrara abundantemente por las ventanas de la iglesia, porque aquella iglesia, con aquellos santos tan serios, los sayones de Jesús de la Columna, el Nazareno, San Francisco, parecía que lo miraban y le querían decir algo. Además, aquella iglesia, crujía como si alguien le empujara, y Andrés las pasaba canutas siempre que entraba, que lo hacía corriendo, y cuando salía, iba a cuatro patas como alma que la lleva el diablo.

CAPÍTULO XVII

Y todo aquello le venía de un día en que ayudó a misa solemne un domingo de mayo. Fue un domingo fantástico, la iglesia a rebosar, el coro, lleno de cantantes, el órgano muy “contento”, el predicador, soberbio, el incienso de la ceremonia, magnífico, y las vestimentas de fiesta mayor que llevaba Andrés, eran de foto de Medina. Pero cuando se acabó la ceremonia, todos se desvistieron en un minuto, y Andrés tardó lo suyo, porque sus vestidos de ceremonia, los zapatos con hebillas, el roquete, la casulla, había que quitárselos, y, guardarlos, mientras que los de los demás oficiantes, los guardaba el sacristán, que cuando terminó, apagó las luces, sin darse cuenta, de que Andrés, estaba todavía cambiándose.

Andrés, al no ver luz, se cagó de miedo, y trató de ganar la calle como pudo, tratando de no chocar contra nada y herirse, y dejó los vestidos de ceremonia donde pudo, y no viendo luz alguna a donde orientarse, se dedicó a palpar para ver si encontraba la salida, porque había oscuridad total.

No encontraba la salida por ningún sitio, pero tocó una reja, y creyó que era la que conducía a la iglesia, ¡pero no! esa reja daba a la cripta donde estaban enterrados los frailes del convento, y otros fieles. Pero no viendo ni papa, ni tocando algo conocido, pensó que se había equivocado, y en vez de ir hacia la calle, estaba bajando hacia la cripta de la iglesia, y estaba en el camino de encontrarse con los muertos, por lo que retrocedió, no sin antes ver unas luces que salían de los huecos de las paredes...

Aligeró el paso, y, al volver a ver aquellos destellos, como lenguas, pensó: “ya vienen a por mí las almas del otro mundo”, y dejó sin querer, en libertad, sus más hondos alimentos.

A la mañana siguiente, no le contó a nadie lo que le había ocurrido, pero, sí que tomó una decisión: no valía la pena ayudar en las fiestas religiosas, si el precio era cagarse en los pantalones de miedo al tener que atravesar a oscuras la iglesia. Así, que, dijo a su madre, “que quería que Medina le hiciera una foto de recuerdo para la posteridad, revestido con el roquete, y la cazulla”, como así fue, quedando la mar de lindo. Y como cada día, se alargó a casa de los Melli, justo enfrente de la tienda de Zacarías, donde los hermanos, en un pequeño altar, celebraban la misa, a los que Andrés ayudaba de monaguillo. Y la misa se desarrollaba muy parecido a la misa de verdad, con su altar en el rellano de la escalera, y cuando había que mudar el misal de un lado al otro del altar, lo mudaba, y cuando había que tocar la campanilla, que es lo que más le gustaba, se extendía tanto, que el celebrante, uno de los Melli, le llamaba la atención para que parara. Aquello era lo más parecido a una misa, pero, el incensario no olía a incienso, y, las vinajeras, una de las cuales tenía que estar llena de vino de misa, tenía el mismo líquido que su hermana: agua del grifo.

El altar, estaba colocado en un llano de la escalera, y había que tener mucho cuidado al moverse por él, porque el espacio era pequeño y podían caerse por las escaleras, que estaban muy próximas y empinadas. Sólo tenía un inconveniente aquella pequeña capilla, y era, que, en los momentos más solemnes de la misa, cuando el ambiente exigía respeto y silencio, se oían las risotadas de la gente en la tienda cercana, pero la cosa no llegaba a más, como en la iglesia de las Mercedes, un día, que don Domingo, el párroco, se dejó la emisora de radioaficionados que tenía en su casa, enchufada, y por un acople con el amplificador de la iglesia, se escucharon en la iglesia las conversaciones de los radioaficionados, algunas de ellas no muy reverentes.

Y la gente, que es tan dada a poner mote a los demás, ya que los suyos ya los tenían puestos, le gustaba poner mote, y la gente era conocida, más por el mote, que por su nombre. Y así, al que le gustaba el dinero, le llamaban “Pesetilla”, al que pisaba fuerte por la calle, lo llamaban “Pisotones”, al que al irse a dormir, aseguraba la puerta de la casa contra la entrada de cacos, lo denominaban “Tranco”, a la que tuvo el niño antes de tiempo, la “Olla Exprés”...

- Andrés: ¿Tu familia no tiene mote?

- Que yo sepa, ¡no!

- Pues, ¡ya tenéis suerte!

- Oye: ¿No ha habido nadie en el pueblo que se atreva a escribir un libro con los mote de todos los habitantes de Priego?

- Nadie se ha atrevido a hacerlo por las consecuencias que pueda acarrearle. En el pueblo se conoce toda la gente, y si alguien se entera de que le han colgado un sambenito, ¡la que le puede caer encima!

- Pues creo que sobre Priego ya está todo escrito, menos el Libro de los Motes de la Gente de Priego de Córdoba.

- Habrá que esperar a que pasen varias generaciones, y que ya, algunos mote, ni se usen, o que las familias acreedoras de ellos, hayan desaparecido, pero lo que es a día de hoy, no hay quién se atreva, porque le puede costar un disgusto serio al que se encargue de tan delicada labor. Quizás, si algún escritor, de los buenos, se atreviese con la tarea, podía llevarla a cabo, y tendría que esconder el manuscrito en algún lugar, para que el día de mañana, algún librero, lo descubriera entre montones de libros viejos, y, publicara tan preciado tesoro.

- No, que no lo haga!

CAPÍTULO XVIII

Aquella tarde de primavera el padre de Andrés llegó muy nervioso a su casa. Se lavó la cara, y se sentó en la salita a leer el periódico, que venía muy abultado de noticias, y, de entre ellas, había algunas que ponían los pelos de punta. Pero lo que había acongojado a don Carlos, era una noticia que había oído en la BBC aquella mañana, y que le había asustado enormemente.

Llamó a sus hijos, porque no se concentraba en la lectura, y quería tenerlos a todos su alrededor, por si ocurría lo que se esperaba.

Fueron viniendo poco a poco hasta que el aforo se completó con la llegada de la madre, y, ya todos, sentados alrededor de la mesa, con el padre y la madre, don Carlos, comenzó su relato:

- Hoy, el mundo ha estado a punto de reventar por los cuatro costados, ya que americanos y rusos, han estado a punto de lanzarse los misiles cargados de bombas nucleares, y si eso ocurre, el mundo estalla en pedazos.

Andrés, bastante miedoso para guerras y peleas, estuvo escuchando muy atentamente a su padre todo lo que decía, pero lo que no le contó a su padre, es, que él, había oído esa misma noticia por la onda corta de la radio de casa, una Philips de dos bandas que tenía puesto un transformador para estabilizar la corriente, que sufría altos y bajos. Y allí había oído que el mundo había estado a punto de estallar, pero que Kennedy le dijo a Kruchef, que si no retiraba los misiles que había metido ilegalmente en Cuba, bombardeaba la isla en 24 horas.

El dictador ruso, que más tarde se quitaría un zapato en la ONU para protestar sobre la mesa, por un comentario que habían hecho en su contra, se acojonó, literalmente hablando, y le faltó tiempo para sacar de la isla del barbudo criminal, los misiles, - que más tarde se demostró que eran de cartón-.

Andrés tenía la costumbre de bajar descalzo a la salita de su casa cuando ya todos se habían acostado, y se subía la radio a su dormitorio, donde la instalaba bajo las mantas, para que nadie la oyera, y poder así enterarse de lo que ocurría en el mundo. Pero como aquella radio, no cogía muchas emisoras de onda corta, un día, cuando vinieron a montar la TV, le dijo al instalador que le atara un cable a uno de los vientos de la antena, lo que mejoraba sensiblemente la recepción de emisoras mundiales que le ponían ante sí el mundo en la palma de la mano, y se enteraba de las noticias que no se oían en España por aquellos tiempos.

Y lo que se oía, no era nada bueno para nadie. Los rusos, con la Guerra Fría, le metían el miedo en el cuerpo al mundo, y encinchaban a muchos países pisoteándolos

CAPÍTULO XVIII

y quitándoles las libertades a las que tenían derecho, y cuando alguien reclamaba libertad, y se alzaba contra la opresión, cortaban por lo sano matando a la gente, metiéndola en la cárcel, o en los campos de concentración, o, sacando los tanques a la calle pisoteando los derechos de las personas, cuando no les daba por construir un muro bien alto y protegido por torretas de vigilancia, donde al que trataba de pasar de la opresión a la libertad, le costaba la vida y una cruz en el muro.

Estaba tan metido Andrés en aquello de la radio, que llegó a sentir pánico al oír noticias cada día más desagradables, donde se mataba a la gente sin mediar palabra, donde por un simple chivatazo, pasabas de la libertad de vivir en la calle a ser un proscrito en una inmundicia cárcel donde te sometían a torturas infames.

Y tal fue el miedo que cogió de oír noticias desagradables en la radio, que cuando su padre, cada día, a la hora de comer, ponía El Parte de R.N.E, se tapaba los oídos, porque le temblaba todo el cuerpo, creyendo que iba a caer muy enfermo.

Ya nunca más tuvo necesidad de bajar a la salita a por la radio para oír las emisoras que hablaban desde, China, Irán, Londres, París, Holanda, Alemania, los EE.UU, y radio Pirenaica, que decían que transmitía desde Rusia, y que la habían montado los rusos para acabar con el régimen de Franco.

Tan enfermo cayó, que no quería ni comer el muchacho, ante lo cual, su madre, lo llevó al médico del Seguro, que le preguntó:

- ¿A ver este muchacho qué es lo que tiene? Abre la boca.

Como no pudo encontrar nada que le llevara a la enfermedad que padecía Andrés, le mandó una semana de reposo, y le dijo a su madre:

- ¡Doña Rosario: hágale buenos caldos con carne de pollo y le pone dos huevos a la sopa. ¡Así seguro que mejora!

Era la madre de Andrés muy buena cocinera, que hacía con cuatro avíos unas comidas que la gente se chupaba hasta los dedos, y en la sopa, no había nadie que le ganara, porque su sopa, ¡era la mejor de toda la zona! Y no es que la sopa tuviera nada del otro mundo de ingredientes, sino que era la forma de hacerla, la olla en la que cocinaba, el agua que le ponía, el pollo que le echaba, y los huevos que le desparramaba; pero también las hierbas aromáticas que dejaba caer en el agua hirviendo para que soltaran sobre ella todos sus minerales y vitaminas, que resucitaban a un muerto.

Y es que aquella sopa que hacía dona Rosario, era agua de santo, que calmaba dolencias, corregía entuertos, acababa con la desgana, enderezaba espíritus desviados, y remineralizaba los huesos con poca consistencia.

- Pues sí que le voy a hacer a mi niño unas comiditas muy ricas para que se recupere.

- ¿Andrés fue el que estuvo hace unos años con el pie derecho paralizado varios meses?

- Sí, don Gerardo, y fue gracias a usted que le mandó botes de penicilina, que lo pudimos poner a andar nuevamente.

- Me alegro. Haga ahora también lo que le he dicho y verá como se cura.

- Dios le oiga porque me tiene llamada al interior este niño.

Por el camino, Andrés, que quería mucho a su madre, le dijo que él no se curaba con nada de lo que le había mandado el médico, porque su enfermedad no estaba en su cuerpo, sino en su espíritu. Que a él le hacía falta otra cosa para curarse.

- ¿Con qué te curarías Andrés?- le preguntó su madre.

- ¡Es muy fácil! ¡Es muy fácil que me cure yo, haciendo lo que te voy a pedir!

- Dime de qué se trata, porque de estar a mi alcance, lo tienes ya en la mano.

- Dile a papá que quite la radio a la hora de comer. Que no ponga El Parte de R.N.E. Con eso sólo me curaré en cuatro días. Es que me da un miedo terrible oír lo que se dice por ahí, que se me quitan las ganas de comer, y ya sabes, que quien no come, no vive.

- Eso es muy fácil de decir. Hoy mismo hablo con tu padre, y lo arreglamos en un santiamén.

- ¡Gracias, mamá!

Y doña Rosario, le dijo a su marido don Carlos, que tenía que hablar con él un momento para comentarle un asuntillo.

Aquella tarde don Carlos llegó pronto a la casa, ya que había poco trabajo en el molino, la mucha agua caída días anteriores, hacía que los caminos a las fincas se hicieran casi intrasitables no pudiendo salir los campesinos a los olivares para traer las aceitunas al molino. No hacía nada más que llover aquel año del Señor. No era malo que lloviera, pero tanto, no era bueno, porque la aceituna estaba en el suelo de los olivos, y había que sacarla de la tierra con las uñas, o un palillo, produciendo un aceite de mala calidad, que no lo quería nadie.

Doña Rosario se sentó al lado de don Carlos en la salita de estar, y para que los vecinos, o los curiosos no se enteraran de la conversación, que a ellos, ni les iba ni les venía, cerró los postiguillos de las ventanas, y encendió la luz.

- ¡Mujer! ¿por qué cierras las ventanas si la luz del sol todavía tarde en irse dos horas? Después viene el tío del Chorro con la factura, y reventamos.

- Es sólo un momento mientras te comento lo que te voy a decir.

- Tú me dirás de qué se trata.

- Andrés está muy malito. Es algo de la cabeza, que se le ha metido como un miedo, que no quiere comer. Quizás si tú no pusieras las noticias a la hora de comer, el niño volvería a comer.

- ¿Eso es? ¡Pues arreglado! Se acabaron las noticias en esta casa, desde mañana mismo.

Y en aquella casa no se volvió a escuchar El Parte, nunca más, a la hora de comer, “sintiéndolo” mucho la radio, porque con aquel frío, se quedaba aterida, y francamente, el calorcito de las lámparas, la hacía entrar en calor.

Y Andrés volvió a comer los alimentos que su madre, muy querida, doña Rosario, le hacía cada día con mucho cariño, con los mejores avíos que traía de la plaza, que compraba personalmente, alimentos naturales, sin pesticidas, productos criados con

CAPÍTULO XVIII

agua de la Pandueca en la Vega de Priego, o de los zagrilleros, del Río Caicena, alimentados con estiércol de animales. Y ella misma seleccionaba aquellas lechugas gordas de hojas grandes, las camuesas más amarillas, perfumadas, y esbeltas, las patatas, que echadas en la sartén no se encogían, ni de miedo, las collejas recolectadas en los harapos de los olivos, que no se espolvoreaban con insecticidas, los tomates que sabían a tomate de verdad con los que hacía un “picaílo” hermanándolo con cebolla, pimiento, aceite de oliva, vinagre de vino y sal pura de las salinas del río Salao, que no lo hacían, con perdón, ni en el mismísimo Paraíso terrenal aquellos huevos de gallinas, que vivían en libertad, picoteando en el suelo, de aquí para allá, a la búsqueda de gusanillos con los que se alimentaban, y que una vez, dejados caer suavemente en la sartén de aceite de oliva, se doraban, y que cuando los abrías, parecían de oro, con una yema, que echar en ella una sopa, era mejor que hartarse de comer el más puro manjar.

CAPÍTULO XIX

Andrés no cejaba en su empeño de seguir abriendo tierra, excavando, a la búsqueda de todo aquello que descubriera el pasado glorioso de Priego, pero ya no tenía las fuerzas de antes, y, algunos de sus seguidores, ya no se creían lo que decía, que eran trolas, a pesar de haber estado algunos de ellos en el descubrimiento del pasadizo secreto, que partiendo desde el Castillo, debería de salir a la Cubé, y que el Terremoto de Lisboa, había sellado definitivamente, siendo imposible remover tanta piedra como había en aquel pasadizo, y es más que probable, que de haber removido todas las piedras, hubiesen salido al subsuelo de las casas, y el tiempo dedicado a este trabajo, hubiese sido trabajo perdido, así que abandonó la idea de llegar hasta la misma Cubé por debajo de tierra, y encontrar la salida a la libertad, por la que los moros, caso de huir, se habrían librado de sus enemigos, sin duda.

Ahora, en lo que soñaba día a día, era en buscar libros de Historia en la que se hallasen pasajes dedicados a Priego, y a sus gentes más nobles, por lo que preguntó a uno de sus profesores en la Academia, sobre quién era el hombre que más sabía de Historia de España, cerca de Priego, a lo que le contestó uno, que había un hombre muy sabio, sencillo, que enseñaba en Granada, que era catedrático del Instituto Padre Suárez, por lo que decidió irse a estudiar a Granada, y matricularse en aquel instituto, para asistir a sus clases, y preguntarle a tan sabio profesor, en ellas, sobre su pueblo, Priego, sus gentes, y su pasado.

- Papá: Quiero irme a estudiar a Granada con mis hermanos.

- ¿Qué me dices?

- Pues, eso: que quiero estudiar en Granada el Bachiller Superior, y después seguir la carrera de Filosofía y Letras para ahondar en la Historia de Priego, de sus gentes, de su pasado.

- Pero para eso no tienes que irte a estudiar a Granada. Lo que quieras, se lo preguntas a tu hermano, y él, si no lo sabe, se acerca hasta el profesor, y se lo pregunta, y después te escribe una carta, y te lo dice.

- No es igual. Yo quiero hacerle las preguntas que me rondan por la cabeza al profesor Domínguez, que es catedrático en el Instituto Padre Suárez de Granada, y si me gustan sus clases, pues seguiría estudiando Filosofía y Letras después, y si se terciara, haría la carrera de maestro en la Escuela de Magisterio de Granada, dedicándome después a la enseñanza de los niños.

- Pues me parece muy bien. No se hable más. El curso que viene te vas a Granada con tus hermanos y allí haces el Bachiller Superior, y lo que te guste.

CAPÍTULO XIX

Y mientras se pasaba el tiempo para irse a Granada, se dedicaba en buscar todo lo que se había escrito sobre Priego, que era más bien poco, y la gente, la mayoría, sabían poco o nada sobre el pueblo del Barroco.

Pero un día vio que su hermano salía temprano de su casa y se metía en el Archivo de la Parroquia de la Asunción, donde se dedicaba a estudiar, y a escribir, sobre la gente que había nacido en Priego, y buscaba los orígenes de las familias, desde la época actual, hasta donde se podía del pasado.

Un día se presentó en el Archivo y preguntó a don Rafael Madueño “si estaba su hermano por allí, que quería hablar con él para decirle unas cosas de parte de su padre”. Su hermano, cuando lo vio allí, “le preguntó qué es lo que quería”, y cuando se enteró, le dijo “que no tenía ningún inconveniente, en que durante el verano se fuera con él, y que le iría enseñando algunas cosas, que él había descubierto”.

En eso quedaron, hasta que llegó el verano, en el que los dos subieron las escaleras del archivo, justo a las doce del mediodía, y sin mediar palabra, don Rafael, empezó a rezar El Ángelus, que los dos, siguieron con respeto y devoción.

Después, cada uno a lo suyo, y su hermano, le dio un libro escrito a mano, donde aparecían muchos nombres, y le dijo “que le buscara uno, porque seguro que le iba a interesar lo que allí se escribía relacionado con el terremoto de Lisboa del año 1755”. Y lo hizo, porque sabía que yo, me ponía muy nervioso con los terremotos.

- Sal fuera a la calle y me dices si en lo alto de la torre de la Asunción hay un remate, ladeado.

- Salí a la calle, y, es verdad, que en lo alto de la torre, había como una almena ladeada.

- Ahora búscame al sacerdote que en su confesión escrita habla del terremoto de Lisboa, sentido en Priego.

- ¿Y cómo lo hago?

- Te tienes que leer todas las páginas del libro hasta que lo encuentres; después, me lo dices.

Así, que Andrés, agarró el tocho aquel tan gordo, y empezó la lectura, que debido a la letra rara que tenía, y el tiempo del manuscrito, era difícil de entender, pero no imposible. Y lo encontró, y vio que se trataba de la confesión de un sacerdote, que a las nueve y treinta de la mañana, del 1 de noviembre del año 1755, o sea en misa de nueve, vio como cuando alzaba la sagrada hostia hacia el techo, la lámpara grande que iluminaba el altar mayor de la parroquia de la Asunción, se balanceaba como si fuera el Botafumeiro de la Catedral de Santiago de Compostela. Y como la sacudida de la tierra era virulenta y duradera, pues tardó todo en sosegarse, unos diez minutos, el cura, empezó a sentirse mal, cayendo al suelo aflatado, no sin antes dejar el santo cuerpo de Jesucristo sobre el ara del altar, acudiendo las mujeres que asistían a misa, y el sacristán, en auxilio del sacerdote.

- ¡Curioso! Es bonita la investigación porque te enteras de primera mano de lo que ocurre contado por personas que asistieron al suceso.

- Por hoy ya está bien. Vámonos para la casa que mamá nos tendrá preparada una buena comida.

Las calles estaban desiertas porque el solano tiraba a dar. Las pocas personas que se veían por las calles, eran las que no tenían más remedio que salir para ir donde fuera, que nosotros hacíamos lo propio dirigiéndonos a nuestra casa. Y ya cerca de la casa familiar, avistamos a nuestro padre, don Carlos, que nos llamó la atención para que nos acercáramos a la taberna de Miguel, en la Cruz de la Aurora, donde este buen tabernero, había traído una partida de caballa del sur, en latas de casi cinco kilos, que justo parecían ruedas de molino, por lo grandes que eran, e íbamos a disfrutar de su compañía. Tan grandes eran, que Miguel las transportaba rodando desde el almacén hasta el pie del mostrador, donde les daba matarile con un destornillador y un grueso martillo, descubriendo todo el cuerpo virgen de aquellas caballas del Atlántico, manjar común para los habitantes de la Atlántida, y que ahora, venían a hacernos disfrutar de su comida.

- ¿Qué les pongo señores?
- Unos platos de caballa de esa buena del sur.
- ¿De bebida?
- Unos chatos de vino.
- ¿Algo de pan?

Unos trocitos de cuarterón del horno de Ariza, y unos ochos. Pon también un plato de tomate cortado a trozos y aliñado con aceite de oliva, y le echas un poco de pimienta negra.

Y Miguel, el tabernero, agarraba la bayeta, superviviente de mil batallas por terrenos de toda clase, madera, loza, etc., y limpiaba el mostrador con fruición hasta dejarlo como un espejo.

Y cuando la caballa del sur llegaba hasta los platos, en su esencia, a punto de sal, se unía al tomate frito, y al aceite de oliva, entrando por el conducto del que se sale, una vez utilizada para pedir la libertad en forma de desechos.

Y se sucedían las copas de vino; Andrés, pequeño, sólo una. Pero se explayaba echando sopas en el aceitillo de tomates, y comiendo buenos trozos de caballa, y tan bueno le estaba aquel manjar, que le pedía a su padre, que fuera generoso, pidiendo a Miguel otra ración.

Ya, no. Que no vas a comer cuando lleguemos a la casa, y mamá después se enfada cuando te ponga la comida y dices que no tienes ganas.

- Que sí como, y todo. Pero es que me gusta esta caballa en conserva, a rabiar, y ahora, está tan fresca y tierna, que me comería la lata.

- ¿Ponemos otras raciones, don Carlos?
- Póngalas, Miguel, y cambie los ochos por pan de cuarterón.
- ¡Lo que usted mande, don Carlos!

Y estando nosotros en la taberna de Miguel, llegó Pichorra, al que le gustaba el vino con delirio, pero al que el médico se lo había prohibido, por problemas de salud.

- ¡Beba, pero con regla!

Y Pichorra, el de la bebida con regla, cumplía al pie de la letra con el tratamiento que

CAPÍTULO XIX

le había puesto el médico de cabecera.

- Miguel: ponga un medio.

- Y Miguel le ponía un medio, que más bien, parecía entero. Y cuando la cuenta de los medios, iba ya sobrepasando la mitad de los primeros números, sacaba Pichorra su regla, y la pasaba sobre el medio, tirando todo el líquido que sobresalía del borde.

- ¡Eso es beber con regla! decía, Pichorra.

Al rato, pasó por la taberna, “El Morenico”, escritor, poeta, dramaturgo, que estaba ahora liado con un libro que haría las delicias del personal, quien nos recitó como primicia, algunas de sus composiciones, mientras mi padre lo invitaba a unos chatos, y un plato de caballa, y él, dicharachero, con gracia con colmo, nos contaba sus proyectos próximos, y futuros. Porque Manuel Jurado Moreno era un poeta cabal, un poeta del pueblo y para el pueblo, y mejor persona, con gracia andaluza, que ensalzó las fiestas de su pueblo como nadie, y es necesario que el pueblo se lo reconozca montándole un monumento. Como muestra, de su buen hacer como poeta, nos recitó:

LA FERIA Y EL CORTIJERO

Un cortijero muy joven
tunillo y modernizado
vino a la feria este año
quedando de ella asombrado.

Loco de contento vuelve
al cortijo emocionado
a contárselo a sus padres,
lo que había disfrutado.

¡Jozú, papa, qué bullicio!
con to aquello funcionando:
las calles llenas de gente
con artavoces zumbando.

Unos comen papas fritas,
otros el helao chupando,
otros vendiendo corbatas
y to el mundo trajinando.

Llenito to de cachuchos
que no cabía un garbanzo;

y de turrón más que nunca
tos los puestos rebosando.

Me jarté de tejerigos
con chocolate pelando.
Me monté en los caballicos,
y me subí en el látigo.

Nunca lo hubiera yo jecho
meterme en aquel trajín;
el estógamo se puso,
inframao como un cojín.

Degorví toa la comía
con el látigo infernal;
los tejerigos llegaron
al tejao del sacristán.

Cuando ya me serené
de aquel terrible mareo
me curé con un TAN TAN
y me jui hacia el Paseo.

Allí se estaba en la gloria
con aquellos riflertores
cuajaíco de muchachas
más bonicas que las flores.

Había un jardín por dentro
con muchas flores y prantas;
en el techo farolicos
con luces verdes y brancas.

Bailaban allí toiticos
sobre una juente mu larga;
¡qué bonico estaba aquello
con los chorrlicos del agua!

De momento me acordé
de la estauta del Obispo.

CAPÍTULO XIX

El probe, qué malos ratos
le dan estos zeñóricos.

Este año lo han tapao
con un techo de cañizo;
con la zayuela liao,
y dos orzas de chorizo.

Vide unos forasteros
que me dio mucha risica;
las mujeres con carzones,
y los jombres con rajica.

Las gentes visten acina
porque acina sopra el aire;
y está el mundo ajemellao,
que no lo conoce naide.

Er dinero hay que gastallo
y no ser ya tan mojino;
porque no se sabe papa,
lo que viene por camino.

Aluego me jui volando
por el Llano a ver el circo;
aquello tiene mandanga
¡jozú, papa, qué bonico!

Unas mujeres había
por lo menos veinticinco;
corrían sobre la nieve,
sin menear el jocico.

Llevaban unos carricos
ataícos a las patas
y corrían sin caerse,
que iban como las balas.

Otra mujer casi esnúa
andando por el alambre

con mu poquitilla ropa,
como si juera acostarse.

Un saltarín dando trechas
jugando con un payaso,
era reventar de risa
¡jorzú, papa, qué feriazó!

Te cuento papa y no acabo
estamos perdiendo el tiempo;
encerraos en el cortijo,
con lo que hay en el pueblo.

Semos unos desgraciaos
y mus tratan como payos;
y acá teniendo jineros,
debemos e disfrutallos.

Papa, ¿no te gusta el cini,
y tomarte una Citrania
en ese bar tan bonico
que le llaman bar el Xania?

Papa, vende la yunta
la cochina y el borrico
y compra una casa en Priego,
que quiero ser zeñorico.

CAPÍTULO XX

Hacía calor en la calle, dentro de las casas, y, hasta en las iglesias, las de techos muy altos y abovedados, sin que nadie ni nada le pudiera poner coto a este calor sofocante, porque esta Andalucía, si tiene, es, eso: calor a espuertas, y frío, a mantas. Y la única forma de ponerle freno a esa insoportable ola térmica, era, coger un trozo de cartón, si es que se encontraba, y abanicarse en todas las direcciones, a ver si bajaba esa angustia que te derretía la piel y la apretujaba contra tu cuerpo robándole la poca agua que acumulaba.

Y no se sabía la postura en que había que ponerse, ni la forma de sentarse en la silla, porque para más inri, las pulgas, que también tenían que comer, buscaban el sustento en las posaderas, del que cansado, no tenía más remedio que hendir esas partes sobre la anea donde habitaban las puñeteras, ávidas de sangre.

- Rafaela: tráete la máquina del flix y ponle una carga para espolvorear las sillas a ver si logramos exterminar a tan pérfidos bichos, que no hacen nada más que dar la lata a todo el que se sienta en el culo de las mismas.

Y Rafaela, diligente como ninguna, subía al terrao, y traía la maquina del flix, que no era ni más ni menos que un tubo cilíndrico de lata, con un émbolo, del que salía un pitorrillo, que al empujarle, se deslizaba pulverizando de ZZ la silla y matando las pulgas.

Todos los veranos, en el ambulatorio, don Gerardo, el médico, tenía que atender a bastante gente de erosiones en las posaderas, que se hacían, de tanto rascarse para encontrar consuelo a aquellos picores de aquellos malditos bichos surgidos del mismísimo Averno para enfurecer a los mortales, para que clamaran contra el que las había criado, cayendo en un terrible pecado, lo suficiente, para ser llevado sin contemplaciones a lo más hondo de tan asqueroso, y nauseabundo lugar para la eternidad.

- Ponte polvos de talco, y si no mejoras, vienes y te daré algo mejor. Pero yo creo, que con eso, curas, ¡y no te rasques tanto!

- Pero don Gerardo, que estos picores angustian a uno y lo llevan a la desesperación más terrible, un día y otro, y, ¡qué cabronas, cómo pican! Saben a quién elegir: a los gorditos, y a las gorditas, en los que encuentran sangre sabrosa.

- El siguiente.

La consulta del Instituto de Previsión estaba junto a la Gestoría Peláez, en la puerta de abajo, y ocupaba una casa de tres pisos en la que en la planta baja estaba la

CAPÍTULO XX

administración, cuyo jefe era el muy simpático y atento don Felipe Molinero, funcionario diligente que resolvía todos los problemas que se le presentaban, y que tuvo que lidiar en Priego con la epidemia de poliomielitis que azotó el pueblo atacando a muchos niños que quedaron señalados para siempre. En la segunda planta estaban las consultas, y en una de ellas, atendía don Gerardo, muy buen médico.

Aquel calor del verano era insoportable, y la vida era un continuo ir y venir a la fuente del patio de la casa donde vivía Andrés, que bebía de aquel caño de agua tan hermoso que salía por la fuente de piedra caliza, y que venía canalizado desde la misma Fuente del Rey, hasta las casas. Porque aquel caño, hermoso, de agua fresca y muy rica, estaba sometido a la libertad más extrema de manar y manar, día y noche, para la felicidad de todos los que de él bebían, hasta hartarse y quitarse la sed.

- Para quitarse la sed, - decía Rafalico- , lo mejor es beber leche caliente, muy caliente, hasta que hierva, y beber después.

Y la gente lo escuchaba como el que escucha a un esnortado, uno que no sabía lo que decía. Porque si tienes calor, la leche caliente te lo aumenta. Pero había alguien que probaba el remedio para quitarse el calor haciéndole caso al borracho cuya temperatura corporal era igual en todos los tiempos, ya que lo que él bebía, era alcohol de alta graduación, que generaba gran calor dentro del cuerpo, de trago en trago, y a casi todas las horas del día, y él, por la adicción que tenía, huía de la leche, y más bien se casaba con el vino.

Y quería quitarse de aquello que lo había convertido en una piltrafa porque estaba más rato en el suelo tirado, que de pié. Y había perdido hasta su empleo en una tienda, y dejó de ser el dependiente bien puesto, al peor vestido de Priego.

- ¿Te quieres quitar de la bebida?

- ¿Me lo dices a mí?

- ¡Sí!

- Si yo no bebo ya, y hace más de diez años que me quité, y eché la cruz al vino. Yo paso por una taberna, y del olor que sale por la puerta, me dan náuseas y mareos.

- ¡Pues sigue hasta que te lleven al huerto de todos! ¡Te lo digo por tu bien!

Ese dependiente, era modelo de vendedor perfecto, que tenía la gracia de hacer que la misma talla de traje le sentara bien, no sólo a los gordos, sino a los delgados. Y es, que, al poner al cliente frente al espejo para que viera lo bien que le quedaba el traje, le pegaba con delicadeza un tirón hacia atrás de la chaqueta, que, ésta, so pena de morir estrangulada, no tenía más remedio que someterse al patrón por el que el dependiente quería que la viera el cliente.

- ¿Verdad que te queda bien Jerónimo?

Y todos decían que sí, que le quedaba plantada, que iba a ir de escándalo a aquella boda de su hija, siendo más admirado que la misma novia.

Y qué bodas las de aquellos tiempos, donde se comía a rabiar, de lo mejor, porque los padrinos de los novios, no escatimaban en gasto, poniendo sobre la mesa los mejores platos del momento, y en gran cantidad, para que todos se sintieran satisfechos.

Allí se saboreaban las tortillas de patatas hechas con las mejores patatas de los hortelanos zagrilleros, con pimientos, cebolla, con aceite de oliva del mejor, doraditas por los dos lados, cuajadas, y troceadas, para bañarlas en las aguas espesas del salmorejo, de miga de pan, tomates de los de oler y comer, jugosos, sabrosos, esponjosos, cogidos en su punto, con engalanamiento de trocitos de pimientos verdes, y rodajas de huevo de gallinas libres que andurreaban en los patios de los cortijos, y alimentadas con gusanitos y cereales de los mejores del término; huevos, que hasta muchas veces salían con dos yemas, tal era su vitalidad y pujanza.

Y cuando el tenedor, excitado de llegar a dar estocada a aquel manjar llevando entre sus dientes la sopa de pan bien horneado y amasado, se hendía en aquellas carnes frescas de la tortilla y el salmorejo, daba viajes sin cesar del plato a la boca, hasta que agotado, buscaba la forma de dejar el ruedo listo para otro uso culinario.

Y qué decir de los jamones bien curados y salados y acostados en lonchas sobre los platos en la cocina en la que el cuchillo bien afilado en la cuchillería de la calle Solana, subía y bajaba por su lomo sacando finas mantas de preciado jamón curado en los camaranchones de las casas del pueblo; jamón, jamón, que se pegaba en el paladar, y que no daban ganas de lavarse los dientes en siete días, para que el sabor, de lo bien curado, no se fuera por otros derroteros y se quedara en casa.

Y los huesos, de los que se fueron al reino de la tranquilidad, hervidos en ollas con agua de la Panduerca, y, sal de la salinera de más lejos del Baño Manancas, con su perejil, huevo escalfado, y trocitos de jamón y fideos finos, hacían la delicia del paladar más exigente. Y cuchara para adentro, y volver a recargar, que la vida es breve, y los placeres del comer, llega un momento que se van y no vuelven.

Y aquellos grandes platos de cuñas de queso curado acompañado con el mejor vino de Mora Chacón, a los que no le quedaban a la saga las rodajas del salchichón de Vich.- ¡perdón! grandes como ruedas de carro, y que al quitarle el pellejo, que envolvía su circunferencia, te lo podías reservar para hacerte una correa.

Platos y más platos que salían de la cocina hasta el comedor con camareros que no daban abasto, vestidos de negro, y venga partir quesos, y salchichones, y jamones, y lomo de orza, y morcilla, y chorizo, y pajarillas en manteca, y pringue colorá, y buenos trozos de pan, y todos comiendo y hablando en sana camaradería. ¡Qué buen ambiente!

- ¡Abrid las orzas! - alguien gritó.

Y las orzas se abrieron despojándose de sus tapas de tabla, como cuando Moisés, con la vara extendida sobre el mar, abrió el Mar Rojo para que los judíos pasaran por mitad de él, libre de aguas, huyendo de los malvados egipcios que los perseguían en sus carros de caballos.

Y las enormes orzas, guardadas con diligencia y esmero durante todo el invierno, en las despensas de las casas, al abrigo de curiosos y “vacíaorzas”, orzas vírgenes que guardaban en sus adentros tacos de lomo en adobo, pajarillas duras en manteca, pajarillas blandas, chorizo en pringue colorá, tajás de morcilla, queso en aceite, los chicharrones, todos supervivientes de la matanza del cerdo, cuando se presentaban emplatados al público expectante, la ovación más merecida y sonora, resonaba en el amplio salón, tanto, que hasta el artesonado de madera se estremecía de ansia “pensando”, que él, también había de participar de aquel espléndido banquete. Y los

CAPÍTULO XX

gatos, hartos de arremeter contra ratas y ratones, al olor celestial que venía del comedor, se atusaban los bigotes, y se afilaban las uñas debajo de las mesas a la espera de algún paracaídas solitario con carga que decidiera aterrizar en aquella zona.

- ¡Vivan los novios! Vivan los novios!

Y sonaba la orquesta en vivo con fuerza natural y no artilugios técnicos, y la gente aplaudía a rabiar mientras el cortejo iba entrando por el pasillo, una vez que habían podido traspasar el muro contenedor de los curiosos que gritaban:

- ¡Viva la hija de la Pepa, la novia!

Y no muy lejos de allí, las mujeres, a lo suyo, lavar la ropa en el lavaero de la Joya, sobre la piedra, restregándola con el trozo de jabón hecho con restos de aceite, sosa y grasas de cerdo. Y de tanto zurriagazo y retorcimientos a las prendas, las grasas huían como perro escalfado buscando el agujero de la piedra por el que sumirse camino del río en busca de la libertad.

CAPÍTULO XXI

Y Andrés, en lo suyo, con ahínco y tesón, pues no cejaba en su empeño de hacerse poeta, escritor, arqueólogo, pero como nadie le hacía caso, porque en el Adarve, el Director, no le publicaba sus poemas, porque no le interesaba ese tipo de poesía que él hacía, libre, no encorsetada, ni medida, y que no se parecían en nada a los poemas que había tallados en piedra en la sacristía de San Francisco, pero que él pensaba, que esos poemas, eran los reyes de los poemas, por su estructura, en su tiempo, y que bien debió de aprendérselos el marmolista al tallarlos con el cincel sobre el mármol negro, dando golpes mientras los cincelaba, pero que ahora, ya eran otros tiempos, y que la poesía, pensaba Andrés, tenía que renovarse o morir, buscando la libertad lejos de normas.

Al Adarve le gustaban los poemas de tipo popular, como los del poeta Morenico, con los que la gente se desternillaba de risa, y que luego repetían una y otra vez dondequiera que fueran: casas particulares, o en la taberna, y hasta en la mismísima vía pública. Y Andrés pensaba que le faltaba madera de poeta, que todavía estaba crudo, que los árboles de los que iban a sacar las hojas de laurel para hacerle la corona, todavía no los habían plantado, y en cambio, los consagrados, Mendoza, Valverde, Morenico, dejaban las ramas calvas de tantas ramas como les quitaban para coronarlos y laurearlos.

Además, sus amigos se lo tomaban a pitorreo, y hasta le decían:

- ¿A dónde vas nene? Si tú no sabes ni escribir. ¿Crees que la creatividad te va a salir sin haberla trillado?

Y Andrés pensaba que llevaban razón, que la juventud era un valor en declive para el arte, que a los jóvenes no les hacían caso, porque los mayores, lo tenían todo copado, y abrirse paso entre ellos, costaba mucho sudor y sangre. Y se acordaba del Ágora griega, donde los que enseñaban, eran los mayores, a los pequeños, que eran los que aprendían de sus lecciones. Nunca un niño pudo dar lecciones a los del pelo canoso, salvo Jesucristo, que siendo joven, a la edad de doce años, dejó boquiabiertos a los Doctores de la Ley, por su sabiduría y conocimiento de las Sagradas Escrituras, y se preguntaban:

- ¿No era éste, el hijo de José, el carpintero? ¿De dónde le viene la sabiduría que exhala? Porque nosotros, que sepamos, no lo vimos entre los alumnos de la Sinagoga recibiendo lecciones de los rabinos. Aquí debe de haber gato encerrado, porque no es normal lo que sabe, y cómo domina las Escrituras. ¡Gato encerrado!

Y Andrés, no quería apabullar a nadie con sus composiciones poéticas, ni con sus

CAPÍTULO XXI

escritos, porque a lo más que aspiraba, era a que escucharan algunas de sus composiciones, pero al ser menor, no podía entrar en las tertulias literarias, para, papeles en mano, declamar sus composiciones. Y además, no todo el mundo entraba allí, porque recelaban de que alguien diera el chivatazo a la autoridad, porque en aquellas tertulias en las que se hablaba de literatura, las sesiones terminaban opinando de la situación política, y de la forma de oponerse a ella, y era muy peligroso que se destapara que allí se conspiraba contra el Régimen, y que entre el personal circulaban obras prohibidas, que venían editadas desde Méjico y Argentina, de autores proscritos por el Gobierno actual. Y entre las obras prohibidas que circulaban por allí, se encontraban todas aquellas que aparecían en el “Índice de Obras Prohibidas” del Vaticano. La oficina de propaganda del Gobierno indicó a todas las editoriales y librerías que esas obras prohibidas por El Vaticano no podían ser reproducidas, ni vendidas en España. En el índice se incluían todas las obras de Víctor Hugo, Lorca, Antonio Machado, Carlos Darwin, y otros muchos novelistas de fama mundial como Vicente Blasco Ibáñez y Benito Pérez Galdós.

Así, que, cortadas sus alas literarias, por su juventud, y no pudiendo leer sus poemas, ni participar en las tertulias literarias del pueblo, se dedicó al estudio con ahínco, destacando en aplicación y conducta en la trayectoria de sus estudios, y no sólo asistía con puntualidad a sus clases en la Academia, sino que se dedicaba al estudio en su casa, levantándose para estudiar en cuanto el sol iluminaba su habitación, y mucho más antes, en los meses que precedían a los exámenes en el Instituto Aguilar y Eslava de Cabra.

En su cuarto del terrado de su casa, desde el que se veían los jardines del Paseo de Colombia, Andrés se sentaba en la silla de anea junto a la mesa de madera con las patas torneadas, colocando en ella los libros que le correspondían de estudio, y con un lápiz de colores iba subrayando todo lo interesante que leía, aprendiéndolo y repitiéndolo varias veces, hasta que se quedaba fijado en su memoria con vistas a un repaso final antes de ir a Cabra, donde se la jugaba, puesto que el examen por el profesor de turno, incluía preguntas de cualquier parte del libro.

A Andrés le encantaba levantarse temprano, porque le gustaba acompañar al sol desde su salida, y verlo venir cansino, al despertarse, como todo ser vivo, desde el este con sus débiles rayos, que iban iluminando la estancia donde estaba, hasta que ya, sobre las ocho y media de la mañana, lo abandonaba a su suerte, más animoso, y se vestía para irse al molino, donde echaba un joyo de aceite tostado en el chubesky que ardía con orujo de aceitunas, ahogándolo en una de las alberquillas que tenían el líquido lleno de oro verde.

Con la salida del sol, los lúganos, uno de los pájaros más alegres que existen, con bonito canto, animaban el lugar con sus interminables quejidos. Las hembras eran de plumaje color amarillo claro, y los machos, lo tenían de color amarillo verdoso, y se colgaban de los madroños de los grandes plátanos de sombra que había en el paseo, algunos de 15 metros de altura, grandes ramas, y abundante hoja, e iban picoteando los madroños haciendo miles de piruetas con su cuerpo hacia abajo hasta alcanzar las semillas que constituían su alimentación. Tan abstraídos estaban con su alimentación, que muchas veces, con alzarse un poco sobre los talones, en los hararapos de los plátanos, se les cogía metiéndolos en jaulas, de los que había que soltarlos porque entristecidos, no comían y podían morir.

Eran pequeñitos los lúganos, unos 12 cm, y muy tontorrones, pero muy atentos a su pareja, y ya, en los meses de febrero, se emparejaban, buscando un lugar donde hacer el nido en las partes altas de los árboles, camuflándolo, entre las hojas. Durante la incubación de los huevos, el macho se encargaba de alimentar a la hembra, naciendo las crías unos 14 días después.

Los lúganos emigraban a lugares lejanos durante el otoño hacia terrenos más húmedos poblados de alisos y abedules que les proporcionaran semillas para su alimentación, así como hierbas tiernas. Curiosamente, un día, los lúganos desaparecieron, y ya, no volvieron jamás a Priego, dejándonos sumidos en la tristeza y el silencio de no oír su agradable pjar.

“ Lúgano, lúgano,
de amarillo muy bonito,
siempre cantando,
siempre soñando
en la hembra de sus amores,
para fabricar el nido,
siempre sobre el madroño subido,
buscando semillas,
para su sustento,
oh, lúgano bonito,
siempre contento,
siempre sobre el madroño subido”.

Andrés superaba con diligencia todas las pruebas que le ponían los profesores del Instituto Aguilar y Eslava de Cabra, y entre ellos se había corrido la voz de lo listo que era aquel joven gordito que venía de Priego, que le preguntaras lo que le preguntaras, siempre respondía, e incluso, como si de un concurso de televisión se tratara, si la prueba era oral, gozaba de público que aplaudía a rabiar cada contestación correcta del alumno al profesor.

El Instituto Aguilar y Eslava, de Cabra, fue fundado por don Luis de Aguilar y Eslava en 1679 tomando el nombre de Colegio de la Purísima Concepción, que donó en su herencia fondos para su creación. Tiene anexo el Museo de Historia Natural que contiene cuadros, grabados, material didáctico de fines del siglo XIX y una biblioteca con más de 8 000 volúmenes fechados a partir de 1501. En él estudiaron muchos alumnos de los pueblos cercanos, sin cuya existencia, no les hubiese sido posible adquirir una buena formación académica que les aupara después a seguir carrera en la Universidad de Granada y otros centros de la época.

Durante los exámenes, que solían tardar un día, los alumnos, en los recesos, solían irse al parque cercano, que llamaban Parque Alcántara, donde se podía descansar bajo sus grandes árboles, y tomar un bocadillo para restaurar fuerzas para la tarde cercana de los exámenes no realizados.

CAPÍTULO XXI

Al finalizar los exámenes, todo el mundo volvía a su casa en el autobús dispuesto por el centro, y, desde aquel momento, había que esperar a que las notas saliesen, notas que daba don Julián León, en la puerta de su casa, en la calle Zapateros, con bastante inquietud por parte de los alumnos, por si habían suspendido.

- Andrés: Todo aprobado y con nota. Dale recuerdos a tus padres.
- Gracias señor maestro.

Y Andrés, con el libro de las notas, con pastas de color naranja, en el que se iban anotando todas las calificaciones, curso por curso, asignatura por asignatura, con la póliza correspondiente, y la firma del director del Instituto, iba a su casa, donde su padre le preguntaba:

- ¿Cómo ha ido todo?
- Bien. He aprobado.

Y su padre, no desconfiaba de Andrés, porque sabía que era un niño aplicado, al igual que sus hermanos, punteros en sus estudios también, y que le precedían como ejemplo.

- Pues ahora, ya podemos hablar de vacaciones, porque no quiero que estés todo el día en la calle. Te vas a hacer capachos con el maestro Dani durante el día, y, a la tarde, con lo que ganes, te vas al cine.

Y así se cumplía lo dicho por su padre. Durante la mañana y parte de la tarde, Andrés hacía capachos con Dani, el maestro capachero, y a la tarde, cuando cobraba, se iba al cine de verano, viendo una película, y a la salida, volvía a su casa, cenaba, y se acostaba hasta el otro día.

El cine de verano tenía una gran pantalla y un patio grande donde se colocaban las sillas de madera al libre albedrío del que llegaba. Allí se congregaban muchas parejitas, matrimonios, y amantes del cine, que buscaban el entretenimiento viendo las películas que eran del momento, o de antes.

La gente, en el ambigú, compraba pipas, palomitas, y otras cosas, y mientras veían la película, se distraían dándole a las muelas. En el suelo, al día siguiente, las barredoras, tenían que limpiar las cáscaras de las pipas que la gente tiraba al suelo.

Dado el calor que reinaba en el pueblo, y al ser un sitio despejado, el cine, el aire refrescaba los cansados cuerpos a los que azotaba el aire seco durante el día. La función solía acabar a las doce de la noche, y de ahí, a la cama, había un paso. Si la temperatura se empeñaba en no bajar, la gente se sentaba en la puerta de las casas en las sillas, charlando de lo uno y de lo otro, hasta que el aire caluroso daba permiso a la gente para rebajar la temperatura de su cuerpo.

CAPÍTULO XXII

Frastito era un mozarrón ya mayor al que se le estaba escapando la edad de contribuir con su trabajo al mejoramiento de la sociedad.

- Frastito: ¿cuándo vas a trabajar? Que ya eres mayorcito, y piensa en echarte una novia, que ya estás en la edad de tener descendencia, que no quiero morirme sin tener nietos.

Frastito se ponía colorado cuando su padre le decía aquellas cosas que le hablaban de amores, de mujeres, de novias... y no es que no lo hubiera intentado cuando estudiaba en la Academia del Espíritu Santo, pero es, que las mujeres que a él le gustaban, cuando las miraba fijamente, embobado, le echaban la cara hacia otro lado, y como Frastito perdía el hilo de la lección, que daba don Antonio, el profesor, le tenía que regañar para que dejara la pose de estatua y volviera al terreno de los conocimientos de las plantas y de la tierra.

Y ya aburrido de mirar fijamente a unas y otras, sin encontrar respuesta por parte de ellas, pensó que él no valía para casado, y que la soltería le iba a ganar la partida, además, que con aquel defecto que tenía en el habla, mientras se le declaraba alguna niña, aquella salía corriendo, porque mientras acababa Frastito, cerraban la Academia.

Frastito hizo la talega, metió sus cosas en ella, y se fue a la Alsina, con el objetivo de llegar hasta Córdoba y emplearse en la Cepansa, la Electromecánica, la Renfe, o, incluso hacerse Guardia Civil, aunque lo iban a rechazar porque se le atrancaba la lengua, y si iba de servicio, la gente se iba a cachundear de él aunque llevara el uniforme de la Benemérita.

Así, que, antes de llegar a Córdoba, le dijo al revisor, que lo dejara cerca de la puerta del Seminario de San Pelagio, donde iba a pedir una cita con el padre Huelin para que lo dejara hacer la carrera de cura, aunque él ya fuera mayor.

Se bajó en el Puente nuevo que acababa de inaugurar Franco, un puente muy grande y que unía la capital con el Sector Sur, un barrio nuevo con mucha gente, algunos de los cuales, gitanos, desconfiaban de que les robaran los burros, y los subían, escaleras arriba, hasta los pisos.

Al pasar por el triunfo de San Rafael, se persignó, e hincándose ante sus pies, cerca de las velas que los devotos le ponían al ángel que libró a la ciudad de varios terremotos terribles, puestas las manos juntas, y agachada la cabeza, se destocó la gorra que llevaba, y puso la talega en el suelo, entrando en oración:

CAPÍTULO XXII

Hermano San Rafael,
bendito,
tú que libraste a la ciudad de Córdoba
del terrible terremoto de 1755,
en el que hubo muchos muertos en Lisboa,
ardiendo la ciudad de madera
pasto de las llamas,
y, azotada después
por la furia infernal
de las aguas del océano,
que entró a saco por sus calles
llevándose a sus gentes a su regazo,
y sembrando la ciudad de horror y muerte,
tú que tanto quieres a los cordobeses,
a los que libraste de sufrir
el mal trago de verse sepultados
entre los escombros de las casas,
concédeme, a mí, humilde siervo del Señor,
y tuyo también,
el honor de que trabe las palabras
unas con otras,
de forma que la gente no se ría de mí,
en mi propia cara,
rechazándome para algunos trabajos,
y, ahora, que busco trabajo
por indicación de mi padre,
haz que el Rector del Seminario de San Pelagio
me reciba libre de esa traba que me aqueja.
Amén.

Se puso Frastito la gorra, y alargó las manos para coger la talega donde guardaba sus escasas pertenencias, y los veinte duros que su padre le había dado para el viaje...pero la talega, por más que extendía las manos, no la encontraba...y no la encontró, ya que unos gitanos pendencieros, aprovechando que él estaba casi en éxtasis rezando, se la birlaron, cogiendo los veinte duros, un salchichón de burro, y algo de queso y jamón que su madre le había echado para el viaje.

¡Váaaaaalgame Dios que emmmmpiezo bien el viaaaaaaaje! ¿Qué voy a hacer ahooooooooora sin diiiiiiiiiinero, sin comida, y sin rooooooopa?

Una señora, que había visto a los gitanos correr con la talega, le dijo que andara hacia el puente, y que se asomara hacia abajo por la barandilla, que a lo mejor

encontraba la talega entre las arenas de la orilla, porque los gitanos, solían tirarla allí cuando cogían la “guita”.

Y Frastito encontró la talega y los papeles de traza donde iban envueltos los bocadillos, teniéndose que contentar para calmar el hambre que le embargaba, con oler los papeles, cosa que lo dejó con más hambre que antes.

Frastito era apuesto, delgado de talle, bien vestido, con andares de galán; lo único que no le cuadraba era el tartamudeo de su boca; así, que, mientras no hablaba, todo iba bien.

De un torreón de aquellos que hay junto al Alcázar de los Reyes Cristianos, un par de afeminados, que lo venían siguiendo, le cerraron el paso, tanto, que Frastito no podía andar.

- ¿Qué queréis?

- Tu amor, zagalón- le dijeron a una.

Frastito, al que no se le había presentado ocasión tan mala en la vida, echó mano al bolsillo, y sacó una navaja tipo hoz, que sobresalía dos veces de la palma de su mano, y que usaba para cegar el trigo cuando la hoz se le embotaba contra las mieses.

- Uno a uno. ¡Que venga el primer maricón!

Cuando los parguelas vieron que Frastito iba de veras, pusieron pies de velocidad sobre sus talones desapareciendo entre los espesos sotos del río Guadalquivir.

Y ya repuesto del susto, que le había acelerado el corazón con algo de taquicardia, bebió agua de una fuente cercana, y entrando por la calle de Fernando de los Ríos, llamó a la puerta del Seminario, cuyo conserje, un hombre de gafas gruesas con cristales de culo de vaso y algo torpe en el andar, le preguntó:

- ¿Qué quiere usted?

- Hablar con el rector.

- No está.

- ¿Y quién le sustituye?

- El Padre Fuertes.

- Dígale que quiero hablar con él.

- ¿Para qué?

- Para entrar en el Seminario.

- ¡Aquí sobra gente! Sobra gente! Ya son muchas las bocas que hay que alimentar, y no hay para tantos. Lo mejor, será que se vaya, porque no lo van a admitir; y mucho menos con ese defectillo que tiene al hablar, porque el Derecho Canónico, dice, “que los aspirantes a sacerdotes deben de estar libres de defectos”.

Mañana mismo se me quita. San Rafael me lo ha prometido.

- Otro loco, - dijo el conserje - , de los muchos que vienen a comer gratis aquí con el cuento de que quieren ser sacerdotes.

Al poco rato apareció el Padre Fuertes. Un hombre grande, con una correa atada en

CAPÍTULO XXII

mitad de la sotana, y que se dirigió a Frastito en los términos que siguen:

- Dígame hermano qué es lo que le trae a esta santa casa.

- Me han ro- ba- do- oooooo mis co- sa- oooooo unos gi- ta- no- oooooooooos en el puen- te- eeeeeee, despuésme han queridooooooooo hacer guarrerías unospar... guelas. Tengo hambre y no tengo dinerooooo. Quiero entrar en el Seminariooooo.

- Imposible. Con ese defecto es imposible.

- San Rafael me ha dicho que mañana, a la hora de las nueve, estaré libre de la tar- tam- u- de- eeeeeeeeeeeeeez.

- Otro chalado... y cerró la puerta dándole con ella casi en las narices, dado el mal genio de aquel hombre que llevaba el hábito de un gran santo, y al que se parecía poco.

El portero se compadeció de Frastito y lo adentró en el comedor del seminario donde un seminarista leía un texto sobre la sobriedad en el comer como medio de alcanzar la santidad.

Frastito, con más hambre que una jauría de perros tras un día corriendo por el monte tras los conejos, agarró una jarra de "leche de pava" de color blancuzo con poca enjundia y la migó con cuatro trozos de pan que había sobre la mesa, y le supo a gloria, cuando, alguien, gritó:

- ¡El chorizo tiene un manojito de pelos amarrado!

Se trataba de un seminarista que se había encontrado una madeja de lo que se ha dicho, y que lejos de callar y tirar a la basura tamaña porquería, lo llevaba en alto, bien alto, ante la mirada y las arcadas de los que comían.

Frastito salió corriendo hacia la puerta de la calle sin decir ni tan siquiera, condíos, y enfiló la carretera de Cabra, con la intención de que cuando pasara de vuelta la Alsina, el revisor lo subiera, que luego le pagaría su padre el billete.

La Alsina no paró. Y Frastito no tuvo más remedio que aprovechar la buena voluntad de unos telegrafistas que arreglaban la línea de telégrafos, y ponerle a su padre, un telegrama, que decía:

- No encontrado trabajo, ligada la talega. Por tartalilla no me cogen en el Seminario, chorizo con moño de pelos, leche de pava rica, parguelas despedidos con la fuerza de las armas. Manda provisiones, Frastito.

CAPÍTULO XXIII

Cuando su padre de Frastito, Francisco, recibió el telegrama que su hijo le puso a través de los operarios que arreglaban la línea del telégrafo de Córdoba- Granada, uno de cuyos postes había sido arrancado de cuajo por un rayo en el transcurso de una tormenta, se puso las manos en la cabeza, y pensó en salir lo más rápido posible hacia Córdoba en ayuda de su hijo que lo debería estar pasando muy mal. Así, que, se dirigió al Bar Gasógeno de Priego donde alquiló un vehículo para salvar a su hijo de la mala hora que estaba pasando. Le acompañó en el viaje, su mujer, doña Rosario, que se tiró casi todo el viaje llorando; tanto, que don Francisco, hablaba muy alto con el taxista para no oírla.

- ¡Pobre hijo mío! Sin dinero, sin comida, atacado por mariquitas, denigrado en el Seminario por ser tartalilla, ¡pobre hijo mío!

El taxi, debido a la escasez de combustible, funcionaba con gasógeno, y echaba unas humaradas negras tan grandes, que la cara se ponía como la de un negrito, teniendo que limpiársela, de vez en cuando, con un paño, como si del tren de las películas del Oeste se tratara.

- Al pasar por las Angosturas de Priego, angosto paraje rocoso, por el que surca el río Salado antes de unirse al Guadajoz, doña Rosario, detecta un insoportable olor a podrido.

- Huele a cadáver, Francisco!

- Será algún bicho muerto que está metido entre las rocas.

La carretera era tortuosa, y las muchas curvas enervaban el estómago y lo vaciaban de sus ahorros sin previo aviso. Las rocas se veían en lo alto de los montes, amenazantes, como si protegieran su intimidad contra los posibles violadores del paisaje, y de vez en cuando, los graznidos de los grajos sonaban atronadoramente en aquellos roquedos donde anidaban y avisaban del peligro de gentes intrusas para sus crías.

Y el agua, a lo suyo: correr sigilosamente entre meandros cuajados de membrillos que se asomaban peligrosamente hasta la orilla para beber sus aguas salobres.

De vez en cuando se veía en lo alto del monte algún que otro cortijo, donde sus moradores, se afanaban en cuidar de los olivos y criar cuatro animales de corral, para su sustento.

Los canutos, torres de vigilancia y aviso de peligro de los moros, aparecían en el paisaje, cada cierto trecho, y, fueron testigos mudos de una etapa histórica llena de

CAPÍTULO XXIII

violencia, donde la vida valía poco, y los cristianos, eran enemigos a liquidar según lo mandaba su libro sagrado.

Antes de pasar Baena, el taxista tuvo que reducir considerablemente la velocidad del vehículo, ya que la carretera, construida sobre tierras deslizantes, se había desdibujado, siendo casi intransitable, y varias decenas de obreros trataban de devolverla a su cauce.

Al fondo, se veía Baena, como un cuadro pintado por el mejor de los pintores, con sus murallas abrazándola. Y fue, en la plaza, donde el taxi paró para que los viajeros tomaran algún refrigerio, en un bar donde abundaban las buenas tapas.

Olía bien aquel bar, lleno de gente que charlaba de sus cosas, y cuyas sillas, para sentarse a tomar algo, llegaban hasta la misma carretera.

- ¿Qué les pongo señores?

- Traiga dos medios de buen vino, una cerveza, y dos platos de japuta en adobo con su correspondiente pan.

- ¡Nosotros hartándonos de comer, y mi hijo Frastito, pasando más hambre que perro en cacería! dijo la madre.

- ¡No te quejes, mujer! Falta poco para que estemos con Frastito, y, cuando lo encontremos, le damos de comer de lo que ahora vamos a encargarnos.

- ¡Camarero! Ponga en una caja media botella de vino, y dos bocadillos; uno de tortilla, y otro de queso, para el niño.

- ¿Pequeños o grandes?

- ¡Grandes! El niño, aunque le llamemos niño, ya es grande y come como un hombre.

Comieron hasta lograr echar las hambres que traían después de un rato por aquella carretera de mala muerte, en la que los riñones, necesitarían consuelo al llegar al destino.

Pasaron Castro del Río, que se veía allá abajo ceñido por las aguas del río Guadajoz, con su Iglesia, y que más de una vez, en época de tormentas, estas aguas desbocadas, se adentraban en el pueblo para indicarle que se habían apoderado de tierras que no eran suyas, y que él se lavaba las manos, si algún día ocurría una desgracia.

El coche, viejo y saltarín, jugueteaba con la carretera, quejándose sus viejos hierros, en más de una ocasión, de los dolores que le causaban los baches que como un rosario jalonaban el camino.

En una casa grande había un letrero que decía: se hacen muebles de olivo, y, en otra: se venden plantones de olivo.

Y era una monería ver cómo en las márgenes del río los agricultores castreños se habían dedicado al cultivo del tabaco, que secaban allí mismo en los secaderos habilitados para ello, y al cultivo de plantones de olivo, que acortaban grandemente el momento de la producción de las aceitunas.

El cielo, de repente, se puso de color oscuro, cada vez más negro, tanto, que daba

miedo, y entre los resquicios que quedaban entre las nubes, saltaban las culebrillas eléctricas, que cargadas de mala leche, ponían la carne de gallina cuando cruzaban el cielo de arriba hacia abajo buscando un pico donde descargar su energía. Y el ruido que formaban los truenos entre aquellos valles, ponía el ánimo a parir, aún más, cuando el cielo, conjurado con las nubes, descargolas a éstas sobre el suelo, formándose poco a poco un río de agua.

- Voy a parar, y vamos a buscar cobijo en aquel cortijo! La riada se lo va a llevar todo.

Y a la vista de lo que estaban viendo. Don Francisco y doña Rosario, llegaron a asustarse, tanto, que bajaron del taxi, y se pusieron a salvo.

Apenas el taxi y la gente que llevaba estuvieron lejos del peligro de riada, el espectáculo era dantesco, porque el agua, buscando salida por entre aquellos montes, se amalgamaba con todo: tierra, rocas, troncos, olivos, hierbas y animales, que no cedían a su enorme empuje.

El día se tornó muy oscuro, tanto, que parecía ser de noche, cuando faltaba todavía mucho para que el sol huyera a sus cuarteles, y los allí presentes, muertos de miedo, porque no habían visto nada semejante en todos los días de su vida, se pusieron a rezar a Santa Bárbara:

- Santa Bárbara bendita,

líbranos de todo mal.

Y al terminar la oración, la tormenta fue cediendo, y las aguas volvieron a su cauce; sólo, que el susto fue tan grande, que decidieron parar unas horas hasta que tuviesen noticias de que la carretera estaba despejada.

Frastito se encontraba unos cientos de metros más arriba, y también se había refugiado en un cortijo al ver que el agua amenazaba con llevarlo río abajo.

Cuando todos se encontraron, se fundieron en un gran abrazo, y se prometieron seguir juntos hasta el final de sus vidas.

CAPÍTULO XXIV

A la vuelta a Priego, los padres de Frastito se encuentran con don Carlos y le cuentan lo de la tormenta, que también había ocurrido en Priego... el granizo fue tan gordo que se agujerearon todas las persianas..., y las calles del pueblo eran ríos. Una tromba de agua procedente de la Almorzara entró por el lavadero de la calle La Joya, con tan mala fortuna, que se llevó a una pobre mujer que estaba lavando la ropa. Luego aparecería por un sumidero que hay en el costado del molino de Palomeque. El puente del río Salado, en la carretera de Granada, fue sobrepasado por las aguas que arrastraban toda clase de árboles, temiendo la gente que se hundiera ante tan gran avalancha de agua. ¡Una tormenta impresionante, acompañada de granizos, tan grandes, como huevos de paloma!

- Un castigo de Dios- decían algunos.

Las gentes, atemorizadas, pues nunca se había visto cosa así por estos contornos, se refugiaron en sus casas llenas de miedo, y pusieron velas a Santa Bárbara para que los protegiera, y los destrozos en la huerta, en las casas, y en el olivar, fueron impresionantes, arrancando de cuajo, el viento, árboles centenarios, y agujereando las persianas de todo el pueblo.

Andrés se asustó bastante, y cuando la tormenta arreció, se subió al terrao de la casa y se metió en la cama para huir del agua, los truenos, los relámpagos, y los granizos, y a pesar de ser verano, sacó del baúl una manta que se echó sobre la cabeza, y empezó a sudar, cayéndole la gota gorda por la cara. Pero a pesar de haberse refugiado en aquella “cueva artificial de tela”, el ruido de la tormenta al caer los granizos sobre el tejado, no aminoraba, y cada granizo que caía sobre las tejas le resonaba en su “casco” formando una macabra banda sonora digna de la mejor película de terror. Era tal la fuerza del viento, que algunas ventanas se abrieron, no habiendo forma humana de volverlas a cerrar. El viento imparable arrastró los papeles de la vieja estantería donde se guardaban algunas novelas y números atrasados de Blanco y Negro, y entrando en sus adentros, desparramó por los aires las pinturas de Lozano Sidro, que aparecieron más tarde en la Fuente del Rey. Las manzanas, que se acunaban en el suelo del terrao de la casa, sobre fardos de yute, se esturrearon, como cuando Antonio del Amo dijo a las gentes que participaban como extras en el rodaje de una película de Joselito, que se dispersaran, pero como aquella palabra, era desconocida por el común de los mortales del pueblo, el jefe de la policía municipal, señor Muriel, le apuntó a don Antonio del Amo que se dirigiera a la multitud de extras, con la palabra “esturrear”. Y sí que lo comprendieron los aspirantes a actores, que una vez dada la orden, dejaron de ser un grupo compacto, extendiéndose a lo largo de toda la calle.

CAPÍTULO XXIV

Tras la tormenta, y sus estragos en el campo, y en el pueblo, Andrés pensó en hacer un libro de poemas, al que titularía "Aires Garbinos", en alusión a los aires que vienen del poniente, aires calientes que procedentes del Sáhara traen mucho calor y polvo que descargan sobre la tierra, y cuando llueve, deja sobre todo lo que toca una capa de color marrón."Aires Garbinos", es lo que se le viene a la mente, como título, y, coge una vieja libreta y un lápiz, y comienza a escribir los poemas que fluyen como el viento, alegres, sobre la desolada hoja de papel, que va cobrando vida, con la defensa de la vida de las plantas y los animales maltratados por el hombre, y así, redacta el primer poema:

AIRES GARBINOS

Pasó mucho tiempo
el navegante
pendiente del Lebeche,
- al que en otros lugares
llaman Garbino - ,
sentado en el banco de madera
que hay
en el Paseo Marítimo,
puesta la mirada
fija hacia el suroeste,
ansioso
de que el Sáhara polvoriento,
lo enviase
para la playa de Lo Pagán.
El alemán,
siempre la tabla a punto
en la vieja furgoneta hippie,
era hombre alto,
atleta,
con larga coleta
y pendientes flamencos
en las orejas,
de palabra fácil
y siempre dispuesto
a mantener
una buena conversación
con el transeúnte.
Pero no soportaba

los acordes desafinados
de una vieja guitarra,
con la que un pastor evangelista, grueso,
de cabellos largos y rizados,
amplio sombrero mejicano,
y poblada barba,
lanzaba a los cuatro vientos,
su predicación,
tratando de convertir,
para el bien,
a los descarriados:

- “ Porque ya viene,
ya se acerca,
el que ha de separar,
el trigo de la paja,
echando al fuego
la farfolla inservible”.
Y el alemán,
de larga coleta,
tapábase los oídos
para evitar
que aquellos quejidos
hiriesen
sus debilitados tímpanos,
al de profesión,
colocador de suelos de parqué,
que, “decía
haber andado de rodillas
por el suelo,
tanto,
como desde Lo Pagán
al Vaticano”.
Lebeche
que sopla del sureste,
al que otros llaman Garbino,
cargado de malas intenciones
para la colada tendida
de las mujeres,
y contra los coches

CAPÍTULO XXIV

aparcados en las calles
llenándolos de suciedad,
con la impronta
del lejano desierto del Sáhara.

Lebeche
que nace
del desplazamiento de las borrascas,
de oeste a este,
en el Mediterráneo sur,
siempre empujando
las masas de aire tropical,
siempre cálidas,
secas y polvorientas,
hacia la costa.

Lebeche sucio y caluroso
que anticipa una calima
en el horizonte,
hacia el sur,
cargado del polvo africano,
que arrastra como esclavo
aherrojado con fuertes cadenas
y grilletes de vapor.

Viento que se deprime
en el horizonte
cuando anuncia su llegada
que a veces provoca
tormentas y lluvias generosas.

Y cuando ese viento
de Lebeche
se hace viajero,
cambia de nombre,
pero no de modales,
Siroco, de este a oeste,
de origen italiano,
Jamdino en Marruecos,
Qibli, Marín, en Francia,
y Jugo en Croacia.
Algún día,
Lebeche polvoriento,
serás rociado

por el “Omo de la blancura”,
y transportado
a otros lares,
y rotas las cadenas,
de la esclavitud,
tu nombre será admirado
por los nativos
que te respetarán
y bendecirán
cuando anuncies tu llegada
con inmensos resplandores
de blancura.

CAPÍTULO XXV

Y estaba tan contento Andrés de lo bien que le había quedado su poesía "Aires Garbinos", que cogió el papel donde la había copiado, y guardándoselo debajo de la camisa se fue al colegio en la Academia del Espíritu Santo, donde aquella mañana le tocaba lengua.

El aula era pequeñita, para unos quince alumnos, y tenía una ventana que daba a la calle Montenegro, su pizarra, y la mesa del profesor; todo muy recogido.

Los alumnos esperaban el intercambio de profesores de un aula a otra, y cuando éste se produjo, entró don Manuel Mendoza, grande, fuertote, con gafas negras y amplia sonrisa; una buena persona, político, muy inteligente, y poeta.

- Bueno muchachos: vamos a pasar lista a ver si falta alguien.

- Tofé.

- Presente.

- Alcalá Zamora.

- Presente.

- Velástegui.

- Presente.

Y, así, hasta el total de alumnos de la clase, en los que aquel día no faltaba nadie.

- Vamos a ver qué tema nos toca hoy. Aquí lo tengo: la versificación, el poema, clases de rima, página 56.

Todos los alumnos con el libro abierto, buscando la susodicha página.

- Vamos a ver, Andrés, sé que tú estás metido en eso de hacer poesías, quieres ser poeta, y creo, que hasta tienes escritos algunos poemas.

Andrés, estaba callado, y le pilló de sorpresa, que don Manuel, lo llamara a él, precisamente, el menor de todos los poetas.

- Sí, don Manuel: dígame qué quiere de mí.

- Te voy a hacer unas preguntas antes de entrar a explicar el tema de hoy, que va de poesía, poemas, rima, y demás.

- Hágamelas, que yo, si sé contestarlas, las contestaré.

Don Manuel, sacó su cajetilla de tabaco, y cogiendo un cigarro entre las manos, le

CAPÍTULO XXV

prendió fuego con su mechero de gasolina, dándole unas caladas, hasta que aquello empezó a hacer una humareda a la que nadie daba importancia en la clase.

- Andrés: ¿sabes tú lo que es poesía?

- Creo que sí, don Manuel: poesía es un sentimiento del alma que refleja en el papel con la escritura lo que uno siente, dolor o tristeza, amor, o desamor.

- Bien, Andrés: has definido bien la poesía. Pero ten en cuenta que te has quedado un poco corto, porque no sólo en la poesía se habla de amor, de alegría, de la tristeza, sino que también en la poesía se pueden expresar las grandes hazañas de los guerreros, la muerte de un personaje, una batalla, se puede cantar a una flor, a un ocaso, a la pérdida de un padre, o una madre, o hasta la muerte de la amada.

Y cuando don Manuel nombró la palabra “amada”, los alumnos empezaron a cuchichear unos con otros y a dejar entrever sus sonrisas malévolas mirando a las niñas de la clase de las que estaban enamorados y que no les hacían caso.

- La verdad, verdad, don Manuel, que yo, poesías de amor no he hecho ninguna, porque yo, lo que se dice amor, todavía no he sentido la llamada de ninguno, así que no puedo decirle, pero pregunte a Luis, que cada día durante la clase de don Emilio se pone a mirar extasiado a Pili, con los ojos de cabra boquiabierta, pero la Pili no le hace ni caso, y cuando Luis se le queda mirando fijamente a los ojos, Pili, los echa para otra parte.

- Conmigo no te metas, que si no, cuando salgamos a la calle, nos vemos las caras, dijo Luis.

- Venga muchachos, que no es para tanto, porque el enamorarse es una cosa natural como la vida misma, y si ahora, no estáis enamorados, algún día surgirá entre vosotros la llama del amor, una llama limpia, casta, una llama que mueve al mundo y que se materializa dando fruto en los hijos. Y si estáis enamorados, y ella no os corresponde como vosotros queréis, coged un papel, y escribid una poesía, y se la mandáis a vuestro ser querido.

- Yo, bueno, me gusta la poesía, y tengo algunas poesías publicadas, y algún que otro libro. Ahora ando con uno en verso que se va a titular “Flor de Ilusiones”, y que dentro de pocos días voy a entregar en la imprenta para que me lo impriman. Pero no voy a leeros nada de él hasta que salga a la calle por respeto a los lectores, así, que, si hay alguien que se atreva con un poema, adelante.

Andrés, que traía dentro de la camisa el cuadernillo de “Aires Garbinos”, no dudó en levantar la mano, y dijo si podía leer un poema suyo muy reciente y que formaba parte de un libro que estaba escribiendo.

Los compañeros de Andrés se quedaron un poco sorprendidos al enterarse de que por la mente de Andrés, corría la vena poética, pero curiosos, no dudaron en animarlo y en decirle que lo leyera.

- Sí que os voy a leer un poema de los que tengo compuestos, pero si alguno se ríe, seguro que lo va a pagar caro.

- No hay que ponerse así- dijo don Manuel. En Andalucía, tierra de soñadores, de vivir en la calle, de disfrutar de la naturaleza, de cuidar las flores, de sembrarlas en macetas y colocarlas en los patios de las casas, ¿quién no es poeta?, ¿quién no ha

escrito alguna vez una poesía?

- Yo, no.

Hombre, Luis, ¡si tú eres el más enamorado de la clase! ¿cómo que tú no has escrito ni una poesía?

Andrés sacó el cuadernillo, y comenzó la lectura de un poema del libro "Aires Garbinos", titulado:

PRIMAVERA

Con los primeros rayos de sol
envalentonados al verse libres
tras estar aprisionados
durante la fría estación,
los árboles comienzan
a vestirse de flores multicolores
sembrando de fantasía
la piel rugosa
que protegiera su cuerpo
del rudo invierno.
Pero hay algunos,
los más cautos,
que cada día miran
el horizonte lejano
a la búsqueda
de señales de peligro,
que provenientes
de los imperios de la aroma,
los Dutti, Banderas, Bustamente,
Flores, y, Brummer,
quieren robarles
su mayor tesoro:
¡su olor!
Y ellos, al otear el horizonte,
cuando perciben a los siniestros enemigos
de su aroma,
cierran sus flores heridas
a cal y canto,
cortando el halo de olor

CAPÍTULO XXV

que escapa
a través de sus pétalos multicolores,
creyendo que con esta acción,
será suficiente
para huir de la destilación
en los matraces asesinos
que encerrarán en botes taponados
las aromas más fragantes
de limoneros, rosales, azahar,
jazmines, romeros, alhucemas,
nardos, claveles y geranios,
galanes de noche, ...
Y no contentos
con el robo del sacrílego botín,
estos empresarios réprobos,
guardarán en tumbas acartonadas
los perfumes más exquisitos,
poniéndoles, no el nombre del muerto,
sino el del ladrón,
haciendo negocio
con el robo del aroma de las flores.

Y los alumnos, incluso don Manuel, que había dejado el cigarro sobre la mesa, en una esquina, subiendo su columna de humo hacia lo alto, señal de que el tiempo iba a ser bueno en los próximos días, escuchaban embelesados la declamación poética de Andresito, y no daban crédito a lo que estaban oyendo, por venir de quien venía, joven estudioso, pero nada más.

Terminado el poema, don Manuel y los alumnos, empezaron a aplaudir acaloradamente la lectura del poema, y algunos se levantaron para darle la mano.

Andrés, sonrojado, no se atrevía a levantar la cara de su pupitre.

- Esa poesía está muy bien. Es muy buena, muy sentimental. Es un alegato en defensa de la naturaleza, tan maltratada. Estoy pensando en que te inscribas en el "Concurso de trovos" que se va a celebrar dentro de pocos días en la Fuente del Rey, para que la gente conozca tu talento poético, y disfruten de tus ocurrencias.

- Bueno, don Manuel, yo no sirvo para eso. Hay que tener clarividencia y rapidez en las ideas para contestar con una poesía que otro te declama, con otra en el momento. Mi poesía surge de grandes momentos de soledad y reflexión en el terrao de mi casa, entre estudio de un tema, y otro, y nunca estoy contento con lo que hago. Emborrono muchas cuartillas, y como al releerlas, no me gustan, las tiro al cesto de los papeles haciéndolas trizas, y para que haya una que supere mis gustos, hay treinta que no me sirven.

- Claro: la creación poética, es una gran aventura en la que cuando vienen las ideas, hay que plasmarlas en un papel. Yo mismo, hay algunas noches que tengo que levantarme, porque llaman los poemas a mi puerta, y tengo que escribirlos para que no se me olviden. La creación poética no surge cuando tú quieres, sino cuando la inspiración se presenta sin más. Hay día que me pongo a escribir poemas, y no me sale ni uno. No me vienen las musas a susurrarme al oído sus ocurrencias, y sin embargo, hay días en que la imaginación me lleva por las verdes praderas de la creatividad, sembrando mi cuaderno de muchos poemas.

- Ahora, aunque dije que no iba a recitar ningún poema, quiero que escuchéis un poema de un libro que tengo entre manos, y que pronto va a ver la luz, si Dios quiere:

LOS AÑOS

¡Qué traidores son los años
y qué engañoso es el tiempo!
Como puñado de arena
se escapa de entre los dedos.
En corceles de aire y nubes
vuelan sin tocar el suelo,
sin abandonar la altura,
sin ruidos, en silencio.
Son una rueda homicida
de cangilones sedientos
que, con navajas radiantes,
en las carnes va abriendo
cicatrices: en las manos,
en el rostro y en el cuerpo
y van dejando vacío
el corazón, como muerto.
¡Qué traidores son los años
y qué engañoso es el tiempo!
Pero...seguid caminando,
no os detengáis tan presto.
Dejadme vivir más vida,
que me bulla el pensamiento
y auroras vírgenes broten
de ilusiones, en mis sueños.

Todos se quedaron boquiabiertos, y Andrés, empezó a aplaudir a rabiar, siguiéndole el resto de sus compañeros. Don Manuel, les animó a escribir, a rellenar cuartillas con

CAPÍTULO XXV

sus pensamientos, sus amores, sus tristezas, sus recuerdos, dejando volar su imaginación, porque en el mundo literario había mucho copión, pero pocos creadores. El creador no se hace, nace ya creativo, y de su cabeza surgen las ideas que se quedan plasmadas en el papel, en forma de poemas. Sed creadores, no copiéis, ni sigáis la senda que otros os marquen. Id por libres, no sigáis escuelas creativas que os den las normas de la composición poética. Llevad vuestros versos por los campos de vuestra imaginación.

Y acabada la clase, unos cuantos alumnos se fueron a la puerta de la fábrica de chocolates Meri a saborear las aromas que por la puerta se escapaban, y por las que no se pagaba nada.

Andrés se quedó pensando en uno de sus profesores, don Manuel, que con tesón y empeño, estaba escalando altas cotas en el mundo de la poesía, nada fácil para los tiempos que corrían. Porque para ser poeta, poeta de verdad, no empalmador de palabras, se requería mucho estudio, conocimiento de la métrica, de los diferentes tipos de versos, las estrofas, y eso, a él, a Andrés, no se le daba muy bien, porque en lo que él estaba buceando ahora, cosa que creía que no hacía nadie, era en la poesía libre, sin medida de versos, ni encorsetamiento a ningún tipo de estrofa, y esa forma de componer poesía estaba muy mal vista por los poetas, y por el vulgo, que consideraban que si el poeta no se sometía a las normas, ése no era poeta. Para ser poeta, había que despacharse con unos cuantos sonetos medidos como Dios manda. Eso de la poesía libre se quedaba para los que no eran capaces de versificar.

Y creía Andrés, que como la cosa no cambiara, que como los eruditos no dieran su brazo a torcer en la forma nueva de hacer poesía, sería mejor que se dedicara a otra cosa, mariposa.

Nadie hacía la poesía que él hacía; nada era medido y encausado en estrofas, pareados, redondillas, cuarteto, soneto... pero pensaba, que en esa innovación estaba el verdadero valor de su poesía, en el cambio, en correr por el mundo de los sentimientos, del amor, a lo libre, sin etiquetas, medidas, ni normas.

Y convencido de que ese sistema de versificar, de hacer poesía, era el correcto para él, seguía emborronando cuartillas, e iba progresando, y creía en él, porque ya, los borrones, se iban diluyendo, y veía que la tinta que corría sobre la hoja de fino papel, se erguía sobre la pluma, y enderezando las palabras, las hacía correr unas tras las otras, amándose, formando una composición cuasi musical, que se pegaba al oído, y hasta sonaba bien. ¿No era aquello poesía?

Vean ustedes otra muestra de lo que Andrés escribió:

EL SANTÓN

Anda por esas playas
un venerable hombre de poblada barba
haciendo el bien
a todo el que puede;

santo donde los haya,
que ha hecho de la caridad
para con el caído,
la bandera que imprime su carácter.
Y no le falta palabra
para predicar el bien
entre los que se sientan a su vera,
porque la predicación,
es su modo de vida,
siempre con su Santa Biblia,
de la que no le es desconocida
ninguna frase o enseñanza,
que aplica al hermano caído
para darle consuelo
o enseñarle el camino de la salvación.
- “El mundo se acaba. Veo las señales
de los Últimos Días. Ya viene, ya se acerca
el que nos ha de liberar del yugo
que nos aherroja,
el que romperá las cadenas que nos atan,
llevándonos a la Jerusalén liberada”.
Y las gentes se acercan
al de la palabra clara y sencilla
para curar los males que les afligen.
Y de vez en cuando, el Santón,
entra en oración profunda
pidiendo a Dios algún milagro
para un hermano en apuros:
- ¿Dónde vas, hermano?
- Voy a la playa de La Llana.
- Está el día negro y amenaza lluvia.
- Te vas a mojar. Déjame que pida a Dios
una “clara”.
Y por arte de oración,
que no de magia,
las nubes se dispersan
abriendo un gran claro
por el que paso sin mojarme.

Y el Santón

CAPÍTULO XXV

cae al suelo
dando las gracias a Dios
por haber oído
una vez más
sus súplicas:
- “ Dios del Cielo
y de la Tierra,
creador de todo lo visible e invisible,
te doy las gracias
por haber escuchado
las oraciones
de éste
tu humilde siervo”

¿Y de dónde viene este poema, la inspiración para su ejecución? Viene del primer viaje que hizo Andrés a la playa, a las costas de Granada, por Motril, en un viaje de estudios, con los alumnos de la Academia, con don Antonio Barrientos, como profesor, en un autobús, todos contentos, en busca de aventura por esos caminos de Dios.

Pero la mala fortuna, que algunas veces acompaña a la gente, esta vez le tocó con energía a Andrés, que no más bajar del autobús, dio un traspies, y se dobló el tobillo, dando al traste con sus ganas de ver nuevo mundo, conocer otras gentes, estar cerca del mar, ver otras formas de vivir y de pensar, dando con mala suerte con su pierna no en el suelo correcto, sino en un agujero que no sabe quién había puesto para él, allí, para joderlo.

- Chiquillo: ¿qué te ha pasado? ¿No has visto el agujero? - le dijo don Antonio.

- No don Antonio. No he visto nada. Me he ido derecho al agujero y he metido la pierna en él. ¡Todo para mí! Y la cosa es, que me duele a rabiar, y no puedo andar, ni dar un paso. ¡Vaya mala suerte!

Don Antonio le miró la pierna, y le dijo “que si le dolía al girarla”, a lo que respondió “que le dolía de todas formas”.

Como pudo el diligente y amigable profesor, le vendó el pie con un trozo de venda que le dieron en el hotel donde se alojaban, y, Andrés ya perdió las esperanzas de andar durante las excursiones que hicieron a diferentes sitios, pues él se quedó en el hotel mientras los otros compañeros se lo pasaban en grande jugando con las olas del Mediterráneo.

Pero a pasito, pasito, cojeando, se alejaba del hotel y se adentraba en el templo del culto, donde el hermano José, antiguo drogadicto, ahora ya rehabilitado, se empeñaba, por encargo de Dios, que se le había aparecido en sueños, en atraer a las almas descarriadas al rebaño.

- Porque el fin se acerca, porque el día de dar cuentas de nuestra vida al Altísimo, Bendito sea Su Santo Nombre, está ahí, ya, al alcance de la mano. Estáis a tiempo de cambiar una vida de pecado, de inmoralidad, por una de santidad con el premio de una

eternidad llena de satisfacciones, de paz, de amor, en la presencia de Dios y de todos los Santos que en el mundo han sido ¡Hay que ser tontos para perder ese gran regalo que os ofrece Jesucristo, su Nombre sea Bendito, por los siglos de los siglos, amén.

Y el hermano, atendía a todos los que, arrepentidos de su vida pasada, se arrodillaban ante él, para implorar confesión y perdón de los pecados. Y eran muchos los que empezaban una nueva vida hacia un futuro, no muy lejano, lleno de amor y esperanza.

CAPÍTULO XXVI

Andrés estaba loco de contento, porque por primera vez, con su padre, don Carlos, iba a ver el mar del que tanto le habían hablado. Una mar inmenso, donde el agua se acumulaba en cientos y cientos de kilómetros, meciéndose en un continuo vaivén, contra la costa, que desdeñosa, la devolvía a su procedencia, como si estuviesen peleados y no quisieran ninguna relación, una y otra vez, pero cuando el mar se enfadaba, cargaba toda su furia contra la costa, acometiéndola sin titubeos, poniendo en peligro todo lo que se le ponía por delante, y si se unía a la tierra, cuando el terremoto ocurría, al descender de nivel, ésta arrastraba con ira el agua hacia su interior, que al enervarse, subía de nivel arrasando todo cuanto encontraba a su paso costa adentro, matando miles de personas, y destruyendo las casas, que los hombres, jamás habían pensado que sucedería.

Y mientras iba en el autobús, descendiendo hacia el mar, hacia la costa de Granada, Andrés vio por primera vez, lo que llamaban mar, y que no era otra cosa que una gran extensión de agua que llegaba más allá del horizonte, y que él no concebía por su cantidad y hondura. Y no paraba de preguntar a la gente que ya lo habían visto si aquella mancha grande, era el mar, a lo que le respondían que sí. Y la emoción le embargaba y le asustaba a él que era de tierra adentro.

El mar estaba lleno de mucha agua, cientos y cientos de kilómetros de agua, con gran profundidad, en la que habitaban toda clase de animales marinos, y a los que los pescadores, sacaban a tierra con las redes, jugándose la vida en muchas ocasiones.

Nunca pudo Andrés imaginarse que el mar era tan grande, tan azul, tan profundo, tan lleno de agua, con un oleaje que tiraba si no te andabas espabilado, y, era, porque para él, el mar, su mar, había sido antes otra cosa más pequeña, una alberca, una charca, el Baño Manancas, construido con sacos terreros en medio del río Salado, cerca de las Salinas, haciendo un dique, para elevar el agua de nivel, y hacerla apta para el baño, por su profundidad.

Y aquel mar, lo más grande que se conocía por aquellos tiempos en aquellas latitudes de Priego, no tenía punto de comparación con ese otro inmenso, cuyo dique natural era la costa, muchas veces, llena de acantilados contra los que se enfurecía en días de oleaje.

Y Manancas, minusválido, ingeniero por su experiencia, que no por titulación, dirigía los trabajos de construcción del dique en medio del río, cada verano, para embalsar cantidad de agua suficiente como para convertirlo, en cuasi un pequeño embalse. Y los sacos llenos de arena se iban apilando unos encima de los otros, haciendo recrecer el muro, que cuando dejaba escapar agua, se restañaba con palos, hojas, trapos,

CAPÍTULO XXVI

plásticos, y todo lo que sirviera, parar un agua que quería ser libre siguiendo su curso hasta encontrar un río más grande ayudando a su caudal en su búsqueda del mar.

En una de las orillas del Baño Manancas, se construía un chiringuito con palos de álamo, cuerdas, maderas, cañas, y todo lo que sirviera para quitar fuerzas a un sol, que durante el verano, amenazaba con derretir la sesera de todo aquel que deambulaba por aquellos contornos.

Y bajo aquel cobertizo se acumulaban provisiones para los que iban a gozar de un baño de agua salada, de propiedades medicinales, y no faltaba la sandía o el melón fresquito refrescado en las entrañas del baño.

Los seminaristas, iban a bañarse de noche, al baño Manancas, desde el pueblo, hasta el sitio del baño, para que las gentes no hablaran. Y daba algo de repelo ir desde Priego hasta el baño, por la noche, porque el camino estaba oscuro, e ibas tropezando contra las piedras; por eso, se aprovechaban para ir al baño Manancas los días de luna llena. Luego, a la vuelta, ya fresquitos del baño, el paso se aceleraba con la intención de volver pronto a la casa para cenar y acostarse. Y Andrés, que no sabía nadar, quería aprender aquel arte sabio de mantenerse sobre el agua, sin hundirse, pero de noche era imposible, además le daba mucho miedo que el suelo no estuviera pegado a sus pies. A él, lo que le gustaba de verdad, era bañarse en las charcas que formaba el río en sus orillas, charcas por las que corría el agua, pero que tenían el inconveniente de las muchas ovas que criaba el agua, y que tenían un extraño tacto con las manos, dando un poco de asco. Y eran muchos los chiquillos, que sin que sus padres lo supieran, iban a bañarse con otros a estas charcas del río Salado, refrescándose de la canícula y jugando con el agua y con los otros muchachos. Por el camino, se encontraban con algunos agricultores que iban a sus fincas con los mulos a realizar las labores propias que había que hacerle a los olivos, porque los olivos no podían dejarse a su antojo, había que cuidarlos, ararlos, abonarlos, binarlos, podarlos, para después ir a recoger las aceitunas en la época de la cosecha, y había que sembrarlos, para lo cual se cortaban trozos de ramas buenas con yemas, que se metían en un agujero hecho en el suelo de unos 70 centímetros de profundidad cavado con una escardilla y sacada la tierra con una pala hacia el exterior. Después se metían un par de troncos, se tapaban con la tierra, y durante el verano había que echarles un par de cargas de agua que porteaban los mulos hasta la finca, para mantener la humedad de la tierra y había que esperar hasta que brotaran.

El crecimiento de los olivos, era lento, muy lento, y él había visto olivos que su padre había sembrado hacía unos veinte años, y ahora, no eran muy grandes, no sobrepasando los dos metros de altura, y que comenzaban, después de tantos años, a echar algunas aceitunas.

Había varias clases de olivos, los picúos, de aceituna gruesa y alargada, terminada en pico, que proporcionaban un aceite de muy buena calidad y de gran rendimiento. Algunos picudos echaban hasta cinco sacos de aceitunas de 50 kilos. Eran árboles muy viejos y de grueso tronco que tenían un amplio ramaje.

Los marteños no eran muy apreciados en el paraje porque la aceituna era pequeña y el aceite no era amargo; sus hojas eran plateadas por el envés. De todas formas había bastantes marteños, pero su padre de Andrés prefería la picuda.

Otros olivos de los que había muy pocos, eran los gordales, que echaban unas

aceitunas muy gordas, que se utilizaban para aliñarlas con plantas aromáticas y comerlas así, crudas.

Existía la costumbre de coger las aceitunas verdes, lavarlas bien en la fuente del patio de la casa, y echarlas en una orza nueva de barro, porque si la orza ya había servido para aceitunas anteriormente, se volvían “zapateras” y no servían para comerlas, cambiándole el agua un par de veces cada día para que perdieran el amargor, y después se les añadía sal hasta que un huevo depositado en el agua, flotaba, aliñándolas con limón, vinagre de vino, ajo, e hinojo, laurel, tomillo, y unas hojitas de algarrobo para que no se pusieran tiernas. Después se sacaban en un cazo, se les tiraba el agua, y se comían en las comidas.

- ¡Niña: abre la despensa y te traes un cazo de aceitunas aliñás!

Y la hermana de Andrés sacaba de la orza, que estaba cubierta con una tapa de madera, un buen cazo de aceitunas que hacían las delicias de los presentes, combinándolas con un vaso de buen vino blanco de Montilla, o de Lucena.

Otra forma de preparar las aceitunas para comerlas era echarlas en sosa cáustica, y aquí les damos la receta:

5 kg. de aceitunas

80 gr. de sosa cáustica

Agua sin cloro

Unas docenas de hojas de algarrobo

Algunas ramas de ajedrea

1 cabeza de ajos enteros

Sal gorda

Algunas hojas de laurel

Dejar las aceitunas en un cacharro en remojo durante dos días cambiando el agua cada día. Cogemos un cubo limpio, lo llenamos hasta la mitad de agua y disolveremos en ella la sosa cáustica (hidróxido sódico) removiendo bien con un palo largo de madera. El agua empieza a calentarse, y a echar vapor. Enfriamos. Cambiamos el agua de las aceitunas y las dejamos cubiertas. Cuando ya no hierva la sosa, echaremos el cubo al cesto de las aceitunas y que no nos salpique a la vista porque pica, mezclar bien y dejarlas allí un día. Remover de vez en cuando. Transcurrido ese tiempo, dejarlas en agua limpia durante varios días y cambiar ésta cada 24 horas. Iremos probando hasta que veamos que no amargan. Ha llegado el momento de ponerlas en la salmuera. Para ello echaremos las aceitunas en una orza grande de boca ancha, ya sea de barro o de cristal e ir alternando con la ajedrea, el laurel, las hojas de algarrobo y los ajos. Preparar una salmuera mezclando agua y sal en la proporción que os guste, entre 60 y 80 gr. por cada litro de agua y cubrir con ella todas las aceitunas. Esperar una semana a fin de que cojan el sabor de los aliños.

Otra forma de preparar las aceitunas era machacadas. Para ello se lavaban bien, durante varios días cambiando el agua, y con una piedra, o un martillo, se iban golpeando hasta quedar abiertas, luego se echaban en agua varios días, cambiándola, hasta perder algo del amargor, y después se aliñaban con ajos, vinagre, limón, laurel,

CAPÍTULO XXVI

hinojo. Cuando tomaban el aliño, se comían.

CAPÍTULO XXVII

¡Qué agradecidos eran los olivos a las labores que se les realizaban! ¡Y respondían con bastantes aceitunas para su dueño! Por eso, los verdaderos aceituneros, mimaban a sus olivos, y los cuidaban con esmero proporcionándoles en cada momento lo necesario. Pero había otros, que decían como aquel mal olivarero:

- Yo planté los olivos, ahora, que Dios los riegue. Y el hombre, iba a los olivares, y se echaba a dormir sobre la tierra, bajo los harapos de las ramas, dejando a Dios el trabajo que él debía de hacer.

Porque los olivos, si se les mima, dan buena cosecha. Y hubo un olivarero, que fue muy criticado en Priego, principiante en olivares, que acababa de comprar una finca allá en El Cortijo de los Judíos. Cada día enviaba a sus gitanitos a trabajar al campo, y les decía cuando llegaba la cosecha:

- A mis olivos, ¡palos ni uno! Coged las aceitunas como si se tratara del pelo de vuestras mujeres: ¡suavemente!

Y cuando ellos llegaban al olivar, se despojaban de los varillos, de las varas, y de todo lo que hiciera daño al olivo, y subidos en la escalera, “ordeñaban” los olivos, que respondían generosamente acariciando las manos de sus benefactores llenándolos de hermosas aceitunas.

- Fulano está loco. Hace lo que no hace nadie. ¿Mira que ordeñar los olivos para coger las aceitunas? Loco de remate. Éste se va a cargar el campo y va a encarecer los costes del cogido poniendo el precio del aceite por las nubes, y la gente no lo comprará.

Era la época de la aparición del transistor, de los Sanyo, algunos de los cuales aparecieron en Priego traídos por gentes que iban a Gibraltar. Y el transistor, iba a alegrar la vida en el campo con su música, y a competir con los colorines, los verdones, y los ruiseñores, que tranquilamente cantaban en lo alto de una rama, para atraer a la compañera con la cual iban a aumentar la especie.

- Ya, lo que nos faltaba: ¡van a trabajar al campo con los transistores!

- ¡Eso ni es trabajar, ni es na!

- Los jornales valdrán lo mismo, pero el trabajo, con las distracciones, será menos!

- Ya se acabó el hablar de los aceituneros en el campo mientras se realizaba la faena. Ahora, lo que se va a hacer, es, escuchar novelas, canciones, y la gente, se volverá más huraña y menos comunicativa. ¡Habrased visto!

CAPÍTULO XXVII

- Manuel: alárgame la botija que voy a echar un trago de agua - dijo el aperaor.

Y, Manuel, al que le gustaba el fútbol con locura, estaba escuchando unos comentarios sobre el último partido del Real Madrid, y ni se enteró.

- Manuel: tráeme la botija que voy a echar un trago de agua- segundo aviso- .Y tercero, y cuarto, y ...

El aperaor, enfadado, soltó el tajo en el que estaba trabajando, y, agarró a Manuel por las orejas, que dio un grito tan grande, que se oyó en las Sileras.

- Maestro que estaba escuchando el transistor, y no le he oído.

- Trae esa mierda, que vas a ver lo que voy a hacer con ella.

Y agarrando aquel aparato desconocido para el aperaor, meneándolo, meneándolo, y, trasteando, logró que se abriera el cajoncillo donde estaban las pilas, que salieron “corriendo” a refugiarse en un zarzal.

- Aquí se viene a trabajar. Y si no te interesa: ¡a tu casa!

Terminada la recolección de las aceitunas, se procedía a talar los olivos quitándoles todas las ramas supérfluas, para que el olivo echara más aceitunas en las otras. Y se talaban los olivos cada dos años, haciéndose montones de ramones en los olivares, en las claras del olivar, donde se quemaban, reduciéndose las ramas a cenizas, que el agua de la lluvia extendía por el campo sirviendo de abono para los olivos. Las ramas más grandes, se troceaban con las hachas, y se cargaban en los mulos, llevándolas al pueblo a casa de sus dueños, a la leñera, para sacarla después, y quemarla en las chimeneas, cuando el frío apretaba. Había olivos, que de puro viejo, ya no echaban aceitunas, y se cortaban, sacando de la parte del tronco que pegaba con la tierra, buenos trozos de madera, a los que llamaban “patillas”, y que en el fuego, daban muy buenas ascuas, para echarlas en los braseros de las mesas estufas.

Los caminos eran muy malos, y a pesar de arreglarlos durante los veranos, en el invierno, con las lluvias, se volvían intransitables, hincándose las pobres bestias hasta el corvejón con las pesadas cargas. Así que, cuando se tiraba lloviendo varios días, había que desistir de ir al campo para evitar serios problemas. Y en los olivares, las botas, de los campesinos arrastraban unas pesadas pastas de barro con las que era muy difícil andar, teniendo que coger una piedra, de las de por allí había sueltas, y quitarles el barro de las mismas.

Los olivos se araban varias veces al año para matar las hierbas malas a la tierra. Y esto se hacía con una yunta de mulos y un arado de hierro, detrás del cual, iba el campesino guiando con las manos sobre el arado la operación, que se hacía por surcos, uno tras el otro, en paralelo, hasta completar todo el terreno de la finca. Y el trabajo de arar la finca se medía en “obrás”.

Sobre septiembre, se pasaba la grada sobre los olivares para poner el terreno llano, y romper los terrones grandes de tierra, binándola y dejándola libre de carrihuelas. Las gradas eran unos artilugios metálicos que tenían unos pinchos que iban trabajando sobre el terreno, desmenuzándolo, y de las que tiraba un mulo. A veces, el terreno estaba tan duro, que para que la grada se hincara en el suelo había que echar encima de ella varias piedras gordas.

A cada olivo, alrededor de su peana, se le hacía la “solera”, que consistía en allanar

el terreno para facilitar el recogío de las aceitunas y que no se perdieran entre los terrones. Al mismo tiempo, con las azás, se cortaban la varetas que salían del tronco y que quitaban fuerza al árbol, haciendo pañetas con ellas, y quemándolas.

Y es por ese tiempo, cuando aparecen por primera vez los pesticidas, que los campesinos echaban sobre los olivos, sin mascarilla ni protección ninguna, con unas máquinas sulfatadoras que se colgaban a la espalda, y que con una manivela, propulsaban al exterior el pesticida, formando una polvareda alrededor del olivo que mataba el prais, tan temido por los olivaderos, y que agujereaba las aceitunas y hacía que se cayeran del olivo. Los polvos pesticidas, venían en unos saquitos, que se transportaban hasta los olivares a lomos de los mulos.

- Que con la pesticiaera,
y dándole a la manivela,
vueltas con la mano,
se mata, no sólo el prais,
sino todo lo que vuela.
¡Ay de los colorines,
que han hecho sus nidos,
en los altos de los olivos,
toda la vida,
que se van a marear,
al oler el pesticida!
Así cantaba, el fumigador poeta,
al ir rociando con el veneno, los olivos.
Y otro, más agudo, declamaba:
- ¡Qué ricas están las collejas,
en tortilla! ¡qué ricas están las collejas,
para comerlas en familia!
pero sos quiero avisar,
que donde veáis la máquina del sulfato,
no las arrojáis,
porque sos pueden matar!

CAPÍTULO XXVIII

Dormir a la luz de la luna, una noche, en medio del campo, teniendo por techo las estrellas, con su luz vacilante, tendido en el suelo de la era junto al trigo por trillar, era la máxima ilusión de Andrés, para demostrarse a él mismo, que es el campo, el mejor sitio para vivir en soledad, acompañado de los árboles y de los animales, en paz y en silencio.

- Papá: quiero que me dejes ir con Rafalico a La Torre a sacar la parva. Es mi máxima ilusión.

- ¿Y no te va a dar miedo dormir por la noche en el campo a la luz de las estrellas, con los ruidos que se oyen?

- Eso es lo que quiero: demostrarme a mí mismo que ya puedo ir solo por la vida haciendo frente a los peligros que me acechen.

- Bien. Se lo diré a tu madre para que prepare la comida, y también a Rafalico, para que te recoja.

A la mañana siguiente, a las siete de la mañana, ya estaba el bueno del aperaor de Rafalico en la puerta de la casa de Andrés, con varias bestias, y con todo lo necesario para la siega del trigo, que se había sembrado entre olivos, en La Torre, cosa que al padre de Andrés, no le gustaba, porque decía “ que el trigo quitaba la fuerza a la tierra para hacer crecer las aceitunas”.

Todo la cuadrilla cogió el camino del Paseo de Colombia, para bajar hacia la cuesta dela Puerta Graná.

En el fondo del Paseo de Colombia, había un molino de aceite que no funcionaba hacía muchos años, y justo unos metros más allá, una mujer de pelo blanco, música, se acompañaba al piano, a aquella hora, la canción que ella misma cantaba. Su voz era fuerte, armoniosa y potente, sobresaliendo sobre el canto de los pájaros que trataban de desperezarse.

- Lleva así cantando muchos años. El canto y el piano son su vida. Además, ella no molesta a nadie. Su casa está al final del paseo; por cierto, que tiene una casa muy bonita, que destaca entre las demás por sus columnas y arcos decorados con bonitos azulejos. Ella huyó del blanco de la cal y de las alturas de varios pisos. Creo que tiene un hermano que vive con él.

Las bestias de carga seguían a su ritmo balanceando las herramientas que llevaban sobre sus lomos: hoces, trillos, biergos, sacos, cuerdas, y palas. El ruido provocado por el vaivén de todas estas cosas, componía una simétrica melodía campesina que olía a

CAPÍTULO XXVIII

madera, hierro y esparto.

Rafalico paró la comitiva para que los animales bebieran agua en abundancia en la fuente que coronaba con frescura los últimos trozos de la baranda del Adarve, cosa que no harían otra vez hasta la vuelta de la siega y trilla. Las puertas de la fábrica de hilados de Aguilera estaban abiertas, y el sonido de los telares provocaban un ruido que salía hacia el exterior, por las ventanas, cubiertas con rejas de hierro.

Andrés, se adelantó a la comitiva, y entró en el Barrio de la Villa, por la calle Real. Acababa de comprar una máquina de fotos rusa a Mariano, el oculista, y quería probarla haciendo algo espectacular que pudiera enseñar a los fotógrafos consagrados del pueblo, entre ellos a Pucherico, comerciante de la calle Solana.

Y vio, que la luz de la mañana, era ideal para lo que él quería: una foto de la calle con el sol entrando entrecortado por medio de los tejados, de forma, que media calle quedara en penumbra, y la otra, iluminada; además, le gustaban las sombras que producían en las fachadas, las tejas rotas, los alerones, los tallos de las plantas de los balcones, y que parecía evocar, con sus grotescas sombras, una protesta oscura contra el paso del tiempo que los iba deteriorando irremisiblemente.

Un gato negro apareció en un portón maullando fuertemente, lo que asustó a Andrés un poco, porque tenía entendido que la presencia de un gato negro era señal de mal agüero. ¿Ocurriría algo malo aquel día en el campo?

Rafalico cogió a Andrés, y ayudándole, lo subió hasta lo alto del mulo, que no protestó, a pesar de la abultada carga que llevaba. El animal estaba acostumbrado a eso, y a todo lo que le echaran. Él soñaba con dejar la pesada carga en el campo, y suelto, retozar entre los olivos comiendo las cuatro hierbas que encontrara, mientras pensaba en la cochina vida que llevaba, sin poder encontrar una burrilla a la que unirse de por vida. Y menos mal, que su amo, Rafael, era una buena persona, que no se irritaba cuando el camino se volvía intransitable, y no usaba nunca la varilla para darle en la barriga para que saliera del cenagal, y por las noches, no le faltaba nunca una espuerta de la mejor cebada para restablecer fuerzas para el día siguiente.

Desde allí arriba, a unos dos metros del suelo, sentado en la jáquima, y agarrado a las asas del albaldón, el panorama que se divisaba era insuperable. Podía considerarse un afortunado, ya que pocos eran los mortales que podían ver desde esa altura lo que él estaba viendo: un mundo lleno de colores, de casas, de árboles, de montes, y los balcones del Adarve, sobre su cabeza, como sombreros que quisieran coronarle su testa de poeta imberbe premiándole sus mejores composiciones.

“A vosotros, balcones soberbios
del viejo Adarve,
sobre cuyos asientos de láminas de hierro,
sentaron sus posaderas
hombres de nombre imborrable,
que destacaron en las artes y el fino verbo,
yo, humilde poeta inmaduro,

os pido el halo de la fina inspiración,
para ser en un futuro,
un vate recordable,
e imperecedero; nada huero.
Haced que caiga sobre mí,
toda la sabiduría,
que un día,
los grandes maestros del saber
expresaron
en este clásico lugar
en charla con los amigos,
mientras dejaban el tiempo pasar,
y el calor se esfumaba,
hasta que el frescor de la Tiñosa,
hasta aquí llegara”.

Y con el balanceo del borrico, Andrés entró en un sopor que le hizo doblar la espalda hasta recostarse sobre la cabeza del fiel animal.

Rafalico, que se dio cuenta, le pasó una cuerda sobre la espalda asegurándolo para que no se cayese.

En una huerta, protegida con una pared, en la que no era difícil ver las ratas salir de sus agujeros a comer la basura que la gente tiraba sobre un montón de escombros, un hortelano se afanaba en hacer unos caballones de tierra donde plantar unas lechugas, tomates, berenjenas, cebollas, y pimientos, para afrontar con dignidad el verano.

Y la casería Buena Vista, rodeada de sus cipreses, se presentaba como un bastión inexpugnable rodeada de sus fieles guardianes.

El señor Rubio, abogado, miraba por su telescopio las gallinas que en una casería muy distante, en la carretera de Loja, picoteaban en el patio del corral, mientras los chiquillos, con el pedazo de pan en las manos, suplicaban al señor Rubio, que les dejara mirar por el cachucho aquel.

Otros niños, jugaban a las chapas y a los toreros, dejando caer desde la pared, sus preciados trofeos, con el deseo, de que al caer encima de los de sus rivales, engrosaran el abultado paquete de su premio, que al enseñarlo a los demás, les llenaría de orgullo.

CAPÍTULO XXIX

Y atacó el reuma a una de las piernas de Andrés dejándolo sentado en una silla sin poder andar ni un paso. Y lo único que consolaba su maltrecha pierna, eran las inyecciones de penicilina, que llamaban “procaína”, y los baños de sol que su madre le había recomendado. Así, que, se sentaba en la silla en la habitación que daba frente a la Tiñosa, aquella de la que los aldeanos decían: “cuando la Tiñosa tiene montera, llueve manque tú no quieras”.

Fueron unos meses de inmovilidad, con más días de agua, que de sol, hasta que la pierna, harta ya de ver el mismo escenario, se desató las amarras que la tenían inmovilizada, y se puso a andar por la casa, como si no hubiera ocurrido nada. Y su madre, y su padre, y todos los que lo conocían postrado en aquella silla, con la pierna al sol, no daban credibilidad al milagro que se había obrado en su cuerpo, lo que atribuían a la penicilina, con más de doscientas inyecciones hincadas en el pompi, previa desinfección de la heringa y heringuilla, en agua hirviendo, calentada en alcohol sobre su cazoleta, y a los baños de sol curativos.

Los padres de Andrés decidieron consultar a un médico superior a los del pueblo, y especialista infantil, y así decidieron ir a Córdoba, en la Alsina, y allí pararon en la pensión Boston de la Plaza de las Tendillas, en la cual vigilaba sobre su caballo el Gran Capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba, harto de que las palomas defecaran sobre su cabeza, sin que nadie ni nada pudiera detenerlas.

- Toda una vida de sacrificio al servicio de mi país, exponiendo la vida en numerosas batallas, y ampliando territorios para la Corona de España, y cuando llega la jubilación, te quedas para estas cosas. Y lo peor, es, que aquí anclado, sin poder moverme para ningún sitio, ni poder bajarme del caballo, no puedo hacer nada para acabar con esta situación angustiada, y no por las mierdas que cagan sobre mi cansado cuerpo las palomas, sino por las muy angustiosas idas y venidas de las moscas cojoneras, que hincando la boca en la palomina acuosa, después la restriegan sobre mi cara para limpiársela, lo que me da un asco tremendo. Y si por lo menos el caballo moviera la cola para espantar las moscas, otro gallo nos cantaría, pero este rucio, lleva ya muchos años paralizado y con el rabo entre las piernas, que me parece a mí, que eso fue cosa del escultor que lo hizo. Y para más inri, yo, con esta cabeza de torero que me han puesto, y que no es la mía, tengo las ideas del noble matador, pensando y deseando, que alguien, algún día, me devuelva mi cabeza para que yo actúe como siempre lo hice. Pero la cabeza del torero no me sirve, y la tengo loca de los toques que da el reloj de Las Tendillas, a golpe de guitarra, que cuando uno pilla el sueño, después de un día de tanto trasiego, suena y suena desvelándome el sueño que me viene por la mañana cuando ya hay que despertarse. ¡Ojalá vengan pronto tiempos mejores!

CAPÍTULO XXIX

Andrés pasaba muchas horas sentado frente a la ventana viendo el movimiento en la plaza de gentes que iban de un sitio a otro, y muchas de las cuales se dirigían a la Plaza de la Corredera a comprar alimentos para preparar la comida del día, cuando no frutas y verduras, pescado y carnes de primera calidad.

Y eran muchas las personas que deambulaban por aquella plaza, que años atrás sirvió de escenario para la ejecución por el Santo Oficio, de las brujas y herejes que habían traspasado los límites de la moral que exigía la Santa Madre Iglesia.

Y en los soportales, había numerosas tiendas y bares que hacían del lugar un sitio variopinto, en cuyas tascas se comían muy bien los productos típicos de la cocina cordobesa, entre los que destacaban el gazpacho de tomate, el salmorejo, la tortilla de patatas, los flamenquines, el churrasco, las berenjenas fritas, y a la miel, el guiso de carne de cerdo con tomate, los calamares fritos, el pescaíto frito, el rabo de toro, la carne de ternera al jerez, los boquerones en vinagre, los boquerones fritos, siempre adobados a las finas hierbas, el queso añejo de la Sierra Morena, el jamón ibérico, embutidos de lomo, chorizo fresco, morcilla, todo acompañado con la clásica telera de pan, de buena y esponjosa miga, y, el vino blanco de Montilla.

Y qué decir de los churros que se comían en el soportal de la plaza justo antes de la ermita; churros que llamaban la atención, desde que se entraba en la plaza, por el olor a aceite que despedían, que era como un anzuelo que atraía a los naturales y a los turistas, y despachados en cartuchos de papel de estraza para amortiguar un poco el aceite que los ladrones hurtaban a la sartén.

- Niñas: a los churros calentitos con buen aceite de oliva.

Y las mujeres y los hombres, con sus cartuchos de churros impregnados de aceite caliente, se sentaban en las mesas de los bares de la plaza donde tomaban café, o, chocolate, para acompañar tan delicioso manjar.

Y en las tiendas de cosas de segunda mano se encontraba de todo lo que a unos les sobraba, y a otros les gustaba comprar ahorrándose unas pesetas que no venían nada mal: cuadros, monedas, somieres, camas, sellos, libros, chubeskis, herramientas de trabajo, muebles usados, libros y revistas, y de todo lo que no servía en unas casas, y que ahora, por mor del buen precio, iban a ir a otras.

Pero a Andrés, amante de la lectura y lector empedernido, lo que le gustaba y con lo que disfrutaba, era rebuscar libros en la librería de segunda mano que había en uno de los laterales de la plaza, donde se compraban buenos libros, nuevos, a precios de ganga. Y se tiraba las horas y las horas en la tienda de Portillo, rebuscando entre los lotes de las obras apiladas, tanto, que muchas veces, el librero, tenía que decirle:

- Niño: vamos ya pa casa que vamos a cerrar.

- Me llevo éste que me ha llamado la atención por su buena letra, su presentación y su contenido: El Decamerón de Bocacio. ¿De qué va?

Y el librero, ya mayor, con gafas de gruesos cristales, lo cogía entre sus manos, lo hojeaba, y le decía:

- Este libro es un libro prohibido por la censura franquista, y tu padre se va a enfadar conmigo si se entera de que te he vendido un libro muy subido de tono, en el que unos cortesanos se van al campo para huir de la peste que asola Italia, y allí, para

entretenerse, van contando cuentos, a los que otros contestan, con otros cuentos, en una narración casi sin fin.

- Lo esconderé, se lo prometo, pero mi padre no me va a decir nada; más bien, mi hermana, la lectora, es posible que me diga: "ese libro no es para tu edad, y yo te lo guardo para cuando lo puedas leer, y seas mayor".

- Con esa condición, sí te lo vendo: dame cinco pesetas y es tuyo- dijo el librero.

Andrés agarró su preciado tesoro, guardándolo dentro de su chaqueta, cuando vio un perro pastor alemán, que llevaba una cesta con varios panes en la boca camino de la casa de sus amos, cosa que no tardó mucho tiempo en llegar, ya que el dueño, militar retirado inválido, despachaba vino y comida a cuantos entraban en su local, en la calle que llamaban Goya.

- Dame el pan y la vuelta del dinero, Bronco. Y a ver si tardas menos, que hoy he temido que te hubiera pasado algo. Así, que, mañana, a ver si nos damos un poco de prisa, que hay que hacer más cosas que comprar el pan.

Y el perro, de nombre Bronco, soltaba la cesta con el pan y el dinero de la vuelta, y se salía a la calle, desde donde vigilaba que en el bar no entrara gente de mala calaña advirtiéndolo a su dueño con una clave en forma de ladridos si esto se producía.

Andrés entró en el bar, y dirigiéndose al dueño, el militar minusválido, le pidió que le sirviera un vaso de leche con un poco de café.

- ¿Un manchado, es lo que quiere, no?

- Sí; como lo llame usted.

En eso andaba Andrés, saboreando los churros, que sacaba del paquete de papel de estrasa, cuyo aceite le chorreaba por las manos, y por la boca, tanto, que tuvo que arrancar un poco de papel del cartucho para limpiarse, y metiéndolos dentro del café con leche, hasta casi "ahogarlos", en eso que entró Paco, maestro y conocido suyo, que trabajaba en una escuela de Córdoba, y dirigiéndose a él, le dijo: hombre Andrés, ¿qué haces por aquí solo?

- Me alegro de verte Paco. He venido con mi padre al médico Manzanares a que me vea esta pierna que la he tenido algo pachuca unos meses.

- Vamos a pedir un plato de jamón de pata negra, y verás como la pierna toma fuerza con la bellota del jamón de las encinas de la Sierra Morena.

Paco trabajaba por aquellos tiempos en el correccional de la Fuensanta, y estaba casado con una maestra también, por lo que manejaba dinero, tanto, que la cartera le abultaba en el bolsillo de atrás del pantalón formándole en el culo una extraña protuberancia.

Paco se dirigió al militar jubilado que andaba en otras cosas entre vasos y platos, entrando de vez en cuando a la cocina para menear la comida que tenía en los fogones puesto a cocinar.

- Román: haga el favor de poner unos platos de jamón para Andrés y para mí; De bellota!

Román no prestó mucha atención a lo que le dijo el maestro Paco, y siguió con lo suyo, escamondando cacharros quitándoles la tizne que les juntaba el carbón de los

CAPÍTULO XXIX

arnafes. Se había dado cuenta de que la vestimenta de los dos era de poca enjundia... los miraba y requetemiraba con recelo.

Paco se dirigió a una maquinita de juego de las que colocaba el cura Cañones en los bares de Córdoba, y echó una moneda para ver si tenía suerte, porque le gustaba el juego bastante y siempre andaba entre quinielas, fútbol, lotería, y cupones de los ciegos, y máxime, desde que el cupón daba cada viernes una milloná de premio.

Como viera Paco que Román no traía el jamón pedido, se dirigió a Román, que solícito, acudió hasta donde estaban los dos, Andrés, y Paco.

- Mande: ¿qué desea de mí?

- Ese jamón que no llega y nos tenemos que ir. Porque se acerca la hora de la comida y la señora se mosquea si no estoy a la hora en punto.

- ¿Cuál es su gracia señor?

- Me llamo Paco, para servirle.

Román, el tabernero inválido, miró a los dos, de arriba abajo, como si de una inspección policial se tratara... y algo debió de encontrar en ellos que no le gustó... ¡desconfiaba!

- ¿Sabe usted lo que me ha pedido?

- Dos platos de jamón de pata negra.

- Pero ese jamón no es un jamón cualquiera. ¡Es pata negra de bellota! ¡Y un plato, vale una pasta!

Paco, el de la abultada cartera, el que tenía la extraña protuberancia en el culo, alargó la mano hacia el bolsillo de atrás del pantalón, y sacó la cartera. Al abrirla, justo ante los ojos de Román, parecía la caja del Banco de España, un acordeón, que en sus pliegues, almacenaba un montón de billetes, los suficientes, para asar una vaca, y sacando un puñado de los de a cien pesetas, los puso sobre el mostrador, diciendo al barman: ¿Hay suficiente para el jamón, o saco la que llevo dentro del bolsillo de la chaqueta?.

CAPÍTULO XXX

Y Andrés se fue para su casa corriendo, porque pintaban bastos, y su padre ya lo estaría buscando por media Córdoba. Y cuando lo encontró, le espetó:

- Andrés: ¿dónde has estado?

- En La Plaza de la Corredera, en la librería de viejo, casa de Trujillo buscando libros. Ya sabes que me gusta leer, y he aprovechado la ocasión para hacerme con uno bueno.

Su padre ya no le preguntó nada más, y Andrés, le siguió hasta el Bar Correo, un pequeño bar, donde no cogían más de diez personas, y cuyo amo, el señor Carrasco, invitaba a la gente a que pasaran hacia dentro, y los que le seguían el consejo, se topaban al abrir la puerta, no con un espacioso salón, sino con la mismísima entrada del retrete!

Un poco mosqueados con la broma, que parece ser que se la hicieron por verlos de pueblo, salieron a la calle buscando otro bar, donde por lo menos no te hicieran esa faena, y, atravesando toda la calle que salía a la Mezquita, toparon con un pequeño bar, donde el padre se tomó una cerveza con una tapa de boquerones en vinagre, y el hijo, una tapa de boquerones fritos sin cerveza. Y como ya se acercaba la hora de comer, desandaron lo recorrido, hasta llegar a la plaza de las Tendillas.

Hacía un día bueno de calor, como es costumbre en la capital cordobesa, y el sol hería la piel de los que se atrevían a andar a aquellas horas sobre el adoquinado. Hasta las palomas, que se resguardaba debajo de la estatua del Gran Capitán, habían desaparecido en busca de refugio en los árboles del Parque Colón, en cuya fuente barroca, bebían agua y se duchaban para mitigar un poco el calor. La única persona que aguantaba bien el tórrido moreno, era un habitual de la plaza, - decían- , que deambulaba embutido en su abrigo, en pleno mes de agosto; calzaba botas altas, calcetines de algodón, y llevaba gorra, y no paraba de decir, una y otra vez, sin pausa:

- Diez años preso por culpa de los jueces de Córdoba; diez años, sin ver la luz, en una lúgubre celda.

Andrés, que iba acompañado siempre de su cámara rusa, trató de captar la imagen de aquel vagabundo, pero como estaba un poco lejos, se acercó, poniéndose tan cerca, que se veía cantarín, y cuando estuvo a punto de hacer, ¡zas! el vagabundo, le dijo:

- Diez años en la trena por culpa de los jueces corruptos de Córdoba, sin ver la luz, ...como me echas una foto, te pego dos hostias, ¡nene! ... dentro de una lúgubre

CAPÍTULO XXX

celda.

Andrés se asustó, y escondiendo la máquina entre la guayaba, hizo mutis por el foro, mientras el vagabundo proseguía con su letanía inacabable:

- Diez años...

A todo esto, y superado el pequeño sobresalto que produjeron en Andrés las palabras del vagabundo, un curioso, que había estado atento a la reacción de Andrés, se dirigió a él, y le dijo:

- No te apures nene, es así de estúpido con todo el mundo. Mató a un hombre.

Ya estaban llegando a la Boston, cuando el aire se revolvió, y cambió de sentido, haciendo venir hasta las narices de los dos, padre e hijo, un tufo que mareaba. Un olor nauseabundo, no a pescado podrido, sino a algo peor: a mierda de borrego descompuesto. Y si no se andan cautos, el portador de semejante marea de putrefacción, de tan asquerosa pestilencia, se les echa encima. Se trataba de un muchacho joven, que se había dejado tanto, que ya no quería contacto con el agua y el jabón, porque le producían pánico, y una fila de moscardones, lo seguían, a todos los sitios provocando un ruido ensordecedor, al que alguna gente confundió con el aterrizaje de una colmena en alguna farola de la Plaza del Reloj

Padre e hijo subieron hasta la habitación de la Boston, donde les esperaba la madre, lista ya para la comida, pero antes de ir al comedor, bajaron hasta el bar, donde el padre pidió que les sirvieran una cerveza, y una tapita de jamón, pero Andrés, investigador acérrimo de los saltones, al verlos correr por el jamón, no quiso decir nada, y alegó que no comía porque el olor del joven de las moscas, le había quitado las ganas de comer.

Por la tarde, fueron a la consulta del médico, el cual le certificó, que, efectivamente, el niño padecía un proceso reumático, y que el tratamiento que le había recomendado don Gerardo, era el correcto, que debía de seguirlo al pie de la letra, y cuando lo terminara, a los seis meses, debían de volver para hacer una nueva revisión.

- Penicilina y baños de sol.

La tarde había refrescado algo y presagiaba tormenta, pero buscando el fresco del ambiente, siguieron el Paseo de la Victoria hacia abajo hasta llegar al Hotel Palax, a cuya puerta, recibía a los visitantes, un negro corpulento, el único negrito que había por aquellos contornos.

- Papá: ¡qué negro más negro! dijo Andrés. Es más negro que el carbón.

- ¡No tanto, hijo!

- En el teatro Duque de Rivas actuaba aquella noche, la vedette, Celia Gámez, guapa, y de gran prestigio en el mundo de la revista, así que el padre sacó dos entradas para adultos, y una de pequeño, y se las entregaron al portero sentándose en el patio de butacas prestos para ver el espectáculo, que prometía ser bueno.

Y la vedette, Celia Gámez, salió al escenario acompañada de numerosas artistas, vestidas al estilo de la tuna, con guitarras, y guirnalda, algo ligerillas de ropa. Ya la noche anterior, alguien había pintado en los carteles que anunciaban el espectáculo; sobre las desnudas carnes, ropa para cubrir las

No se supo quién emborronó con tinta los carteles que había en la puerta del teatro, y por algunas calles de la ciudad. Pero algunos malintencionados le echaron la culpa a los curas.

El patio de butacas reventó en aplausos, cuando Celia, la vedette, apareció en el escenario, haciéndose un gran silencio para escuchar a la cantante, tanto, que desde dentro del teatro se escuchaban los comentarios de la gente que pasaba por la calle. Y comenzó Celia a cantar:

ESTUDIANTINA PORTUGUESA

Somos cantores de la tierra portuguesa,
traemos canciones de los aires y del mar,
vamos llenando los balcones y ventanas
de melodías del antiguo Portugal.

Oporto riega en vino rojo sus laderas,
de flores rojas va cubierto el litoral,
verde es el Tajo, verdes son sus dos riberas,
los dos colores de la enseña nacional.

¿Por qué tu tierra toda es un encanto?
¿Por qué, por qué, se maravilla quién te ve?
¡Ay Portugal! ¿Por qué te quiero tanto?
¿Por qué, por qué te envidian todos? ¡Ay! ¿por qué?

Será que tus mujeres son hermosas,
será, será que el vino alegra el corazón,
será que huelen bien tus lindas rosas
será, será que estás bañada por el Sol.

Oporto riega en vino rojo sus laderas
De flores rojas va cubierto el litoral
Verde es el campo, verde son sus dos riberas
Los dos colores de la enseña nacional.

Cuando acabó la pieza musical, el teatro Duque de Rivas se vino abajo por los aplausos de los espectadores, y Celia, salió al escenario, a saludar, tardando el rendido público mucho rato en dejar de aplaudir.

En mitad de la representación se hizo un receso para que la gente fuera a reponer

CAPÍTULO XXX

fuerzas al ambigú y seguir después con el resto de la representación.

Cuando terminó la función, eran muchos los espectadores que querían felicitar y conocer en persona a la diva en el camerino. Cuando el padre de Andrés le dijo a su mujer que iban a ir a ver a doña Celia al Camerino, doña Rosario, le contestó:

- Ya hemos visto la función. Ahora, a casa, que es tarde y el niño está cansado y le duele mucho la pierna.

Andrés, a la salida del teatro fue recogiendo todas las propagandas que la gente había tirado en la entrada y a la salida del mismo, haciendo un gran pastón, atándolas con una goma, y que luego cambiaría por otras propagandas de películas y espectáculos, que no tenía, porque hacía colección de esas cosillas, de botellines de licor, de toreros, de estampas de santos, de vitolas de tabaco, de corchos de botellas de vino, y pensaba ir a Priego, a casa de José, el hijo del Carbonerillo, que vivía en la Villa, y que tenía una gran colección de propagandas de cine, para intercambiar con él las que tenía repetidas.

CAPÍTULO XXXI

Qué hermoso estaba Priego, con sus casas encaladas de blanco, que daban envidia al mismo sol, sus calles limpias, con su collar de olivos alrededor del pueblo, su cielo azul, de un azul, sin contaminación, con el agua que corría por la Fuente del Rey camino de las huertas de la Vega, y con su aire puro, del que los pulmones se gozaban de respirarlo, trabajando en profundidad, bajando hasta el abdomen, que se hinchaba de satisfacción.

Y qué contentos estaban sus habitantes de vivir en un pueblo así, en el que todos se conocían, y en el que si había problemas, se solucionaban, si se podía, y si no, para qué preocuparse, que la vida son cuatro días, y no hay que cabrearse por tonterías.

Y su fuente, Fuente del Rey, la que disfrutaba haciendo salir el agua por sus numerosos caños, por la boca del delfín que sujetaba Anfitrite, junto al dios Neptuno, y que llegaba alto muy alto, tanto, que no abrían la llave para no herir al dios, harto de tanta agua, y que iban todos juntos en una carroza tirada por caballos marinos, por un pequeño piélagos, dividido en pequeños estanques, el último de los cuales daba rienda suelta a su alegría, al recibir el agua, que saltaba cantarina por una escalinata de mármol, que componía en su caída una sinfonía cambiante a cada momento, de luz y de sonidos, la que gustaban escuchar los prieguenses que se sentaban en sus bancos calizos en las noches largas y calurosas del verano. Y el león, herido en la cola por los actores libertinos, que se bañaron desnudos una noche en la fuente, recelaba de cualquier intento de inmersión en la misma por individuos foráneos con otras costumbres que decían más modernas que las de la gente del pueblo. Y miraba hacia Neptuno, para que lo subiera al carro, haciendo una señal con su tridente a los caballos que tiraban del mismo, para que emprendieran de una vez el camino hacia las profundidades marinas, hacia el reino donde la luz no llegaba, ni los chismorreos de la gente de la tierra.

Pero Neptuno, el dios de las profundidades marinas, de la tranquilidad y el silencio, recelaba de aquel león de amplia melena y afiladas garras, que dado su tiempo de inactividad en la fuente, debía tener mucha hambre, amenazando con comerse a los caballos marinos, al delfín, y hasta al mismísimo dios, y a Anfitrite, y Neptuno, con su tridente, espoleaba, una y otra vez, en los lomos, a los caballos marinos, para que iniciaran lo más antes posible el descenso al reino de las profundidades.

Y la Virgen de la Fuente de la Salud, no la auténtica, sino una copia hecha a prisa y corriendo, para rellenar el hueco desierto, que no se sabe quién, un día, malo y triste para el pueblo, subió hasta la hermosa hornacina de mármol, con algún artilugio improvisado, corriendo con el preciado tesoro, que algún anticuario desaprensivo

CAPÍTULO XXXI

compró por cuatro perras, vendiéndolo después a un buen postor, tal vez extranjero, que disfruta ahora, de tan bella señora, en sus horas de asueto, pero que mal rayo lo parta, y que pague la pena de tal delito, por dejar huérfanos de su compañía, a gran parte de un pueblo, que cada día, al anochecer, se acercaba hasta tan bella y buena madre, para ofrecerle sus súplicas, o peticiones, muchas de las cuales, ella, atendía.

Y las aguas de la Fuente del Rey, que salían por la Fuente de la Salud, entraban al final de tan bella construcción por un angosto túnel, en el que alguna vez nadaron peces, para atravesar la calle del Río, enfilando calle abajo hasta la Vega, para dar lo mejor de su tesoro en beneficio de unas huertas milenarias, cultivadas con cariño y esmero, que jamás se debieron perder en beneficio de la construcción desenfrenada.

Y allí, en la Vega, el agua cantarina y limpia engendrada en las llanuras de la Almorzara, riega un tesoro de plantas para delicia del pueblo. Plantas que son cultivadas con esmero y mimo por unos campesinos que han hecho del cultivo de la tierra un arte sublime.

Y allí, en las huertas que surgen arropadas junto a las aguas del río Salado, crecen con fruición los pepinos que conformarán el gazpacho de jeringuilla junto con los trozos de camuesa, agua, vinagre, y sal, que depositado en una bella fuente, sobre la mesa del comedor familiar, será comido por todos los comensales, con fruición, en un acto colectivo, los tomates de sabor, cargados de licopenos, que junto al pimiento verde, la cebolla, y el aceite de oliva, darán buena cuenta del pan de cuarterón, que cortado a trozos, acabará con el líquido elemento que rezuman tan preciadas hortalizas, obteniendo la mejor calificación para un plato de huerta culinario, las lechugas, que aliñadas con ajo, aceite y vinagre, calmarán un cuerpo lleno de sobresaltos, las berenjenas, que cortadas en rodajas, echadas en leche, y enharinadas, se bañarán en el mejor aceite del mundo, el que sale de la molturación de la aceituna picuda, dorándose en este preciado líquido, para la salud del cuerpo y el alma. Y las habas, de recia piel, del que decía la abuela: “que si tuvieran cuernos, podrían arar”, convertidas en harina, y echadas en agua sobre manto de aceite y vinagre, maridadas con el ajo, conformarán el gazpacho llamado ajoblanco, para deleite de los comensales. Y los “sacerdotes” del campo, los melones con coronilla, ricos, ricos, de las huertas de Zagrilla, que endulzan nuestras comidas en los días de verano, refrescados en la fuente de piedra del patio de la casa, donde le cae el agua del caño, durante la noche.

Y Andrés, iba cada día a comprar el pan a la panadería de Ariza, en la Huerta Palacio, y le gustaba contemplar, cuando podía, cómo metían el pan en el horno de leña con las largas palas de madera, dentro, dentro, para que el calor de la leña y los ramones, hicieran el milagro de convertir una masa blanca y blandengue, en otra dorada, deliciosa, y conformada.

Y no se le quitaba de la cabeza la idea de hacer tejeringos, como los hacía Castillo, mujer experta en el sometimiento de la masa, con la cuchara, dentro del barreño, echándole previamente el agua caliente calentada en el fogón de leña, dándole vueltas y vueltas, hasta que la masa se doblegaba, y harta de agua, se hermanaba con la levadura y la sal, hasta ser metida con la cuchara de madera dentro de la churrera, o tejeringuera, y aunque a veces la masa se rebelaba y huía de aquel túnel donde por presión del émbolo apoyado en el sobaco bajaba poco a poco por el túnel de hojalata, siendo sometida a la tortura de entrar al final del trayecto, por un estrecho tubo, donde al asomar y ver nuevamente la luz, se horrorizaba al ver que la oscuridad del tubo, y la

presión del émbolo, era lo de menos dolor, porque ahora, le esperaba la tortura más terrible: caer a la sartén de aceite hirviendo, donde se dorarían, hasta adquirir su forma y textura definitiva, y embridados los tejerings en el junco del río Salado, el cliente, pagaba, y se los comía calentitos. ¡Gloria pura!

Y a pesar de que Andrés era cliente diario de la señora Castillo, la tejeringuera, con su pelo sometido en un moño, su delantal blanco, y su marido siempre atento para atizar la candela si se debilitaba, no soltaba prenda a la hora de darle a Andrés la fórmula de los tejerings angelicales que ella hacía, por más que él se lo pedía.

- Señora Castillo: soy cliente de muchos años, en esta su casa, de los tejerings que tan maravillosamente hace usted con la soltura de los mejores profesionales, pero por más que lo intento, no consigo que se pongan regordetes y pujados en la sartén. ¿Por qué no me da usted, por caridad, la fórmula, que yo me la apunto en un trozo de papel de estraza, y la pruebo luego en mi casa?

- Ni la fórmula, ni la cantidad de ingredientes te los voy a dar, porque eso forma parte del secreto profesional del negocio. Así, que, tú, si quieres, prueba como yo probé hasta lograr el producto que ahora ofrezco a mis clientes para su satisfacción y deleite.

Y Andrés, cabizbajo, pensó irse a la competencia a comerse los tejerings cada día, y que le dieran a la señora Castillo por orgullosa y no querer soltar prenda de la fórmula magistral de los tejerings yéndose ella a la tumba con el secreto. Pero luego pensó, que con astucia, podría obtener la necesaria fórmula, de los dichosos jeringos, y para ello, urdió un plan minucioso.

- Mamá: mañana llámame a las seis de la mañana.

- Chiquillo: ¿qué vas a hacer a esa hora tan temprana?

- Voy a ir a casa de la señora Castillo, hasta el puesto, y voy a tratar de ver cómo se hacen los tejerings. Y quiero llegar antes de que empiece toda la parafernalia de la preparación de los tejerings para agarrar la fórmula y hacerla en la casa para nosotros.

- No me parece bien. Deberías hablar con ella y pedírsela.

- Ya lo he hecho y me ha dicho no sé qué del secreto profesional.

- Está bien.

Por la noche, dio cuerda al despertador, y puso la alarma a las cinco y media de la mañana, pero antes, lo probó, para ver que todo iba a funcionar perfectamente, sin que se le “olvidara” sonar a la hora estipulada al viejo y achacoso reloj.

CAPÍTULO XXXII

Mucho antes de que cantara el gallo, sonó el despertador, con tal estridencia, que todos los que vivían en la casa, se despertaron. Andrés, presto, se vistió y se dirigió al escusado, y como era habitual en él, depositó sobre la blanca taza lo que su cuerpo no quería. Porque, a pesar de su juventud, le costaba hacer aquello mucho, y ya, en la revisión que le había hecho el doctor Manzanares, se lo había dicho, a lo que le indicó que comiera salvado. Pero, ¿cómo iba a comer él salvado, si aquello era el desperdicio del trigo, comida para gallinas?, y no le hizo caso, por lo que cada vez que tenía que visitar tan tapado lugar, las pasaba canutas, apretando y apretando, tanto, que parecía que se le iba a romper la barriga.

Lanzada la carga a la libertad de los desagües, se limpió el trasero con papel de periódico del ABC, y mientras venía la carga, se entretuvo en leer algunas noticias, llamándole la atención, una, en la que se veía un reloj Festina, tan fuerte, que un coche podía pasar por encima de él, con su buena correa de metal, y una esfera clara, y con bonitos números.

- Cuando sea mayor tendré uno como éste: reloj suizo de la marca Festina, de los que me gustan a mí. Y tengo que conseguirlo.

- ¿Que hablas chiquillo?- le dijo su madre

- Que quiero tener un reloj Festina para saber la hora y no tener que preguntar a la gente a cada minuto la hora que es.

- Bueno: cualquier día vamos a casa de tu tío y le compramos uno de los suizos que tiene él en la vitrina para venderlos. Creo que los trae de Roldán, de Lucena, de la joyería, y son muy buenos. Tu padre tiene uno que se puede meter en el agua con él sin que se estropee

- Yo estaba juntando cupones para ver si me podía sacar uno de casa de Rogelio, pero me puedo morir juntando cupones toda mi vida, antes de conseguirlo.

- ¿Vas a ir a comprar tejerings para el desayuno?

- Sí, mamá. Voy a ver si averiguo la receta de los tejerings, porque como no la consiga, voy a tener que inventar la receta, yo.

Andrés salió pitando para casa de la tejeriguera Castillo en la Cruz de la Aurora, debajo justo de la pensión de Morenico.

El sol se desperezaba quitándose las legañas de la noche, y luchaba por abrirse camino entre las tupidas nubes que le cerraban el paso, y por más potencia que le metía a sus entrañas, más fuerzas tenían aquellas marañas de nubes, que lo ocultaban

CAPÍTULO XXXII

sin compasión. Un gallo, en lo alto de un terrao de una casa se desgañitaba anunciando al vecindario el nuevo día, pero la gente dormitaba tranquila sabiendo que hasta la hora del trabajo tenían tiempo de echar otra cabezada. Un mulo cargado de hortalizas subía por la Cuesta del Salao, a unas horas, en que el fielato, no estaba abierto, y no podían cobrar la taza municipal, hasta parase en el pilón en el que bebía agua para recuperar fuerzas. Pero el mulo parecía reacio a beber en el pilón de la Cruz de la Aurora, porque el agua estaba turbia aquella mañana, y tenía muchas ovas, lo que provocaba en él, el miedo a las sanguijuelas. El campesino, tocó el agua con la vara, despejándola de algas, y el mulo, ya menos reacio, bebió hasta hartarse.

Era madrugada cuando la señora Castillo comenzaba la faena de la preparación de la masa de los tejeringsos, y sobre el suelo, había un saco de harina de cincuenta kilos, harina de fuerza, un cántaro de una arroba de aceite de oliva, sal, y levadura de masa madre, la buena de verdad.

La tejeringuera agarró una cubeta y la llenó de agua, que puso a hervir sobre la lumbre, que había encendido su marido con una pañeta de hacecillos de leña, y trozos de patillas de olivo, y para prender todo aquello, echó una torcía de aceite en un trapo viejo que empezó a arder tranquilamente y con dificultad. Aplicó la boca sobre la entrada del fogón levantándose una humareda que apartó a Castillo de allí.

- Chiquillo: no soples con tanta fuerza que lo vas a llenar todo de pavesas.

- ¡Esta mujer!

Depositó la tejeringuera sobre el fogón la cubeta de agua avivando el fuego para que se pusiera caliente. Mientras, hervía el agua, echó sobre un barreño tres kilos de harina y un buen puñado de sal gorda, que cubrió con agua. Y con la paleta, dale que te pego, vueltas y vueltas, después de haberle añadido la levadura, hasta traznar la harina con la levadura y lograr una masa ni muy líquida ni muy sólida.

El aceite de oliva estaba entretenido jugando con unos ajos blancos, dorándolos, y antes de que empezara a hervir, la tejeringuera cargó la jeringa de latón con una cuchara honda de palo de olivo, hasta una altura considerable, metiendo el émbolo dentro de la misma y probando que la masa saliera sin dificultad por el pitorro de salida, empujando el émbolo apretando con el sobaco.

Y el aceite, a su punto, dorados los ajos, recibió con alborozo los tejeringsos redonditos que iban acoplándose a la sartén, unos, junto a los otros. Con unas varillas de olivo evitaba que se pegaran unos contra otros, y los dispersaba sobre el aceite, hasta que dorados, los sacó a una escurridera en los que esperó unos segundos hasta que soltaron el aceite.

- Andrés: ¿cuántos quieres?

- Dos pesetas es lo que me ha dado mi padre.

- Aquí tienes: cuatro ruedas con su junco, y agarra fuerte, no se te caigan. ¿Cómo es que has venido tan temprano?

- Estaba espabilado en la cama y no tenía sueño.

- ¿No habrás venido a descubrir la receta?

- ¡Que va! Esto no tiene ciencia. Es muy fácil hacer tejeringsos. Hasta mañana.

Y Andrés llegó a su casa loco de contento porque ya tenía la receta de los tejeringos. Así, que, empezó a hacerlo todo como había visto hacer a Castillo, y, llenando la jeringuera, empezó a soltar masa sobre la sartén...pero la masa no pujaba, y daba un aspecto de tan dura y viscosa, que hacía imposible comerla, y repitió una y otra vez con el mismo resultado, hasta que su madre vino a la cocina, y le preguntó:

- ¿Cómo van los tejeringos?

- ¡Desastre! Desastre! Fracaso, fracaso total!

- Bueno, déjalo y echa la masa en la cubeta y se la llevas a la vecina para las gallinas, que ellas no le van a hacer asco.

Y el muchacho, no acostumbrado a fracasar en las empresas que comenzaba, estaba descorazonado, con las lágrimas saltadas, pero no derrotado. ¡Lo intentaría otra vez hasta que consiguiera hacer unos tejeringos tan buenos como los de Castillo! Tenía la receta, pero no sabía el procedimiento para perfeccionarlo todo para alcanzar el éxito.

Y a fuerza de probar y probar, Andrés dio con la tecla de hacer unos buenos tejeringos, muy celebrados por todos, acompañados con un buen chocolate, que hizo su madre, sentándose a la mesa bastantes comensales, teniendo que repetir hacer la masa varias veces, Andrés, para deleite del paladar de sus invitados.

- ¡Lo conseguí! gritó muy ufano el joven prieguense, mientras saboreaba un jugoso tejeringo sacado de la sartén, y embadurnado en un exquisito chocolate casero.

CAPÍTULO XXXIII

Los tejeringos que hizo Andrés siguiendo la receta de la señora Castillo, maestra tejeringuera, fueron celebrados durante varios días por todos los que se dieron tamaño festín acompañado por el chocolate que hiciera su buena madre, y mejor cocinera.

Y en los días siguientes al desayuno de tejeringos, su padre de Andrés, buen cantor, de voz abaritonada, mientras se afeitaba la barba, después de habérsela enjabonado bien con jabón de afeitar de La Toja, de olorosa espuma, con la brocha de pelos de caballo, cantaba alegre y contento, la Zarzuela de los Gavilanes, libreto de José Ramos Martín, y música del maestro Jacinto Guerrero, treinta y siete años después de su estreno en el Teatro de la Zarzuela en Madrid.

Cuando don Carlos empezaba a cantar, las vecinas se asomaban a las ventanas de las casas para escuchar mejor cómo cantaba don Andrés la zarzuela de los Gavilanes. ¡Lástima de no poder verlo como actor, como si de la representación de la misma zarzuela se tratara! Pero como no había dinero para ir a espectáculos, se sentaban en una silla para oírlo cantar, y se imaginaban el escenario en una playa, y a la derecha, un monte, en lo alto del cual estaba la aldea.

Se oye a lo lejos el son de una campana, indicando que pronto se va a celebrar la Misa del Alba, y luego cantando los pescadores:

Pescador,
de tu playa te alejas,
y el amor
en la orilla te dejas.
Sobre el mar
va empujándote el viento
a luchar
por ganarte el sustento.
Anda, pescador,
que ya brilla el día,
¡desafía al mar traidor,
barquilla mía! ..

¡Mi aldea! ..

CAPÍTULO XXXIII

¡Cuánto el alma se recrea
al volverte a contemplar!
¡Mis lares
después de cruzar los mares,
otra vez vuelvo a mirar!

Pensando en ti noche y día,
aldea de mis amores,
mi esperanza renacía,
se aliviaban mis dolores.
Pensando en ti, mar serena,
pensando en ti, bello cielo,
era más dulce mi pena
y menor mi desconsuelo.
Siempre en mi aldea pensaba,
siempre ambicioné volver,
y este momento soñaba
de otra vez mi aldea ver.

No importa,
que el mozo fuerte vuelva viejo,
si alegre,
el corazón salta en mi pecho.
No importa
mi lucha por lograr el oro,
si al cabo
hoy vuelvo rico y poderoso.
No importa
lo que tuve que penar,
lo que importa es que ya vuelvo
para no marchar jamás.

Y cuando don Carlos terminó de cantar, las vecinas, con las ventanas abiertas de par en par, para no perder ni un tanto de tan sublime canción, aplaudieron a rabiar, tanto, que don Carlos, azorado, dijo:

- Os voy a cantar una propina, a vosotras, amantes de la zarzuela

Por el humo se sabe
donde esta el fuego
del humo del Cariño

Nacen los celos:
Hijo mosquitos Que Vuelan
Junto al Que duerme
y zumbando le obligan
una cola despierte.
¡Si yo lograra,
de verdad para siempre,
dormir el alma!
Y, en la celdilla del amor
Aquel, borrar el vértigo
de Aquella mujer.
Por una puerta del alma
va Saliendo la imagen muerta.
Por otra puerta
llama la Imagen
Que podría curarme el alma.
Se me entra por los ojos
y a Veces sueño
Que ya la adoro.
Cariño De Mi Alma
recién nacido,
extingue la llama
¡ay! de Aquel cariño.
¡Vana ilusión!
En amores no vale matar la llama,
Si es las Cenizas muertas,
Queda la brasa.
El amor se aletarga
con los desdenes dormido y Parece,
Pero No duerme.
¡Ay, Quién lograra
de verdad para siempre
dormir el alma!
Y, en la celdilla del amor Aquel,
borrar el vértigo
de Aquella mujer fatal.
¡Ah! Fatal.

Por el humo se sabe
donde hay fuego,

CAPÍTULO XXXIII

del humo del amor,
nacen las rivalidades.
Son mosquitos que vuelan
sobre los que duermen,
y, zumbido, obligarlos
a despertar.
Si tan sólo
pudiera disfrutar de verdad,
para siempre,
el sueño en mi alma!
Y en el remanso de este amor,
Borrar mi pasión loca
por esa otra mujer.
A través de una puerta del alma
la imagen que mueren salidas.
En el otro lado
de una imagen hace señas
de que podía curar mi espíritu.
Ella entra a través de mis ojos
y a veces sueño
que realmente la adoro.
Cariño de mi alma,
recién nacido,
extinguir la llamada
de ese otro cariño.
ilusión Vana!
En el amor no es bueno
para apagar la llama,
si en las cenizas muertas
las brasas permanecen.
Amor crece somnoliento con desaires,
y parece somnoliento,
pero no está durmiendo.
Si tan sólo pudiera disfrutar de verdad, para siempre, el sueño en mi alma!
Y en el remanso de este amor,
Borrar mi pasión loca
a esa otra mujer fatal.
Ah, fatal!

Una pequeña orquesta de músicos callejeros acompañó a don Carlos durante su

actuación.

Y cuando don Carlos acabó de cantar, el auditorio repleto de gente en las ventanas, en los patios de las casas, y hasta en la calle, se vino abajo por los aplausos, y coreaban, “otra, otra, otra”, y no pararon, hasta que don Carlos, saludó a todos los oyentes, y les dijo:

- Mañana, más. Hoy hay que trabajar, porque hay que ganar para comer. Muchas gracias a todos por vuestra amabilidad para con este aficionado a la zarzuela.

Y Andresito estaba muy orgulloso de su padre, porque no sólo era un buen cantante, sino que era mejor trabajador, que con el sudor de su frente, con sus esfuerzo y su trabajo, alimentaba a sus hijos y les costeaba una carrera para que se hicieran hombres de provecho el día de mañana.

CAPÍTULO XXXIV

Andrés, llevaba los libros de las actas, de las reuniones del molino, para que las firmaran los socios. Y él, así se sentía útil ayudando a su padre en esa tarea que cumplía a la perfección.

Cogía los libros, y con cuidado, para que no se deterioraran, ni se cayeran, los apretaba con las manos poniéndoselos sobre el pecho, como si del atril que portaba el misal en la Santa Misa, se tratara, y, por detrás del molino, por la calle de don Ángel, santo sacerdote, se dirigía hasta el Compás de San Francisco. Don Ángel, sentado en un sillón de la salita de su casa, que daba a la calle, rezaba el breviario, pero de vez en cuando miraba hacia el exterior, y a la gente que pasaba, por si tenía que decirles algo.

- Andrés: ¿A dónde vas?

- Buenas don Ángel. Voy a la fábrica de telares del Compás a llevarle a don Andrés unos libros para que los firme.

- ¿Te gustaría ser cura?

- Así de pronto... lo tengo que pensar.

- Pásate mañana a las cinco de la tarde por la sacristía de San Francisco, por la de Jesús Nazareno, que te voy a hacer una prueba de inteligencia para ver si sirves para ir al seminario ¡No faltes!

No le pilló de sorpresa la invitación de don Ángel, porque ya, en la escuela de don Joaquín, se lo había dicho anteriormente. Pero a él, con las cosas que tenía que hacer, se le había olvidado esto, y no había ido al examen. Tampoco es que tuviera muchas ganas de irse a estudiar fuera, al seminario, a la capital, abandonando su casa, su familia, sus costumbres, para enrolarse en una institución que exigía mucho sacrificio, mucho esfuerzo, y mucho estudio.

Don Ángel visitaba los colegios del pueblo, y preguntaba a los maestros por los alumnos que sobresalían en los estudios, y era a esos, a los que él pretendía captar para el servicio de Dios y de la Iglesia.

En el Seminario, dirigido por los jesuitas, gente espabilada y enérgica, no querían alumnos torpes.

En el Compás de San Francisco, la Virgen, sobre su pedestal, infundía serenidad a aquel lugar, donde el Viernes Santo, Jesús, se encontraba con su madre queridísima.

Y en la derecha de la plaza, o compás, se encontraba la puerta de acceso al Convento de San Francisco; puerta vetusta dotada de un aldabón y un grueso cerrojo.

CAPÍTULO XXXIV

¡Cuántos santos frailes debieron de atravesarla a lo largo de su historia! Y la puerta, grande, tenía un portalón, que es el que se abría, cuando alguien llamaba al viejo y deteriorado convento.

Y Andrés, con los libros de actas para que los firmara el secretario de la cooperativa, entró en el convento, convertido en fábrica ahora, donde en una nave grande, muchos telares funcionaban al unísono, produciendo en una jornada, el patén, tejido fuerte, que la gente utilizaría para hacerse pantalones y chaquetas para las faenas del campo.

Entró el muchacho en el patio de los telares, y con el ruido de tanta máquina funcionando a la vez, no lograba hacerse oír, que lo que quería era ver al socio de la Cooperativa la Purísima, para que le firmara las actas.

Llegó don Andrés, hombre alto y delgado, simpático, y le dijo que le acompañara al despacho, donde le firmó aquellos papeles.

Y el joven, contento por haber logrado su objetivo, se dio cuenta de que aquella fábrica tenía algo peculiar, algo que la hacía diferente a las demás fábricas; era como un tinte religioso, unos adornos, una escalera amplia con molduras en yeso, unas figuritas angelicales, y se quedó pensativo sobre el uso originario que había tenido la fábrica, sin ruidos, dándole una sensación de algo espiritual, en su uso, muy diferente al de ahora. Y se fijó como objetivo investigar en la historia de aquella fábrica, de lo que había sido antes, y su uso, y dedicación.

Y a todos los que preguntó, lo único que sacó en claro, que ya era mucho, es que esa fábrica había sido un convento, ¡un convento! Y de ese convento, lo único que la gente decía, era, que allí, habían vivido unos frailes, franciscanos, discípulos de San Francisco de Asís, que tenía una imagen en la iglesia de San Francisco, en un altar en la parte derecha del altar mayor, donde el santo, con una cara dulce de bondad, dejaba que tocaras el cordón de su hábito, sin enfadarse, y en cuyo extremo, había un pequeño cajoncito mágico que albergaba una foto de la Basílica de Asís, donde estaba enterrado el santo.

Alguien le dijo a Andrés, que en la cripta de San Francisco, había enterramientos de frailes del convento, y que alguien había visto a alguno de los frailes en su tumba, con sus ornamentos...

Como no sacaba nada en claro se fue directamente al estudioso que lo sabía todo del pueblo de Priego, y le preguntó sobre el particular:

“Lo que te puedo decir, es, que el convento es muy antiguo. Fundado por Pedro Fernández de Córdoba en 1515, y que en el siglo XVIII se realizaron en él reformas que le dan el aspecto actual, y que sus autores fueron Francisco Hurtado y Jerónimo Sánchez de Rueda. Que en él vivían los frailes que se dedicaban al cultivo de la huerta, al estudio, a la investigación, a la predicación, y a la escritura de libros, y a sus misas, y oraciones, y que eran muy queridos en el pueblo. Que el convento, tiene mucho valor arquitectónico, siendo único en su arquitectura, ya que, sobre la mitad de los arcos sostenidos por dos columnas, se apoya otra columna, que con otra, apoyada en la mitad de otro arco, forman otro arco superior, cosa nunca vista.

Con el tiempo, con la Desamortización, el convento cayó en manos privadas, siendo fábrica de tejidos, hasta que la misma cerró, siendo comprada por un vecino de Priego, que la cambió por una finca, ante el estado ruinoso de la misma, y por los problemas

que surgieron para la construcción de viviendas en el solar, siendo recuperado y restaurado por un prieguense, salvándose de la piqueta definitivamente.

Dicen, que en el suelo, cerca de las columnas de los arcos, alguien había encontrado restos de cal, indicio de que allí había enterrado algún miembro de la comunidad.

Desde las celdas de los monjes se oían ruidos que la gente atribuía a las vigas de los camaranchones de la Iglesia de San Francisco, provocados ora por el calor, ora por el frío, lo que daba mucho repeluzno al que lo oía.

Los frailes comían en un amplio refectorio con ventanal grande que daba a la huerta del convento, y desde el que se veían, gran parte de los olivares de Priego, y amplias extensiones de tierras.

La subida a las celdas de los frailes, en la primera planta, se realizaba por una hermosa escalera. Y, en lo alto del techo, había algunas yeserías de angelitos.

El claustro es hermoso, amplio, y con una fuente en el centro de la que mana un agua generosa y rica que satisface la sed del que la toma.

Sobre Pedro Fernández de Córdoba, te diré:

Pedro Fernández de Córdoba y Pacheco (Aguilar de la Frontera, 1470- Olías, Toledo 24 de enero de 1517) fue un noble español, jefe de la Casa de Aguilar como VII señor de Aguilar de la Frontera y X de la Casa y Estado de Córdoba. Poseyó grandes bienes en la provincia de Córdoba, como en las villas de Montilla, Santa Cruz, La Puente de Don Gonzalo, Duernas, Castillo Anzur, Carcabuey y Monturque. Ostentó las dignidades de alcalde mayor y alguacil mayor de Córdoba, alcalde de sus Reales Alcázares, alcalde mayor de Antequera, alcaide de Alcaldíaa la Real y rico hombre de Castilla. El 9 de diciembre de 1501, los Reyes Católicos le concedieron el marquesado de Priego, fue encargado de la educación de Miguel Fernández Caballero de Granada.

Casó en 1512 con Elvira Enríquez, perteneciente a la casa de Enríquez como hija de Enrique, señor de Orce y nieta del Almirante Alfonso Enríquez. Su primer hijo fue varón, pero se malogró en el parto. El resto fueron niñas: Catalina, heredera de la Casa; María, condesa del Risco; Elvidra, condesa de Osorno; Teresa, Isabel y Juana, estas últimas en religión.

Sus restos reposan en el Monasterio de San Lorenzode la Orden de San Francisco (Montilla, Córdoba).

Y Andrés, no veía claro que aquella fabrica de tejidos se hubiese construido sobre un lugar santo, y creía que ese hecho era herético, e inmundo, y no entendía que se hubiera hollado un lugar lleno de santidad y oración, donde muchos frailes santos pasaron su vida, rezando a Dios y pidiéndole perdón por los pecados que los hombres cometían, y soñaba, que algún día, no muy lejano, el lugar fuese devuelto a su función primitiva, de convento, con frailes franciscanos, y que los restos de Pedro Fernández de Córdoba y Pacheco, y los de su mujer, Elvira Enríquez, fueran enterrados en lugar preferente en ese santo lugar.

CAPÍTULO XXXV

Y Andrés, que ya va teniendo inteligencia para la investigación, dedica parte de su tiempo en descubrir el condumio de los frailes franciscanos en general, y para ello, visita varias librerías en busca de material para su estudio, y escribe a la Biblioteca Nacional, situada en Madrid, para que le manden lo que tengan al respecto, e indaga en el pueblo sobre la agricultura y la ganadería local y vecina, para ver qué es lo que sirvió a estos monjes para su alimentación, e incluso visita la huerta para ver su producción actual, que no sería muy diferente de la de aquellas épocas, incluido el tipo de arboleda.

- ¿A dónde vas Andrés?- le dice su padre.

- Voy a echar una carta a Correos para la Biblioteca Nacional para que me manden la información que tengan sobre la Huerta de San Francisco.

- ¿Qué es lo que quieres saber sobre la huerta?

- El tipo de cultivos, las clases de árboles, si tenían animales los frailes...

- Vamos a ir a ver a Rafalico, que seguro que nos saca de dudas, porque lo que él cultiva en su huerta, no va a ser muy diferente de lo que cultivaban los frailes, aunque si tú quieres, yo mismo, te lo puedo decir.

- Dime padre lo que sepas, porque todo me es valioso para el libro que estoy escribiendo.

- Pues, el maíz no les faltaba para la cría de las gallinas, y para comer las mazorcas, asadas, o, al natural, además, los “bigotes”, los deberían de emplear, para hervirlos y tomar el caldo para la incontinencia urinaria de los frailes. Y las hojas, la farfolla, les serviría para llenar los colchones en los que dormían, si no disponían de lana. El trigo lo deberían sembrar para obtener harina con la que elaborar el pan, o cambiarlo por pan, en la panadería local. Además estoy pensando si alguien del pueblo tendrá los libros registro de las entradas y salidas de los productos de la huerta, cosa que tenían en cada convento de la época. A lo mejor, si miras en el archivo del Ayuntamiento, o en el de la Asunción, encuentras algo. Además, si encuentras esos libros, podrás saber sobre las preferencias culinarias de los frailes, porque en esos libros, anotaban las entradas y salidas de alimentos, y su clase y cantidad, día a día, así como la adaptación de los alimentos al calendario litúrgico, y el uso y clase de los instrumentos de cocina, donde predominaría el cobre y el barro. El guardián o el hermano cocinero llevaban el control de los alimentos. A veces contabilizaban los gastos de forma anual, o, mensual.

CAPÍTULO XXXV

Observaban con rigor el calendario litúrgico; comían huevos los viernes, pescado en la cuaresma, lentejas, habas, habichuelas y garbanzos.

El refectorio albergaba todo lo necesario para el servicio de la comida, cuchillos, cucharas, tenedores, manteles, servilletas, y los manteles de las mesas y jarros de agua, toallas grandes colgadas, paños de manos para los padres, tinajas, vinajeras, saleros. La limpieza de los objetos era esmeradísima, y su pulcritud, excelente.

En la cocina había sartenes grandes y pequeñas, orzas, cazos grandes y pequeños, de cobre e hierro, tenazas de hierro, pinchos para colgar la carne, platos, ollas, escudillas, cedazos, molinillos de moler.

En el refectorio había un púlpito donde el lector leía lecturas piadosas durante la comida, así como varios braseros de picón para calentarse en el duro invierno.

La balanza romana no debería faltar, así como otra más pequeña para pesar el pan y las especias.

Había que atender al mantenimiento de tanto utillaje, así como a su reposición en caso de deterioro, y para ello había un encargado de lo mismo. Había que restañar las ollas deterioradas, componer puertas y ventanas de la cocina, así como el fogón, copiar las nuevas recetas de cocina en el recetario, así como mantener las antiguas para su conservación.

La cocina del Convento de San Francisco tenía prestigio bien ganado, no sólo dentro del pueblo, sino fuera, y había intercambio de recetas con otros conventos de franciscanos, extendidos por toda España, y fuera de ella.

La huerta debía de estar muy bien cultivada. En ella abundaban frutas de diferentes clases: uvas, manzanas, membrillos, granadas, peras, higos, limones, naranjas, y plantas de huerta, como calabazas, cidras, tomates, alcachofas, habichuelas, habas, pimientos, etcétera; también se cosechaban nísperos y duraznos y manzanas ácidas, muy apreciadas por su sabor. También cultivaban plantas aromáticas, como la hierbabuena, el tomillo, romero, salvia, manzanilla, hinojo, que pasaban cuando se recolectaban directamente a la enfermería, para el cuidado de los enfermos.

De la huerta se cogía lo necesario para hacer la comida diaria, y cuando la huerta no daba lo suficiente, había que traerlo del almacén o despensa.

En el convento se conocía bien la fabricación de conservas de hortalizas. En frascos bien tapados se guardaban zanahorias, espinacas, cebollas, tomates, habas.

La carne roja y blanca se salaba para su conservación. Y el pescado se salaba y ahumaba.

En la fabricación de embutidos se utilizaban diversas especias, como pimienta, clavo, canela, y nuez moscada.

El chorizo y la morcilla se ahumaba para comerlo fresco, y para su uso posterior, se echaba en orzas de barro con aceite de oliva, así como la carne de cerdo (tacos de lomo), y las asaduras, o pajarillas.

Las frutas se preparaban en estupendas compotas, mermeladas, dulces, y carne de membrillo. Los higos se pasaban en los tejados y con ellos se hacía pan de higos. También preparaban la carne de membrillo, que una vez hecha, se ponía en platos hondos sobre los muebles de la cocina, y pasado un tiempo, se le quitaba el moho que

cogía en su superficie, lavándola con agua, y secándola con trapos o pañetes, y se cortaba en trozos para su comida. “Caramelitos de cielo”.

La cocina de los frailes era una cocina para el cuerpo y el alma. En la iglesia, el sacerdote perdonaba los pecados al pecador arrepentido, y en el refectorio, con aquella excelente comida se curaba el cuerpo y se le suministraba el alimento que proporcionaba la fuerza para tirar del carro de la vida.

Algunas de las recetas que posiblemente se usaron en el convento de San Francisco fueron:

“Ensalada Miserere con hierbas del campo”

“ Tortilla de patatas sin huevo”

“ Papas con ajos”

“Compota de durazno con vino y canela”

Decía **Antonio Machado**:

“Filósofos nutridos de sopa de convento,
contemplan impasibles el amplio firmamento”.

La sopa era muy habitual en los conventos, y no podía faltar en el de Priego, que satisfacía a los monjes, y también a los pobres y menesterosos, caminantes, y peregrinos, que se acercaban hasta el convento, pidiendo comida. Era la “sopa boba”, compuesta de agua y algo más. ¿Y qué era ese **algo más** que transformaba el agua? La sopa estaba compuesta de agua, ajo, aceite de oliva, pan, y un poco de sal.

El ayuno obligaba a consumir un solo plato al día llamado **misericordia** formado por dos huevos pasados por agua, combinados con pescado, o queso.

Garbanzos con bacalao, huevo duro, espinacas, patatas, judías, pimentón, tomate, fueron alimentos consumidos en el convento.

Algunas de las recetas que usaron nuestras abuelas procedían del convento de San Francisco, quienes las tomaron, modificaron, elaboraron y mejoraron.

- Si yo pudiera algún día rescatar este convento, convertido en fábrica, sería el más feliz del mundo. Y aún más, quisiera traer a los frailes, y que volvieran a cultivar la huerta, para que siguieran haciendo lo que San Benito dijo:

- “Ora et labora”. Trabajar, estudiar, rezar por los pecadores. ¡Qué gran misión para el que se entrega a ella por amor a Nuestro Señor Jesucristo!

CAPÍTULO XXXVI

¡Qué buena mano tenía doña Rosario para plantar plantas en macetas! ¡No había ni una que se le resistiera a crecer en el tiesto en el que ella las ponía desde pequeñitas; incluso las plantaba por su semilla que recolectaba de otras plantas.

Y las plantas, con buena tierra, sembradas en buenas macetas de barro de la alfarería local que había junto a la cárcel que construyera don Niceto, en mala hora, puesto que podía haberle dejado al pueblo otro tipo de “regalo” para el bien de su pueblo y no para encerrar entre cuatro lóbregas paredes a la gente; las plantas crecían y crecían alegres y contentas, y disfrutaban de la presencia y cuidado de doña Rosario, porque doña Rosario, las consideraba como unas más de la familia, y los cuidados que les proporcionaba, eran más propios de los cuidados dados a un hijo, que a una planta.

Todas las mañanas le dedicaba un rato a sus queridas plantas, regándolas con agua de la Fuente del Rey que salía por el caño de cobre por la fuente de piedra del patio, bien labrada por un artista local, en piedra noble caliza, y en cuya pila llenaba un regaor de latón hecho por el latonero de la calle Solana, habilidoso artista que hacía retorcer la lata y el latón arrancándole la máxima belleza en la prensa con el martillo y las tijeras.

Y el regaor se “gozaba” de alegría cuando la señora de la casa lo ponía debajo del caño de la pila para llenarlo de agua fresca, porque él también se “refrescaba”, y se sentía útil de servir de envase para albergar el líquido elemento que daría vida a unas plantas, que sin su ayuda, estarían condenadas a una muerte segura.

Y aquel hombre, Eduardo, el latonero, tenía otras miras más altas, porque, con su inteligencia aplicada al estudio, había aprendido a tocar la trompeta, y se había colocado como músico trompetista en la Banda Municipal de Priego que dirigía el Maestro “Pupú” tan sabiamente, y que ayudó musicalmente a tantos aspirantes a la música, algunos de los cuales, imagino, que harían carrera en la capital.

Y Eduardo, que hacía maravillas con la lata en el rodillo, llevándolo por donde él quería, haciéndolo girar a derecha, e izquierda, dándole con el mazo para someterlo a su control, lo mismo hacía con la trompeta, que con su pinza, en la que cogía la partitura, iba transmitiendo al instrumento musical el significado de aquellas notas, que conjuntadas con el resto de los instrumentos de la banda, originaban una hermosa melodía que hacía saltar de gozo los corazones de pequeños y grandes que no dudaban en acompañar los pasacalles que la banda interpretaba por las calles del pueblo en las fiestas más sonadas.

Y los chiquillos, tan juguetones, se alborozaban al oír sonar la banda hasta la Plaza del Ayuntamiento donde se colocaban los músicos bajo el soportal, para dar comienzo

CAPÍTULO XXXVI

al concierto que dirigía el maestro querido y apreciado.

Y los limoneros, ¡puñeteros! regados con el agua de la Fuente del Rey, por el jardinero, que había aprobado la oposición para ocupar la plaza, cosa nunca hecha, el hijo del zapatero- filósofo, sabio, el de los pelos blancos, daba unos limones que, reventaban de hermosura, y qué olor, a un aroma que llenaba toda la plaza. Y los chiquillos, mientras tocaba la banda, cogían uno, y en primera fila, chupa que chupa al limón, que de tanto chupar, a los músicos se les hacía la boca agua, sobre todo al del trombón, y no lograban formar saliva para engrasar la boquilla por la que el aire entraba al instrumento, volviéndosele la saliva acuosa, impidiendo al músico tocar.

El director, el muy querido y admirado “Pupú”, avisaba a los municipales, que solícitos, procedían a incautar los limones a los muchachos, para que el concierto prosiguiera su marcha natural, llegando a buen fin de partitura sin entorpecimientos.

Y doña Rosario, la madre de Andrés, con aquellas manos divinas, cogía un tiesto, lo llenaba de tierra, lo abonaba, y en él plantaba un esqueje de geranio, que con aquella gustosa cama, y el agua casi divina, que ni Neptuno hubiese tenido mejor, crecía y crecía, explotando en flores de colores espectaculares que eran la envidia de medio barrio.

Y para San Cayetano, siete de agosto, que después cambiarían los curas al ocho, no sabemos por qué, los tiestos de nardos, bulbos meses antes, se vestían de sus mejores galas y olores en honor al santo que lo dejó todo, herencia, riquezas, familia, y el mundo, para dedicarse a servir a los más humildes, siendo llamado por las generaciones futuras, Padre de la Providencia, San Cayetano bendito.

Y qué aroma tan maravillosa expelían aquellas varas de nardos sembrados amorosamente, iguales a las que acompañaban al santo en un retrato al óleo, en sus manos santas, y que Andrés, devoto del Padre de la Providencia, tenía colgado en la pared de su cuarto, y al que, cada noche suplicaba, que su andadura por este mundo, llegara a buen puerto en lo profesional y en lo familiar, que no lo dejara y protegiera frente a los peligros de un mundo que avanzaba en la descomposición moral y material.

Y en la vecina Murcia le habían dicho unos tratantes que vinieron a comprar ganado, que había un pueblo al que llamaban San Cayetano, pueblo pequeñito, que quería al santo a rabiar, y que muchos días antes de su festividad, engalanaban la iglesia del pueblo con flores de todas las clases, velas, luces, colgaduras, celebrando una novena en honor del santo, con rosario y predicación diaria, en la que se ensalzaban sus virtudes a diario, y llegado el domingo, antes de la misa de doce, hacían un concurso en el campanario de la iglesia de voltear las campanas de la torre, ganando el mozalbete que diera más vueltas por minuto.

Y las campanas se volvían locas dando vueltas y vueltas, una y otra, y, otra vuelta, hasta miles de vueltas, sobre su eje, quedando al final extenuadas de tanta voltereta, mareadas, sudorosas, pero contentas de haber festejado al santo más santo de los pobres después de San Francisco.

Y la misa, solemne, que venía después del concurso de volteretas de campanas, era todo un acontecimiento, y gentes que nunca acudían a la iglesia durante todo el año, se engalanaban con sus trajes mejores para acudir a venerar al santo que tanto bien había hecho por los pobres más pobres del mundo.

Y la misa, un gozo para el que asistía, una copia casi exacta del ambiente del cielo, se llenaba de gente que acudía con sus chiquillos para ver al santo, para oír los hermosos cantos que se entonaban en su honor, acompañados con música de rondalla, sin faltar la de la banda de un pueblo cercano, que tocaba el Himno Nacional cuando el sacerdote elevaba al cielo, al que ahora, convertido en Dios, había sido un trozo de pan. Y la iglesia estallaba en vivas al santo, vivas y más vivas volteando las campanas de la torre de la iglesia, esquivando los muchos cohetes que se tiraban desde la calle.

Y durante el sermón, el oficiante, joven, reprendía a los vecinos:

- Como cada año, tengo que dirigirme a vosotros para que no sólo vengáis a ver al santo San Cayetano, el día de su festividad, sino que lo acompañéis cada día del año, no dejándolo tan solo, cosa que San Cayetano os agradecerá, y yo, también.

- Mamá: dame una hojita de “sanalotó” que tengo un callo en el dedo meñique del pie.

¡Ay con los zapatos! ¡Aquellas hormas tan herméticas y tan ajustadas al pie, y el deambular de aquí para allá pegando zapatazos por el pueblo, sobre los adoquines, hacían rozaduras a los pies, que doloridos, buscaban el amparo en casa de doña Rosario, que con mano experta cultivaba una planta a la que llamaban “sanalotó”, de hojas verdes, gordas y jugosas, una de las cuales, debidamente pelada y situada sobre el callo que tanto molestaba a la piel maltrecha, y atada con un trapo, derramaba su medicinal jugo sobre el mismo, que aburrido, se desprendía a la mañana siguiente.

Y las pilistras, qué bonitas estaban en sus macetas, con aquel color verdoso oscuro, a cuyas hojas, mimosamente, doña Rosario les quitaba el polvo y les daba con un trapito con aceite de oliva virgen para que lucieran con más brillo. Y cada tiempo, en los meses de marzo o abril, cuando las gentes se volvían hurañas, metiéndose dentro de sí, no queriendo cuentas con los demás, ella, habilidosamente, con un cuchillo, lo hendía en la maceta e iba separando cuidadosamente diferentes grupos de matas que trasplantaba en diferentes macetas. Luego apelmazaba la tierra y las regaba para que a la primavera siguiente lucieran con todo su esplendor.

Y la señora, señora de las plantas, que era su ama, y a ellas se dedicaba con mimo y dulzura, las colocaba en su soporte de varilla de hierro hecho con esplendor y mimo en las herrerías del pueblo, poniéndolas en lugares no muy soleados, porque a las pilistras no les gustaba mucho el sol, aunque si tenían que soportarlo, le echaban “agallas” para no sufrir con los rayos calurosos del verano.

Y la mujer, la muy buena mujer, sensible para con las plantas y los animales también, colaboraba así a que las pilistras no se perdieran para el futuro, un futuro en el que imaginaba que las casas casi desaparecerían para dar paso a grandes edificios donde la gente viviría hacinada, y sin apenas espacio para las flores, no como ahora donde las casas de los pueblos tenían grandes patios, ¡verdadero jardines! donde había hasta árboles de gran porte, que en los meses de verano protegían las casas del inmenso calor que hacía, refrescando el ambiente, depurándolo, y haciéndolo más respirable.

Y las esparragueras, alegradas por la humedad del ambiente y las temperaturas suaves, lucían en todo su esplendor en el patio de la casa, al que daban un aspecto de miniselva, y luego, en el verano, echaban sus flores que formaban unas semillas rojas,

CAPÍTULO XXXVI

que debidamente sembradas, darían lugar a otras plantas para ampliación del jardín, y como no tenían hojas, sino tallos, muy ramificados y trepadores, doña Rosario les ponía sus cañas por donde ellas subían alegremente. Y cuando el sol apretaba, las trasladaba a lugares con mucha luz y sin sol directo, para no herirlas. Y con la regadera, como sabía que ellas lo agradecían, les echaba agua sobre los tallos, de lo que se alegraban grandemente, volviéndose verdes, verdes, procurando que nunca les faltara el agua, sin encharcarlas, drenándolas bien, y los tallos secos, que no le favorecían a la planta, se los quitaba, uno a uno, para que no entorpecieran el crecimiento de la planta.

- ¿Te gusta mi patio, Andrés?

- Sí, mamá. Está muy bonito y muy cuidado.

- ¿Quieres que plantemos un jazmín?

- Me hará mucha ilusión. Y te ayudaré a cuidarlo para que se haga muy grande y eche muchos jazmines. Con ellos haremos moñas para la Virgen de la Aurora, para que las subasten, y con el dinero que ganen, hagan las fiestas en honor de la Virgen cada vez más hermosas.

- Aquellas fiestas de agosto en los alrededores de la iglesia de la Virgen de la Aurora, eran muy hermosas y coloristas, y a ellas asistía todo el pueblo que se desplegaba por toda la carrera de Álvarez, aprovechando para darse una vuelta por el Paseo de las Flores, y sentarse un rato para descansar, en los asientos de hierro labrado que jalonaban el Adarve. Desde allí buscaban el aire fresco de la Tiñosa que aliviara sus sudorosos cuerpos martirizados durante todo un largo verano, en el que el sol no daba tregua, hasta que vencido por el cansancio, se “acostaba” para recuperar fuerzas para un nuevo día.

Y Andrés, como abstraído, pensaba en aquellas gitanillas, que cogían los jazmines de los jardines de las casas que daban a la calle, uno a uno, echándolos en un canasto, hasta que lo llenaban, y a la tarde, sus madres, y ellas mismas, los iban engarzando, uno a uno, hasta formar una moña que luciría en la solapa de las mujeres, a las que los galanes del pueblo se los regalaban para que realzara belleza sobre belleza.

Y los jazmines, insecticidas naturales, ayudarían a espantar a los temibles mosquitos que se encaramaban en los techos de los cuartos de las casas, y en los lugares mas ocultos, para escapar a los zapatazos que les tiraban los sufridos humanos, para verse libres de su irritante presencia.

- Mamá: compra una moña a las gitanillas que ya están en la puerta tocando el aldabón.

- Pregúntales que cuánto valen las moñas hoy, que ayer estaban un poco caras.

- Niñas: ¿a cuánto valen las moñas hoy?

- Hoy, para usted, señorito, a dos pesetas la moña, que son bien grandes y frescas, y están a punto de abrir, y muy olorosas.

- Mamá: a dos pesetas la moña.

- Sube y te doy cuatro pesetas y compras dos, una para nosotros, y otra para ti.

Y Andrés subía hasta la primera planta de la casa, y su madre le daba las cuatro pesetas en billetes de una peseta, que entregaba a las gitanillas, que les daban las dos moñas.

Y mamá Rosario colocaba las moñas, una en su cuarto, y la otra en el cuarto de Andrés, que iban preparando el terreno para que los mosquitos, supieran, que allí, ¡de cachondeo de picaduras nada! y que si fallaban los jazmines, porque el olor de su fragancia no fuera lo suficientemente fuerte, se verían sometidos al bombardeo de las zapatillas sobre sus cuerpos, así, que, ¡jale y que os zurzan, mosquitos de mierda!

La casa de don Carlos y doña Rosario daba a una gran explanada, el Paseo de las Rosas, llena de grandes árboles, donde por las noches se refugiaban los pájaros para dormir entre sus hojas, y con varias fuentes, de las que manaba el agua más fresca, rica, y pura, que jamás haya salido del vientre de la madre tierra. A la fuente pequeña, que había a la entrada, iba de vez en cuando Andrés a saciar su sed, inclinándose sobre el pitorro de cobre, pegado sobre su base con cemento blanco, no encontrando el momento de separarse de él, empanzonándose de agua, lo que le dificultaba las ganas de comer al mediodía, cosa que su madre le recriminaba, diciéndole, “ que para qué había querido ella cocinar para que la comida se quedase sobre la mesa”.

Pero es que aquella agua, de los campos de la Almorzara, en las mismas faldas de la Tiñosa, la montaña guardiana de Priego, traída por conductos de caliza para que no perdiera frescura y pureza, salía tan fresca y gustosa, que difícilmente se podía levantar la cabeza de aquella pila caliza de los años catapún, restos de otra mayor, venida a menos.

Y no era aquella fuentecilla la que daba alegría al Paseo de las Flores, al que otros llamaban Paseo de Colombia, sino que un poco más allá, había un estanque, muy parecido al del Generalife, con sus pequeños cipreses, que como guardianes vigilaban por su seguridad, y a cuyo largo, como de ocho varas, salían pequeños pitorrillos por donde surgía el agua que formaba como un arco, que daba la sensación, que más que agua, eran los filos de las espadas que iban a encontrarse las unas con las otras para proteger el entorno.

Y el encanto del agua, con su continuo fluir, formaba una sinfonía única que se desparramaba por los alrededores del recinto, a cuya vera se sentaban los caminantes para encontrar descanso para sus doloridos pies, y para escuchar el “ concierto” interminable de los arpegios, que al caer, sonaban sobre la caja del agua; agua sobre agua, rebote de sonidos angelicales en lo que podía haber sido un sucedáneo del Paraíso en pequeño.

¿Y qué decir de la fuente circular del paseo que se asomaba tímidamente al exterior protegida por una valla metálica? En ella crecía el bambú exótico traído de lejanas tierras con sus hojas afiladas con las que Andrés hacía barquitos que tiraba al agua del pequeño piélagos mientras se ponía a soñar en embarcarse alguna vez hacia otros mundos mientras el aire tiraba de un lado hacia otro el velero. Y del centro de la fuente, formado por preciosos riscos agujereados de las rocas de la Cubé, salían unos cuantos surtidores que proporcionaban la humedad necesaria para aquellos bambúes delicados en las que los enamorados se contaban sus cuitas en las noches de verano, siempre temerosos de que sus padres pasaran por allí y descubrieran sus amores ocultos.

Y el aire, siempre juguetón, enamorado de los árboles que allí había, se enredaba

CAPÍTULO XXXVI

entre sus ramas haciéndole “requiebros” que los árboles contestaban con coquetos movimientos de sus ramas y de sus hojas, cimbreado su cintura.

- ¡Ay de los madroños de gran porte que crecían en el paseo y que calmaron tanta hambre a los pajarillos que haciendo malabarismos se colgaban cuerpo hacia abajo para extraer las semillas de sus bolas que los niños tirábamos para hacerlas rodar, y algo más!

- ¡Ay de los tilos, cuyas flores, paracaídas vegetales diestramente diseñados, bajaban de sus ramas, tímidamente, hasta caer suavemente en el suelo! ¡Cuántas veces el jardinero del paseo nos regañaba porque no quería que cogiésemos sus flores para calmar los nervios de los enfermos doloridos! ¿Acaso las quería para él y sacar algún provecho de su venta?

- ¿Y qué decir de las rosas de varios colores, grandes, hermosas, que diseminadas en los jardines eran arrancadas por furtivos enamorados para hacerles presentes amorosos a sus novias, muy cerca del obispo Caballero?

Y los niños esperaban un año tras otros hasta que florecían las dulces flores blancas de las acacias centenarias, para comérselas, halagando su paladar con grandes deseos de dulzura.

Y acabado el paseo, el amplio balcón del Adarve, ofrecía a los presentes que osaban llegar hasta él, una explosión de lujuria en miles de árboles centenarios, olivos, que llenaban un amplio “mar “ de verdor extraordinario.

Y ciñendo el pueblo por el talle, el río, el Salado, siempre escaso de aguas, añoraba tiempo antiguos donde sus aguas y su flora y su fauna eran exuberantes. En sus orillas crecían los juncos, los álamos, el taraje, y la primitiva cola de caballo, alivio para la maltrecha próstata.

Los peces, casi desaparecidos en su recorrido, se agrupaban en pozas donde se les podía ver jugar con el agua en un recorrido interminable. Y las ovas, señoras de aquellas aguas se extendían por todo su recorrido.

¿Y qué decir de las terribles pozas del río, asesinas, de las que había que huir so pena de morir ahogado, y que más de una vez habían dado un susto mortal a más de uno?

Y las tortugas, eran cogidas en los meandros del río como una especie curiosa a extinguir.

Cómo le gustaba a Andrés bajar hasta la Cubé con el canastillo de comida y echar el día en una de las alamedas de sus orillas, hasta que vencida la tarde, había que volver al pueblo para reponer viandas, y seguir el camino de la vida.

CAPÍTULO XXXVII

En lo alto del camaranchón de la casa de Andrés había una amplia habitación donde se guardaban los baúles de la ropa, se salaban los jamones, se ponían sobre un saco las manzanas de invierno, los periódicos atrasados del *ABC*, y el *Blanco y Negro*, así como algunos libros de lectura, en una estantería de madera. En aquella habitación, grande y espaciosa, había otras tres, que servían como dormitorios para los hijos de don Carlos.

Y a Andrés, le gustaba subir al terrado para ojear los periódicos y los libros que allí había con los que pasaba grandes ratos buscando asomarse a otro mundo diferente del que él estaba acostumbrado a ver.

Pero lo que más le gustaba al muchacho era tocar sobre las cuerdas de una vieja bandurria construida por Miguelito Rodríguez de Córdoba, con la púa, pasándola sobre ellas para tratar de sacar alguna melodía conocida, de la tuna, porque la bandurria era uno de los instrumentos preferidos por la tuna, junto con la guitarra, el laúd, y la pandereta.

- Tengo que aprender a tocar este cacharro como sea. Lo mejor será que me apunte a los hermanos de la Aurora, y con ellos aprenderé a manejar el instrumento; por lo menos el acompañamiento de sus coplas, o la melodía principal... Iré y hablaré con Antonio, el director, y que él me aconseje. ¡Eso es lo que haré!

Y con estos pensamientos en la cabeza, y con la decisión firme de aprender a tocar aquel instrumento, esperó hasta el día siguiente, que era sábado, y salían de ronda por las calles del pueblo los Hermanos de la Aurora, a las doce de la noche, de la iglesia de la Aurora. Así, que decidió hablar con su padre para que lo dejara ir.

- Papá: quiero aprender a tocar la bandurria que hay en el terrado. Pero yo solo, nunca lo conseguiré, así, que quiero, que me dejes ir a los Hermanos de la Aurora, los sábados por la noche, para ir acostumbrándome al instrumento.

- Me parece muy bien. Ve a los Hermanos, y yo te acompañaré; además, si ven que yo voy contigo, se tomarán con más interés, que aprendas.

Y llegó el día de sábado de los Hermanos, el día esperado para ir conociendo aquella hermandad, y aprender a tocar la bandurria, y también de paso, la guitarra y el laúd.

Llegaron un poco pronto a la sacristía de la iglesia de la Aurora. Eran las once y media de la noche y estaba cerrada todavía. La que sí estaba abierta era la taberna de Miguel, muy concurrida por cierto, de gente que apuraba las últimas copas antes de

CAPÍTULO XXXVII

irse a su casa; pero, de todas formas, ya se veía el meneo que antecedería a la salida de los auroros por las calles de la ciudad.

El primero que llegó a la sacristía fue el director, Antonio, que saludó muy efusivamente al padre de Andrés:

- Muy buenas, don Carlos: ¿qué le trae a usted por aquí?

- Vengo con el muchacho, mi hijo, Andrés, que quiere aprender a tocar la bandurria y así ir con todos ustedes por las calles del pueblo alabando a la Virgen Santísima, cada sábado.

- Me parece muy bien. Déjame Andrés que vea la bandurria y te la afine. Esta vieja bandurria es muy buena. Es de Miguelito Rodríguez, de Córdoba, artesano que las fabrica y vende a todo el mundo. Un genio de los instrumentos de cuerda. ¿Cómo la han conseguido ustedes?

- Era de mi suegro, que se la regaló a mi mujer cuando era joven para que aprendiese - dijo don Carlos.

- Te voy a dejar una bandurria de la Hermandad con su clavijero metálico, y verás qué bien te va con ella. Además te voy a dar un papelito con el esquema de los trastes del mango de la bandurria y dónde debes de poner los dedos para que salgan las notas. Tú lo estudias en casa y ya verás qué pronto aprendes nuestras canciones de alabanza a la Virgen de la Aurora. Y guarda esa bandurria que es una joya. Cuando ya sepas, la usas, pero mientras tanto tenla bien guardada en tu casa y no la vendas por nada del mundo.

Y Antonio, el director de los Hermanos de la Aurora, le dio un papelito donde se veían dibujos de los trastes de la guitarra sobre el mango, y los números a los que correspondía cada nota.

A la sacristía de la Aurora se accedía por una vieja y gruesa puerta por el costado de la iglesia. Tras recorrer un estrecho pasillo se entraba en la sacristía de la iglesia. En el pasillo había colgados sobre unas alcayatas unos grandes faroles de cristales muy hermosos, y otros más pequeños. También, por aquel estrecho pasillo, al fondo, había una escalera que subía hasta el coro de la iglesia barroca, en cuyo altar mayor estaba entronizada la Santísima Virgen de la Aurora.

Y comenzó la gente a llegar con sus instrumentos musicales, hasta que la sacristía se llenó por completo. El director les dijo:

- Muchachos: afinad los instrumentos y ponerlos a punto porque hoy quiero que toquéis mejor que nunca en honor de nuestra queridísima madre la Virgen de la Aurora.

Y aquel hombre muy piadoso y amante de la Virgen le cayó simpático a Andrés, porque más que un director de rondalla, estaba ante un hombre muy devoto de la Virgen. Y se le veía en como cantaba y en cómo miraba a la madre de los auroros.

Afinados los instrumentos, hicieron una pequeña prueba, y satisfechos pasaron a la iglesia, donde a los pies de la Aurora de los Cielos, comenzaron a tocar y cantar al inicio de la peregrinación sabatina por el pueblo:

Sacerdote, ministro de Cristo,
sólo con tus manos elevas a Dios;
y lo bajas del Cielo a la tierra
con cinco palabras de consagración.
Tened atención
que por chica que sea la hostia
tiene cuerpo y sangre de nuestro Señor.
- ¡Viva la Virgen de la Aurora!

Después se conformó la cuadrilla de auroros que estaba formada por varias bandurrías, incluida la de Andrés, dos guitarras, un laúd, una flauta, la pandereta, un violín, y las campanillas, un par. Bastante gente acompañaban a los que tocaban e iban cantando y acompañando.

Y cada uno se aplicaba al instrumento, a la vez que cantaba la copla dedicada a la Madre de Dios. Y era tal el entusiasmo que ponían en ello, que el aire ayudaba a que aquellas voces llegaran a sitios muy lejanos de donde se producían, y los dormilones, en sus camas, se despertaban escuchando aquellas canciones a la Virgen, que les transportaban casi hasta las mismas puertas del cielo.

Y con el frío de la madrugada, el agua que salía del pilón de la Cruz de la Aurora se estremecía convirtiéndose en hielo de duro cristal, que en el suelo blanqueaba, formando pámpanos, que los niños, al día siguiente pisaban, oyendo su crujir al romperse.

Y siguieron los auroros y acompañantes por la Carrera de Álvarez cantando coplas a la Santísima Virgen de la Aurora. Y las gentes seguían con respeto a tan santa comitiva. Algunos, ya dormidos, dada la alta hora de la noche, se levantaban y abrían los postiguillos de la ventana para ver el cortejo de auroros cantando por la calle; otros abrían las puertas de sus casas y sacando una botella de aguardiente, la ofrecían a los auroros para mitigar el frío de la noche.

Si la Aurora se viniese a **Priego**,
a un rico palacio se vendría a vivir;
a una casa en que dando las doce,
las puertas del Cielo se quieren abrir.
Hermanos, venid,
a rezarle el Rosario a la Aurora,
si el Reino del Cielo queréis conseguir.

Y siguieron por la Ribera camino de la calle del Río, a la puerta del bar, que llaman "Río", lleno de gente, y se pararon a cantar otra canción. Las gentes que llenaban el bar salían a la calle para escuchar las canciones en honor de la Virgen de la Aurora:

CAPÍTULO XXXVII

El demonio como es tan maldito,
agarró una piedra y quebró un farol;
y salieron los padres franciscos
le correataron hasta el **Callejón**.
Ya no hay mejor don
que tener amparo a María
rezando el rosario con gran devoción.

Y continuó la comitiva de auroros, todos con respeto y devoción, calle arriba, hasta la puerta de la Iglesia del Carmen, donde entonaron otra canción. El párroco, don Rafael, salió a recibirles, y cantó con ellos:

Dios os guarde, caros misioneros,
que errantes ovejas venís a buscar.
La Pastora divina de **Priego**
está en vuestra puerta, y gracias os da.
Porque vuestro Imán,
por doquiera que vais,
su palabra llena de unción santa
grandes frutos da.

Bajó un ángel sagrado a María
un viernes de Marzo al nacer el Sol,
y le dijo “Llena eres de gracia:
hoy concebiréis al Hijo de Dios”.
Y le respondió
¿Como puedo yo ser madre y pura,
si no he conocido obra de varón?

Ya La Aurora sube la montaña
y alegre compañía va a hacer a Isabel.
Santifica al Bautista en el vientre
y su alma engrandece a Dios, nuestro Bien.
Llenos de placer
te cantamos glorias y alabanzas
pues por Ti nos vino el consuelo y bien.

En el punto de la media noche,
estando María puesta en oración,

con el rostro mirando al Oriente
dío a luz esta Aurora al Divino Sol.
Cese la aflicción,
que habitando está yá entre nosotros
El Divino Verbo nuestro Salvador.

Al cumplirse los cuarenta días
de Aquel que entre pajas en Belén nació
lo presentó su Madre en el templo
y recibe en brazos feliz Simeón.
Y *profetizó*
que al cumplirse los treinta y tres años,
que padecería su muerte y pasión.

Con la Madre busquemos al Hijo
porqué así de fijo le hemos de encontrar.
Que al guiarnos la luz de esta Aurora
le hallaremos ahora y en la Eternidad.
En el templo está
donde enseña y oye las lecciones
a sabios doctores de la Antigüedad.

Y se inicia el camino de la Fuente del Rey ya bien entrada la madrugada, y a los pies de la Santa Virgen de la Salud, la auténtica, los auroros, tocan y cantan a la Santísima Virgen:

Hermosa Madre de Cristo,
que crió con gracia a Jesús Salvador,
pide por nosotros pecadores
para que nos abra las puertas del cielo
camino de la salvación.

Terminada esta copla, los auroros descansan y echan un traguito de anís de Rute para entrar en calor debido a las bajas temperaturas de la noche, y después, sentados en las gradas de la Fuente del Rey, amenizan a los asistentes con canciones fuera del repertorio de los auroros.

La Fuente del Rey, con sus aguas danzarinas, pone algo de música a la madrugada, al correr camino de la escalinata que desemboca en un gran sumidero, donde alguien, alguna vez, encontró peces. Unas palomas, asustadas por el ruido de la gente, salen volando, pero la oscuridad de la noche las detiene y vuelven al alto árbol que las

CAPÍTULO XXXVII

acoge.

Y Andrés, toma nota de todo, y no pierde detalle, pues, ya, con el ejercicio practicado en su casa con la bandurria, toca algo de las Coplas a la Virgen de la Aurora. Y en la soledad de la noche, recuerda haber visto en la fábrica de tejidos de Velástegui, una libreta con notas de contabilidad en la que había anotadas las coplas de la Virgen de la Aurora, y que alguien, algún día, debería de encontrar aquel manuscrito, que conformaría un hermoso libro.

CAPÍTULO XXXVIII

Era la época de la cosecha de las aceitunas, que esperaban en los olivos, verdes, a que las últimas aguas les dieran el toque maestro, y orondas, y con su color avioletado, eran recogidas con los varillos y varas por los aceituneros, y envasadas en sacos de cincuenta kilos de rafia, que eran cargados en los mulos, camino del molino.

Y los campos eran una continua peregrinación de los aceituneros a los tajos, aplicándose a la labor de la recogida de la aceituna para llevarla a la almazara.

Y los campos que rodeaban al pueblo eran un semillero de agricultores por todos los sitios afanados a tan hermosa y loable tarea. Mientras, los mulos, algunos trabados, para que no se escaparan, mordisqueaban la hierba que a ellos les gustaba para reponerse de la tarea del trabajo arduo.

Y los colorines, fríos de aire, casi helados, en lo alto de las ramas, en las puntas de los olivos, cantaban muy tímidamente para sacarse del cuerpo el frío helado que los azotaba en espera de tiempos mejores donde hasta las plumas les estorbarían.

La Tiñosa, lejana y sola, altiva, desafiaba los vientos helados que la azotaban, y como castigo, congelaba y descargaba su agua sobre su cumbre coronándola de blanco.

Las gentes, los olivareros, decían:

- La Tiñosa está nevada. Año de nieves, año de bienes.

Las tierras más bajas, celosas, también querían la nieve para sus campos para vestirlos de Navidad, pero la Tiñosa, que velaba por los lugareños, la alejaba de los olivares, salvando a las aceitunas de helarse y perderse.

Y en los molinos, la aceituna que les llegaba, se molturaba, y la que no, se almacenaba en trojes, donde se compactaba hasta que le tocaba el turno de ser pisoteada por el empiedro para sacarle hasta la última gota de caldo.

Y toda la vida del pueblo casi giraba en torno al aceite de oliva, y su fabricación, que se almacenaba en trujales, alberquillas, bidones, cántaras, y depósitos, debidamente clasificado por su acidez para su posterior venta. Y la gente, si podía, compraba aceite para todo el año, que guardaba en la despensa de su casa en un bidón, de donde se iba sacando para todo el año para la comida.

El aceite se medía por arrobas, y se pesaba también por kilos, siendo la capacidad de un trujal, construcción hecha en el suelo excavado en la roca y revestido de azulejos, de unos 25.000 kilos. Había 16 trujales en el molino donde trabajaba don Carlos, y depósitos de hierro, que se alineaban a lo largo de toda la bodega, en

CAPÍTULO XXXVIII

cantidad de unos 40, de unos 3.500 kilos, bidones grandes, de 500 kilos, antolillas de 200 kilos, y numerosas cántaras para llevar el aceite a las casas de los socios de la cooperativa. También había unas cuarenta alberquillas que eran las primeras que recibían el caldo que salía de las prensas, cargado de agua y aceite. En ellas se separaba el agua, o alpechín, del aceite. El maestro del molino abría un grifo que tenía la alberquilla en su base para dejar escapar el alpechín que estaba abajo al alcantarillado hasta el río Salado que se teñía de color oscuro. Cerraba el grifo cuando salía el aceite.

Fray Bonifacio, **Bonifacio Bonillo Fernández**, religioso de la Orden de San Juan de Dios, nacido el 14 de mayo en 1899 en Cañaveruelas (Cuenca) y fallecido en Córdoba el 11 de septiembre de 1978. Postulante infatigable, colaboró en gran medida a la construcción del Hospital de San Juan de Dios de Córdoba.

Nació en Cañaveruelas, en el corazón de la Alcarria (Cuenca), ingresó como postulante y novicio en 1924 en los Hermanos de San Juan de Dios, al tomar los hábitos ejerció en Madrid y Bilbao (1926- 1929) como «limosnero». Llegó a Córdoba el 12 de agosto de 1935, para ejercer el mismo cometido de «limosnero», encomendado por sus Hermanos de San Juan de Dios. Fue conocido popularmente por su labor como postulante para los niños acogidos en el Hogar y Clínica San Rafael, actual Hospital de San Juan de Dios, consiguiendo no sólo obtener dinero para la construcción, sino que abarató los costes del mismo.

Se le veía sentado en la puerta del Círculo Mercantil o el **bar Savarín** esperando la llegada de algún rico industrial o labrador para pegarle el “**sablazo**”. La túnica que llevaba era negra tirando a parda y su sombrero descolorido de cura, ambos los portaba con dignidad, dado que eran para él una forma de demostrar su pobreza, ya que “**no necesitaba nada para él**”. Siempre le acompañaba una cartera de mano para el papeleo o para guardar las limosnas. Llamaba la atención su semblante bonachón y su porte semejante al del **buen Papa Juan XXIII**. El rostro lo tenía curtido por los soles de la Campiña a cuyos cortijos iba con un Land Rover a pedir limosna en especie.

Era la bondad y la modestia personalizada. Tuvo un gran amor a todos, sin distinción de clases sociales, ni personas. Se entregó en cuerpo y alma de una forma total por la causa de los niños enfermos, pues no puso fronteras para nadie, dado que era un hombre universal. Llevó a efecto como buen discípulo el mensaje de sus dos grandes maestros **Jesús de Nazaret** y su hermano **San Juan de Dios**. Su gran virtud fue ser amable y cariñoso con todos, demostrando su amor hacia sus semejantes pero especialmente a los niños enfermos y pobres.

En el año 1972 se le concede la **Cruz de Beneficencia** por su meritoria labor en pro de la infancia.

Fallece en Córdoba el 11 de septiembre de 1978 estando enterrado en la capilla del Hospital de San Rafael.

En su recuerdo, el Ayuntamiento de Córdoba le dedicó una calle. También en Fernán Núñez existe una calle en su honor.

Tico medina lo llamó “**El sablazo de Dios**”; la gente del pueblo “**Fray Garbanzo**”; el que fuera vicario de la diócesis Juan Jurado Ruiz al morir lo calificó de “**Roble abatido**”; el Sindicato de Comisiones Obreras lo bautizó como “**Obrero de su fe en el amor a los desvalidos**”; Francisco Solano Márquez Cruz lo nombró de “**Excelentísimo**”

Limosnero".

Su biógrafo Juan Muñoz Cascos decía de él:

“Se mostraba incansable en su diario peregrinar por las calles de Córdoba. Casas, oficinas, bares y comercios son visitados con asiduidad. También prácticamente todos los pueblos de la provincia. Incluso hablaba con los proveedores y no solamente consigue aplazar las fechas de pago, sino que también logra abaratar los precios”.

El apodo de "**Fray Garbanzo**", según cuenta su biógrafo le provenía de la siguiente anécdota, ocurrida al principio de la Guerra Civil:

Salía de un cortijo con una monja; ella llevaba un cordero, mientras a él le habían dado un saco de garbanzos. En la puerta, encontraron a un grupo de individuos armados - milicianos- que se comieron el cordero, le quitaron los garbanzos, los ataron a unas mulas y los humillaron. Bonifacio reconoció al padre de uno de "sus niños". —Si esto me lo hubieran hecho cuando su hijo se encontraba allí, se habría muerto de hambre; la oveja que os acabáis de comer y los garbanzos se los quitaban a los pobres niños enfermos -. Se hizo el silencio y el hombre ordenó: —Dadle el saco de garbanzos a Fray Garbanzo -.

Se cuenta que al visitar a una señora para pedirle limosna para su obra, le preguntó:

- *¿Cómo reuniría tanto dinero?, a lo que él contestó:* Hermana, la Providencia nunca falla

Abordó a Manuel Benítez Pérez “El Cordobés”, tras un éxito taurino, con estos versos:

*Paisanos del Cordobés
de Manolete y el Guerra
a ver si sois generosos
y me soltáis bien las perras.*

Fray Bonifacio, atento a los olivos, sabía de la época en que las aceitunas se convertían en delicado y salúfero aceite con que mejorar la salud de sus niños acogidos en el Sanatorio de San Rafael, en la capital cordobesa, tan necesitados, ya que eran la mayoría hijos de familias pobres y sin recursos.

Y cuando llegaba el momento cogía su viejo y destartado Land Rover para dirigirse a los molinos de los pueblos de Córdoba, y a los cortijos, en busca de provisiones, y que si le daban un conejo, o una pareja de gallinas, varias tórtolas, un saco de garbanzos, uno de habas, algo de trigo, higos secos, harina, patatas, queso, chorizos, un salchichón, unas morcillas, algún jamón, iban para adentro del Land Rover.

Andrés fue testigo de la llegada del Hermano Bonifacio al Molino de la Purísima en Priego de Córdoba situado en el barrio de la Aurora, o, mejor dicho, en la Puerta Graná.

El molino de la Purísima era un molino grande, con una entrada amplia cubierta que daba a un patio donde se atrojaba la aceituna, si no se molía a tiempo, pues a veces, entraba más de la que las piedras del molino podían moler.

Al principio había que descargar los sacos de la aceituna de las bestias a mano, ya que venían cargadas desde los olivares, para depositarlos en una pequeña báscula

CAPÍTULO XXXVIII

donde se pesaban. Más tarde, con el tiempo se compró una gran báscula de 25.000 kilos de la marca Pibernat de Barcelona. Ésta pesaba animales y carga, y expedía un ticket con el bruto del peso. Después, a la vuelta, vaciada la aceituna, se volvía a pesar todo, y se imprimía la tara, saliendo así el neto para el olivarero. Era una gran báscula de unos ocho metros de longitud y unos cuatro de ancho en la que se podían pesar hasta camiones.

En el patio, en un extremo estaban las alpechineras, a las que se bajaba por una escalera, y donde se retenía el alpechín de las aceitunas para quitarle el aceite que se había escapado de las alberquillas, al sangrarlo; o, sea, separar el aceite del alpechín, yendo éste al alcantarillado que lo llevaba hasta el río, que tomaba en el tiempo de la campaña de la molienda de la aceituna un color oscuro que hacía imposible todo tipo de vida animal.

Calle abajo, había una casa donde cogían el alperchín que bajaba por el alcantarillado para sacarle el aceite que se hubiese escapado del molino para venderlo a empresas que se dedicaban a su comercialización, porque quieras o no, el aceite, al sangrar las alpechineras, siempre se escapa algo. Hubo gente en Priego que se hicieron ricos con este trabajo.

A la derecha del patio había un gran pilón donde salía agua todo el día, y al lado, por unas escaleras, se entraba en el molino por una puerta de cristal e hierro.

Por encima del pilón había una gran tolva donde se depositaba la aceituna, que una vez lavada, y limpia de hojas y piedras, era subida por medio de una cinta transportadora hasta el empiedro.

Lo primero que se veía al entrar en el molino era el empiedro que estaba formado por tres grandes piedras, de forma cónica, que giraban alrededor de un eje, y sobre las que caía la aceituna, que en contacto con las piedras, se hacía masa, que pasaba por medio de una pala sujeta a los rulos, a las batidoras, donde la masa se batía y pasaba a las vagonetas donde se echaba en los capachos.

Había dos batidoras en el molino que daban masa a cuatro grandes prensas, en las que entre capacho, y capacho, colocado sobre un eje, se prensaba la masa que soltaba el aceite mezclado con el alpechín que iba a las alberquillas, donde se sangraba para dejar el aceite libre, que después llegaba a los depósitos, o a los trujales, para su decantación y venta.

La figura grande del monje de San Juan de Dios, que tenía el corazón más grande, si cabe, que el cuerpo, el hermano Bonifacio, con su sotana y su sombrero, con el cinto a la cintura, apareció por la puerta de la oficina donde don Carlos trabajaba, llamando suavemente a la misma:

- ¿Se puede, don Carlos?

Don Carlos miró para ver de quien se trataba a través de los cristales de la puerta de la oficina.

Cuando vio que era el Hermano Bonifacio, se levantó de la silla, y le dijo: “pase Hermano Bonifacio, sea usted bienvenido a esta casa”.

- ¿Qué es lo que le trae por aquí?

- Mis niños, pobrecitos, están muy malitos, y no tienen medios, es por lo que me he

llegado hasta aquí para ver si me pueden dar algo de aceite.

Don Carlos cogió el teléfono y habló con el Presidente de la Cooperativa, don José Portales, hombre muy piadoso, quien le dijo que le diese ocho arrobas del mejor aceite de la cooperativa para los niños del Sanatorio de San Rafael.

- Bien, hermano: Ha dicho el Presidente que le dé ocho arrobas de aceite. ¿Ha traído el coche?

- Sí; ahora mismo lo entro en el patio del molino y le saco las cántaras para que me eche el aceite. Tengo que correr porque debo de visitar algunos otros molinos a ver si completo la carga y nos vamos para Córdoba porque no quiero que se haga muy de noche porque está la carretera muy mala y no sabe uno lo que puede pasar.

- Hermano, le preguntó Andrés: ¿es verdad que hay bandoleros por los caminos y que lo han atracado a usted por esos campos?

- Sí que hay mala gente, pero la mayoría es buena como la de este molino que siempre que vengo me dan algo para mis niños enfermos del Sanatorio de San Rafael.

- Pero, a usted, hermano, ¿le han robado alguna vez lo que llevaba para los niños?

- Pues sí; me trataron de robar una vez, pero al decir a uno de los ladrones que su hijo se había curado en el Sanatorio, dijo a los que le seguían que devolvieran lo robado.

- Pero hermano, ¿es verdad que usted guarda entre los hábitos un pistolón para defenderse de los ladrones?

- No, no. Yo no llevo nada de eso. Mi religión no me lo permite: "Amaos los unos a los otros" es el mandamiento principal que nos mandó Jesús que cumpliéramos. ¿Para qué iba yo a querer una pistola?

Y dándole unas palmaditas en la cara a Andresito, el Hermano Bonifacio, todo bondad, se marchó con destino a otros lugares donde le dieran algo para sus pobres niños del Sanatorio de San Rafael.

Y Andrés, se quedó pensando en aquel hombre santo dedicado toda su vida a correr los caminos de los campos, los cortijos, y las calles de las ciudades, siempre en busca de alimentos para aquellos niños hijos de los pobres que no tenían nada para curarse.

Un limosnero, un santo, como San Juan de Dios, que algún día la Iglesia tendrá que elevarlo a los altares, ya que entregó su vida a los más pobres, los que no tenían nada, sin querer nada para él, viviendo humildemente, y muriendo con lo puesto, sin dejar pertenencias ni dinero para sus herederos a su muerte; sólo la gran labor realizada a lo largo de toda una vida: la ayuda a los más necesitados.

Contaban por Córdoba, que el hermano Bonifacio andaba por el centro alrededor de bares y restaurantes buscando al rico al que pedir para sus niños pobres, para su curación.

Un día, un ricachón de aquellos que ataban con una goma la cartera para que no se le cayeran los billetes, entró a comer a un restaurante. El hermano se acercó a pedirle algo para sus niños. El rico se le resistió, y no le dio nada, gastando mucho dinero en comida y bebida con los amigos a los que invitó.

A la salida, el Hermano Bonifacio, dolido por el desaire para con los niños pobres del

CAPÍTULO XXXVIII

sanatorio, le dijo:

- ¿No me vas a dar nada para los niños pobrecitos? ¿Quieres que le diga a tu señora que el otro día estuviste con ...?

- Venga hermano, tome estas mil pesetas, y deje tranquila a mi señora.

- - Que Dios se lo pague, y vaya al cura y se confiesa, ¡y no lo haga más, que la señora Pepita es muy buena, caritativa y piadosa!

- Algún día, cuando yo sea mayor, buscaré a un amigo para que escriba la historia del bueno de Fray Bonifacio, para que sepa la gente, que en pleno siglo XX, todavía se hacen santos; sólo hay que querer serlo, y hacer lo posible para conseguirlo.

CAPÍTULO XXXIX

Y Priego, se llenó de cánticos en las iglesias, en la calle, en las casas, de incienso, de repique de campanas, del espíritu misionero, que recaló en la ciudad para llamar a la conversión a los prieguenses que se habían alejado de la Iglesia.

Y el pueblo se llenó de predicadores que en las iglesias predicaban la palabra de Dios e invitaban a los feligreses al arrepentimiento personal, mejora, y a la conversión de sus almas hacia Jesús crucificado.

Y antes del comienzo de la misa en la que se pronunciaría el sermón por el predicador de turno, la calle se llenaba de gente que conformaba una gran procesión, que era precedida por el repique de las campanas al inicio de la mañana, con la Santa Cruz al frente de la misma llevada por un monaguillo, y le seguían los misioneros, sacerdotes del pueblo, asociaciones de la iglesia, cofradías, y pueblo creyente, que rezaban el rosario parándose en cada estación, cantando canciones que invitaban al arrepentimiento, caminando por el pueblo para despertar a los que cómodos en sus camas, decidían seguir durmiendo y no atender a las súplicas a la conversión diciendo que todo aquello era un cuento chino.

Y el pueblo, todo, se llenaba de cantos, de rezos, de incienso que los monaguillos aireaban a los cuatro puntos cardinales llenando las calles de un aroma oriental que recordaba al Israel primitivo por donde discurría el Salvador.

PERDONA A TU PUEBLO SEÑOR

Perdona a tu pueblo

Perdónale Señor

No estés eternamente enojado

No estés eternamente enojado

Perdónale Señor

Por tus profundas llagas crueles

Por tus salivas y por tus hieles

Perdónale Señor

Por tus heridas de pies y manos

CAPÍTULO XXXIX

Por los azotes tan inhumanos
Perdónale Señor

Por los tres clavos que te clavaron
Por las espinas que te punzaron
Perdónale Señor

Por las tres horas de agonía
En que por madre diste a María
Perdónale Señor

Por la abertura de tu costado
No estés eternamente enojado
Perdónale Señor.

Y la gente, pueblo cristiano, cantaba, cirio en mano, con piedad, y luz de velas, oscuridad de la noche, antes de la amanecida, con frío gélido, tiritones, pero mucha fe, con mucha plegaria al Salvador por la misión, para que fructificara, perdón Señor, Perdona a tu pueblo, Señor.

El 13 de mayo la Virgen María,
bajó de los cielos a Cova de Iría.
Ave, Ave, Ave María.
Ave, Ave, Ave María.

A tres pastorcitos la Madre de Dios,
descubre el misterio de su Corazón.
Ave, Ave, Ave María.
Ave, Ave, Ave María.

El Santo Rosario constantes rezad,
y la paz del mundo el Señor dará.
Ave, Ave, Ave María.
Ave, Ave, Ave María.

Haced penitencia, haced oración,
por los pecadores implorad perdón.
Ave, Ave, Ave María.
Ave, Ave, Ave María.

Mi amparo a los pueblos
habré de prestar,
si el Santo Rosario
me quieren rezar.
Ave, Ave, Ave María.
Ave, Ave, Ave María.

El pueblo allí congregado cantaba con fuerza, con fe, siguiendo a sus pastores por la calle, mientras el aire gélido de la mañana se ensañaba con los fieles animándoles a desertar e irse a la cama donde les esperaba el mullido y calentito colchón.

Y los cirios encendidos de los llamados a la misión formaban un reguero de luz zigzagueante que permitía ver en la oscuridad de la mañana dejando un camino de cera en el suelo, sobre los adoquines.

Y volvían las canciones:

Tú has venido a la orilla,
no has buscado ni a sabios ni a ricos.
Tan sólo quieres que yo te siga.

Señor, me has mirado a los ojos,
sonriendo has dicho mi nombre.
En la arena he dejado mi barca:
junto a Ti buscaré otro mar.

Tú sabes bien lo que tengo,
en mi barca no hay oro ni espadas,
tan sólo redes y mi trabajo.

Tú necesitas mis manos,
mi cansancio que a otros descansa,
amor que quiera seguir amando.

Tú, pescador de otros mares,
ansia eterna de almas que esperan.
Amigo bueno que así te llaman.

Y los sacerdotes, y los mejores predicadores, se subían al púlpito de las iglesias, y ante un auditorio receptivo, compungido, echaban al aire sus sermones, que eran escuchados con humildad por los feligreses, que cabizbajos, en el banco de la iglesia, se reconocían pecadores, y prometiendo enmienda tras la confesión de sus pecados al

CAPÍTULO XXXIX

confesor, como penitentes contritos.

En el púlpito de la Iglesia de la Asunción, el predicador de turno, un hombre muy elocuente, sabio, se dirigía a los fieles que habían acudido de todas las partes del pueblo a escuchar su sermón, que no era algo espontáneo, sino que requería una preparación de varias horas, alguna de rodillas, pidiéndole a Dios que le ayudara a convencer a los pecadores de la necesidad de dejar el pecado y convertirse a la santidad, de dejar de ser pecadores para alcanzar el cielo por la oración, las buenas obras, y la penitencia.

Y este predicador no era un cualquiera sin apenas estudios, sino que era licenciado, filósofo y teólogo. A veces pasaba grandes horas ante el crucifijo, y hasta una noche entera sin dormir pensando en lo que iba a decir a la gente al día siguiente para que hiciera mella en sus almas y se convirtieran dejando el pecado y abrazando el arrepentimiento camino de la santidad.

¿Porque de qué le sirve a la gente ganar todo el mundo si pierde su alma?

- ¿Para qué sirven las posesiones, las propiedades, el dinero, la fama, si todo se va a quedar aquí en la tierra?

- ¿Creéis que os van a meter en la caja el dinero que atesorasteis en la tierra para tratar de comprar un sitio en el cielo?

- No os van a preguntar en el cielo, a la hora del examen, si tenéis dinero, cuántas casas comprasteis, cuantas fincas poseísteis, cuanto del mundo fue vuestro, las batallas en las que participasteis, los títulos que alcanzasteis, los honores que conseguisteis.

- ¡Nada de eso sirve para entrar en el cielo y alcanzar la vista de Dios junto a su Madre, los Santos, Beatos, Padres de la Iglesia, Confesores, ángeles, arcángeles, serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes y potestades!

- Sólo las grandes obras para con el pobre, la caridad para con el hermano caído, la ayuda desinteresada para el que lo necesita; ¡sólo eso es lo que vale para entrar en el cielo! y amar a Dios sobre todas las cosas!

Y la gente, sin que se sintieran sus pisadas sobre el suelo, dolidos por sus pecados, se dirigían hacia el confesionario, donde el sacerdote oía en confesión al arrepentido pecador.

Y llegada la comunión, varios sacerdotes la repartían a los asistentes, entregándose una estampita como recuerdo de la Santa Misión a los comulgantes.

Después durante mucho tiempo se oiría hablar por todo el pueblo de los días de la Santa Misión, de sus efectos sobre la población, y de la multitud de conversiones que había habido de gentes que se habían apartado de la Iglesia, y ahora volvían al verdadero camino de la salvación.

CAPÍTULO XL

Y llegaron las nieves a Priego tras un largo período de invierno fuerte, con mucho frío y abundantes lluvias, y la nevada que tiñó de blanco toda la ciudad, y el campo, presentaba unos olivos vestidos de blanco, ¡la novia de Priego!

Y había nieve por todas partes saliendo los pequeños y no tan pequeños a jugar con la nieve en las calles haciendo muñecos con ella.

Y en la Carrera de Álvarez, justo en el cruce con el Paseo de las Rosas, unos muchachos se entretenían en hacer un monigote de nieve, tan grande, un gigantón que superaba su altura, y al que le pusieron una escoba en las manos, un cinturón de color negro en la cintura, y hasta un puro, que una persona mayor le colocó para la diversión de los pequeños en la mismísima boca. Su nariz era larga, pero se le caía de vez en cuando, por la poca consistencia de la nieve, así, que, alguien de los de allí, que jugaban con el muñeco, se le ocurrió ponerle un alambre dentro, para darle consistencia al apéndice mayúsculo.

Y tampoco le faltó su sombrero de campesino, de ala ancha, que le cubría gran parte de la cabeza, y para que se le vieran las orejas, grandes, grandes, le dieron volumen a la cabeza hacia arriba como si de un pepino se tratara.

Y los muchachos empezaron a dar vueltas alrededor de él, y a tirarle bolas de nieve, la mayoría de las cuales le impactaban en el cuerpo, y hasta en la cara, poniendo en peligro su fisonomía.

Andrés, que participaba de la fiesta de la nieve, tiraba las veces que podía, y tiraba a acertar, hasta que alguien de los niños, dijo:

Andrés: no tires tan fuerte que vamos a romper el muñeco y tendremos que hacer otro, con lo que nos ha costado.

Si yo no tiro tan fuerte, le tiro bolas pequeñitas.

Al muñeco, al muñeco de nieve,
el que quiera que juegue y juegue,
tirándole bolas de nieve,
y como nos lo regaló
el frío viento del norte,
bolas de nieve hasta que bote.
Al botín, al botón,

CAPÍTULO XL

que el muñeco de nieve
es un tontorrón.

Al botín, al botán,
que el muñeco de nieve,
¡caiga ya!

Al botín, al botán,
nieve viene, nieve va,
que el muñeco de nieve,
al suelo se irá,
y si van con fuerza las bolas,
más pronto caerá

Bolas de nieve,
hasta la cabeza,
porque al muñeco de nieve,
¡poco le pesa!

Bolas de nieve contra la barriga,
que aunque la tiene atada,
se le verán las tripas.

Al botín, al botán,
las bolas de nieve, lo van a trepar.

Pero el gracioso y simpático muñeco de nieve, que se había compactado por el duro frío que empezaba a hacer en la Carrera, aguantaba impávido las bolas infernales que le llegaban a su cuerpo, de agua helada, y no le hacían ni gárgaras...

Y como en todos los sitios del mundo hay aguafiestas, un gamberro, de edad crecida, del extrarradio, que pasaba por allí, ajeno a la amistad del grupo que jugueteaba con el muñeco de nieve, se metió por el callejón que daba a la parroquia de la Asunción, y entrando en un solar de una casa derruida, agarró un peñón de grandes dimensiones, y, hablando en alto, dijo: Al monigote ese de mierda que habéis hecho me lo cargo de una pedrá en toa la cara.

Y ante el terror de los que jugaban con el muñeco, que veían cómo el grandullón aquel les iba a privar de su juego, el gamberro cogió correndilla, tanta, que por poco llega a la Cruz de la Aurora, y poniéndose muy cerca del muñeco, le zampó tal porrazo en toda la cabeza, con el peñón, que el muñeco se derrumbó en el suelo formando un gran montón de nieve del que sobresalía parte del sombrero, un trozo de puro, algo de correa, y corriendo, y echando por su boca palabras malsonantes, iba, como alma que lleva el diablo, riéndose a carcajadas.

- Señoritos de mierda. Se acabó el juego con el muñeco.

Y sin ganas de hacer otro muñeco, por la energía que habían puesto en su

fabricación, los muchachos, con Andrés, desolados, se repartieron por sus casas contando lo que les había sucedido.

Doña Rosario, madre amorosa, trató de consolar a Andrés por la ruina total del muñeco de nieve, y dándole muchos besos, le dijo:

- No te preocupes, Andresito, que yo te voy a alegrar la vida hoy, y de qué manera. Toma la cubeta que hay en la despensa y te la traes llena de la nieve más fresca que encuentres, y que no esté pisoteada, que vamos a hacer helado.

¡Helado, mami, helado! ¡Viva mi mami!

Y agarrándose a su mami, querida, guapa, hermosa, no dejaba de darle besos, uno tras otro, tal era el cariño que sentía por su madre querida, la madre de su alma y madre que velaba sus sueños, la que le cuidaba con mimo, le lavaba la ropa, lo adecentaba para ir al colegio, le enseñaba las primeras oraciones. le hacía comiditas de la que a él le gustaban, la que le ahuyentaba los terrores nocturnos cuando el bicho monstruoso trataba de agarrarle, y él corriendo y más que corriendo, se despertaba en el momento que lo iba a empitonar por la barriga metiéndole los cuernos, estando su madre siempre a su lado para llevarlo a su cama, donde al lado del padre, no había miedo que temer, en aquel paraíso de lana para los tres.

Y Andrés pensaba que era un niño privilegiado, porque con aquellas penurias que se veían en otras casas, tiempos malos para otros, de años de sequía, a ellos, no les faltaba lo más importante, y siempre tenían algo que comer, ropa para vestirse, picón para calentarse, y un techo donde alojarse. Y Andrés pensaba qué ocurriría cuando le faltaran sus padres, cuando sus queridos padres se fueran a la Casa del Padre, ya cumplido su periplo vital, qué sería de él, cómo podría conformarse con que Dios lo dejara huérfano en este mundo sin su ayuda, sin su soporte, y hacía cálculos con los dedos de las manos, y pensaba, que no estaría tanto tiempo con sus padres queridos, que a lo sumo, serían veinte o treinta años, que pasarían rápido, que se casaría, que tendría hijos junto a la mujer amada, y una vez, cuando la parca decidiera llevárselo, estarían todos juntos en el cielo esperando que todos los familiares disfrutaran en el mismo lugar del Paraíso, pasado y futuro, hablando largos ratos de las cosas que les habían ocurrido en la vida, de lo qué fue de sus hijos, lo que estudiaron, el mundo que les tocó vivir, si lograron sus objetivos, en una eternidad prometida por el Señor Jesús:

- El que cumple mis mandamientos, ése estará conmigo en el Paraíso!

Y tan absorto estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que estaba cogiendo cacas de burro que estaban sobre la nieve y las estaba echando en la cubeta, y lo notó porque estaban humeantes y aún calientes, así que, fue hasta el pilón de la Cruz de la Aurora, que estaba congelado, y vio cómo del caño colgaban chupones de hielo que tuvo que quitar con las manos, y lo lavó todo con agua, volviendo a coger otra vez nieve pura, sin añadidos puercos, para llevarla a su madre que lo esperaba pacientemente en el patio de su casa.

- ¿Por qué has tardado tanto?

- Tuve un pequeño problema.

- ¿Qué problema tuviste?

- Pensando, pensando, eché dentro del cubo de la nieve, cagarrutas de mulo.

CAPÍTULO XL

- ¡Vaya, hombre! ¿Y en qué pensabas?

- Pensaba en la muerte; en eso que la gente llama “morir de repente”, y que la gente cuenta por ahí cuando alguien se va de entre nosotros. ¿Os vais a morir vosotros de repente? ¿Me quedaré solo, mamá?

La señora Rosario no contestó a aquellas preguntas de un niño demasiado joven para andar cavilando con esas cosas. Agarró la cubeta, y vació la nieve blanca y pura en una olla de porcelana esmaltada, añadióle cáscara de limón rayado, azúcar a gusto, leche, y canela, y empezó a mover lentamente con una cuchara de palo de olivo el contenido del recipiente. A medida que iba moviendo la masa, todo se iba compactando, solidificando. Hacía un frío que pelaba. Pronto estuvo el helado hecho para delicia de los muchachos que lo degustaron a placer y pidieron más.

Ya no hay más, que vuestro padre, viene ya mismo, y quiero darle la sorpresa de que lo pruebe.

Todos, a regañadientes, se conformaron soñando cuándo volverían las nieves, cuándo, todo el pueblo y los campos se vestirían de blanco, como las novias impolutas, castas ante el altar.

Mientras tanto, si no comían helado, de vez en cuando irían a beber agua fresquita a casa del tío Rafael, al lado del campo de fútbol, que se había comprado una fresquera de madera, hermosa y grande, a la que se le echaba hielo de la plaza de San Pedro, de la fábrica de hielo, y que se transportaba en un saco de rafia. Con el hielo se conservaban los alimentos, y tenía la fresquera en la puerta, un grifo, del que salía un agua fresca como la nieve.

La fábrica de hielo de la Plaza de San Pedro, estaba situada en un pequeño local, alargado hasta el fondo, donde en unos recipientes metálicos se echaba agua de la Fuente del Rey, y con un gas, que se mezclaba con el agua, ésta, se congelaba, saliendo grandes bloques de hielo que se usaban para enfriar los alimentos y conservarlos.

Antes de que apareciera la fresquera, el hielo se almacenaba en las cumbres de las sierras, en los “Pozos de Nieve”, construcciones de piedra que se hundían en la tierra a gran profundidad, y donde se echaba la nieve en la temporada de invierno, manteniéndola hasta el verano, bajándola hasta la ciudad en burros, los “boleros”, hasta los comercios que la necesitaban para conservar los alimentos. En Murcia, en Sierra Espuña había unos 25 pozos, distribuidos por Cartagena, Murcia y don Eleuterio. La nieve se introducía dentro de los pozos en bolos muy prensados que se disponían en capas separadas por paja para facilitar su conservación. El origen de estos pozos data del siglo XVI hasta los años 30 del siglo XX en el que aparece el hielo industrial, más barato y asequible. Ahora, lo que se trata, es, de conservar estos pozos para las generaciones futuras para que puedan estudiar la “cultura del hielo”. Había “Pozos de Nieve” en toda la Península Ibérica, Baleares, Canarias, y Ronda, en la Sierra de las Nieves.

Y Andrés, estudioso y espabilado, quiso saber e investigar dónde estaban los “Pozos de Nieve” que abastecieron a Priego durante los años que antecedieron a la aparición de los frigoríficos. Y lo encontró en un escrito:

“ Tras él, con sus amigos, y en perfecta logística hacia La Tiñosa.

Un cartel informa del porqué de su nombre- manchas al igual que la enfermedad- pero Miguel nos aconseja no creerlo demasiado.

Partimos del cortijo de las Chozas.

La subida es igual de exigente, qué bonita, pues siguiendo un senderillo hermanado con el arroyuelo nos irá elevando, partiendo de un pozo de nieve, para dominar unas muy bonitas vistas y viendo el Fantasma siempre que elevemos la mirada.

No sólo Jaén tiene abundancia de olivares en grandes extensiones, aquí también pueden presumir de ello, en tierras rojas, con aceites de calidad igualmente, destacando entre ellos estos techos de la provincia: Tiñosa, Alhucema y Bermejo.

El Genil se encarga de alimentar el embalse más grande de Andalucía, el Iznájar, que divisamos desde la Tiñosa con su mancha azul que lo delata.

Tras reposar la mirada en el paisaje que nos rodea iniciamos el regreso pasando por la Cueva Morrión de paso hacia el Collado Mahína, y desde él descender a los vehículos, tras lo cual, Paco, nos tenía reservadas dos curiosidades: observar una formación aislada de jaras, así como que conociéramos el paraje denominado el Duende de la Milana en nuestro paso hacia el restaurante en donde, en agradable plática, repusimos energías.

Quedaba algo importante, estando en Priego, y era que nos enseñara esta bonita población.

Así ocurrió, y pudimos recrearnos por sus calles, monumentos, casas y fuentes, de los que, a buen seguro, los prieguenses, con razón, se deben sentir bastante orgullosos.”

La Tiñosa de Córdoba, con El Camino y Paco Parras

Y en Priego descubrió que existía una “Casa de la Nieve” donde se almacenaba tal materia procediendo de Zuheros de donde era transportada por arrieros en sus bestias hasta el pueblo, y quizás también dicha casa acopiara nieve del “Pozo de Nieve” de la Tiñosa.

Y la nieve y el frío, que no siempre es bueno, a pesar de aquello que dicen, de, “Año de nieves, año de bienes”, se ensañó con el pueblo produciéndose una de las heladas más grandes que se hayan conocido por la zona, “quemando” gran parte de los olivos, los cuales tuvieron que ser cortados y reemplazados por otros. Las temperaturas bajaron hasta lo 13º bajo cero, y los olivos, duros en el frío y en el calor, sucumbieron, no aguantando ante una ola tan grande de frío, entregando sus cuerpos ancianos al hacha y al pico que descubrió sus recios tocones.

- ¡Estos fríos van a hacer mucho daño! decían los abueletes que contemplaban la nevada desde el Adarve de Priego envueltos en sus pellizas y protegidas sus cabezas con sus sombreros.

Y puestos a comentar desgracias, hay que hacer hincapié en una gran granizada, con granizos como huevos, que se ensañó con el municipio, y a día de hoy, todavía se ven las persianas con sus agujeros, que han quedado ahí como testigos de lo que

CAPÍTULO XL

ocurrió aquel día en el que los cúmulos subieron y subieron hacia arriba, hasta que el pueblo se quedó a oscuras.

- ¡Algo gordo va a pasar!

CAPÍTULO XLI

Y salió el periódico *Adarve* que dirigía don José Luis Gámiz, industrial, intelectual, y muy preocupado por las cosas de Priego, y lo trajo don Carlos, que lo puso sobre la mesa para leerlo después, cosa que aprovechó Andrés para leerlo él también cuando su padre acabó.

Era el *Adarve* del 27 de diciembre de 1953, el número 65, del Año II, que se publicaba los domingos.

En su primera página había un editorial sobre una importante reunión en la Alcaldía convocada por el Sr. Alcalde, don Manuel Mendoza Carreño, que decía textualmente:

“El lunes pasado—día 21—tuvo lugar en el Palacio Municipal una interesantísima reunión, convocada por el Sr. Alcalde de la ciudad D. Manuel Mendoza Carreño, a cuyo despacho concurrieron D. Antonio Pedrajas Carrillo, Presidente de Acción Católica y en representación del Secretariado de Caridad; D. Francisco Arnau Navarro, Hermano Mayor de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno; D. Vicente Chimentí Marzulli, de la de Jesús en la Columna; D. Rodrigo Fernández Gómez, de la de la Virgen de la Soledad; D. Antonio Calvo Lozano, de la de la Caridad; D. Jerónimo Molina Aguilera, Presidente de la Conferencia de Caballeros de San Vicente y D. Francisco García Montes, Redactor- Jefe de ADARVE.

Nuestro Alcalde explicó a los asistentes el objeto de la citación. Dijo que debería llegarse a una inteligencia entre todos para llevar a cabo una gran obra: la construcción de viviendas con destino a clases necesitadas. Así—siguió—se recogería el sentir unánime de las Hermandades y Pueblo, como fruto espléndido de los recientes días misionales y también como ofrenda a la

CAPÍTULO XLI

Santísima Virgen en ocasión del presente Año Santo Mariano.

Todos los reunidos acogieron las frases del Sr. Alcalde con verdadero cariño y pusieron a su disposición cuanto les fuera posible para llegar a la feliz realización de tan hermoso pensamiento.

Se acordó la constitución de un Patronato, que se llamará «INMACULADA», en el que formarán todos los Sres. citados y algunas otras personalidades de Priego. Las Hermandades se comprometieron a la aportación de fondos—de su recaudación de fiestas—para la construcción anual de estas viviendas, y el Excelentísimo Ayuntamiento cederá, en principio, el terreno necesario para las primeras edificaciones.

El Patronato «Inmaculada» recibirá desde este momento cuantas ofertas se le hagan tanto de prestación personal como de materiales, transportes, terrenos y toda clase de donativos, sorteándose anualmente las viviendas construidas.

Corno complemento de esta información, podemos añadir que anteayer se giró por la Comisión Organizadora una visita a los solares que cede la Corporación Municipal, estudiándose sobre el terreno el comienzo inmediato de las obras, ya que han de tener carácter de urgencia.

ADARVE pone también a disposición del Patronato su modesta ayuda económica y sus páginas, que estarán siempre abiertas para cuanta información necesite esta gran empresa, que unos hombres de buena voluntad han echado sobre sus hombros y a quienes no deberá faltar la ayuda de todos.

En la sección “Vida de la Ciudad”, había notas oficiales, Viajeros, Donativo para los necesitados, Películas de cine, Servicio de Biblioteca en el Instituto Laboral, Enlaces matrimoniales, Natalicio, Nombramiento, Movimiento demográfico.

NOTAS OFICIALES

La Comisión Municipal Permanente en sesión celebrada el pasado día 24, adoptó entre otros los siguientes acuerdos:

Resolución del Tribunal EconómicoAdministrativo Provincial sobre reclamación de la Agencia del I. N. P.

Consignación en presupuesto a propuesta del Presidente de la Excma. Diputación Provincial de 10.000 pesetas para pago de amortizaciones por construcción de dos

escuelas en las aldeas.

Comunicación del Sr. Recaudador de Contribuciones sobre fianza del Gestor Afianzado de Arbitrios.

Nombramiento interino de Médico de A. P. D. en Zamoranos a favor de D. Pedro Moreno Rivas, hecho por la Jefatura Provincial.

Expediente de constitución de la Junta Repartidora del impuesto de Zona Libre y convocatoria de la misma para el día 28.

Expediente de autorización de traslado de industria a la calle Polo por D. José Jiménez Pedrajas.

Pase de la pensión de su madre viuda de Sempere, por fallecimiento a favor de Dña. Isabel Sempere.

Se deniegan instancias de D. Miguel Pérez Mérida y D José Garófano Alcalá, sobre impuesto de agua de regadío y agua potable respectivamente.

Se accede a la baja solicitada por D. Antonio Yepes Lort.

Reconocimiento de quinquenios a los funcionarios D. Emilio Ordóñez Reina y D Manuel Bermúdez Gutiérrez.

Bajas en padrones municipales de D. Antonio Siles Luque por cierre de establecimiento de Ferretería y a don Francisco de P. López Muñoz por cese de una conducción eléctrica.

Se accede o lo solicitado por D. Antonio Montes Arenas, en lo que respecta al presente año.

Presupuesto de arreglo para la escuela del Castellar, importe pesetas 852'95. Queda sobre la mesa un escrito sobre arbitrios.

Cese por providencia de la Alcaldía del liquidador de Arbitrios y pase de estos servicios a la Intervención Municipal.

Relación de cuentas y facturan número 48 por un importe de ptas 6.958'28. Cuentas justificadas: Del Teniente de Alcalde D. José Tomás Caballero Álvarez, por la feria de Septiembre pesetas 91.723'50.

Del Teniente ae Alcalde don Francisco García Montes, por Becas para el Instituto Laboral 998'60.

Por material de Depositaria, 1.805.

Por blanqueo de la escuela de Zagrilla, 200.

Por reintegro de correspondencia en Oficialía Mayor, 250.

Premios a funcionarios: Conceder cuatro premios de 500 pesetas cada uno a los funcionarios siguientes: Señorita María Arenas Castro, Srta. Carmela Camacho Melendo D. Rafael Merino Sánchez y D. José Machado Pérez.

Veamos los viajeros:

CAPÍTULO XLI

De Sevilla D. Francisco Candil Calvo, Catedrático de la Facultad de Derecho.

De Córdoba, el ilustre Abogado don José Tomas Valverde de Castilla.

De Málaga, donde pasaron una temporada, los Sres. de Hernández Pérez (D. Arturo)

De la capital de España, Don Rafael Matilla Entrena, Secretario Nacional de Justicia y Derecho.

De Fuenteovejuna, el Notario D. José Valverde Madrid, con toda su familia.

De Madrid, nuestro ilustre amigo don Adolfo Mérida de la Rosa, De Ginzo de Limia, nuestro buen amigo D. Rafael Bergillos Arjona, Notario de aquella villa.

De Madrid, el Ingeniero de Minas D. Salvador Montoro de Castilla, en unión de su distinguida esposa.

De Boltaña, nuestro estimado amigo D. José M^a. García Ruiz

Y el Servicio de Biblioteca:

Cedida la Biblioteca Municipal al Instituto para su administración y engrosada con los libros de éste se pone en conocimiento de todos los usuarios que a partir del próximo día 11 de Enero, empezará su funcionamiento, en las siguientes condiciones:

1.º—El público deberá proveerse de un carnet de lector, que será facilitado

en la Biblioteca del Centro.

2.°—*Horas de lectura para el público:
de seis a nueve de la tarde.*

3.°—*Horas de préstamo de libros de
7 a 8. Para poder utilizar el servicio de
préstamo será preciso abonar 0'25 por
cada diez días y por cada día de retraso
en la entrega del libro abonará una
cuota de 0'10. No serán prestados los
libros de uso general y frecuente, diccionarios,
revistas, enciclopedias etc.*

4.°—*El plazo de préstamo será prorrogable
por otro período igual de
tiempo en el caso de que la obra u
obras prestadas no hubieran sido solicitadas
por otros lectores.*

5.° — *Los prestatarios responderán
del extravío y deterioro de los libros.*

• *La Bibliotecaria*

Películas y espectáculos:

Salón Victoria

Hoy a las 6, 8- 15 y 10- 30

*«Universal Films», presenta la grandiosa
producción en technicolor (menores)*

EL MUNDO EN SUS MANOS

Gregory PECK Ann BLYTH

*Desbordante de acción desde el principio
hasta el fin*

TEATRO PRINCIPAL

A las 7- 30 y 10 clamoroso éxito de

CAPÍTULO XLI

El Mundo en sus Manos

El próximo día 2,

Antonio Machín

con su ORQUESTA DE ATRACCION y
su grandioso espectáculo.

ANUNCIOS

Obra Social Francisco Franco de Falange

Relación de medicamentos y socorros concedidos por esta Obra durante el año de 1.953: 178 gramos de estreptomycin.,

2.000.000 de unidades de penicilina.

1.200.000 unidades de acucilina.

9 frascos cloromicetina de 250 mlg.

3 frascos de aureomicina.

4 frascos de farmopén de medio gm.

1 caja de Hepalvital B 12.

1 frasco de Ferrosán Elixir.

1 tubo de pomada Oftálmica de Cloromicetina.

1 frasco de Sincobrin normal.

1 caja Cloromicetina, supositorios.

1 frasco de Banthine.

1 frasco de B- complet.

1 caja de Gelbis papeles.

1 ampolla suero glucosado de 100 cc.

2 id. aceite alcanforado de 0'20 gr.

Importan estos medicamentos pesetas . . 10.071'72

Socorros y subvenciones

A la madre Carmen Luque del Divino Corazón para el mantenimiento de niños huérfanos 500'-

A la misma, para construcción de albergues para necesitados. . . 800'

A la misma, para id. id. . 500'

Gafas para un hijo de Andrés Mérida Talión 84'55

Para el Hogar y Clínica de San Rafael de Córdoba. . 500'-

A José Calvo Montoro para reparación su vivienda . 843'37

Suma y sigue. 13.299'62

Suma anterior. 13.299'62

A Francisca Expósito Rogel para idem . . . 150'-

A Zoilo Albar, para lo mismo .

A Francisco Sánchez, para idem idem .

A Manuel Pérez Aguilera, para id. id. .

A Francisca Expósito Rogel para id.

A Araceli Rogel (5 jornales albañiles)

Asilo de huérfanos de San José de la Montaña. A Gregorio Corpas, materiales para reparación de su vivienda . A Manuel Pérez Aguilera, socorro. Para caja mortuoria a pobres no incluidos en la Beneficencia .

ANUNCIOS

LIBRERÍA HILARIO ROJAS

TINTORERÍA LA ESTRELLA DE ORO

POMPAS FÚNEBRES NUESTRA SEÑORA DE FÁTIMA

Dr. EUGENIO VAZQUEZ BLANCO MÉDICO ESPECIALISTA DE GARGANTA, NARIZ Y OIDOS • Pasará consulta de la Especialidad en PRIEGO todos los lunes de 4 a 6 de la tarde en el «Hotel los Naranjos»

Nombramiento

Ha aprobado brillantemente los cursos de Mando del Grado superior en la Escuela General de Policía de Madrid, nuestro estimado y querido amigo D. Fernando Guisado Machado Inspector de 1.^a clase, el cual se ha posesionado seguidamente de la Jefatura Local de una importante rama de la Dirección General de Seguridad, para la que ha sido designado. Tanto por su merecido éxito, como por la confianza que se le

CAPÍTULO XLI

otorga al designársele para tal puesto, le felicitamos efusivamente.

Natalicio

Felizmente ha dado a luz un hermoso niño, imponiéndosele el nombre de José, D.° Carmen Calvo García esposa de nuestro buen amigo D. Manuel Morales Menjibar. Sea enhorabuena.

Enlaces matrimoniales

Han contraído matrimonio en esta Ciudad D. Carlos Abalos Medina con lo Srta. Dolores Expósito . Rojano; Don José Andrés Baena Córdoba con la señorita Antonia Ruiz González; D. José Sánchez López con la Srta. Elena Aguilera Mérida; D Francisco Mérida Aguilera con la Srta. Teresa Conde Fernández; D. Francisco García-Obledo García con la Srta. Mercedes Moreno Adamuz; D. Manuel Yévenes Comino con la Srta. Ana Ordóñez Ruiz y Don José Contreras Rojano con la Srta. Pilar Jiménez Moyano.

MOVIMIENTO DEMOGRÁFICO

Nacimientos, 6. Defunciones, 4

PÁGINA LITERARIA

LA MATANZA

*Una matanzica
es un apañico
lo cuenta la vieja
en el rinconcico.*

*Suspira la anciana
por el cochínico
criado por ella
en el patiníco.*

Y da gusto verla

*en su silloncico
contárselo todo
a su nietecico.
Pues mira, le dice,
escucha niñito,
mañana se mata
aquel lechoncico.*

*Aquel que jugaba
en el portalico
tan mono, tan guapo,
y tan peloncico.*

*Ya hay que matarlo
porque es grandecito,
tiene diez arrobas
el animalico.*

*Y cuando se mate
porque está gordíco
se hará la morcilla
y el rico chorizo.*

*Saldrán chicharrones
y lomico frito
los ricos jamones
y los torreznicos.*

*Las pajarillicas
con el tocinico
y las costillicas
con el testucico.*

*Todo está muy bueno
bien allí liaíco
y se guarda todo
muy bien tapaíco.*

*Y luego se saca
poquito a poquito*

CAPÍTULO XLI

*y se va comiendo
por este piquito.*

*Y el nieto se duerme
a lo calentito
oyendo a la vieja
en el rinconcico*

*Lo abriga, lo mece
y acurrucaico
le canta risueña
a tono bajito.*

*Duerme niño mío
duerme lucerico
que una matanzica
es un apañico.*

M. M. Muñoz Jurado.

*Itinerario poético por la vida
de la Reina Isabel la Católica*

TOMA DE GRANADA

2 Enero 1.492

*Amaneceres de imperio
en la Vega de Granada.*

*La nieve es beso que envía
con garbo Sierra Nevada,
a la mujer española
que la bautizó cristiana.
Viendo las Torres Bermejas
siente la Vega nostalgia
de no ser rojo clavel
al pasar la Soberana.*

Isabel mira orgullosa

*aquel florón de la Alhambra;
a sus pies Darro y Genil
fundiendo van oro y plata
y recortan su figura
en el espejo del agua.*

*¡En la Torre de la Vela
ve la cruz de la Cruzada!*

*Granada hermoso rubí,
cierra el escudo de España,
que allá traspone Boabdil
por sierra de la Alpujarra
dejando de despedida
un suspiro y una lágrima.*

Carlos Valverde Castilla

Y, Andrés, cuando hubo terminado de leer el Adarve del 27 de diciembre de 1953, se quedó pensativo en las palabras que pronunciara su profesor, don Manuel Mendoza, en la reunión que mantuvieron autoridades, cofradías y el Pueblo, para la construcción de viviendas que se llamarían de La Inmaculada y cuya ejecución se llevaría a cabo con la aportación de dinero por parte del Pueblo, Cofradías, y Ayuntamiento, para alojamiento de los más necesitados, frutos que habían salido de la reciente jornada de misiones en el pueblo y que serían una ofrenda a la Virgen en el Año Santo Mariano, porque había gente en el pueblo que vivían en casas que no podían recibir tal nombre y había que alojarlas en las nuevas que se construirían.

Y como buen aficionado al cine, tomó Andrés nota de la película que proyectaban en el cine, Salón Victoria, El Mundo en sus Manos, en technicolor, lo que diría a su padre para que le llevara.

Pero la palma de los espectáculos se la llevaba el debut de Antonio Machín, con su orquesta y espectáculo, en el Teatro Principal, para el día 2, lo que le diría a los aceituneros, cuando fuera al campo, por si querían ir, y no se habían enterado.

Y llegó el día del espectáculo de Antonio Machín, en el Teatro Principal, que estaba a rebosar de un público entregado a su ídolo, que estaba en el .mejor periodo de su carrera de cantor.

A la hora fijada, se apagaron las luces, pero antes sonó el timbre que llamaba a la gente a que se sentaran en su butaca, porque iba a comenzar la función.

Don Carlos, su señora, y Andrés, ya estaban sentados cuando sonó el timbre esperando a que comenzara el espectáculo.

Se descorrieron las cortinas del teatro, y apareció Antonio Machín, con sus maracas,

CAPÍTULO XLI

rebotante de alegría, quién dio orden a la orquesta que iniciara el programa de la velada lo que hizo el director con los acordes de Angelitos Negros.

Todo el mundo estaba en silencio, escuchando a la orquesta, y esperando a que el Maestro iniciara su actuación, recibiendo un gran aplauso de un público entregado, compuesto por gente de todas las clases sociales:

Pintor nacido en mi tierra
con el pincel extranjero,
pintor que sigues el rumbo
de tantos pintores viejos.

Aunque la virgen sea blanca,
píntame angelitos negros,
que también se van al cielo
todos los negritos buenos.

Pintor, si pintas con amor
por qué desprecias tu color
si sabes que en cielo
también los quiere Dios.

Pintor de santos de alcoba,
si tienes alma en el cuerpo,
por qué al pintar en tus cuadros
te olvidaste de los negros

Siempre que pintas iglesias,
pintas angelitos bellos,
pero nunca te acordaste
de pintar un Ángel negro.

Siempre que pintas iglesias,
pintas angelitos bellos,
pero nunca te acordaste
de pintar un ángel negro.

La gente, de pie, tanto en las butacas, como en el gallinero, aplaudía a rabiar, y el Maestro, emocionado, agradecía los aplausos, y dirigiéndose al público, dijo:

Gracias a Dios por haberme hecho el honor de poder cantar en este pueblo maravilloso, donde si no hay ángeles negros, sí que los he visto bien blancos y

hermosos, en sus iglesias.

Y el público, nuevamente, aplaudía sin parar, pidiendo al Maestro que cantara Dos Gardenias,

Dos gardenias para ti
Con ellas quiero decir
Te quiero, te adoro, mi vida.
Ponles toda tu atención
Porque son tu corazón y el mío.

Dos gardenias para ti
Que tendrán todo el calor de un beso
De esos besos que te di
Y que jamás encontrarás
En el calor de otro querer.

A tu lado vivirán y te hablarán
Como cuando estás conmigo
Y hasta creerás
Que te dirán te quiero.

Pero si un atardecer
Las gardenias de mi amor se mueren
Es porque han adivinado
Que tu amor se ha marchitado
Porque existe otro querer.

Dos gardenias...para ti.

Y las maracas, que tocaba al son de su canción, no paraban de sonar en las maestras manos del artista, único en su género, e insuperable, con aquel compás majestuoso, engrandeciendo el acompañamiento de su canción.

Otro éxito más para su carrera profesional, muchos aplausos, gente enardecida en pie aclamando al ídolo que no paraba de vender discos en todo el mundo, nacido en Cuba en Sagua la Grande en 1903, era el noveno de los dieciséis hijos que tuvieron sus padres, doña Leoncia Machín, y don José Lugo Padrón, y como su afición era grande hacia la música, su padre, le permitió cantar en el coro de la iglesia, y después de trabajar en diferentes oficios, como albañil, agricultor, aprendiz de sastre, y camarero, marcha a la Habana, formando dúo con Miguel Zaballa, hasta que lo oyó cantar por la emisora de radio Don Aspiazu, en el Teatro Nacional, donde tocó por primera vez las maracas que no abandonaría nunca en su carrera.

CAPÍTULO XLI

En España fue de fracaso en fracaso hasta que por mediación del actor Pepe Sancho logró un contrato en la Sala de Fiestas “Casablanca”, acabándose las penurias económicas para él durante toda su vida.

Acabó el espectáculo en Priego, y el Maestro fue obligado a repetir varias canciones, hasta que bajó definitivamente el telón, lo que aprovechó la gente para pedirle un autógrafo.

Andrés, dijo a su padre:

Papá: ¿por qué no me llevas a que vea a Machín un poco más cerca, tan cerca como cuando vimos al negrito del Hotel Meliá de Córdoba?

Y su padre, acompañado de su madre, salieron a la calle a la espera de que el Maestro saliera camino del hotel donde se alojaba, y Andrés lo vio tan cerca, que hasta pudo hablar con él unas palabras, a las que contestó amablemente Machín.

Ahora, Andrés, quería ser músico, cantante, como Machín...y se lo dijo a su padre, que le dijo: “ya veremos, pero con la música no te vas a ganar la vida”.

CAPÍTULO XLII

A Andrés le gustaban mucho las excursiones al campo, vivir y comer bajo los olivos, respirar el aire con olor a hierba fresca, oír el canto de los pájaros, ver cómo las montañas se desperezaban cuando los rayos del sol las calentaban, y no desaprovechaba la ocasión de decirle a su padre: “que quería que lo llevara al campo con toda la familia”.

Así, que su padre, don Carlos, lo preparó todo, para que Andrés disfrutara con toda la familia de un día de campo.

La noche anterior fue a la Huerta Palacio a hablar con Rafalico para que preparara los mulos, los propios, y si lo creía necesario, que le pidiera al Serio, los suyos, que habían de llevar la carga hasta el paraje llamado *EL Almez*, diciéndole “que debería de estar en su casa hacia las seis de la mañana, ya que el camino era largo, y muy entrada la mañana, hacía calor, y que el agua, que la trajera de la Fuente del Marquez, que era más suave”.

Y doña Rosario tenía que hacer lo propio, ya que, había que llevar comida y bebida para ocho personas. Así, que, el día anterior se fue a casa de Pedro en la plaza de San Pedro, para comprar lo propio para día tan señalado.

Pedro: quiero que me cortes un kilo de jamón, taquito a taquito, y me lo envuelves en papel de estrasa. Que sea jamón de los zagrilleros, que es muy bueno, ya que el último que cortamos, salió sabor a ibérico.

Muy bien.

- Me pones medio kilo de salchichón, pero que no sea de burro, de ese que ahora están vendiendo por ahí, y que los catalanes hacen en Vich, con los borricos que se llevan de Andalucía. ¡Pobres borriquillos, toda una vida trabajando para acabar metidos en una tripa!

- Así es. Y qué más da; a nosotros, no nos meterán en una tripa, pero es cierto que no hay mucho más espacio a donde nos lleven, señora.

- Me dijo mi hija, que en la India queman a los muertos en lo alto de un montón de leña, y que las viudas se tiraban a la pira cuando el marido era al que quemaban, ¡Pobres mujeres! ¡Qué países mas inhumanos! Y peor, es lo que dicen que hacen ahora en el extranjero con los difuntos: ¡los queman en un horno y se los entregan a los deudos en una urna de poco más que una damajuana!

- ¡A dónde llegaremos con las costumbres modernas! Yo ya tengo dicho a mis hijos que me entierren como Dios manda, ¡y nada de quemarme! ¡Qué sabe uno, si a lo

CAPÍTULO XLII

mejor lo queman hasta vivo! ¡la naturaleza es muy cuca! ¡es posible que parezca que estás muerto, y no lo estés!

Ponme una lata de caballa del sur, una lata de esas grandes, en aceite de oliva. Y me das un abrelatas, que el que tengo, está roto.

Me ha llegado un atún muy bueno, del Atlántico, lo hacen en Galicia. ¿Le pongo una lata mediana?

Ponme una lata, pero vamos a tener que dejar de comer atún porque dicen los médicos que almacena muchos metales pesados, y eso no es bueno para el cuerpo.

Yo tengo conocidos que han comido atún todos los días de su vida y están más sanos que una pera. Algunos cercanos a los ochenta.

De la Gestoría Peláez, don Carlos compró una garrafito de vino de Mora Chacón, oloroso donde los haya.

Cinco kilos de patatas del terreno, y dos docenas de huevos, que vamos a hacer unas tortillas de patatas. Un kilo de pimientos verdes. Un kilo de ajos.

La compra se fue completando, y Andrés ayudaba a su madre en todo, metiendo los alimentos en los canastos. Y cuando se terminó la compra, se pusieron de regreso a casa, pero antes pasaron por el horno de Ariza para hacer el encargo del pan para el día siguiente: dos panes enteros, media docena de cuarterones, un kilo de ochos, ocho molletes, y un kilo de harina.

Y la fruta para el postre, ya se prepararía en el cortijo, del que no faltaba una buena huerta con un bonito manantial de agua que caía sobre una alberca que regaba el huerto del que salían las cebollas más grandes que se hayan visto por esos terrenos.

La mañana amaneció espléndida, con un sol radiante que amenazaba comerse el mundo, lo que daba un toque de alegría al ambiente. La temperatura era muy buena para aquella hora de la mañana, y el tiempo, según había dicho Mariano Medina, seguiría en la misma tónica que los días anteriores.

A las seis de la mañana ya estaba Rafael con los mulos en la puerta de la casa. Don Carlos ya estaba levantado cuando Rafael llamó a la puerta.

Buenos días le dé Dios, don Carlos.

Y a ti también Rafael.

¿Está todo preparado?

Sí; las bestias ya han comido y bebido agua. Preparadas para el día de campo. Y aquí en las aguaeras traigo el agua que me pidió.

Muchas gracias, Rafael. Pasa que vamos a cargar los mulos.

Andrés y su familia ya estaban levantados y muy nerviosos, y todos con ropa de campo, ayudaban a cargar los mulos con la comida y los pertrechos.

A las seis y media de la mañana se inició el recorrido que tomó el camino de la Huerta Palacio. Al pasar por la plaza de San Pedro, don Carlos dijo que pararan pues iban a desayunar, pero no decía ni qué, ni dónde.

Al pasar por la puerta de la churrería, don Carlos dijo “que iban a comer tejeringos

atados con junco”, lo que fue acogido por todos con una tremenda ovación .

Buenos días, ¿quién es el último?

Una mujer dijo que era ella.

Pues, detrás de usted, vamos nosotros.

¿Quieren muchos?

Cuatro ruedas para cada uno; un total de 32 ruedas.

Ahora mismo se las hago. Pero antes voy a atizar el fuego para que se ponga a tono.

La tejeringuera cogió unas patillas de olivo y las metió en el fogón, que las recibió con entusiasmo empujando la llama hasta tocar el culo de la perola. Agarró la churretera y la cargó, con la cuchara, de masa del barreño de hojalata, hasta casi rebosar. Metió el émbolo dentro, y aplicándoselo sobre la axila, vio que la masa salía fluidamente sobre el barreño. Echó sobre la sartén, con el aire bien caliente, rueda a rueda, y después sacó los tejeringos que ya estaban doraditos y los hilvanó con el junco, entregándoselos a la señora, que le dio un ligero pellizco a uno de ellos, llevándoselo a la boca, y sabiéndole a gloria.

¡Son unos de los mejores tejeringos del mundo! dijo. La primera es Castillo de la Cruz de la Aurora.

A la tejeringuera no le sentó bien lo de ser la segunda en el mundo de los tejeringos, pues ella se consideraba la número uno. Pero sobre pareceres no había nada escrito, ni sobre los méritos “tejeringales” que ella tenía.

Cada uno de los presentes recibió su parte de tejeringos, y prosiguieron la marcha, hasta el horno de Ariza, saboreando el manjar de dioses hecho tejeringos que entraba con gusto al paladar, sabiendo a poco a todo el mundo. Y era verdad que los tejeringos maridaban muy bien con los juncos, e iban tan contentos, que bailaban alrededor de ellos teniendo que sujetarlos para que no se escapasen de “alegría”.

En el horno de Ariza había cola para el pan porque a la gente le gusta comprar el pan temprano, ternito, y crujiente, y abriendo los molletes en dos partes, colocarlos en la lumbre para que se tostaran, y después “bautizarlos” con el líquido de los dioses hasta que se inundaran.

- Son 50 pesetas, don Carlos, lo suyo del encargo.

Don Carlos sacó un billete de cien pesetas, y pagó, recibiendo la vuelta en un billete de papel que metió en la cartera.

En la talega iban “contentos” los molletes, los cuarterones, y los panes de kilo, todos juntos, como hermanos de la misma madre. En el horno se respiraba un olor a pan recién hecho que abría las ganas de comer, a los presentes. Andrés, con disimulo, le pegó un pellizco a un cuarterón, sacándole un buen trozo. - Andrés, no comas que luego no vas a tener ganas de comer al mediodía.

Unas bestias bebían en el pilar de la cuesta agua fresca de la mañana, y en la harinera de la Huerta Palacio, por una vitrina puesta al público, se veía cómo salía la harina por un tubo de plástico, y por otro, la cáscara del trigo para las gallinas...

CAPÍTULO XLII

Las fábricas de tejidos ponían a la mañana el traqueteo metálico de los tejares al pasar los husos por entre los hilos cosiéndolos.

El Cuartel de la Guardia Civil estaba iluminado por una gran luz en su puerta, y la bandera de España, estaba quieta, porque el viento temprano estaba durmiendo algo más lejos.

Y la comitiva, los mulos delante, y las personas detrás, charlando de cosas hasta enfilear la carretera de la Vega que iniciaba una larga recta, a cuyos lados, se divisaban las huertas donde se criaban manzanas, peras, peros ruices, duraznos, y las exquisitas camuesas, únicas en el mundo, por su forma, su sabor, y su rico perfume.

El río iba a lo suyo, tedioso y lento, besando las raíces de los álamos de las orillas, jugando con las ovas, hasta que, de repente, se encuentra con piedras en su cauce, piedras grandes sobre las que salta el agua cayendo después en cascadas ruidosas. Es la entrada de Las Angosturas, montes altos, macizos, donde anidan los grajos, y crían, en la soledad de los picachos, estremeciendo el paisaje con sus gritos. Un canal roba agua al Salado y la desvía hacia una finca cercana.

Ascienden penosamente hacia arriba, y, después, ascienden alegremente hacia abajo entrando en terrenos de la finca El Almez, que se oculta allá, en lo hondo, asustadiza, frente a las inmensas moles de piedra de la Sierra de Leones. Los olivos proliferan por doquier, y en la parte de sierra que corona la finca madura el esparto.

Una culebra presente en la fachada, es la premonición de lo que ocurriría después, y nos da la bienvenida temerosa de la mañana, donde en un hueco de la fachada se calienta para atemperar su cuerpo a la temperatura ambiente para recobrar su movilidad.

- ¡Una culebra, una culebra en el hueco de la pared! grita Andrés.

Y toda la gente corre precipitadamente hacia atrás para no caer entre las fauces de tan inesperado compañero de día de campo.

Don Carlos coge un palo y da repetidamente contra el hueco de la pared, y la culebra, ante tan contundente aviso, se despereza y emprende la huida metiéndose dentro de la casa...

- ¡Se ha metido en la casa!

- ¿Quién duerme esta noche con el bicho dentro?

- Ya veremos lo que se puede hacer. Pero encontrarlo, imposible, porque se habrá metido en algún refugio en la casa...

¡Dios nos pille confesados!

Nosotros no dormimos ahí con la "señora", papá. Nos da miedo.

No os preocupéis, que el animal, no se mete con nadie.

¡Sí! Pero da repeluzno- dijo una de las hijas!

Cuando echemos el día de fiesta, con el trasiego de un lado para el otro, ya veremos cómo caéis rendidos en la cama.

Yo, pensando en la sierpe, no podré dormir por más rendida que esté- dijo Marina.

Anda:poned la mesa que ya está hecha la comida, y vamos a comer.

Sobre una gran manta de lana las hijas de don Carlos, y los hijos, habían dispuesto un festín que impedía apartar los ojos del mismo, por su abundancia, colorido y fragancia: tortilla de patatas con pimientos y cebolla, ajoblanco (gazpacho de habas, aceite, ajo, y vinagre), salmorejo con trocitos de huevo, jamón y pimiento picado, caballa en conserva con tomate, platos de queso añejo de Los Pedroches, jamón ibérico cortado a taquitos, ochos hechos en el horno de Ariza, pan tostado al fuego, con aceite, tomate y ajo, varias fuentes de patatas fritas cortadas a tiras, vasitos de buen vino oloroso de las bodegas de Mora Chacón de Lucena, aceitunas machacadas al uso doméstico, y otras, en sosa, de los olivares de don Carlos.

Vamos a bendecir la mesa. Que lo haga Andrés.

Y Andrés, con las manos juntas, dirigidas hacia el cielo, rezó:

El Niño Jesús que nació en Belén, coma, y nosotros también.

- Gracias Andrés- contestaron todos.

Y la gente comenzó a comer acercándose a la mesa- manta retirando las viandas.

Cada cual buscó un olivo para dormir la siesta. Los olivos, empujados suavemente por el aire movían sus ramas en agradecimiento a aquellas gentes que se honraban en visitarles quebrando el silencio de los campos. Y los pajarillos, al ver recostados a los humanos, se metían entre las ramas de los árboles y callaban su canto para no interrumpir el sueño.

Y la tarde iba cayendo sobre los olivares cubriendo con su manto los campos. Y la tierra, harta de día, se aprestaba a acurrucarse bajo el manto de su cobija de árboles y plantas. Los animales miraban al cielo porque era hora de buscar un hueco en las ramas de los árboles, en los oquedales de las rocas, en los aleros de los cortijos, o en los bajos de los árboles, por si el viento decidía apretar aquella noche.

Y don Carlos y su familia hicieron lo propio dentro de la casa de la culebra, con miedo contenido por si el ofidio hacía su aparición, reclamando una casa abandonada que era su vivienda desde hacía años.

Después se hizo una cena, mini, un poco de pan y algo de “pillao” que había sobrado del mediodía, porque la comida del mediodía había sido abundante, y cada cual buscó refugio dentro de la casa acomodándose lo mejor que pudo, porque aquel cortijo había sido abandonado hacía muchos años, y sólo había dentro de la casa, cuatro sillas, y unas mesas. La noche sería original, ya que habría que pegar una cabezada casi en pie, y a lo sumo, si alguien se atrevía, que durmiera en el suelo... sobre las albardas de los mulos, o, al estilo ermitaño, sobre una tabla, y de almohada, un cabecero de olivo.

Pero antes de irse el personal a dormir, para que la noche no se hiciera muy larga, se organizó una animada tertulia en la puerta de la casa en la que llevaban la voz cantante los estudiantes universitarios, y las aspirantes a maestra, cosa que a don Carlos le enorgullecía, porque él, no había podido estudiar carrera alguna, y había aprendido a leer, casi solo, pasando muy poco tiempo en la escuela hasta que su padre lo envió a trabajar a un molino, donde el contable, receloso de que el joven le quitara el puesto, hacía mil pedacitos el papel donde anotaba sus cuentas, pero don Carlos,

CAPÍTULO XLII

ansioso de saber, cuando tiraba la basura, recogía aquellos puzzles, y los recomponía maravillosamente viendo como se ponían los números en el papel para calcular, y cuál era el monto total de aquellas operaciones. Y referente a la lectura, don Carlos cada día leía el periódico que llegaba al pueblo, y por la tarde, se aplicaba con ahínco a la lectura de la novela de turno y que estaba en boga en aquellos tiempos.

En la Normal del Magisterio de Granada, decía una de las hijas, no me ven con buenos ojos, porque soy mujer.

En la Facultad de Medicina de Granada la semana que viene me toca Anatomía con cadáveres, que saca del frigorífico, el mozo, que los lleva bajo el brazo, mientras que con el otro, se va comiendo el bocadillo de chorizo... Además, este año, voy a hacer la Milicia Universitaria en Montejaque, de donde saldré de alférez de complemento, si todo va bien.

Pues yo, en el seminario de Córdoba lo paso muy bien. Estoy aprendiendo griego y latín, ya casi sé decir misa, y formo parte de la rondalla, y de vez en cuando nos dejan un día libre, que yo aprovecho para ver la ciudad.

Y don Carlos se sentía satisfecho con haber mandado a sus hijos a estudiar. Haciendo una carrera podrían trabajar mejor que él lo había hecho, formarían una familia, y si tenían suerte, hasta juntarían algo de dinero, se comprarían una casa, y hasta un seiscientos, o un Renault.

Y la madre, que atendía a todos los hijos, se llenaba de gozo ante aquellos hijos que no daban guerra, y eran muy formales en su comportamiento, y en sus estudios, llamando la atención en el pueblo por las notas tan excelentes que sacaban.

La Luna alertó de que la tertulia se extendía demasiado y se cubrió con un denso manto de nubes llevándose la luz que los iluminaba. Cada cual se fue al sitio prefijado en el cortijo, y cerrando los ojos, se transportaron a otra dimensión donde el ángel de la guarda velaba por ellos.

Sería sobre las tres de la madrugada, cuando Teresa

despertó sobresaltada por las grandes voces que daba una mujer vestida de negro que bajaba por las escaleras... ¡poniendo en pie a todo dios!

Don Carlos encendió una vela, y asomándose a la escalera, dijo:

- No veo a nadie mayor bajar por la escalera.

- Y lleva un niño en sus brazos que no para de llorar- dijo Teresa.

- No veo a la mujer que da las grandes voces, ni al niño que llora compulsivamente entre sus brazos, así, que, ¡a dormir!

El revuelo ya estaba formado entre los espabilados del sueño, así, que todos, en silencio, comenzaron a oír los ruidos extraños que venían de no sé dónde, pero que no eran de la escalera.

Comenzó a levantarse un poco de aire que cerraba y abría los postigos de las ventanas de arriba, de la cámara, a la vez que arreciaban las voces de la madre con su hijo...

Una gran cantidad de porrazos se oyeron de objetos que chocaban contra las paredes de la escalera, ante lo cual, el primero que pudo, quitó la tranca que cerraba la

puerta, produciéndose una gran espantada de los espabilados hacia la calle, a la vez, que los objetos, que buscaban la calle, chocaban contra las cabezas de los otros, y con los cuerpos de los residentes en el cortijo por una noche, sin saber qué era, ni de qué se trataba, oyéndose los gritos de pavor de los que salían con el retumbo sobre la montaña.

Una gran explosión de luz iluminó todo el valle durante unos segundos viéndose como si se tratara de la luz del día, quedando todos, no ya, muy asustados, sino que muy asustados y cagados de miedo.

Don Carlos, hombre curtido, encontró la solución a todos aquellos enigmas, los que explicó de la mejor manera, porque los gritos de la mujer y el chiquillo, eran de algún cortijo cercano que el aire había traído hacia ellos, los objetos que bajaban pegando trompicones por la escalera, eran las palomas que se habían asustado con el traqueteo de los postigos de las ventanas, y la explosión de luz, no había sido, ni más ni menos, que una aurora boreal en el cielo.

Y todos quedaron más tranquilos tras la explicación del padre, pero esperaron ardentemente que llegara el alba, para recogerlo todo, y volver al pueblo.

Para Andrés empezaba una nueva vida, porque fracasado en la poesía, en la arqueología, y no pudiendo ser músico, decidió decirle a su padre que quería ser maestro, y que quería estudiar por libre, sin ayuda de nadie, lo que consiguió a fuerza de tesón y paciencia.

Lejos quedaron sus deseos y sus apetencias. Ahora, eran los niños los que le esperaban para ayudarles a hacerse hombres de provecho.

Pero antes de irse Andrés a Córdoba, quiso ir a Granada a hablar con el catedrático de historia Domínguez Ortiz, que daba clase en el Instituto Padre Suárez de Granada, situado en la Gran Vía.

Le pidió permiso a su padre, don Carlos, y también dinero, para la tal visita, a lo que su padre accedió, como siempre.

- Te vas a Granada, y a la llegada de la Alsina, te estará esperando tu hermano, en la misma estación. No te muevas si él no ha llegado hasta que os encontréis. Ya se lo digo al revisor para que tenga cuidado de ti.

Su madre, doña Rosario, le preparó la talega, y en ella metió lo que le hacía falta para el viaje, amén de un salchichón, y una morcilla, algo de queso, y un chorizo, como así también unos cuarterones de pan y unas latas de caballa.

La Alsina salió del Palenque un día del mes de mayo, a las siete de la mañana, y en ella iban personas que tenían que hacer algo en la capital.

Con Andrés viajaba un familiar al que le gustaba mucho la cacería, y que iba a segar en los campos de Granada, el trigo. Llevaba su maleta, y un par de hoces bien afiladas. También les acompañaba, Conejo, un gran ciclista, campeón en muchas vueltas ciclistas a Priego, y fuera, y que dejada la bicicleta, se quería sacar el título de preparador para la obtención del carnet de conducir en la Autoescuela Peláez, al que llamaban, Pacurro, hombre atlético, y muy simpático. Él fue al que encargó su padre de Andrés una bicicleta para su hija pequeña. Y como no había bicicletas nuevas en su taller, por aquel entonces, Conejo la hizo con piezas de otras bicicletas. Y fue en ella,

CAPÍTULO XLII

en la que aprendió, solo, a montar en bicicleta, por el Paseo de Colombia, con tan mala suerte, que al embalarse, se estrelló contra la reja de una casa, rompiéndose la muñeca.

Pasaban los días, y el dolor no cedía; tanto, que su abuela de Andrés, le dijo a su hijo:

- Este niño tiene la muñeca rota. Llévalo al médico y que se la enyesen en el hospital.

Llegaron al hospital, y sentaron a Andrés en una silla, y el médico le cogió el brazo, y se lo movió, viendo donde estaba el hueso roto, a ojo. Le colocó el brazo sujeto en un clavo en forma de “e” que había en la pared, y tirando tirando, volvió el hueso a su sitio, sin que Andrés emitiera ni un sólo quejido.

Te has portado bien, machote- le dijo el médico. Ahora te lo vamos a escayolar...¡Ya está! En treinta días vienes a que te quitemos el yeso.

La Alsina iba lenta jugando con el paisaje. Y la gente hablaba de muchas cosas para acortar el mismo.

Pasó por Alcalá la Real, camino de Pinos Puente. Y justo antes de llegar, todos los pasajeros fueron trasladados a otra Alsina, que estaba algo averiada, para su traslado al taller a Granada.

A Andrés no le gustó aquel transbordo. La cosa pintaba mal. Pero se calló, y no dijo nada.

Bajando las cuestas hacia Pinos Puente, el conductor gritó:

- La Alsina no frena. ¡No la puedo parar! ¡Nos vamos a estrellar!

Dentro de aquel trasto se formó un gran griterío; algo espantoso, y a continuación se formó un gran silencio, pasando por la cabeza de Andrés, la película de su vida en un momento.

Andrés pegó un salto y se puso en la puerta del cacharro con la intención de tirarse al suelo, antes que estrellarse con aquel herrón.

Pero Dios, que aprieta, y no ahoga, tuvo compasión de aquellos viajeros, y el conductor metió la Alsina por el único sitio llano que había fuera de la carretera, logrando que el vehículo se parara.

Andrés, en cuanto llegó a Granada, se volvió en otro coche a Priego, dejando para mejor ocasión, la visita al profesor Domínguez Ortiz.

Índice de contenido

CAPÍTULO I.....	1
CAPÍTULO II.....	7
CAPÍTULO III.....	11
CAPÍTULO IV.....	15
CAPÍTULO V.....	19
CAPÍTULO VI.....	31
CAPÍTULO VII.....	35
CAPÍTULO VIII.....	45
CAPÍTULO IX.....	49
CAPÍTULO X.....	53
CAPÍTULO XI.....	59
CAPÍTULO XII.....	61
CAPÍTULO XIII.....	67
CAPÍTULO XIV.....	71
CAPÍTULO XV.....	77
CAPÍTULO XVI.....	79
CAPÍTULO XVII.....	83
CAPÍTULO XVIII.....	89
CAPÍTULO XIX.....	93
CAPÍTULO XX.....	101
CAPÍTULO XXI.....	105
CAPÍTULO XXII.....	109
CAPÍTULO XXIII.....	113
CAPÍTULO XXIV.....	117
CAPÍTULO XXV.....	123
CAPÍTULO XXVI.....	133
CAPÍTULO XXVII.....	137
CAPÍTULO XXVIII.....	141
CAPÍTULO XXIX.....	145
CAPÍTULO XXX.....	149
CAPÍTULO XXXI.....	153
CAPÍTULO XXXII.....	157
CAPÍTULO XXXIII.....	161
CAPÍTULO XXXIV.....	167
CAPÍTULO XXXV.....	171

CAPÍTULO XLII

CAPÍTULO XXXVI.....	175
CAPÍTULO XXXVII.....	181
CAPÍTULO XXXVIII.....	187
CAPÍTULO XXXIX.....	193
CAPÍTULO XL.....	197
CAPÍTULO XLI.....	203
CAPÍTULO XLII.....	217